

Maurizio de Giovanni

Con mis propias manos

La navidad del comisario Ricciardi



Lectulandia

Es una mañana gris de diciembre de 1931, se acercan las fiestas de Navidad, y Nápoles es una ciudad famosa por sus belenes. Justo en esta época tan especial del año, y mientras el régimen fascista de Mussolini se afana en demostrar un absoluto control sobre la delincuencia para que el ciudadano de a pie se sienta seguro, de repente el comisario Ricciardi tiene que resolver un doble crimen: Emanuele Garofalo, jefe de una milicia, y su esposa Costanza han sido brutalmente asesinados.

Ricciardi, tras oír como de costumbre las últimas palabras de los dos muertos, arranca la investigación de la mano del inseparable Maione, pero lo único que tiene entre manos son los pedazos de una figurita de San José, que alguien tiró al suelo con vehemencia...

Mientras tanto, en la penumbra, hay dos mujeres que pelean por el corazón del comisario, y cada cual lo hace a su manera, buscando al hombre que se esconde tras unos ojos verdes, tristes y fríos.

Lectulandia

Maurizio de Giovanni

Con mis propias manos

La navidad del comisario Ricciardi

Comisario Ricciardi 5

ePub r1.0

Maki 09.02.14

Título original: *Per mano mia. Il Natale del commissario Ricciardi*

Maurizio de Giovanni, 2011

Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: Maki

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Paola
principio
sin fin

Las manos asesinas se mueven tranquilas en la penumbra.

No guardan memoria de la sangre derramada.

Mezclan la cola en el cacillo sobre el fuego para evitar que forme grumos. Una de ellas sujeta el mango, la otra revuelve despacio, en el sentido de las agujas del reloj; al paso de la cuchara de madera, la cola se junta enseguida como un mar denso.

Ahora las manos asesinas palpan la estructura de madera, comprueban las juntas, sondan su resistencia. Notan que un ángulo no está bien clavado, toman un martillo y lo remachan atentas, precisas.

Regresan al cacillo, lo inclinan un poco sin alejarlo de la llama. Tocan el corcho, lo sopesan, valoran las dimensiones de las piezas, la curvatura de las cortezas. Saben que la preparación del material y la calidad de los componentes son lo más importante, y que no caben errores.

Las mismas manos que abrieron la carne con un solo movimiento limpio se acercan a las figuras, dispuestas en fila sobre la mesa. Las cuentan de una en una, las colocan en riguroso orden de importancia: primero los elementos arquitectónicos, columnas, templos en ruinas, cobertizos y casas; a continuación los objetos, mostradores de carnicerías y pescaderías, carruajes, carros de fruta y embutidos, sillas, muebles. Luego los animales, ovejas de varios tamaños para dar una idea de la profundidad, caballos, vacas, gallinas, gallos y pollitos. Y también camellos, elefantes, avestruces, en una incongruente casa de fieras, en la frontera de tradiciones y cuentos que trascienden continentes y naciones.

Ahora las manos asesinas ordenan a los seres humanos con cuidado, atentas. Pastores, tenderos, criadas y esclavos, ancianos que juegan a las cartas y viejas chismosas en el acto de confiarse secretos. Los hombres a un lado, las mujeres al otro.

Las manos asesinas recorren los bordes de las caras y las extremidades, buscan melladuras y grietas que reparar, identifican en la semipenumbra las partes que precisan retoques de color o barro cocido. A veces las manos asesinas se rozan entre sí; como para subrayar un pensamiento, se rascan con suavidad el dorso. Aunque no muestren amor, las manos asesinas tienen al menos respeto por sí mismas.

Del mismo modo que cortaron venas y desangraron, del mismo modo que desfiguraron y aniquilaron, las manos asesinas disponen con rigor, encima de la mesa, las figuras restantes. Los Reyes Magos, con sus trajes de vivos colores, la tez exótica, las coronas de oro. Sus cabalgaduras, enjaezadas con paños rojos, las dos jorobas en el lomo y los acabados de cuero. Oro, incienso y mirra.

Como despertando de un sueño, las manos asesinas golpean ligeramente y corren de nuevo al cacillo, mezclan con rapidez; luego regresan a la caja llena de paja, ahora casi vacía. Sacan un buey echado, de ojos tristes, y un burro de igual tamaño,

las largas orejas peludas pintadas con maniática precisión. Los dos animales van encima de la mesa, delante del resto del ejército, como dos capitanes a la espera del Estado Mayor.

Las manos asesinas, que no temblaron al segar la vida palpitante en el gorgoteo de un último y sangriento estertor, ahora delatan cierta emoción. Como queriendo aplazar un momento solemne vuelan hacia el cacillo para revolver su contenido, luego van a otro anaquel y acarician veloces los tejidos y los papeles de colores. Alisan sus arrugas, doblan hacia abajo las esquinas de los pliegos azules y amarillos que se convertirán en cielo y estrellas. Levantaron y bajaron el cuchillo sin piedad, perforando corazones y pulmones, apagando sueños y pensamientos, pero ahora no se deciden a hundirse por última vez en la paja de la caja de madera.

Al final, con toda la delicadeza de que son capaces, sin pensar en las vidas cercenadas, las manos asesinas sacan una Virgen de manto azul y dulcísimo rostro. Esas manos la sostienen, aunque la figura es ligera como una pluma. La colocan en primer lugar, en el centro de la mesa, lejos de todo peligro. Delante de ella, en el sitio donde caería su mirada si fuese real, está el Niño recién nacido de ojos tristes abiertos al mundo, una corona en la cabeza que despide rayos luminosos, las mejillas sonrosadas y un paño cubriéndole la pelvis.

Por último, las manos asesinas sacan un hombre arrodillado; en la mano empuña un bastón rematado en curva, la larga barba entreverada de canas, el manto oscuro. Tras depositarlo al lado de la mujer, una de las manos lo acaricia despacio; le recorre el pecho con el pulgar, como probando su consistencia. Es posible que, al fin y al cabo, esas manos conserven un vago recuerdo de la sangre.

Fuera, una gaita muge de pronto y una chirimía emite un largo y doloroso lamento.

Las manos asesinas se agarran a la mesa con fuerza hasta quedar blancas.

Recordando en lo más hondo la sangre.

El sargento Raffaele Maione caminaba muerto de frío preguntándose por enésima vez a quién se le habría ocurrido cometer un asesinato cuando faltaba una semana para la Navidad.

No se trataba de que fuera admisible matar en cualquier otro momento, que quede claro; el homicidio es una locura, el acto más terrible que pueda cometer un ser humano. Pero resultaba aún más terrible, pensaba Maione, ahora que todos se saludaban y se sonreían por la calle, ahora que todo el mundo pensaba solo en qué preparar para la cena de Nochebuena. Ahora que las tiendas estaban engalanadas para la fiesta y las iglesias competían para ver cuál exhibía el pesebre más hermoso, ahora que todos los encuentros comenzaban y terminaban con un felices pascuas. ¿Quién podía tener ganas de matar en momentos así?

Pues los hay. Y aquí me tienes, se dijo el sargento, caminando hacia Mergellina contra este viento gélido que me penetra hasta los huesos, arriesgándome a tener que pasar la Navidad en cama con una fiebre de caballo.

Detrás de él, los guardias Camarda y Cesarano, con las caras parapetadas tras el cuello del abrigo, las gorras caladas sobre las orejas rojas; ni siquiera se tomaban el pelo como tenían costumbre, era evidente que iban sumidos en idénticas cavilaciones. Brigada móvil nada menos, se dijo Maione. Móvil a pie, móvil con botas. La jefatura de policía disponía de dos vehículos, uno de ellos perpetuamente en el taller, el otro a disposición del señor jefe de policía. Y nosotros criando callos nuevos, recorriendo la ciudad de arriba abajo.

Delante de él, a poca distancia, veía el cabello del comisario Ricciardi agitado por el viento. Como de costumbre iba sin sombrero; solo Dios sabía cómo hacía para no caer enfermo.

En su oreja derecha destacaba una herida violácea, una zona rasurada y unos puntos de sutura. Maione evocó el accidente en el que su superior se había visto envuelto el día de los Difuntos, hacía casi dos meses, y con un estremecimiento recordó que su jefe se había salvado de milagro. La mujer al volante del coche, que acabó saliéndose del camino y cayendo quince metros por un precipicio, había muerto en el acto, y él apenas ese rasguño.

Caminando detrás del comisario por las callejuelas de Chiaia, Maione recordó el despertar de aquel hombre, en el hospital; él estaba sentado junto a la cama, decidido a velar toda la noche, cuando Ricciardi abrió los ojos de improviso.

La mirada atenta, perfectamente consciente; aquellos ojos verdes inquietantes, transparentes, que jamás dejaban traslucir pensamiento o estado de ánimo alguno, se clavaron en él. Preocupado, con un hilo de voz, preguntó: ¿Me ves? Maione, ¿me ves? ¿Puedes verme? Claro que puedo verlo, comisario, le había contestado. Estoy

aquí, a su lado, ¿cómo no iba a verlo?

El comisario había suspirado, luego había vuelto a apoyar la cabeza en la almohada y se había adormilado.

Al cabo de siete días se lo encontró en la jefatura, con la herida vendada a la buena de Dios. Ni en sueños iba a guardar cama durante el mes que le había prescrito el médico. Y ahora caminaba delante de él, en dirección a Mergellina, de donde habían recibido la llamada. Maione se preguntó qué estaría pasando por aquella cabeza.

Ricciardi pensaba en los muertos.

Pensaba que fuera o no Navidad, fuera o no fiesta, hubiera o no fraternidad, siempre acababa muriendo alguien, y que a él le tocaba ver la sangre y la devastación.

Cuando el coche saltó al vacío, creyó que había muerto, y una parte de su alma casi lo había esperado, así habría puesto fin al negro sufrimiento que lo perseguía desde siempre. Y él mismo se habría convertido en una imagen desvaída en la pared de una roca, condenado a repetir al viento una muda reflexión, sin que nadie lo percibiera; a menos que algún desgraciado sobre el que pesara la misma condena estuviera por azar mirando el mar desde Posillipo.

Y sin embargo aquí estoy, reflexionó. Otra vez en la brecha, como si nada. Como si no hubiese muerto un poco más, como cada vez que descubro lo negra que puede ser un alma. Como si todavía siguiera vivo.

Mergellina progresaba: el suburbio de pescadores, alejado del centro de la ciudad, se anunciaba ahora como un barrio elegante. Nuevos edificios, alguna tienda, nodrizas e institutrices, porteros de librea, aunque conservaba el aire y el aroma de lo viejo, el pestazo a col rancia y pescado, las mujeres sentadas cerca de la playa, arrebuadas con sus chales negros, seguían remendando los agujeros abiertos por el mar en las redes.

Como de costumbre, en cuanto vieron llegar de lejos a la patrulla, un grupo de granujas salió a recibirla a gritos. Eran a la vez centinelas y coro en todos los acontecimientos, siempre dispuestos a acudir para lamentarse o para el jolgorio, y para sacar de cualquier situación una pequeña limosna o un bocado; descalzos, andrajosos, la piel morena y dura, las bocas desdentadas abiertas en un perpetuo y afónico grito. Ricciardi los esquivó impertérrito, Maione y los dos guardias trataron de alejarlos como insectos molestos, aunque les resultaron útiles para encontrar el lugar donde había ocurrido el hecho que los había llevado hasta allí, sin necesidad de recordar la dirección. Se trataba de un edificio de construcción reciente, un tanto oculto; un grupito de curiosos estaba apostado delante del portón impidiendo ver la

entrada. Había un extraño silencio; el viento que soplaba desde el mar era frío y cortante, pero nadie parecía tener ganas de moverse de su punto de observación.

Cuando se acercaron, del grupo se separó un hombre de cara enrojecida, con una librea mal abrochada y el sombrero ladeado en la cabeza. Se aproximó a Maione y lo agarró del brazo.

—Sargento, por fin llegan. ¡Un baño de sangre, un baño de sangre! ¡No tiene usted idea! No entiendo, no entendemos quién puede haber sido. ¡Eran señores, unos grandes señores! Y precisamente ahora, con la Navidad tan cerca, no lo entiendo, no lo entiendo...

Embestido por el hedor a vino rancio que emanaba de la boca del hombre e irritado por el tono de su voz, Maione lo apartó de un manotazo.

—Calma, calma. Se explica usted muy mal. Apártese, tome aire y dígame quién es usted y de qué me está hablando.

El hombre se quedó pasmado, dio un paso atrás y respiró hondo.

—Tiene razón, sargento, disculpe. Es que esto me ha trastornado. Me llamo Ferro, Beniamino Ferro, para servirlo, soy el portero del edificio.

La gente había desviado la atención de la entrada del edificio a la conversación entre Maione y el portero; Ricciardi se acercó a los dos.

—Soy el comisario Ricciardi de la brigada móvil, y éste es el sargento Maione. Cuénteme lo que ha ocurrido.

Ferro parpadeó, la mirada de Ricciardi y el tono apenas audible de su voz lo pusieron nervioso.

—No sé qué ha pasado, comisario —susurró, con aire circunspecto—. Es decir, lo sé, vi que... Virgen santa, cuánta sangre..., pero no sé cómo ha ocurrido, eso quería decir. Yo no tengo nada que ver, que quede claro. Subí cuando me llamó el gaitero, y fui a ver, pero desde la puerta, ya sé que no hay que tocar nada.

Ricciardi esperó, paciente.

—¿Qué ha visto desde la puerta? —preguntó—. ¿Qué es lo que no hay que tocar?

—Lo sé porque antes trabajaba en una obra encima del Vomero y uno de mis compañeros se cayó de un balcón, y nos dijeron que no tocáramos nada hasta que llegase... hasta que llegaran ustedes. A los muertos, comisario. No hay que tocar a los muertos tirados en el suelo.

Las palabras del hombre cayeron en el silencio como una piedra en un pozo. Las personas que estaban en primera fila, alrededor de ellos, dieron un paso atrás. Una mujer se llevó la mano a la boca y abrió los ojos como platos.

—¿Ha dicho usted los muertos? ¿Qué muertos?

Ferro parecía haber perdido las ganas de hablar. Miraba fijamente a Ricciardi con los ojos muy abiertos, mascullando en silencio las últimas palabras, los muertos, los muertos, como si en ese momento acabara de comprender su sentido.

—Muertos. Están muertos. La señora, y también el capitán. Están muertos.

Repitió la frase varias veces, en voz baja, mirando a su alrededor. Sus ojos reflejaban el terror extremo, el desconcierto que sentía el hombre; los curiosos apartaron la vista. Desde el mar cercano llegó el ruido de una ola al romper contra las rocas.

Ricciardi seguía con las manos en los bolsillos del abrigo. El viento le agitaba el pelo sobre la frente, apenas parpadeaba. Intentaba calcular en qué medida la actitud del vigilante era real y en qué medida ocultaba una posible mentira.

—¿Por qué dice que esa señora y ese capitán están muertos? ¿Los ha visto usted? ¿Dónde están?

—Disculpe, comisario. —Ferro pareció recobrar el dominio de sí—. Es que no acabo de hacerme a la idea. Vi... vi a la señora desde la puerta abierta. No entré, llamé al capitán varias veces, pero no me contestó. Pensé... pensé que si no me contestaba, era porque él también estaba muerto.

—¿Y está seguro de que se encuentra en casa? ¿No pudo haber salido?

—No, no, está en casa. Siempre lo veo salir por la tarde, para ir al puerto. Pero a esta hora está siempre en casa.

—Ha dicho usted —intervino Maione— que el gaitero vino a llamarlo. ¿Qué significa eso?

—Subieron dos gaiteros a tocar la novena correspondiente al tercer día. Bajaron enseguida, uno de ellos no hablaba y sigue sin hablar, es el que está ahí sentado en esa silla. ¿Lo ve? Tan pálido que también parece muerto. El otro, el más viejo, vino a llamarme y me dijo: portero, suba, que ha ocurrido una desgracia. Yo me imaginé muchas cosas menos que iba a encontrarme... con lo que me encontré.

Ricciardi asintió, absorto.

—Está bien —dijo—. Vamos a verlo. Ferro, venga conmigo y con el sargento. Cesarano, tú quédate con los dos gaiteros y no te muevas, después les haremos algunas preguntas. Y tú, Camarda, ponte en el portón, y hasta que yo te diga que no entre nadie en el edificio, ni siquiera los que viven aquí.

Ferro condujo a Ricciardi y Maione al interior del edificio. El amplio zaguán estaba limpio, bien iluminado y caldeado, se notaba que tenía pretensiones, como muchos del barrio que crecía al pie de la colina.

—¿Cuánta gente vive aquí? —le preguntó Ricciardi al hombre.

—Hay tres familias, comisario. Los Garofalo, los..., en fin, a donde lo estoy llevando ahora, los Marra, una pareja sin hijos que a esta hora no están porque trabajan y en el último piso viven el contable Finelli, que es viudo, con cinco hijos. Cuando él está en el banco trabajando los niños se van con la abuela, que vive por aquí cerca.

Maione resoplaba mientras acarreaba sus ciento veinte kilos escaleras arriba.

—De modo que a esta hora en el edificio no hay nadie más que los Garofalo, ¿es así? ¿Y ellos no tienen hijos?

—Una niña, sargento, se llama Benedetta y está en el colegio con su tía, que es monja. Viene a recogerla por la mañana. Por suerte, porque, si no, a ella también...

Se detuvo en el último peldaño, antes del rellano de la segunda planta, sin doblar la esquina, con los ojos fijos en el ventanal que daba al patio.

—Disculpen, pero no lo soporto. No soporto ver otra vez toda esa sangre.

Ricciardi y Maione lo adelantaron. En la penumbra se distinguían dos puertas, una cerrada, la otra entreabierta y a través de esta última se filtraba una luz blanca. Se entreveía un fragmento de pared, un revestimiento floreado, la mitad de un espejo de cuerpo entero, una repisa con un florero, una fotografía enmarcada. Se acercaron y, a continuación, siguiendo una práctica consolidada, Maione se detuvo y se volvió hacia las escaleras. La primera aproximación a la escena del crimen era privilegio exclusivo del comisario.

Ricciardi avanzó abriendo un poco más la puerta que daba al recibidor del apartamento. La luz provenía del interior, el frío sol de la tarde de diciembre se colaba por las ventanas de las demás habitaciones. De entrada, el comisario no vio nada, luego se dio cuenta de que lo que en un principio había tomado por flores decorativas del empapelado en realidad eran salpicaduras de sangre. Se asomó fijándose dónde pisaba; en el suelo había una gran mancha oscura en el centro de la cual descansaba la cabeza de una mujer cuyo cuerpo estaba tendido detrás de la puerta.

El comisario comprendió de inmediato que toda la sangre que veía, que había aterrorizado al vigilante y empapaba la alfombra y el papel pintado, había brotado a chorros de la garganta de la mujer, degollada de un tajo hecho con una cuchilla muy afilada. Observó la expresión de la cara, los ojos entrecerrados, la boca abierta. En la mancha de sangre vio la huella de la punta de una bota; había entrado alguien y se

había detenido, probablemente el gaitero o el propio portero.

Avanzó tratando de no pisar la mancha de sangre y entrecerró la puerta a sus espaldas. Miró a su alrededor; desde el recibidor, amplio y decorado con elegancia, se veía un salón con dos sillones y una mesita. Observó otra vez el cadáver y siguió la dirección de su mirada apagada.

En la esquina opuesta, a dos metros del cadáver, de pie en la última luz del día, la misma mujer le sonreía, con los ojos gachos como si lo estuviera recibiendo en su casa con el placer de la anfitriona perfecta. Murmuraba: «¿Sombrero y guantes?». La mano ligeramente tendida hacia adelante para coger las prendas del visitante e introducirlo de manera adecuada, con gracia y placer. «¿Sombrero y guantes?».

Un poco más abajo de la sonrisa, por la herida abierta en la garganta, desgarrada de oreja a oreja, la sangre manaba en pequeñas olas negras que, incesantes, caían sobre el vestido floreado, manchándole el pecho. «¿Sombrero y guantes?», repetía. Ricciardi suspiró.

En el suelo, lejos del cadáver, descubrió unas gotas negras que no tenían la dirección de los chorros que habían llegado a la pared. Alguien se había alejado, probablemente sin que le preocupara el hecho de que el arma utilizada para degollar a la mujer continuara goteando sangre. Siguió el rastro, recorriendo el salón hasta la alcoba.

El espectáculo que apareció ante sus ojos era impresionante. La cama estaba impregnada de sangre en una cantidad espantosa; las sábanas se habían vuelto negras, el líquido se había escurrido sobre la antecama, el cabecero de madera clara también estaba manchado. Al pie de la cama se veían dos largas marcas; el asesino había limpiado la cuchilla antes de abandonar la escena.

En el centro de la cama, sobre una gran mancha de su propia sangre, yacía el cadáver de un hombre. Tenía una calvicie incipiente y un bigote largo entrecano. Rondaría los cuarenta años. La boca abierta pugnaba por encontrar el último aliento, los puños apretados descansaban a los lados del cuerpo. Por la cantidad de sangre y la ausencia de heridas a la vista, Ricciardi comprendió que lo habían tapado mientras seguía agonizando y que había sangrado durante mucho tiempo.

Sentado muy cerca del cadáver, el comisario entrevió la imagen del hombre sobre la cama; sangraba por numerosas heridas. Le vino a la cabeza un cuadro de san Sebastián que decoraba una sala del instituto donde había estudiado; recordaba que siempre, durante los aburridos sermones que estaba obligado a escuchar, contaba las flechas que atravesaban el cuerpo del mártir, veintitrés exactas. A ojo de buen cubero, el hombre tirado en la cama le había ganado al mártir cristiano.

Repetía: «Yo no debo nada, nada de nada». Con decisión, el entrecejo fruncido, los dientes apretados, la mirada furiosa, decía: «Yo no debo nada, nada de nada».

Ricciardi le sostuvo la mirada al muerto, luego dio la espalda a toda esa sangre,

regresó al recibidor y dejó entrar a Maione.

Como siempre, para no arriesgarse a mover inadvertidamente algún elemento importante, aplazaron la inspección ocular más detenida hasta que llegara el médico forense. Tras dejar a un nervioso Cesarano montando guardia en la puerta del apartamento, el comisario y el sargento bajaron a interrogar al portero y a los gaiteros. Intentaron que subieran, pero no hubo manera; no estaban dispuestos a presenciar otra vez aquella escena.

Ferro tenía dificultades para fumar de tanto que le temblaban las manos.

—Tenía usted razón —le dijo Ricciardi—. El hombre también está muerto. ¿Cómo se llamaban las víctimas?

—Se llamaban Garofalo, comisario. El capitán Emanuele Garofalo, y el nombre de pila de la señora era Costanza. No sé su apellido de soltera.

—Ha dicho usted capitán. ¿Era militar?

—Sí..., no, no exactamente. Trabajaba en el puerto, en una de esas milicias nuevas del fascio. No era bien bien un capitán, me lo explicó cien veces, pero yo nunca lo entendí; yo qué sé, centurión me parece que me dijo. Al final tiró la toalla y me dijo: Beniami', hagamos una cosa, llámame capitán, que es el grado correspondiente del ejército y no se hable más.

—En efecto —comentó Maione—, a nuestro amigo no le falta razón, comisario. Todos los trimestres crean una milicia nueva, y no hay quien se aclare. De todos modos, si trabajaba en el puerto, debe de tratarse de la autoridad portuaria, la que tiene competencia sobre el tráfico de mercancías y la pesca.

—Eso mismo, sargento, también sobre la pesca —terció Ferro—, tanto es así que muchas veces venían por aquí los pescadores a hacerle regalos, pero él los rechazaba siempre. Decía que querían bailarle el agua con una cesta de pescado, pero que él no se dejaba sobornar de ninguna de las maneras. Era un hombre de una pieza, una persona honrada. Y ya ve usted cómo ha terminado.

Ricciardi retomó el tema principal.

—¿Usted no se ha movido de aquí en toda la mañana?

—No, comisario. Quiero decir, me acerqué un momento a la taberna de enfrente, pero media hora, no más, y todo el rato vigilando el portón. Que ahí hace frío y sopla el viento, lo oye, ¿no? La verdad, cualquiera tiene derecho a calentarse un poco.

Maione se estremeció al recordar el aliento fétido a vino barato del hombre.

—O sea que una media hora, ¿eh? Y sin perder de vista el portón. ¿Y en ese tiempo no vio entrar a nadie?

—A nadie, sargento. El último en salir fue el contable Finelli, después regresó el capitán, que por la tarde vuelve a salir, y no hubo más movimientos. Yo estoy al pie del cañón, ¿sabe? No puede entrar ni una mosca sin que yo la vea.

—Aparte de los dos gaiteros —prosiguió Maione negando con la cabeza— con sus instrumentos, a los que no ha mencionado. Invisibles como dos moscones, diría yo. ¿Cuándo entraron no los vio usted?

—No, sargento, no los vi —admitió Ferro tras abrir y cerrar la boca dos veces—. Se me escaparon. Debieron de pasar justo cuando sacaba el dinero del bolsillo y aparté la vista.

Maione y Ricciardi se miraron; no era necesario olerle el aliento a alcohol, se notaba que al bueno de Ferro le gustaba beber, hiciera o no frío, con solo verle la nariz roja y los ojos inyectados en sangre. Cualquiera que conociese las costumbres del vigilante, quizá habría esperado el momento propicio para colarse.

—Muy bien. Hablemos ahora con los dos gaiteros. A ver qué nos cuentan.

Se notaba a la legua que los gaiteros eran padre e hijo; el parecido era indiscutible: los mismos ojos, los mismos rasgos, la misma forma de moverse.

Ferro los había hecho entrar en su vivienda de la planta baja, detrás de la portería, en el zaguán del edificio. La habitación estaba ocupada en su mayor parte por una mesa de madera en la que había un belén a medio montar. El portero se disculpó por el desorden.

—Tendrá que perdonarme, comisario. No me ha dado tiempo a terminarlo, lo quiero colocar en la entrada del edificio por Navidad. Es decir, quería colocarlo, pero ahora no sé si sería conveniente. Claro que a los hijos del contable Finelli les habría gustado mucho, se lo había prometido, ahora se llevarán un chasco. Pero con dos muertos, y de esta forma tan tremenda, además, tal vez sea mejor que no, ¿le parece, sargento?

Maione se encogió de hombros. Ricciardi se concentró en los dos hombres que se mantenían aparte, como si quisieran que la sombra se los tragara. El hijo, sentado en una silla, estaba pálido y temblaba. A su lado, el padre, con la cara curtida por el sol, apoyaba una mano en el hombro del hijo. Los dos despedían un olor acre.

Vestían las prendas características: sombreros de punta, chaquetas de borrego, botas con cordones cruzados en toda la caña. El muchacho sostenía en brazos la gaita, un saco de piel por el que asomaban tres canutillos de distinta longitud, mientras que el hombre había dejado en el suelo su chirimía, una especie de doble trompeta. La calma del padre contrastaba con el aire aterrorizado del hijo, como si juntos hubiesen querido tocar también las emociones.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Ricciardi dirigiéndose al hombre que estaba de pie—. ¿Y de dónde vienen?

Para su sorpresa, contestó el muchacho con voz temblorosa, pero firme:

—Nos llamamos Lupo, comisario. Yo soy Tullio, y mi padre se llama Arnaldo. Venimos de Baronissi, cerca de Avellino, y estamos haciendo la novena. Éste es... era el tercer día, el viernes antes de Nochebuena.

—Cuéntame qué pasó. ¿A qué hora llegasteis?

—El horario en que tocamos por las casas varía, las señoras van a la suya y nos piden que vengamos por la mañana, por la tarde o por la noche. Nosotros hacemos un recorrido, llevamos cuatro casas, pero no están cerca y nos toca correr. La señora Garofalo..., pobre señora, madre santa..., nos había pedido que viniéramos a la hora de comer, para que estuviera su marido. A la niña le daba un poco de miedo; los niños tienen sus rarezas. Cuando tocamos, los hay que se ponen a batir palmas y a cantar con nosotros, pero también los hay que se asustan, se tapan los oídos con las manos y salen corriendo.

Ricciardi asintió, recordó que cuando era niño le molestaba el sonido agudísimo de la chirimía y el sordo rugir de la cornamusa.

—O sea que la niña no estaba, ¿no?

—No, por eso la señora nos hizo venir a la una. Y también porque su marido regresaba del trabajo y él también quería oírnos.

Maione escuchaba con atención.

—Cuando ustedes llegaron, ¿estaba abierto el portón? —preguntó—. ¿Alguien los vio entrar?

Los dos intercambiaron una rápida mirada, luego echaron un vistazo interrogante al portero.

—Ya sabemos que el portero estaba ocupado —aclaró Maione—. No se preocupen, no lo pondrán ustedes en un brete. Respondan, por favor. Y digan la verdad.

Contestó el padre, con una voz grave y profunda que retumbó en el cuarto:

—No había nadie. Nadie nos vio. Subimos hasta el apartamento. Llamé a la puerta, pedí permiso y nadie contestó. La puerta se entreabrió, se asomó mi hijo. Y enseguida bajamos a llamar al portero. Eso es todo.

—¿Y no vieron subir o bajar a nadie? ¿No oyeron ruidos en el apartamento o fuera?

—Nada. No oímos nada y no vimos a nadie.

El tono era concluyente, decidido. Entre líneas, el hombre había dicho: nosotros no tenemos nada que ver, hemos venido aquí a trabajar.

—Entiendo —dijo Ricciardi—. De modo que fue su hijo quien vio el cadáver de la señora, ¿no es así?

El muchacho se pasó una mano por los ojos.

—Sí, comisario, yo la vi. Y nunca me olvidaré de esa pobre mujer y de toda esa sangre.

—Debe usted comprender —dijo el padre, apretándole el hombro—, el pobre nunca había visto nada igual, solo la sangre de los corderos en Semana Santa. Y eso también lo impresiona.

—¿Y a usted? —preguntó Maione mirándolo fijamente—. ¿A usted le impresiona la sangre de la gente?

El viento trajo el estruendo del mar.

—Yo hice la guerra, sargento. En el frente. Y cuando era niño, en mi tierra todavía había bandoleros. No, sargento, la sangre de la gente no me impresiona. Dejé de impresionarme hace mucho.

Otra ola del mar sonó como el retumbo de un cañón lejano. Ricciardi pensó que a él la sangre seguía causándole impresión, aunque la veía a diario.

—Dejen sus datos al guardia, incluida la dirección del lugar donde duermen en

Nápoles y la de Baronissi. No salgan de la ciudad hasta que les digamos que pueden hacerlo. En una palabra, estén a nuestra disposición. Por ahora pueden retirarse.

—Comisario, hizo bien en dejar que se fueran —le dijo Maione a Ricciardi cuando se quedaron solos—. Es cierto que nadie los vio entrar, solo ellos vieron los cadáveres, la puerta estaba abierta y no había sido forzada, por tanto, la señora dejó entrar a quien la mató. De haber sido ellos, ¿iban a matar a los Garofalo y, sin robar nada, habrían ido a la taberna a llamar al portero en lugar de huir? Además, la huella de la bota en la sangre demuestra que cuando el muchacho se asomó, la mujer ya estaba muerta.

—Yo tampoco creo que hayan sido ellos. De todos modos tenemos sus nombres y direcciones, los encontraremos cuando queramos. Ya sabes que no me gusta meter a nadie en una celda a menos que sea estrictamente necesario. Esperemos un poco y a ver si logramos averiguar algo más sobre lo ocurrido. ¿Han llegado el médico y el fotógrafo?

—Todavía no, comisario. Los mandé llamar desde la jefatura antes de salir para acá. Estarán a punto de llegar. Como siempre pedí expresamente que mandaran al doctor Modo.

—Bien hecho —dijo Ricciardi—. Es del único de quien me fío, los demás siempre meten la pata en algo. Haz pasar un momento a ese tal Ferro, el portero. Quiero preguntarle algo.

Ricciardi tuvo la sensación de que el portero exhibía mayor seguridad; se había abotonado mejor la chaqueta, llevaba el sombrero derecho y se había peinado.

—Aquí me tiene, comisario. Mandé a los curiosos a sus casas con ayuda de su guardia. Son pescadores, aquí rara vez pasa nada, a saber qué esperaban ver.

—Quería preguntarle por la niña, la hija de los Garofalo. ¿Cuántos años tiene y cuáles son los horarios del colegio?

—Verá, comisario, la niña se llama Benedetta, como le he dicho antes, tiene ocho o nueve años y va a un colegio de monjas, en la Riviera di Chiaia. No está lejos, pero tampoco tan cerca para que pueda ir sola. Pasa a recogerla su tía, sor Veronica, que es hermana de la madre y da clases a las niñas de esa edad.

Ricciardi hizo hincapié en ese punto.

—¿Y a qué hora vino a buscarla esta mañana la tía?

—Temprano, como siempre, a eso de las ocho. Yo estaba aquí, la saludé, es una monja simpática, recogió a la niña y se fue. Sor Veronica tiene una voz... peculiar, penetrante. Habla sin parar. Si quiere que le diga, a mí me parece que aturde a la pobre niña.

—En una palabra, todo muy normal. A las ocho todavía estaban vivos, y a la una, cuando llegaron los gaiteros, estaban muertos. Pero ¿vio usted salir al capitán para ir al trabajo?

Ferro evitó la mirada de Ricciardi.

—No lo recuerdo, comisario. Me alejé de mi puesto en un par de ocasiones, a veces tengo que ir al baño, ¿sabe? Después regué las plantas del patio de atrás, fui a hacer unas compras... No, no recuerdo haberlo visto salir y tampoco regresar.

—Lo que queda claro, Ferro —dijo Maione encogiéndose de hombros—, es que uno puede estar seguro de que a usted no se le escapa nada, ¿eh?

—Qué le voy a hacer, sargento, yo vivo solo, no tengo una mujer que me atienda ni hijos que me echen una mano.

Maione miró a Ricciardi y tendiendo los brazos con gesto de impotencia le dijo:

—En fin, comisario. Para enterarnos de cuándo y cómo ocurrió todo tendremos que esperar al doctor Modo.

Y llegó el doctor Modo, con la cara cubierta con una bufanda y el sombrero calado sobre las orejas para protegerse del viento frío, seguido del fotógrafo de la policía y cabreado como de costumbre.

—¡Vosotros! Ya lo sabía. Vamos a ver, señores, tenemos que ponernos de acuerdo de una vez por todas, y acabar con estas llamadas con nombre y apellido. ¿Será posible que me vea en situación de tenerle miedo al operador de la centralita del hospital? ¡Cuándo suena el maldito aparato de teléfono no falla nunca, es por algún enredo y detrás estáis vosotros!

—Doctor, ¿qué quiere que hagamos? —intervino Maione, riendo socarrón—. La culpa la tiene usted por estar siempre presente. Tómese unos días de vacaciones, así nosotros trabajamos con alguno de sus colegas y nos damos al fin por enterados de que hay médicos mejores.

Modo agitó el puño en dirección a Maione.

—Entonces debo resignarme, porque no hay nadie mejor que yo. Y decidme una cosa, ¿habéis hecho un pacto con el diablo para que los delitos de sangre ocurran siempre con un tiempo de perros? O llueve sin parar, como pasó hace dos meses con el caso de ese pobre niño, o sopla este viento helado que te congela hasta las pestañas. ¡Y además me hacéis cruzar la ciudad de punta a punta!

A Ricciardi no se le había movido un solo músculo de la cara.

—Toma nota de una idea, Maione. El próximo homicidio lo organizamos en la sala de espera del hospital y así a nuestro doctor no le afecta la humedad. Lo cierto es que deberíamos mostrarnos más comprensivos con la gente que pinta canas.

El médico puso los brazos en jarras y adoptó un aire peleón.

—Cuidadito, Ricciardi, que soy de los que mejoran con la edad. Y las canas las tengo desde antes de cumplir los cuarenta, que lo sepas. La verdad es que yo confiaba en que ese golpe en la cabeza te modificara un poco el sentido del humor, pero compruebo que sigues igual que antes. La próxima vez que te tenga en el quirófano no resistiré a la tentación de abrirte la cabeza para ordenártela un poco.

—Pero si no has hecho más que darme unas cuantas puntadas —bufó Ricciardi—. Hace falta algo más que un parabrisas para partirme la crisma. Que soy de pueblo, Modo, y ya sabes que tenemos la cabeza más dura que vosotros, los de ciudad. Veo que la Navidad no te dulcifica el carácter.

—Dejando de lado el hecho de que soy ateo, si quieres que te diga la verdad, a mí la Navidad siempre me ha producido tristeza. Todas esas familias que se reúnen para fingir que se quieren, mientras nosotros no dejamos de comprobar día tras día lo mucho que se odian. Tanto intercambio de sonrisas y buenos deseos y luego echan pestes en cuanto se dan la espalda; tanto ostentar riqueza y bienestar, y luego a

apretarse el cinturón y a pasar hambre los días siguientes. Un asco.

—¡Caramba, doctor, qué optimismo el suyo! —rio Maione—. Lo invito a que venga a mi casa la Nochebuena, a ver si es capaz de resistirse al brécol, a los *vermicelli* con almejas finas y a la anguila de mi Lucia, todo ello regado con un par de litros de vino de Gragnano que me consigue un amigo que trabaja por esa zona. ¿Qué se apuesta a que conseguimos que le guste la Navidad?

—Gracias, Maione. Gracias sobre todo porque veo que me hace usted mucho caso. ¿No le he dicho que no le conviene atiborrarse de ese modo? ¿Cuándo entenderá de una vez por todas que debe llevar una vida más sana?

—No hay nada que hacer, doctor, usted no sonrío ni a cañonazos. Está visto que la Navidad lo pone realmente triste.

—No es la Navidad, es la maldad de los hombres lo que me pone triste. Esta mañana antes de que me convocara para que acudiera a su círculo de muertos asesinados, tuve que coser otro par de cabezas porque sus amigos del fascio se están dando el gustazo de ir por ahí repartiendo palos entre la gente. Que lo llamen año noveno o mil novecientos treinta y uno, nada cambia; los que tienen el poder lo usan para mortificar a los que no lo tienen.

—Ya sabía yo —dijo Ricciardi mirando el reloj—. Llevamos tres minutos hablando y la política tardaba en salir a colación. Todo un récord. ¿Es que no entiendes que con esos comentarios el día menos pensado acabarás tú también con la cabeza rota?

Modo soltó una risita socarrona y, con aire astuto, preguntó:

—Será porque la policía no está en condiciones de protegerme. Ni a mí ni a los ciudadanos honrados. Y hablando de ciudadanos honrados, ¿quieres enseñarme a tus nuevos clientes, mi querido comisario vampiro? Tu sed de sangre nos ha traído a orillas del mar. ¿Quién ha muerto, algún pescador? ¿O es que has encontrado a una hermosa sirena asesina?

—Anda, ven, que te llevo arriba y te presento a una bonita pareja. Y de paso te anuncio que tenemos una nueva huerfanita de ocho años que aún no sabe que lo es, de modo que dejémonos de bromas.

En un aparte, mientras Modo, el fotógrafo, Maione y los dos guardias cumplían con el ritual que se repite siempre alrededor de un cadáver, Ricciardi reflexionaba sobre las emociones que le llegaban de la escena del delito. Despertaba su curiosidad la frase de la mujer muerta, «¿Sombrero y guantes?», pronunciada con afectuosa deferencia; tras la frase formal el comisario notaba un reconocimiento, una franca simpatía. Sin embargo, el hombre de la alcoba se mostraba brusco, decidido, su «Yo no debo nada, nada de nada» apuntaba a una deuda no reconocida. Dinero y simpatía, desconfianza y afecto, contrariedad y reverencia. Contrastes. El hombre había

pensado en el dinero; la mujer, en un cordial recibimiento en su propia casa.

El comisario sabía desde siempre que el hambre y el amor, y sus innumerables variantes, se encontraban en el origen de todos los delitos. El hambre generaba ambición, envidia, venganza; el amor era el padre de los celos, el odio, la rabia. Los dos grandes enemigos, aliados hasta el derramamiento de sangre. En esta ocasión, Ricciardi no tenía aún elementos suficientes para identificar cuál era la pasión corrupta que había desempeñado el papel de director en la representación a la que estaba asistiendo.

Maione lo llamó sacándolo de sus pensamientos.

—Comisario, venga a ver.

La voz del sargento le llegó desde otra estancia, una salita contigua a la alcoba. La habitación estaba decorada para la Navidad con festones y cucardas, y en el centro, sobre una mesa de madera, había un pesebre enorme. Era francamente notable, con todos los elementos que dictaba la tradición. Ricciardi no era experto en la materia, pero admiró el paisaje definido con precisión, animales y hombres y elementos arquitectónicos dispuestos de una forma que respetaba las proporciones y daba la sensación de que sus dimensiones eran mayores de lo que realmente eran.

—Bonito —dijo, volviéndose hacia Maione—. Pero ¿qué tiene de peculiar?

—Según la tradición —contestó el sargento—, los gaiteros tocan delante del pesebre la novena, nueve veces, es decir, delante del Niño. De modo que a los Lupo, padre e hijo, los hacían entrar aquí. Ahora no podemos saberlo con certeza, pero a mí me parece que no falta nada. Los Garofalo tenían dinero, la casa es opulenta, los muebles, los adornos son nuevos y bonitos. Hay varias piezas de plata que siguen en su sitio. Aparte de la masacre causada a los cuerpos, no hay nada roto o forzado.

Ricciardi esperaba las noticias.

—¿Y bien? ¿Para qué me has hecho venir aquí?

—He aquí el porqué, comisario —contestó Maione con sonrisa astuta—. Tiene que agacharse y mirar debajo del mantel de la mesa del pesebre.

Ricciardi observó que debajo del paisaje construido sobre la mesa de madera había un pesado mantel de tela roja, decorado con estrellas bordadas; era largo y casi llegaba al suelo. Se arrodilló junto a Maione, levantó el borde y vio los fragmentos de una figura. Recogió algunos y los llevó a la luz.

Entre otros, distinguió media cara barbuda y el mango doblado de un bastón con una mano diminuta pegada a él. Miró hacia el pesebre y antes de que formulara la pregunta, Maione le contestó:

—Sí, comisario. En el pesebre están todos menos san José.

Se quedaron de rodillas, a los pies del pesebre, mirándose perplejos, Ricciardi con unos fragmentos de la figurita de san José en la mano. Finalmente el comisario le preguntó al sargento:

—¿Y esto qué significa? A lo mejor se le cayó a uno de los Garofalo y se rompió accidentalmente.

Maione se rascó la cabeza levantándose la gorra unos centímetros.

—No sé, comisario. Si a mí se me rompe algo en mi casa lo recojo y, si no tiene arreglo, lo tiro a la basura. No meto los fragmentos debajo de una alfombra o del mantel. A mí me parece que lo hicieron a propósito.

—¿Y eso qué significa? Si la hubiesen cogido o roto como afrenta, la habrían dejado en el suelo, a la vista. Pero trataron de esconderla. ¿Qué significa eso?

—Ya le digo, no lo sé —contestó el sargento extendiendo los brazos con gesto de impotencia—. También podría tratarse de un hecho casual, no sé, paso cerca del pesebre, lo toco y se cae uno de los pastores, estoy huyendo y no me paro a recoger los fragmentos, y menos después de toda la sangre que hay...; en fin, algo por el estilo.

—Pero esta habitación no se encuentra en el trayecto que va de la puerta a la alcoba, hay que venir aquí expresamente —reflexionó Ricciardi en voz alta—. No, si fue el asesino, quiso decir algo. Pero ¿qué?

El doctor Modo se asomó por la puerta. Llevaba la camisa arremangada, el pelo canoso despeinado y las manos manchadas de sangre.

—Aquí estáis, en plena crisis mística, hincados de rodillas frente al Nacimiento. Una escena de lo más conmovedora, la conversión de dos rudos policías. ¿Qué vais a hacer ahora, os recluiréis en un convento a cultivar huertecillos?

Ricciardi se levantó con agilidad; Maione en cambio lo hizo con cierta dificultad.

—Bruno, me alegro de que aprecies la espiritualidad. ¿Por qué no haces como nosotros y eliges una misión? Estoy seguro de que conseguirás convertir al centenar de Magdalenas cuyo trato frecuentas semanalmente.

Modo se echó a reír.

—¿Te imaginas las caras de las señoritas, si me presentara en un burdel empuñando una cruz? A lo mejor lo pruebo para ver cómo reaccionan. ¿Sabes qué doloroso es perder a un hombre como yo?

—Y una de sus principales fuentes de ingresos, no lo olvides. Y bien, ¿has descubierto algo?

El médico empezó a limpiarse las manos con el pañuelo.

—El examen de la mujer que está en el recibidor es bastante sencillo. Con una cuchilla muy afilada, alguien decidió dibujarle una nueva sonrisa unos centímetros

por debajo de la que le tocó al nacer. Un solo tajo, el que lo hizo estaba frente a ella y usó la mano derecha. Una fuerza enorme, un poco más y le separa la cabeza del cuerpo, lo cortó todo, laringe, esternocleidomastoideo, carótida. Por ahí salió la sangre, debió de brotar un buen chorro.

—Entonces, doctor —intervino Maione—, lo más probable es que el asesino se manchara, ¿no?

—Por supuesto, sargento —asintió Modo—. Si no le dio tiempo a apartarse de un buen salto, es probable que se manchara de sangre la cara y la ropa. La muerte fue rápida, cuestión de segundos. No le dio tiempo a enterarse siquiera, menos mal. El caso del marido es distinto y me plantea dudas.

—¿Por qué? —preguntó Ricciardi.

—Te explico. En el caso del marido el ensañamiento fue brutal. El cuerpo presenta unas sesenta cuchilladas, muchas de ellas asestadas después de muerto, yo creo que por lo menos la mitad. Los asesinos debían de tener serios motivos de resentimiento. Lo sorprendieron mientras dormía, o casi, no hay signos de lucha. Una vez hecha la autopsia, lo sabré seguro, pero me parece que la víctima tiene las uñas intactas y ninguna marca en las manos. Pero después, y ésa es una de las cosas curiosas, después de toda esta violencia, lo arreglaron, lo enderezaron, lo taparon con la sábana. Un respeto que no tuvieron al matarlo.

A Ricciardi no se le escapó el uso del plural.

—Perdona, Bruno. Al hablar de la mujer te has referido a una sola persona. En el caso del hombre hablas en plural. ¿Cómo es eso?

—Nada se le escapa al sabueso, ¿eh? Tienes razón, he hablado en plural. Tengo que practicar la autopsia para ser más exacto. Pero así a ojo y después de un primer examen, me parece a mí que las heridas del cuerpo del hombre fueron hechas por otras manos.

Maione paseaba la vista del médico al comisario, perplejo.

—¿Qué quiere decir, doctor, con eso de otras manos?

—En primer lugar, me refiero a la trayectoria —contestó Modo—. Algunos cortes se hicieron de derecha a izquierda; otros, de izquierda a derecha. Un diestro y un zurdo. Después está la fuerza; algunas cuchilladas son profundas, creo que hay incluso costillas rotas; otras son superficiales, la punta apenas penetró. No estoy en condiciones de decir cuántas armas utilizaron, pero tengo la impresión de que las manos fueron por lo menos dos.

Se hizo un silencio.

—¿Y de la hora de la muerte puedes decirnos algo? —le preguntó Ricciardi.

Modo negó con la cabeza.

—Verás, el ambiente está muy caldeado en comparación con el exterior, ¿no notáis que esto es como un horno? Algunas de las estufas están puestas al máximo,

esta pareja debía de ser más friolera que yo. Eso altera un poco el post mórtem, el enfriamiento del cuerpo, por ejemplo. En general, creo que puedo reducir el intervalo. Nuestros amigos murieron entre las siete y la una, teniendo en cuenta que ahora son las cinco de la tarde.

—Doctor —intervino Maione—, ¿no podría ser un poco más preciso? ¡Que una cosa son las siete y otra muy distinta la una!

—¿Usted qué se cree, que tengo una bola de cristal? —le soltó Modo con brusquedad—. Tipo mago Merlín, abracadabra, dime la hora exacta, que el sargento Maione la quiere saber. ¿Qué se cree, que soy un charlatán? ¡Soy científico, maldita sea! ¡Bastante hago reduciendo tanto el intervalo sin haber hecho la autopsia!

—Está bien, doctor, no se sulfure. Nos basta con que estemos seguros de que los Garofalo están muertos, ¿no? ¿Eso lo podemos decir?

Modo fingió resignación alzando las manos.

—Me rindo. Los he matado yo, lo confieso, pero acabemos con esta comedia. Espero poder informarles de todo lo demás tras la autopsia. Han llegado los de la funeraria, les pediré que lleven al hospital a estos dos pobres desgraciados; el fotógrafo dice que ha terminado. ¿Bajáis conmigo?

En el portón se encontraron con Ferro rodeado de algunas personas.

—Comisario, son los inquilinos de los otros apartamentos. Los he retenido aquí, no sabía si podía dejarlos pasar. ¿Pueden?

—Sí, pueden subir. Hablen un momento con el sargento Maione, que les hará unas preguntas, no los entretendrá demasiado. —Y por lo bajo, le indicó a Maione—: Trata de averiguar algo, sobre todo de él, de Garofalo, costumbres, vicios, compañías. A veces los vecinos saben incluso más que los parientes.

—Delo por hecho, comisario —dijo Maione—. Quédese tranquilo. Yo me encargo. He mandado a Cesarano al colegio de la niña para comunicar la noticia. Me pareció que no era cuestión de que la pequeña regresara a casa y se encontrara con ese espectáculo. ¿He hecho bien?

—Sí, Maione. Es mejor que esa noche la niña se quede allí. Mañana por la mañana iremos a hablar con la tía y, si se puede, con la pequeña.

Mientras Maione se disponía a interrogar a los vecinos, Ricciardi acompañó al médico hasta el portón.

—Sabes, Bruno, la Navidad tampoco significa mucho para mí. Pero, no sé por qué, ver algo de esta naturaleza en estos días me llena todavía más de tristeza.

—No te falta razón. Lo que ocurre es que en estas fechas es más fácil hacerse ilusiones y pensar que la naturaleza humana puede ser mejor de lo que es.

En cuanto salieron a la calle, Ricciardi vio una sombra que se aproximaba pegada a la pared y se detenía a unos metros de distancia.

—¿No es ése...?

El médico pareció avergonzarse.

—Sí, es el perro de aquel niño, el que murió envenenado en noviembre y al que me pediste que le hiciera la autopsia. Seguía viniendo por el hospital aunque se mantenía a distancia. Los granujillas de la calle le tiraban piedras y él se alejaba, pero después volvía. A saber, quizá estaba esperando el regreso de su amiguito. Al final le di una rebanada de pan, se la comió en cuanto vio que me apartaba un poco. Al día siguiente se me acercó, se dejó acariciar. Y yo..., en fin, que los dos estamos solos, ¿no? Y se me ocurrió que podíamos hacernos compañía. Me siguió hasta casa y se quedó fuera; se echó en el jardincillo del patio, y allí lo encuentro a la mañana siguiente. Me sigue, no me molesta. No tiene nada de malo, ¿no?

—No, Bruno —contestó Ricciardi con una mueca—. No tiene nada de malo.

Observó al perro, que le devolvió la mirada con sus cálidos ojos castaños, tenía la pelambre blanca con manchas marrones, el hocico puntiagudo, una oreja erguida y la otra colgando. Un perro como tantos. O quizá único.

—Me acuerdo de él. Estaba junto al niño cuando lo encontramos. Me alegro de que haya hecho un nuevo amigo. Mi querido doctor, debe usted reconocer que es mejor tener un amigo, sobre todo en Navidad.

—Bobadas —rió Modo—. Vamos, perro, larguémonos de aquí, que sopla el viento. Hasta la vista, Ricciardi. Ven a verme al hospital pasado mañana y te daré los resultados de las autopsias.

Y se alejó bajo la luz de las farolas agitadas por el viento, seguido desde la sombra por el perro.

Vino un muchachito desde Mergellina para avisarnos a todos. Corrió descalzo, junto al mar, en medio del viento y los rociones, las plantas de los pies curtidas como cuero pisando las piedras afiladas entre la arena, saltando sobre los peñascos.

Llegó corriendo a dar la noticia.

Yo estaba tallando la madera para encolar encima las figuras de los recortables Stella; mis niños también deben tener un pesebre. Los cuatro junto a mí, para ver nacer al buey, al burrito, a los Reyes Magos. Algunos los pinto yo, porque la hoja no trae todos los pastores: Cicci Bacco, zi' Vicienzo y zi' Pascale, Estefanía, el Monje. Y los pescadores, como es natural. Tienen que ver a los pescadores en el pesebre. Y deben pensar que también están los tíos, los amigos. Su padre. En el pesebre deben estar todos. Todos tienen derecho.

Los niños estaban a mi lado, viéndome tallar; mientras cerca de allí las olas del mar golpeaban los muros del castillo, como un animal que intenta derribar una puerta a cabezazos. El castillo protege la aldea, siempre ha sido así. El castillo negro con la aldea oculta detrás.

Llegó el muchachito, llamó desde la plazoleta. Abandonamos nuestras casas a la carrera, todos nosotros, que esperábamos la hora de salir con las barcas, otra noche con mar gruesa, otra noche a buscar comida, otra noche en que las mujeres esperan y rezan para saber si los hombres han conseguido regresar o no.

Llegó el muchachito sin aliento, y echamos a correr, preguntamos qué había pasado. El muchachito bebió un poco de agua, y nos habló de la sangre. Nos habló de las cuchilladas, nos habló de la policía y del médico, nos contó lo que había oído decir, oculto detrás de una pared, palabras que el viento frío había llevado en su dirección.

Nosotros escuchamos, nosotros que habíamos temblado al oír aquel nombre, nosotros que lo vimos llegar cien veces, y cien veces pensamos en esa sangre que por fin fue derramada.

Cuando el muchachito terminó su relato, cada cual se volvió para su casa. Yo no. Yo me fui al muelle, donde nuestras barcas esperan a que se calme la mar gruesa de esta noche. Me planté frente al mar, con el cuchillo todavía en la mano, el cuchillo con el que estaba tallando la madera para el pesebre, el buey, el burrito, Cicci Bacco.

Me senté en un bolardo, los rociones me mojaron la cara, el viento me silbaba en los oídos.

Me miré la mano que aferraba todavía el cuchillo.

Y me eché a reír. Y reí, y reí.

Hasta que se me saltaron las lágrimas.

Ricciardi se retiró a su cuarto. Tras la puerta entornada, la radio emitía la música de una orquesta, lamento de un tango que evocaba la soledad y los celos. Más lejano, el ruido de los platos de la cena que la tata Rosa lavaba en el fregadero.

Se acercó a la ventana, notaba en el pecho la presión de siempre, el punto de inquietud. Abrió los ojos y, al hacerlo, se dio cuenta de que los había mantenido cerrados; miró. Nada. Los postigos de la segunda planta de la casa de enfrente, al otro lado del estrecho callejón que llevaba a Materdei, estaban cerrados. Por las rendijas se filtraba la luz de la cocina de los Colombo. De vez en cuando se veía pasar una sombra; conocía esos movimientos, durante meses habían sido su espectáculo, una función por noche, la única concesión a la normalidad que se permitía un alma sabedora de ser por completo anormal.

¿Por qué has cerrado los postigos?, preguntó por enésima vez. De pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los de un gato, mientras su dueño buscaba la respuesta a su pregunta.

Echaba de menos a Enrica. Sin haberle hablado apenas, salvo el torpe y tímido interrogatorio de la primavera anterior, sin haberla mirado nunca a los ojos, salvo en alguna ocasión fugaz, desesperada; sin haberla alejado nunca, ni por un instante, de sus pensamientos, salvo una única vez dos meses antes, cuando se había dejado arrollar por la soledad.

Echaba de menos a aquella muchacha normal, demasiado alta, con sus faldas largas pasadas de moda, sus gafas con montura de carey, que por las noches, con movimientos metódicos y serenos de la mano izquierda bordaba a la luz de una lámpara, solo para sus ojos que la contemplaban en la oscuridad.

Echaba de menos no encontrarse con la serenidad de los movimientos de aquella muchacha, que preparaba la cena para sus padres y hermanos, que leía y recogía la mesa, que escuchaba música o daba clases a niños en su casa, su consuelo después de tanta sangre, tanto sufrimiento que lo asaltaba en todas las esquinas, tanto dolor que tocaba su horrible canción solo para él.

No se explicaba por qué Enrica le había cerrado también esa estrecha rendija que le permitía observar su vida, consciente de no poder formar parte de ella de otro modo. Gracias al intercambio de un par de cartas se había enterado de que ella sabía que la observaba; recordaba cuánto le había costado redactarla, cuánto había dudado. Demasiado tiempo y demasiado esfuerzo para unas breves líneas formales en las que solicitaba su permiso para saludarla, aunque fuese de lejos. Y la respuesta de ella, calma y serena, con la que le decía que apreciaría, y mucho, su saludo.

Todo apuntaba a un acercamiento, a una amistad. Después se había producido el accidente, el hospital; ni una sola visita, ni una sola carta en esos días. Y a su regreso,

los postigos cerrados.

Y mientras detrás de la puerta el tango daba paso a un melancólico vals, Ricciardi pensó en la sangre de los Garofalo derramada por toda su casa junto al mar, y en que la vida era demasiado breve para desaprovechar las emociones. Pensó en sí mismo, que caminaba en la frontera entre la vida y la muerte sin participar plenamente ni de la una ni de la otra, y en su existencia vivida entre profundos silencios y ruidos ensordecedores.

Levantó la vista hacia las ventanas oscuras de la tercera planta del edificio de Enrica. En una de ellas vio claramente, como siempre, la figura translúcida de la recién casada, se mecía en el aire colgada de una cuerda.

Un caso especial en el conjunto de sus visiones. Aparecía y desaparecía por épocas, plagando la casa donde había puesto fin a su vida; como si la emoción final fuese transportada por un viento y luego arrinconada en la oscuridad donde esperaba el regreso. La veía claramente esa fría noche de diciembre, el cuello estirado por el descoyuntamiento de las vértebras, los ojos salidos de las órbitas, la lengua negra colgando de la boca abierta de par en par en busca de aire. Y la voz ronca, áspera: «Maldita puta, te has llevado a mi amor y mi vida». Una traición, un abandono, la incapacidad de sobrevivir en soledad.

Ricciardi dio la espalda a la ventana cerrada y a la abierta, a la mujer que vivía pero que no se dejaba ver y a la que no vivía pero que se ofrecía a los ojos de su alma con todo su dolor. Se acercó al escritorio, se sentó y sacó una hoja de papel. Le escribiría, esta vez sin la ayuda del *Repertorio epistolar o ramillete de los amantes*, sin cartas modelo, sin falsilla. Le escribiría, le hablaría de sí mismo a quien no sabía.

Querida Enrica:

Desde que he vuelto del hospital se niega usted a dejarse ver. Sé que se enteró del accidente; Rosa me contó que estuvo a su lado en los primeros y dramáticos momentos en que no sabían si había salido bien librado. Me encuentro bien, en caso de que le interese saberlo; poco más de un rasguño en la cabeza, algún que otro mareo. Pero me siento bien.

No la repruebo por la ventana cerrada, por el silencio. Tiene usted razón: una mujer joven tiene esperanzas, aspiraciones, deseos. Una mujer joven desea que la cortejen, que la lleven al cine, a bailar. Una mujer joven querría un novio para presentárselo a sus padres, para invitarlo a almorzar los domingos. Una mujer joven querría ser amada.

Yo la amo, Enrica. No le quepa a usted la menor duda. Si el amor es un latido, si el amor es una espera, si el amor es un sutil sufrimiento, yo la amo. Y mi corazón y mi mente no la dejan nunca.

Por desgracia, el amor no es un lujo que pueda concederme. No he nacido para

experimentar estos sentimientos, para tratar de ser feliz. Estoy condenado.

Veo a los muertos. En cada esquina, en cada ventana, veo a los muertos. Los veo en el instante en que la muerte segó sus vidas con violencia, veo sus cuerpos destrozados por las heridas, veo su sangre manando, veo sus huesos asomando a través de la carne torturada. Veo a los suicidas, a los asesinados, a los atropellados por los carruajes, a los ahogados en el mar. Los veo y los oigo repetir obsesivamente el último y obtuso pensamiento de antes de su vida quebrada. Los veo hasta que se desvanecen en el aire para encontrar esa paz que no sé si existe ni en dónde está. Y siento su dolor inmenso al abandonar para siempre el amor.

Estoy condenado. Desde niño llevo encima esta lacra, y tengo motivos para creer que mi madre padecía esta misma y terrible enfermedad, que la llevó a la locura y a la muerte.

La amo, Enrica. Y si el amor es querer el bien de la persona que se ama, ¿cómo condenarla a mi compañía? ¿Cómo imponerle compartir su vida con alguien que camina entre los muertos? Usted que tiene la posibilidad de no ver, usted que puede sonreír feliz, en un lugar a poca distancia del cual yo veo cadáveres gimientes, ¿estaría acaso dispuesta a condenarse a vivir con un hombre como yo?

La amo, Enrica. No hay nada que desee más en el mundo que estrecharla entre mis brazos, velar por sus sueños, besar su sonrisa. Y precisamente porque la amo, debo mantenerme alejado de usted. Créame cuando le digo que me consume más condenarme a su ausencia que ver, en este mismo momento, el fantasma de una mujer ahorcada que llama a su amor perdido.

Su ventana cerrada es para mí un tormento; pero soy feliz porque la protege de mí.

La amo, Enrica. La amaré siempre en lo más recóndito de mi alma.

Una ráfaga de viento sacudió los cristales.

Con los ojos perdidos en el vacío, Ricciardi cogió despacio la hoja que acababa de escribir y la rompió en mil pedazos; luego se levantó, abrió la ventana y confió los fragmentos a la noche helada.

La mañana del sábado antes de Navidad tenía sus peculiaridades. Las antiguas tradiciones se mezclaban felizmente con las nuevas costumbres; las mujeres con enormes cestas de huevos en precario equilibrio sobre las cabezas caminaban seguidas de una cohorte de niños vestidos de balilla, que se dirigían a una reunión celebrada en la plaza.

En las aceras de las calles elegantes proliferaban centenares de tenderetes que vendían de todo, robando espacio al paseo y a sus propios clientes. Jarrones chinos, restos bélicos como prismáticos y catalejos, botas y bayonetas, paños y sombreros; la belleza de la propia mercancía era pregonada por cada vendedor a voz en cuello para imponerse al aullido del mar.

Con el gélido viento en contra, Maione y Ricciardi avanzaban por la via Santa Maria in Portico. A su paso, al reconocer el uniforme del sargento, mendigos y vendedores se hacían a un lado, desviaban la vista y bajaban la voz: era como si un ala negra pasara en medio del mercado.

Los dos hombres no estaban de buen humor; se dirigían al convento de las Hermanas Reparadoras de la Virgen de los Dolores, donde se encontraba la escuela a la que iba la hija de los Garofalo; tener que mirar a la cara a una niña que acababa de perder a sus padres no era en modo alguno una buena perspectiva.

—¿Qué pudiste averiguar ayer de los vecinos? —preguntó Ricciardi, sin aminorar el paso—. ¿Algún dato interesante sobre la vida de los Garofalo?

—Nada que pueda conducirnos a la pista adecuada, comisario. Parece que él, Emanuele, era un centurión de la milicia portuaria, ya sabe usted, eso que los fascistas montaron en el puerto y que se ocupa del movimiento de mercancías y el control de la pesca. El contable, el tal Finelli, me contó que lo habían ascendido hará cosa de un par de años y que la promoción fue por méritos especiales, no sabía bien cuáles.

Ricciardi asintió sin dejar de andar.

—En estos tiempos, cuando se habla de méritos, quiere decir que hizo de espía para alguien. ¿Qué más?

—Todos los vecinos confirman la integridad y la seriedad de la familia —contestó Maione resoplando para poder seguir el ritmo de su superior—. Yo creo que como pertenecía a la milicia fascista, tenían miedo de hablar mal. Demasiados «un hombre de bien», «gente respetable». En fin, que todo demasiado perfecto. Hasta el portero, el tal Ferro, mostró demasiada deferencia. ¿Será posible, comisario, que de sus bocas no saliera un solo chisme, una sola maledicencia?

Ricciardi se encogió de hombros, pensando en el delicado recibimiento del cadáver degollado de la mujer: «¿Sombrero y guantes?».

—A lo mejor es cierto, ¿cómo saberlo? ¿Tenían amistades, recibían visitas?

—Pocas. La hermana de ella, algún colega de él con esos curiosos uniformes nuevos y el lacito en el sombrero, proveedores. A juzgar por los comentarios de los vecinos, apenas recibían visitas.

—¿Y la mujer? ¿Cómo era, qué carácter tenía?

—Ah —contestó Maione haciendo un gesto vago con la mano—, de ella cuentan todavía menos. Una señora seria, pudorosa, siempre sonriente, educada. Salía únicamente con su marido, estaba muy unida a la niña, una mujer de su casa. Nadie oyó nunca un solo grito, ni siquiera que nadie levantara la voz en ese apartamento.

—En fin, ni un solo dato que nos sirva —soltó Ricciardi—. Todo perfecto, todo bien, ni un solo tropiezo en la vida de esa familia. Si no fuera porque un buen día, con la Navidad al caer, alguien entra, los mata a cuchilladas provocando un baño de sangre, rompe el san José del pesebre y se va. Una pequeña imperfección, un leve pliegue en la rutina del día.

—¿Acaso no es siempre así, comisario? —comentó Maione con amargura—. Todo va bien, hasta que algo va mal. Y la que paga los platos rotos es esa pobre niña, a la que solo le queda en el mundo una tía monja. Tendrá que quedarse en el convento, y a lo mejor también se mete a monja.

—Y a lo mejor, no, Maione. ¿Qué me dices de la tía monja?

—Nada, comisario. Por lo que he deducido de las medias frases de Ferro y los vecinos, se ve que se trata de un personaje bastante curioso. Una mujer menuda pero enérgica, siempre en movimiento, con una voz rara, de pito; se trata de la hermana mayor de la esposa de Garofalo, no hay más hermanos. Él tampoco los tenía. En fin, que a la niña solo le queda esta tía.

Se entraba al convento por una puertecita abierta en un muro gris muy alto, en un callejón que llevaba a la Villa Nazionale. Se oía el ruido incesante de las olas que golpeaban contra las escolleras frente a la playa.

Después de identificarse a través de la mirilla, Ricciardi y Maione fueron recibidos en la entrada por una novicia que los condujo a una sala de espera gélida, sin más mobiliario que un reclinatorio colocado delante de un cuadro de la Virgen. Por una ventana se veía un espacioso jardín, con árboles agitados por el viento; entraba una luz débil y grisácea.

Al cabo de unos minutos en los que Ricciardi miró fuera y Maione se inspeccionó las uñas, la puerta se abrió y apareció una monja. La mujer no habló, fue al centro de la sala, despachó a Maione con una ojeada superficial y detuvo la mirada en Ricciardi. Tras un largo silencio, Maione tosió incómodo y dijo:

—Buenos días, hermana. Soy el sargento Maione, y éste es el comisario Ricciardi, de la brigada móvil de la jefatura de policía de Nápoles. Buscamos a sor

Veronica, la hermana de la señora Garofalo, Costanza Garofalo. Hay aquí una niña que...

Sin apartar los ojos de Ricciardi, la monja habló. Y lo hizo con una voz estridente, aguda, como un arañazo en la pizarra.

—La niña se llama Benedetta, es mi sobrina. Yo soy sor Veronica, de las Hermanas Reparadoras de la Virgen de los Dolores.

El comisario y el sargento se miraron. La mujer no se parecía en nada a su hermana, que había sido una mujer delgada, de estatura media, con unos rasgos que, pese a la rigidez de la muerte, se intuían delicados y finos; la monja, en cambio, era bajita y redonda, de cara arrebolada y nariz chata. La voz y la postura del cuerpo, que se balanceaba ligeramente hacia atrás y hacia adelante, completaban un cuadro más bien cómico.

Para romper el hielo, Maione se acercó y le tendió la mano con respeto.

—Hermana, la acompañamos en el sentimiento.

Tras una breve vacilación, la monja le tendió la mano y el sargento hizo ademán de besársela. Al tocarla se encontró con una cosa diminuta, viscosa y sudada, cuyos toscos dedos asomaban apenas por la manga del hábito negro; el sargento tuvo que reprimir el asco y la tentación de soltarla tras haberla estrechado apenas. Salió del brete fingiendo un beso a unos centímetros de distancia, para dar un rápido paso atrás; le dejaba el campo libre a Ricciardi, había sido incluso demasiado heroico.

—Hermana, ayer enviamos a un guardia a avisarle de lo ocurrido en casa de su hermana.

—Sí, justo a tiempo. Me disponía a llevar a Benedetta con sus padres. No es la primera vez que me quedo con la niña, la acomodo en una camita en mi habitación. Se queda con gusto, estamos muy unidas.

Ricciardi escrutaba la cara de la monja para comprobar sus reacciones.

—¿Sabría decirnos algo sobre quienes frecuentaban el trato de su hermana y su cuñado? Algo que pueda conducirnos a la pista adecuada...

—No sé nada de la vida de mi hermana y su marido. Él era un hombre ambicioso, vivía para el trabajo y no tenían mucha vida social. De la niña y de su educación me ocupo yo de común acuerdo con mi hermana. Eso es todo.

El sonido infantil y agudo de la voz estridente contrastaba con la dureza de sus palabras.

—Pero quizá su hermana le hizo alguna confidencia —insistió Ricciardi—. No sé, tal vez le habló de amenazas o de conflictos suyos o de su marido.

—Comisario, yo no me metía en las cosas de mi hermana y su marido —contestó la monja sin dejar de balancearse—. A él lo veía poco y solo de pasada; estaba siempre en el trabajo, ya se lo he dicho. Y como mi hermana vivía a la sombra de él, me limitaba a tocar un único tema, mi sobrina. Y su educación.

Ricciardi sostuvo la mirada de la monja. Maione restregó el suelo con el pie, como un mulo inquieto.

—Hermana, ¿me equivoco si digo que su cuñado no le caía demasiado bien?

La cara redonda y arrebolada de la monja se abrió en una sonrisa triste.

—Para no apreciar a alguien hay que conocerlo, comisario. Y a mi cuñado lo habré visto en total cuatro o cinco veces. Entre las reuniones del partido y su trabajo en la milicia, nunca estaba en casa. Y ahora está muerto, y por su culpa también murió mi pobre hermana, y a mi sobrina no le queda más familia que esta pobre monja.

Ricciardi se detuvo en esta última frase.

—¿Por qué dice «por su culpa»?

Sor Veronica le sostuvo la mirada.

—El hombre importante era él. Como le decía, mi hermana no era más que una sombra en la casa. No le quepa a usted duda de que quienquiera que haya sido, la tenía tomada con él, y si también mató a mi hermana fue solo porque se cruzó en su camino. Ayer, su guardia me contó algo sobre cómo los encontraron. Mi pobre Costanza se limitó a abrir la puerta. Era a él a quien buscaban.

El viento resonó en el jardín. La temperatura de la sala pareció bajar todavía más.

—¿Qué hará ahora con la niña? —preguntó Ricciardi—. ¿Qué le dirá?

La monja volvió los ojos hacia la ventana y suspiró levemente.

—Es una niña fuerte. Le diré que sus padres se marcharon de viaje y, poco a poco, le iré dejando caer algún detalle; al final, le diré que murieron en un accidente, algo romántico, el hundimiento de un barco, el descarrilamiento de un tren en algún país exótico. Entretanto, trataré de darle la mejor vida posible. —Se detuvo un momento, luego clavó otra vez la mirada en Ricciardi y añadió—: Mi hermana era una mujer dulce, ¿sabe, comisario? Una mujer delicada, serena, culta. Se merecía una larga vida, nietos, una vejez tranquila. Recé toda la noche por ella y por mi cuñado. Me parece imposible que ya no vaya a verla más.

En su rostro empezaron a deslizarse lágrimas silenciosas. Del hábito sacó un pañuelo enorme y se sonó la nariz, con el toque grotesco de una trompeta de carnaval; ni a Maione ni a Ricciardi les dio por sonreír.

—¿Necesitan ustedes... quieren hablar con la niña? —dijo, tras una pausa—. Se lo ruego, me gustaría que lo supiera tal como acabo de decirles. Es tan pequeña, solo tiene ocho años. Su mundo está hecho de cuentos de hadas y héroes, no quiero que se asome al mundo real por primera vez y se encuentre con la sangre de sus padres.

Maione miró a Ricciardi, que asintió y luego dijo:

—No tema, hermana. No es necesario que hablemos con la niña, y si tuviéramos que hacerle alguna pregunta, no hará falta contarle lo sucedido. De todos modos, téngala aquí con usted. En los próximos días es posible que le hagamos alguna

pregunta.

—Gracias, sargento. No será fácil, la Navidad está a la vuelta de la esquina, querrá saber por qué no puede regresar a su casa. Enviaré a alguien a recoger sus cosas, su ropa, alguna muñeca. No será fácil.

—Avísenos si necesita algo, hermana —dijo Ricciardi a modo de despedida—. Para usted o la niña.

—Sí, necesitamos algo —contestó tranquila sor Veronica—. Necesitamos que quien lo hizo pague, y que lo pague caro. Por eso, comisario, en nombre de mi sobrina y en el mío propio le ruego que encuentre a los asesinos de mi hermana y mi cuñado.

Cuando salieron el viento había cobrado más fuerza y el mar mugía invisible más allá de la Villa Nazionale, pero ambos tuvieron la sensación de encontrarse en un lugar muy acogedor.

—Madre mía, comisario —dijo Maione—, esa voz rompe los tímpanos. Y la mano..., no tiene usted idea... ¡Puaj, qué asco! Húmeda, blanducha... Pobre criaturita, la niña, se ha quedado con un ser extraño.

—Que la quiere —dijo Ricciardi con un suspiro—, al menos la quiere. Un destino mejor que el que le toca en suerte a muchos de esos granujillas que vemos en las calles. Démonos prisa, Raffaele. Debemos decidir el plan de acción, no tenemos mucha información. Ya has oído lo que ha dicho sor Veronica. Debemos encontrar a los asesinos.

Sabía que lo encontraría allí, y, de hecho, lo encontré. Sentado en el fondo de la sala, apartado de todos, los ojos perdidos en el vacío, el vaso en la mano, mientras los demás cantaban alrededor de una guitarra desafinada y medio rota.

Cruzó el local para llegar hasta él, esperó una invitación a sentarse que no llegó, se acomodó en una banqueta. El ruido del jolgorio era ensordecedor; una taberna en un callejón cerca del puerto, un sábado a la noche.

—Podrías saludarme, al menos —dijo, tras mirarlo un buen rato—. ¿Sabes el riesgo que corro viniendo aquí? Podrían verme.

El otro contestó con la voz pastosa, sin apartar los ojos del vacío:

—¿Quién te ha pedido que corrieras ese riesgo? Anda, lárgate. Que es lo que mejor se os da a todos.

El hombre que acababa de llegar asestó un puñetazo en la mesa e hizo tintinear la botella.

—Y tú no sabes hacer otra cosa que llorar y lamentarte. He venido para hacerte una pregunta: ¿fuiste tú? Debo oírlo de tus labios.

—No sé de qué me hablas —murmuró el borracho—. Ni me importa. Lárgate, te digo, y déjame en paz.

La música se interrumpió bruscamente y los dos hombres iniciaron una acalorada discusión. El tabernero actuó de prisa, los agarró de los hombros y los echó a la calle. El guitarrista se puso a tocar otra vez.

—Entonces, ¿has sido tú? La mujer, Anto'..., ¿hacía falta ella también? ¿Y de esa forma, además?

En los ojos del que se llamaba Antonio hubo un destello de interés.

—¿Qué quieres decir? ¡Habla claro!

—No acabo de entender si me estás tomando el pelo. Bien mirado tal vez sea mejor que no lo entienda. Hagamos como si nada, y así te lo cuento yo. Ayer por la mañana mataron a Garofalo y a su mujer. A cuchilladas. ¿Estamos? Ahora ya estás enterado. Yo en tu lugar, desaparecería del mapa en el primer carguero para América y adiós muy buenas. He venido a decírtelo, ahora tengo la conciencia tranquila. Buenas noches, Anto'. Puedes terminar de emborracharte.

Se levantó y se marchó abriéndose paso a empujones entre los bailarines borrachos.

Antonio siguió sentado, la mirada otra vez perdida en la oscuridad. Negó despacio con la cabeza mientras murmuraba:

—Esto también. Esto también me lo has robado. Maldita sea tu alma.

La semana antes de la Navidad el centro de Nápoles se convertía en un único e inmenso mercado; y la jefatura de policía se encontraba nada menos que en el corazón mismo del centro. Para llegar a su despacho, Ricciardi y Maione se vieron obligados a pasar entre centenares de mendigos, organizadores de timbas, traperos, aguadores, limpiabotas, todos ocupados en acaparar a los clientes ajenos; el aire estaba impregnado de olores, a fritura, a pizza, a macarrones, a marisco, a almendras garrapiñadas; había que poner cuidado en no pisar la mercancía exhibida sobre sábanas sucias tendidas en el suelo: floreros, vasos, cubiertos y utensilios.

Maione tuvo que dar algunos pasos de danza sobre las puntas de las botas para no aplastar la mano abierta, apoyada en el empedrado, de una gitanilla que pedía limosna.

—¡Maldita sea, pero si es imposible andar por la calle! Y con todos estos aromas, ¿cómo hace un pobre infeliz para comer cuando toca y no a cada rato?

Gracias a su volumen sensiblemente más contenido, Ricciardi se desenvolvía con menor dificultad.

—Y solo nos faltaba la Navidad. No será fácil esta investigación, te lo digo yo. Habrá que patear de lo lindo en medio del mercado.

Al llegar a la oficina, al pie de la escalinata los esperaba Ponte, el ayudante del subjefe de policía Garzo, al frente de la brigada móvil. Como casi todos los empleados de la jefatura, estaba convencido de que Ricciardi era gafe y de algún modo estaba relacionado con el diablo o su representante, por la manera poco ortodoxa de conducir las investigaciones, por su completa falta de amistades y de comunicación con sus colegas, salvo Maione, por su desinterés en hacer carrera a pesar de los éxitos alcanzados.

Cosas extrañas, inexplicables. Que para Ponte, hombrecillo supersticioso y ruin, se traducían en un único imperativo: evitar en la medida de lo posible todo contacto con él. Y no mirar esos increíbles ojos verdes que, por lo que a él respectaba, asomaban directamente al infierno.

—Buenos días, comisario. Sargento...

Maione no disimulaba la repugnancia que le inspiraba aquel policía que había elegido ser el mayordomo del subjefe de policía, y, conociendo los motivos por los que el hombre hablaba sin mirar a la cara a su superior, al que él apreciaba mucho, se ponía decididamente agresivo.

—Mira quién acaba de salir de la alcantarilla. ¿Qué quieres, Ponte? Tenemos mucho que hacer, estamos trabajando en un homicidio, no sé si te acuerdas de qué se trata.

Ponte no acusó recibo de la ironía; tenía una gran habilidad para evitar

enfrentamientos.

—Lo sé, lo sé, sargento —respondió, mirando un punto indefinido del suelo—. Por eso mismo estoy aquí. El subjefe de policía quiere verlos ahora mismo.

—Increíble, todavía no hemos podido enterarnos bien de lo que ha pasado y Garzo ya nos pide noticias. Ahorrémonos preocupaciones, vayamos ahora mismo. Así luego podremos trabajar.

El subjefe de policía Angelo Garzo estaba convencido de poseer grandes dotes diplomáticas. A base de diplomacia había construido una carrera, aunque sus colegas a los que había superado con difamaciones y favores obtenidos mediante recomendaciones habrían expresado opiniones distintas.

A decir verdad, incluso el parentesco de su mujer con el gobernador civil de Salerno había contribuido lo suyo, pero Garzo prefería atribuir su ascendente trayectoria profesional a sus propias dotes y a su determinación por llegar a lo más alto.

Mientras esperaba a Ricciardi lanzó una mirada al espejo; le gustó el hombre que vio. El bigote era su última genialidad; había reflexionado mucho, no quería ofrecer de sí la imagen de alguien que se cuidada en exceso, porque pensaba que los tipos así eran todos unos holgazanes. Luego, a medida que las patillas fueron encaneciendo, se había convencido de que el bigote sería un delicioso detalle que le otorgaría más autoridad; por ello lo había cultivado como un jardín de rosas. El resultado, debía reconocerlo, era satisfactorio.

Ricciardi, Ricciardi. Cruz y delicia. Ingobernable, independiente, indisciplinado; pero al mismo tiempo, garantía de éxito. Poseía, además, la inigualable ventaja de no estar en absoluto interesado en hacer carrera. En una palabra, no aspiraba a su puesto, como le ocurría a él con el jefe de policía. De manera que frente a sus superiores, sobre todo del ministerio en Roma, Garzo podía atribuirse las brillantes soluciones del comisario.

Debía reconocer, sin embargo, que algunas veces las habían pasado moradas: cuando habían matado al tenor amigo del Duce, por ejemplo; pese a contar con una maravillosa confesión, Ricciardi se había empeñado en seguir buscando hasta descubrir que el cantante era cualquier cosa menos una buena persona. Vezzi, se llamaba. Y su esposa, amiga de la hija del Duce, se había establecido en la ciudad; Garzo sospechaba que se había enamorado nada menos que de Ricciardi; solo Dios sabía por qué.

En fin, el comisario de los inquietantes ojos verdes era un tigre al que había que domar. Y él era el hombre adecuado para la tarea, ahora que, además, llevaba bigote.

Ponte llamó a la puerta con discreción y se asomó a la oficina de Garzo.

—Dottore, el comisario Ricciardi y el sargento Maione, como pidió.

—Fíjate, un perrito parlante —susurró Maione, lanzándole una mirada envenenada—. ¿No vas a darle la patita?

—¡Pero si está aquí el hombre clave! —exclamó Garzo, adoptando un aire alegre y conciliador—. Mi queridísimo Ricciardi, pase, por favor, siéntese. Buenos días, sargento.

—Buenos días, dottore. —Ricciardi entró y se quedó de pie—. Sabrá usted disculparnos, pero no disponemos de mucho tiempo. Estamos investigando un doble asesinato, y tal como usted me enseñó, las primeras cuarenta y ocho horas son cruciales.

El subjefe de policía dio un brinco; ¿cómo se permitía ese ridículo subalterno decirle a él que no tenía tiempo? La diplomacia, pensó. No te olvides de la diplomacia.

—De eso mismo quería hablarle. Ponte me comentó que usted estaba de guardia cuando llamaron por el caso de los Garofalo.

Ponte miraba el techo con gran interés.

—Vaya —le comentó Maione por lo bajo—, a los del servicio secreto no se les escapa nada.

—Se trata de un oficial de la milicia portuaria, me refiero al tal Garofalo —continuó diciendo Garzo—. De un centurión, para ser exactos. Que corresponde a...

—... Al grado de capitán, según hemos averiguado —lo interrumpió Ricciardi.

—Exactamente —sonrió Garzo, complacido—. Veo que la máquina infalible de la brigada móvil se ha puesto en marcha. En fin, ¿alguna noticia de la milicia portuaria?

Ricciardi se encogió de hombros. Seguía con las manos en los bolsillos del abrigo, apenas las había sacado para apartar de la frente el rebelde mechón de pelo que siempre le caía sobre la frente.

—Sabemos que supervisa el movimiento de mercancías y controla la pesca.

—Exacto —dijo Garzo, satisfecho—. En una ciudad con gran vocación marítima como la nuestra, ello contribuye a que ese cuerpo sea uno de los órganos más importantes de la policía.

—¿Policía? —inquirió Maione, frunciendo el ceño—. Creía que se ocupaban únicamente de irregularidades administrativas.

Al subjefe de policía no le agradó la intromisión de un mero subordinado, pero no quiso ser descortés.

—No, en el caso de la pesca y las mercancías cumplen funciones de apoyo a las fuerzas de la policía costera, con idénticas competencias, aunque no disponen de

medios marítimos propios. De todos modos, la cuestión es la siguiente: como todo organismo perteneciente a la milicia voluntaria nacional, la portuaria es una derivación del fascio. Responden directamente a los camisas negras, y estos últimos a Roma.

—Empiezo a entender —dijo Ricciardi con una mueca—. De modo que nuestro Emanuele Garofalo, centurión, es un muerto destacado.

Garzo endureció la mandíbula, gesto que desde que llevaba bigote le sentaba especialmente bien, y que había ensayado largas horas delante del espejo.

—No sé qué insinúa con ese tono. Pero sí, se trata de un homicidio importante. Me dicen que se hablaba de él como de un posible futuro cónsul. Acababa de ser ascendido por méritos especiales, y era conocido por su integridad y su sentido del deber.

Siguió un momento de silencio que Ricciardi dedicó a rascarse la barbilla.

—Sabrá disculparme, dottore. ¿Me está usted recomendando algo?

—Yo no tengo nada que recomendar —respondió Garzo empezando a impacientarse—. Solo quería decirle que... En fin, que ya nos ha llegado de Roma un despacho que recomienda..., mejor dicho... —Al darse cuenta de que acababa de usar el mismo verbo de forma contradictoria se corrigió—, que nos invita a llevar a cabo las investigaciones con interés y atención.

Ricciardi seguía impasible, no se le había movido un solo músculo, pero Maione sabía que estaba disfrutando de lo lindo con la situación.

—El interés lo tiene usted asegurado, dottore, le consta. Pondremos el mismo interés que en todas las investigaciones. Pero ¿la atención? ¿Qué debemos hacer exactamente?

Garzo se sintió acorralado. Se acarició el bigote con el índice, pero no obtuvo de ello consuelo alguno.

—Atención, atención. En no meterse con nadie, como hace con demasiada frecuencia; en no ser arrogante, en no molestar a personajes destacados. ¡Por una vez, Ricciardi, ponga atención!

El comisario asintió.

—Quédese tranquilo, dottore. Pondremos toda nuestra... atención. ¿Podemos retirarnos?

Con la desagradable sensación de haber sufrido una nueva derrota, sin saber bien en qué competición, Garzo los despidió con un ademán contrariado.

Al salir, como por casualidad, Maione le dio un pisotón a Ponte, y éste lo encajó sin un lamento.

E stá decidido, este año agrego otra colina.

La pongo aquí, al costado, como Posillipo con el Vomero. De ese modo puedo hacer el campo, el rebaño de ovejas, algunas casitas iluminadas. A los niños les gustan las ovejitas y los pastores.

Quizá no me quede poblada como la que ya tenemos, pero no importa. En el fondo es como la ciudad, con zonas donde hay más gente y zonas donde hay menos.

Ni siquiera tendré que rehacer la estructura de listones de madera, bastará con una pieza de corcho algo más gruesa, musgo para simular la hierba, algún arbolito con alambre. El corcho lo tengo aquí. Debo cortar un rectángulo y fijarlo con clavos.

El cuchillo en la mano. Y pienso en la carne.

La carne no es como el corcho, se corta fácil, muy fácil, basta un golpe limpio. El problema de la carne es que debes decidir cortarla.

Ahora ya sé cómo funciona. Se apoya, se presiona.

La carne acompaña a la punta, es elástica; se hunde un poco.

Y después se agujerea.

En ese momento ya no hay vuelta atrás.

Maione estaba que se lo llevaban todos los demonios.
—¡Será idiota, será payaso! ¡A nosotros quiere enseñarnos el oficio! ¿Cómo se atreve? Él y el inepto de Ponte. ¡El día menos pensado, como hay Dios que del sopapo que le doy se le olvida hasta la dirección de su casa! Encima con esos cuatro pelos de rata que se ha dejado crecer en la cara, ¿se cree que así va a ser menos imbécil?

Ricciardi, hundido en la vieja butaca de piel, detrás del escritorio, jugueteaba pensativo con el pisapapeles hecho con una esquirra de granada.

—Sin embargo, nunca como en esta ocasión, el bueno de Garzo nos ha resultado útil. Nos ha pasado datos importantes.

—Comisario, de ese nunca puede salir nada útil —terció Maione, no muy dispuesto a calmarse—. Porque es un inútil redomado. ¿Sabe lo que me contó Antonelli, que está provisionalmente en la centralita? Que hablando por teléfono con su mujer le oyó decir: Si Ricciardi atrapa a los criminales es porque los entiende. Por tanto, él también es un criminal. ¡Eso para justificar que él no se entera de nada!

—Reflexiona, Raffae'. Con los cadáveres todavía calientes, el aparato del partido ya se ha puesto en marcha. Garzo no toma iniciativas, nunca, a menos que alguien se lo pida. ¿Por qué será que la milicia ha intervenido de inmediato? Estoy convencido de que el paseíto que haremos hasta el cuartel donde trabajaba Garofalo nos permitirá reunir datos interesantes.

—¿Le parece? —preguntó Maione, rascándose la cabeza—. Entonces será mejor que demos ese paseíto enseguida. Usted dice siempre que las primeras horas son importantes, ¿no?

Livia Lucani, viuda de Vezzi, disfrutaba del ambiente navideño de su nueva ciudad.

Todas las características y los detalles que la hacían tan única e interesante se multiplicaban por cien: el despertar con los gritos de los vendedores ambulantes, el alboroto en las calles, las canciones. Y los perfumes, las mil ollas que hervían, las mil sartenes que freían, las pastelerías que competían proponiendo sus obras maestras. Cada cual se inventaba un oficio, cada cual intentaba ganar algún dinero.

La impresión de Livia era de alegría general, con un punto de tristeza; como si los ciudadanos de aquella ciudad especial quisieran decir sin cesar: es difícil, difícilísimo. Pero, de todos modos, salimos adelante.

El día anterior, desde la ventanilla del coche había vislumbrado a un extraño individuo con un sombrero de dos picos, levita y mil cadenas grandes y pequeñas, medallas falsas, un bastón de colores rematado con un cascabel. Avanzaba con unos andares extraños, dando saltitos, seguido del habitual cortejo de niños descalzos, y

gritaba algo que Livia no alcanzó a oír.

Al preguntarle al chófer quién era el personaje, entre risas, le había respondido:

—Señora, es el Pazzariello. Una especie de pregonero que se pasea por el barrio para comunicar que se inaugura una nueva tienda, o que alguien ha perdido el perro y lo está buscando, o que dos jóvenes por fin se casan. Lo anuncia cantando y bailando, vestido tal como lo ve, para llamar la atención.

Livia vio salir de un bajo a cuatro mujeres vestidas de negro que escucharon con atención al hombre, se echaron a reír y volvieron a entrar. De la puerta del bajo colgaba un paño negro. Al chófer no se le escapó la mirada de la señora.

—Nadie se resiste al Pazzariello —le aclaró—, ni siquiera si uno está velando a un muerto, hay que salir y escuchar lo que anuncia.

Ésa era la ciudad de la que Livia estaba cada vez más enamorada. La ciudad donde, poco a poco, había recuperado las ganas de vivir.

Seguía recibiendo las largas llamadas telefónicas, con las que sus amistades romanas trataban de convencerla para que regresase a la capital. Hacía cuatro meses, cuando se había marchado, había dicho que se iba unos días a la playa; y no había regresado.

Ahora, la idea de la vida social que durante años había llevado en Roma, le resultaba insoportable: sonrisas fingidas, maledicencias, cotilleos. Una carrera constante para ganarse el favor de los nuevos poderosos, actitud que le era ajena por naturaleza; precisamente por ese desinterés y por su sinceridad, se había granjeado la amistad de la hija rebelde del Duce, una muchacha que tras su aparente agresividad y sus posturas masculinas ocultaba una enorme fragilidad afectiva.

Las llamadas telefónicas de Edda eran muy bien recibidas, pero ni siquiera ella había conseguido hacerla cambiar de idea: no quería regresar a Roma. Y como le divertía que todos trataran de averiguar el verdadero motivo por el que habían perdido a la más deliciosa animadora de la alegre vida romana, no se lo contaba a nadie.

Abriéndose paso a bocinazos entre el ejército de vendedores ambulantes y mendigos, el automóvil de Livia llegó al patio de la jefatura de policía. El guardia de la puerta la saludó, deferente, y la mujer asintió; ya era una invitada habitual.

Sin indicarle al chófer que quería bajar del coche, se puso a contar en voz baja; al llegar a ocho, Garzo llegó jadeante, tras cruzar el portón que conducía a los despachos; iba sin abrigo.

—¡Señora, pero qué honor y qué placer! Es usted un rayo de luz en nuestra jornada, qué afortunados somos de recibir su visita.

Livia aceptó el brazo que le ofrecía el jefe de policía.

—Mi querido dottore, el placer es todo mío, créame. Ser recibida por un hombre tan amable resulta francamente gratificante. ¿Veo bien? ¡Pero si se ha dejado bigote!

Le sienta de maravilla.

Garzo pareció sentirse incómodo.

—Señora mía, cuando los años avanzan conviene adquirir un poco de autoridad, ¿no le parece?

—Y para usted la autoridad es muy importante, ¿no? —comentó Livia riendo.

—Sin duda. No resulta fácil mantener a raya a los bribones de mis subordinados. Hablaba de ello hace un momento con nuestro amigo Ricciardi y su sargento.

—¿Por qué, hay algún problema? —preguntó Livia, poniéndose seria—. Se empeñó en reincorporarse al trabajo casi enseguida después del accidente, no atiende a razones más que a las suyas propias.

—Sí, es muy cabeza dura, como decimos por aquí. Y he de decir que en todos los sentidos. Pero no lo encontrará, acaba de salir con Maione. Está llevando a cabo una investigación bastante delicada. Como tendrá sin duda ocasión de comentar a sus amistades de Roma, en caso de que surja el tema, nosotros prestamos la máxima atención a todo lo referido a los hombres del partido.

La decepción por no haber encontrado a Ricciardi cambió el humor de Livia de un modo tan súbito que no escuchó a Garzo.

—Ah, muy bien. De acuerdo, si es usted tan amable, le diré que... No, mejor no le diga nada. Tal vez pase más tarde.

—Cuando usted quiera, señora —dijo Garzo exhibiendo su sonrisa más fascinante—. Seguro que se alegrará.

De vuelta en su coche, mientras se enfrentaba otra vez a la multitud, Livia recuperó el buen humor. Y pensó que el motivo por el que se había establecido allí había que buscarlo en ese hombre de ojos verdes como el agua, pero tan desesperados, al que dos meses antes había conseguido, por fin, estrechar entre sus brazos.

A saber qué habrían dicho sus amigas romanas de haberse enterado.

Si en las calles el caos que precedía a la Navidad era anárquico y descomunal, en el interior del puerto la impresión era del todo diferente. El tráfico de mercancías y el de pasajeros se mantenían separados, y miles de personas trabajaban con eficiencia, moviéndose según una coreografía sabiamente organizada.

El puerto de escala era el primero de la nación y parecía consciente de ese récord; cuadrillas de cargadores se cruzaban portando los equipajes que acababan de bajar a tierra o estaban a punto de embarcar; decenas de estibadores llenaban o vaciaban sin pausa las inmensas bodegas, mastodónticos vehículos de motor, carros tirados por caballos de cuyos ollares salían nubecillas de vaho que se perdían en el viento mientras formaban fila a la salida, para pasar el control de mercancías. Quienes desembarcaban de los grandes transatlánticos eran guiados en la salida peatonal por graciosas auxiliares uniformadas; Maione pensó en la impresión que se llevarían esos viajeros al verse inmersos en la espantosa confusión de la ciudad.

Ricciardi caminaba a paso ligero, las manos en los bolsillos y el pelo revuelto, la mirada clavada al frente. Ante los ojos de su alma, además de la humanidad atareada, aparecían otros seres.

Un muchacho de pie en el muelle, con el brazo segado por un cabo, la sangre bombeada con fuerza por el corazón a través de la arteria cortada de un tajo, murmuraba: «Madre, madre, ayúdeme, madre». Un hombre, sentado en el suelo junto a la zona de descarga de mercancías, ahora ocupada por un grupo de trabajadores que cantaban alegres una melodía de moda, había sido aplastado por una caja o algo por el estilo; tenía el tórax completamente hundido, y por la postura de la cabeza resultaba fácil comprender que se le había partido la columna vertebral. Murmuraba: «El último, descargo este último y me voy para casa». Lástima, reflexionó el comisario. Si el último hubiese sido el anterior, tal vez ahora estarías con tus hijos. Quisiste demasiado. Peor para ti. Y, en cierto modo, también para mí, pensó.

Entre los muchos hombres uniformados que supervisaban las operaciones del puerto, destacaban los pertenecientes a la milicia portuaria: el sombrero de fieltro gris verdoso, la guerrera del mismo color con trabilla. Activos, precisos, enérgicos. Mientras se dirigía al cuartel acompañado de Maione, Ricciardi pensaba que una organización militar paralela a la del Estado, pero adscrita a un partido resultaba, por lo general, peligrosa. Por otra parte, también era cierto que en las últimas elecciones ese partido había obtenido el consenso de más del noventa por ciento de los ciudadanos, por tanto, era fácil confundirlo con el propio Estado.

Por lo que a él respectaba, y tal como intentaba hacerle entender al doctor Modo cuando lo hacía partícipe de sus encendidas diatribas antifascistas, la política no le interesaba en absoluto. Pensaba que en última instancia la raíz de los problemas

estaba en la naturaleza humana, y que ésta no tenía remedio.

El cuartel de la milicia estaba apartado, pero ocupaba una posición estratégica; cerca pasaban las vías de los vagones de mercancías que desde los barcos iban hacia la estación. Tal vez instintivamente, el personal civil se mantenía a distancia. Prefería dar un largo rodeo antes que aproximarse a la tapia. Ese detalle acentuaba la idea de rareza en el variopinto mundo del puerto.

Los dos policías recorrieron su perímetro, en busca de la entrada principal. La construcción tenía dos plantas, era espartana y sólida como mandaba la arquitectura del régimen. En el portón, entre la primera planta y la segunda, en grandes letras la inscripción: «Cuartel Mussolini». Ricciardi recordaba la inauguración que tuvo lugar años antes en presencia del mismísimo Duce, y la aprensión rayana en el histerismo de Garzo, típica de esas ocasiones.

El miliciano de la entrada les pidió los datos, luego murmuró unas frases en un moderno interfono. Maione pensó con melancolía en los kilómetros de escaleras y pasillos que en la jefatura los guardias se veían obligados a recorrer para transmitir las simples comunicaciones de servicio. Un minuto más tarde se materializó un suboficial que los recibió con un rígido saludo romano y se presentó:

—Cabo de escuadra primero Catello Precchia. Acompañenme, por favor.

El miliciano subió la escalinata a paso ligero. Maione y Ricciardi intercambiaron una divertida mirada de conmiseración, y lo siguieron lo más deprisa posible; el comisario tenía la impresión de estar oyendo las mudas imprecaciones lanzadas por el sargento, que atacaba los peldaños con la lengua fuera. A medida que subían se encontraron con un ir y venir de soldados que corrían con idéntico entusiasmo, sin dejar de saludarse al estilo romano. Ricciardi confió con malicia en que, llevado por el entusiasmo, alguno de ellos tropezara y se precipitara escaleras abajo hasta la planta baja; habría pagado de su bolsillo para presenciar semejante espectáculo.

El cabo de escuadra primero se detuvo de sopetón delante de una alta puerta de madera oscura vigilada por un ordenanza que adoptó la posición de firmes al lado de un escritorio. No había ni siquiera una silla. El miliciano llamó una sola vez a la puerta y los hizo pasar.

Entraron en un despacho muy espacioso; como única decoración, en el suelo de mármol se veían las geometrías de pequeñas baldosas de distintos colores. De una pared colgaba un gran cuadro del puerto de Nápoles en el medievo, y en la parte opuesta, la fotografía muy ampliada del Duce, inaugurando el cuartel. Detrás de un escritorio macizo de madera noble, tal como estipulaban las ordenanzas, colgaban los dos retratos del jefe del gobierno y el rey. En un rincón, cerca de la amplia ventana que daba a un balcón, un asta dorada con contera sostenía la bandera tricolor con el escudo.

Nada de cruces; por esta zona, pensó Ricciardi, se adora a un solo dios. Descubrió con sorpresa y cierta inquietud que medio oculto por la cortina abierta había un cuadro de san Sebastián, parecido al que colgaba en su instituto y que había recordado el día anterior frente al cadáver de Garofalo.

Del fondo del cuarto, un oficial salió a su encuentro. El suboficial que los acompañaba se cuadró dando un taconazo sincronizado a la perfección con el saludo romano y el silbido de la mano enguantada hendiendo el aire. El oficial respondió distraído al saludo, y dirigiéndose a Ricciardi y Maione, los invitó:

—Por favor, siéntense. Soy el cónsul Freda di Scanziano, comandante de la segunda legión de la milicia portuaria. Puede retirarse, Precchia. Gracias.

—Sí, señor cónsul. Estaré aquí fuera, delante de la puerta, por si me necesita.

Taconazo, silbido de la mano, taconazo, media vuelta y puerta cerrada. Maione pensó que de haber elegido otra carrera, el cabo de escuadra primero habría sido un excelente bailarín de tango.

El cónsul parecía un actor de cine, de los que normalmente interpretan el papel de gran duque o del padre de la muchacha noble y rica que se enamora del joven ganapán, pero con buenos sentimientos. Excepto por los ojos que, debajo del fez en cuyo centro destacaban el fascio, el ancla y la corona, destilaban curiosidad e inteligencia. Una docena de medallas adornaban el uniforme gris verdoso con una faja transversal azul.

—Y bien, señores, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Ricciardi y Maione se sintieron cogidos por sorpresa: iban preparados para tener que superar varios grados de suboficiales y oficiales y para encontrarse con un muro de silencios y frases a medias; de ninguna manera habían esperado ser recibidos de inmediato y directamente por el cónsul comandante de la legión.

Maione fue el primero en sobreponerse.

—Señor cónsul, gracias por recibirnos. Soy el sargento Maione, de la Real Jefatura de Policía, brigada móvil, y éste es mi superior, el comisario Ricciardi. Hemos venido a...

—Lo sé, lo sé, sargento —lo interrumpió el cónsul—. Por desgracia sé por qué están aquí. Y quisiera agradecerles cuanto hagan para asegurar que los viles asesinos que dejaron huérfana a esa pobre niña sean conducidos ante la justicia.

Ricciardi escrutaba la cara del militar tratando de descubrir sus verdaderas intenciones, pero en ella solo vio reflejado lo que las palabras habían expresado.

—Señor cónsul, a eso hemos venido. Como usted comprenderá, la tarea que desempeñaba Garofalo..., el centurión Garofalo, su trabajo puede haber sido, mejor dicho, con toda probabilidad fue el motivo por el que lo asesinaron a él y a su mujer de forma tan salvaje. Por ello empezamos por aquí. Nos ayudará cualquier dato que podamos averiguar sobre él, sus colegas, las últimas operaciones llevadas a cabo,

posibles enfrentamientos, amenazas recibidas. Todo.

Freda asintió. Luego se levantó inesperadamente y, con las manos cruzadas a la espalda, se acercó al balcón corrido desde el que se veían el mar y el puerto; había algunos barcos descargando mercancía.

—Comisario, ¿qué sabe usted de nuestro cuerpo? De la milicia portuaria, quiero decir.

Ricciardi miró a Maione, se encogió de hombros y respondió:

—Lo que sabe todo el mundo. Supervisan la carga y descarga de mercancías, la pesca. Ejercen una actividad de policía judicial, en el puerto y en el litoral.

—No me refería a eso. ¿Sabe cómo nos forman? En fin, quiénes somos.

—Sé que los jóvenes pueden elegir formar parte de la milicia como alternativa al servicio militar. Que perciben una retribución diaria, lo que facilita el reclutamiento. Que sus criterios de selección son bastante restrictivos.

Freda seguía mirando al mar.

—Así es. Todo eso es así. Pero hay algo más. —Se volvió hacia sus invitados, pero permaneció junto al balcón—. Como bien sabrá, nuestro cuerpo es joven, fue fundado en mil novecientos veintitrés. Al día siguiente de la Marcha sobre Roma. «La prótesis militar de Mussolini», lo definió un periodista. Ahora ese periodista ya no escribe más, naturalmente.

—Lo imaginaba —murmuró Maione.

—En efecto —sonrió Freda—. El Duce dijo que el escuadrismo, que había animado la marcha y el nacimiento del movimiento, no debía morir y por ello fundó nuestro cuerpo, que después se articuló en sus distintas ramas, la forestal, la ferroviaria, la de correos y telégrafos. Y nosotros, la portuaria.

Ricciardi se preguntaba adónde quería ir a parar el cónsul.

—Para guiar el cuerpo, además de los voluntarios, que con frecuencia no tenían experiencia militar, y de los fascistas de la primera hora, llenos de ardor aunque en algunos aspectos peligrosos, se decidió que se necesitaban militares auténticos. Yo, por ejemplo, era capitán de la marina de guerra. Tenía un crucero bajo mi mando, mi vida estaba allí fuera, en el mar. No se hacen ustedes una idea de cuánto echo de menos el aire de alta mar.

—Si no es indiscreción, señor cónsul —intervino Maione—, ¿por qué aceptó?

—Ninguna indiscreción, sargento —respondió Freda, mirando otra vez al mar—. Es que a ciertas propuestas no se puede decir que no. A mí me dijeron bien claro que me destinarían en tierra, en una función administrativa. Y que si aceptaba, la retribución sería suficiente para mantener a mi familia de forma más que digna. Me dijeron que sería por pocos meses, tal vez un año, que luego regresaría al mar, con una posición más prestigiosa. Sin embargo, han pasado seis años y no hay cambios a la vista.

Maione y Ricciardi se miraron otra vez; no habían esperado que los recibieran y ahora se veían en el papel de depositarios de las confidencias personales del comandante de la legión.

—Todo esto es para decirles que el nuestro no es un simple cuerpo de voluntarios, ni siquiera una estructura auxiliar de la autoridad portuaria. Con nosotros colaboran otras... organizaciones, que dependen de los mismos altos funcionarios de Roma. Llevamos a cabo unas labores muy específicas, que no todos conocen.

Ricciardi se preguntó otra vez adónde quería ir a parar el cónsul.

—Perdone, señor cónsul, nuestra visita no tiene por finalidad investigar su actuación, ni siquiera la del difunto Garofalo. Nosotros solo queremos hacer algunas preguntas para comprobar si alguien abrigaba algún resentimiento hacia él. Es todo.

Freda asintió, mirando al mar. Se volvió y, con cara inexpresiva, miró al comisario.

—¿Cómo se encuentra, Ricciardi? ¿El accidente del día de los Difuntos le ha dejado huellas, aparte de la herida en el occipital que el doctor Modo cerró con seis puntos de sutura?

A noche soñé. Habrá sido por todo el vino.

Soñé que subía tus escaleras, ese extraño portero dormía la mona, como siempre, y no me veía pasar. Mis pasos no hacían ruido, como si estuviera descalzo.

Llamaba a tu puerta, me abría tu esposa, me reconocía y me sonreía. Qué rabia esa sonrisa: como si no supiera lo que había ocurrido, lo que tú me habías hecho.

Soñé que empuñaba el cuchillo, el reglamentario. Y quitaba de en medio a tu mujer, con un único ademán, sin placer pero sin remordimiento. Después iba por ti, a tu alcoba, con el cuchillo ensangrentado que dejaba un rastro de gotas en el suelo. Y tú me mirabas, y reías sin miedo. Me decías que la vida es así, que el que puede, agarra. Lo decías siempre.

Y te clavé el cuchillo. Una, diez, cien veces te lo clavé. Y las cuchilladas eran flechas, como las del cuerpo de san Sebastián, ¿te acuerdas? La de veces que nos preguntamos por qué habían elegido a san Sebastián.

Al final tú estabas muerto, pero seguías riendo. Me desperté y en mis manos no había sangre.

Dios, qué sueño más hermoso. Habrá sido el vino.

Tras las palabras del cónsul siguió un silencio plúmbeo. Por la ventana se coló el sonido de una sirena que anunciaba una llegada o una partida.

Maione cerró la boca con un chasquido y tragó saliva.

—¿Qué ha querido decir? —dijo luego—. ¿Qué sabe usted del accidente del comisario?

Freda fue a su escritorio, se sentó con calma, se calzó unas medias gafas, cogió un folio y leyó a media voz:

—Veamos, pues... Raffaele Maione, cincuenta y un años. Sargento desde hace cinco. Tres reconocimientos, un elogio, dos gratificaciones: enhorabuena, magnífica hoja de servicios. Casado con la señora Lucia Caputo, vico Concordia, dieciséis. Cinco hijos vivos, tres varones, dos hembras. Luca, el mayor, también policía, falleció hace tres años y medio en acto de servicio en el curso de una operación; cuánto lo lamento, lo acompañó en el sentimiento. Debilidades: le gusta mucho comer, bebe con moderación. Aquí constan datos de una amistad suya, con una señora de vico del Fico, víctima de una afrenta en la primavera de este año, se trata solamente de una amistad.

Maione se había quedado sin aliento. Miraba al cónsul con los ojos como platos y respiraba fatigosamente.

—Es usted —prosiguió el hombre— el colaborador preferido, al parecer el único, del comisario Luigi Alfredo Ricciardi, treinta y un años, de Fortino, provincia de Salerno, cerca de la Lucania. Sus datos, comisario, son aún más interesantes. Es rico, muy rico, pero de sus fincas, de los terrenos e inmuebles que posee en su pueblo se ocupa Rosa Vaglio, su tata, que vive con usted. Pese a ello, un par de granjeros le roban igualmente; a la pobre mujer se le pueden escapar algunas cosas. Si quiere tengo sus nombres, puedo dárselos.

Ricciardi escrutaba su cara, inexpresivo, las manos aferradas a los brazos del sillón.

—Muy brillante en su trabajo —prosiguió Freda—, no mantiene amistad digna de mención con sus colegas; parece ser que no lo aprecian demasiado, exceptuando el sargento Maione, aquí presente. No aspira a hacer carrera, para alegría de su superior, el subjefe de policía Garzo, que es un inepto.

—¿Eso también consta? —murmuró Maione, que ya se estaba sobreponiendo.

—También, también. Y la amistad..., tal vez debería decir devoción..., de la señora Lucani Vezzi, amiga nada menos que de la familia Mussolini, ex cantante de ópera. El detalle juega a su favor; cosa que no puede decirse, en cambio, y aparece marcada en rojo, de su amistad con el doctor Bruno Modo, sospechoso de antifascismo militante, pero competente médico del hospital dei Pellegrini. Constan

en su activo la resolución de casos célebres, como fue precisamente el homicidio del tenor Vezzi, esposo de la antes citada señora, de la duquesa Musso di Camparino, etcétera. Todo correcto, imagino.

—¿A qué viene este despliegue de información, cónsul? —respondió raudo Ricciardi—. ¿Qué pretende decirnos?

Freda le sostuvo la mirada un largo rato, luego contestó:

—Un hombre vestido de negro me entregó este informe, dirigido a mi atención personal, hará cosa de una hora. Le dijo al miliciano de la portería que ustedes vendrían al cabo de cuarenta minutos; llegaron ustedes treinta y ocho minutos exactos después de la entrega. El hombre me hizo presente a viva voz que sería mejor que lo recibiera de inmediato. Siempre proceden así; para hacer notar un acto ilícito que requiere vigilancia, para seguir un comercio en apariencia lícito pero que oculta algo. Otras veces solo debemos vigilar un tránsito, un movimiento; una persona que parte hacia un destino, otra que pasa por el puerto.

—¿Y ni siquiera le dicen por qué? —preguntó Maione, desconcertado—. ¿Y quiénes son? ¿Quién es esta gente que lo sabe todo de todos?

—Nadie me lo ha dicho nunca abiertamente, sargento. Ni a mí ni a ninguno de los demás comandantes de la legión. Oficialmente no existen, y no existirán nunca; en realidad, son los que mueven los hilos de muchísimas marionetas. Comisario, yo solo he querido que usted supiera que este homicidio, ocurrido aquí, en nuestra casa, es un hecho mucho más grave de lo que parece. Porque en realidad se trata de un acto contra el uniforme, este uniforme, y contra el propio régimen que representa.

—¿Y eso qué quiere decir? —insistió Ricciardi—. ¿Por qué debería la importancia del crimen influir en nuestras investigaciones?

—Si, como creemos —respondió Freda, tras jugar con las gafas—, el crimen guarda relación con el trabajo de Garofalo, con el ejercicio de su función, entonces le invito a que nos lo comunique, de ese modo podremos poner las cosas en orden para que desde fuera no se tenga la impresión de que podrían existir fallos en nuestra actuación. Sería grave, gravísimo.

—¿Y para hacer qué, señor cónsul? —preguntó Ricciardi, negando con la cabeza en un gesto de desaprobación—. ¿Para permitir que usted, o el señor vestido de negro que le entrega en mano esos despachos, se adelanten a la justicia y a un juicio que podría desencadenar cierta desdicha en la plaza?

Freda asestó un súbito puñetazo en la mesa, haciendo temblar plumas, tintero y secante. Maione dio un brinco en la silla; Ricciardi, como de costumbre, ni siquiera pestañeó.

—¡No quiere usted entender! Entonces se lo explico. Éste es el puerto de escala más importante de la nación, el de mayor tráfico de pasajeros y mercancías. Nosotros debemos controlar los muelles, los depósitos, las superficies de agua adyacentes, los

barcos de vapor que llegan y los que zarpan. Debemos controlar todos los materiales a la espera de ser embarcados, incluidos los vagones del ferrocarril. Nos ocupamos del servicio político de vigilancia de las tripulaciones y los pasajeros, y nos encargamos de la seguridad pública de las operaciones de embarque y desembarque. Somos la primera cara de las fuerzas armadas de la nación que se ofrece a los extranjeros, y la última cuando se marchan. ¡El asesinato de uno de nuestros oficiales no es un crimen callejero, es un problema de Estado!

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó Ricciardi sin alterarse ni cambiar de tono—. Cada persona que muere asesinada es para nosotros un hecho gravísimo. Cada persona que muere asesinada pide ayuda a gritos, y nos obliga a poner las cosas en orden. Si quiere desbancarnos, no tiene más que llamar a Roma y pedir que encarguen la investigación a la policía militar. ¿Por qué no lo hace?

Freda había perdido el aplomo.

—¡Sabe muy bien que no es posible! —rugió—. Sobre el papel mis hombres son voluntarios, equiparables a los civiles. Así lo decidió el partido para no verse sujeto a las reglas del reclutamiento del ejército y la marina. Además, a Garofalo no lo mataron en el cuartel, sino en su casa, en su propia cama. ¡Eso hace que el homicidio escape a nuestra jurisdicción, maldita sea!

Ricciardi quiso mostrarse más conciliador; apreciaba la aproximación del cónsul, que les había confiado su difícil posición.

—Quédese tranquilo, señor cónsul. Le aseguro que cuando encontremos a los culpables, usted será el primero en saberlo, le doy mi palabra. Pero que quede claro, le avisaré una vez se haya producido la detención, no antes. No quisiera encontrarme con un culpable suicida. Después será una cuestión entre ustedes y la cúpula de la jefatura. Conociéndolos, no me cabe duda de que llegarán a un acuerdo; a mí no me interesa la comunicación a los órganos de la prensa y a la opinión pública.

Maione le lanzó una mirada; estaba acostumbrado a no entender enseguida las estrategias del comisario, pero ésta la consideró muy alejada de los principios que conocía y compartía. A Garzo le parecería un sueño poder empaquetar a los asesinos y entregárselos en mano a la policía secreta, o a saber a quién otro, con tal de recibir una palmada en el hombro de los de arriba. Y a freír espárragos la justicia.

El cónsul asintió con parsimonia, la solución propuesta por Ricciardi le resultó aceptable.

—De acuerdo. Pero se lo advierto, Ricciardi, no intente faltar a su palabra. En el informe se dice que es usted un hombre de honor, pero el caso que nos ocupa es muy importante para esta legión. Recuerde que nada quedará librado al azar con tal de mantener la integridad de nuestra función.

—Bien, entonces estamos de acuerdo —asintió Ricciardi—. Pero queremos plena libertad de movimiento en el ámbito de su organización. Debemos hablar con los

colegas más cercanos de Garofalo, y también con quien estaba al corriente de su trayectoria profesional y pueda decirnos cómo había hecho carrera, qué tipo de pasado tenía; con quién hablaba y a quién hacía confidencias. Y qué tipo de investigaciones llevaba a cabo y de cuál se ocupaba en estos días.

—Cuenta con ello —dijo Freda, poniéndose de pie—. Ahora mismo mando llamar a la persona que podrá acompañarlos al despacho de Garofalo y contestar todas esas preguntas. Por desgracia, mis contactos directos con él no eran frecuentes y, para serle sincero, no me caía bien. Demasiado melifluo y obsequioso, las personas así siempre resultan peligrosas. Y además su ascenso... Pero de eso le hablará mejor el señor Spasiano, superior directo de Garofalo. Lo mando llamar ahora mismo, pueden esperar aquí.

—Gracias, señor cónsul —dijo Ricciardi, poniéndose a su vez en pie—. Esperaremos en la puerta, no queremos seguir molestando.

Se despidieron y al dirigirse a la puerta, el comisario vaciló un momento y preguntó:

—Perdone, una última cuestión. ¿Por qué el cuadro de san Sebastián?

El cónsul, que ya tenía el interfono en la mano, pareció sorprendido por la pregunta; se dio media vuelta y miró el cuadro como si lo viera por primera vez.

—Ah, ¿ése? Es el santo patrono de la milicia voluntaria nacional. Sabe Dios por qué.

En cuanto se quedaron solos en el pasillo, Maione estalló:

—Comisario, me lo tiene usted que explicar —bisbiseó, mirando con el rabillo del ojo al ordenanza, en posición de firmes detrás del escritorio, a tres metros de distancia—. ¿Por qué ha prometido que cuando encontremos a los asesinos se lo diremos a estos fanáticos? Más vale que les hagamos una llamadita telefónica cuando tengamos una idea, así nos ahorramos el trabajo y los peligros de la detención. Con suerte fue uno de los milicianos, y así ellos se lo guisan y ellos se lo comen.

—Verás, Raffae' —dijo Ricciardi con una mueca—, tuve que pensar deprisa. Si les decía que no, como me dictaba mi instinto, nos quitaban la investigación y probablemente la habrían tomado con algún inocente. Éstos no se andan con chiquitas, a la menor duda, la gente desaparece y nadie sabe adónde van a parar. De modo que convenía hacer esa promesa, que quizá nos permita descubrir lo que pasó y quién lo hizo. Por otra parte, ya sabes que una vez practicada la detención, la competencia ya no es ni tuya ni mía. ¿A ti te parece que en cuanto pueda, un tipo como Garzo no tratará de contentar a estos exaltados?

No del todo seguro, Maione negaba con la cabezota.

—No sé, comisario. Su razonamiento tiene sentido, no diré que no, pero sigue sin gustarme tener acuerdos con esta gente. Me dan miedo. ¿No oyó usted todo lo que sabían de nuestra vida? Hasta la historia de la pobre Filomena, un poco más y la hacen pasar por mi amante. Y de su situación económica, de la señora Rosa. ¡Malditos espías!

—Deben de contar con una considerable red de informantes —suspiró Ricciardi—, incluso alguien en la propia jefatura. De lo contrario, ¿cómo se habrían enterado de que veníamos hacia aquí?

La pregunta cayó en el vacío, porque el ruido seco de un taconazo a poca distancia los sobresaltó.

—Sénior Renato Spasiano, a sus órdenes. El señor cónsul me ha encargado que los lleve al despacho del centurión Garofalo y conteste a sus preguntas. Acompañenme.

Y se puso en marcha, a paso ligero, por supuesto. Maione alzó los ojos al cielo.

El despacho donde había trabajado Garofalo se encontraba en la segunda y última planta del cuartel. Daba a la parte opuesta de los muelles; asomaba a un panorama triste de vías muertas y vagones abandonados; como compensación, los ruidos del puerto y de la calle llegaban amortiguados.

Al escritorio estaba sentado otro oficial, que al entrar el sénior Spasiano se levantó como un resorte, con el taconazo habitual y el saludo romano.

—Éste es el jefe de manípulo Criscuolo. Está revisando las operaciones que tramitaba el centurión Garofalo, por si hubiera alguna urgencia. Cuéntenos, Criscuolo, puede hablar con toda libertad. Los señores pertenecen a la brigada móvil, están indagando las causas del incidente.

El incidente, pensó Maione. Caray con el incidente. Garofalo fue a golpear por error contra un cuchillo; treinta veces nada menos.

Criscuolo, un hombre grande y corpulento con un ridículo bigotito negro muy fino, contestó:

—Sénior Spasiano, he revisado toda la documentación de los trámites en curso. Como sabrá, el centurión Garofalo se ocupaba de controlar la pesca al por menor en el litoral de la ciudad, una zona que va del puerto a la isla de Nisida. Están los informes de las inspecciones hasta este mes, según lo establecido, con las cantidades de pescado y las zonas de pesca comprobadas. Los desgloses donde constan los equipamientos de cada barca, las actas de las reuniones de la comisión departamental. Salvo error, no he encontrado irregularidades pendientes de comunicar.

Ricciardi intervino, mientras Maione observaba fascinado el movimiento del bigotito sobre el labio superior del jefe del manípulo Criscuolo que, en apariencia, era independiente del propio labio.

—Disculpe, ¿qué significa «irregularidades pendientes de comunicar»?

—Como tal vez sepa —le explicó Spasiano—, la legión tiene a su cargo numerosas tareas, entre ellas, el control de la pesca. Hay grandes pesqueros, los que disponen de tripulaciones de muchos hombres que, por sus dimensiones operan aquí en el puerto, en los muelles específicos; y las barcas pequeñas, las llamadas familiares, que atracan en las playas de los barrios debajo de Castel dell'Ovo, en Mergellina, Bagnoli, etcétera. El centurión Garofalo tenía a su cargo el control de esas pequeñas barcas. El jefe de manípulo que colaboraba con él ha comprobado que el centurión no tuviera trámites pendientes, irregularidades descubiertas pero pendientes de comunicar. Hay que ser rápidos para evitar que quien ha cometido algún acto ilícito le ponga remedio y escape a la investigación posterior.

—Comprendo —asintió Ricciardi, pensativo—. ¿Y últimamente el centurión Garofalo había comunicado alguna irregularidad importante que hubiese dado lugar a que se tomaran medidas contra alguien?

Spasiano le hizo un gesto con la cabeza a Criscuolo, pasándole la pelota. El bigotito se estremeció en el labio inmóvil, como el de un gato.

—No, señor. Cosas menores, las habituales: redes irregulares, pequeñas invasiones de aguas privadas. Infracciones leves. El centurión era muy estimado y temido por su integridad, los pescadores lo sabían y se adaptaban.

Ricciardi se dirigió otra vez a Spasiano:

—Hace un momento el señor cónsul se he referido al ascenso a centurión de

Garofalo; para ser exacto, a la forma en que lo consiguió. ¿Qué sabría decirme al respecto?

La pregunta cogió por sorpresa al sénior Spasiano. Miró a Criscuolo, que, salvo un estremecimiento del bigote, no movió ni un músculo. Se ruborizó, abrió la boca y volvió a cerrarla.

—El señor cónsul me dijo que podía preguntarle cuanto fuera necesario —quiso ayudarlo Ricciardi—. Si hay problemas, podemos volver a su oficina.

Maione sonrió, amable. Nadie sabía colarse por las rendijas de la burocracia como Ricciardi. Spasiano parpadeó y cedió enseguida.

—Garofalo era subjefe de manípulo. El grado correspondiente del ejército es el de subteniente. Es decir, trabajaba con un superior, un oficial a cargo de un ámbito específico, en una palabra, un sector de control.

Se interrumpió y se miró la punta de las botas. Ricciardi y Maione esperaron. Criscuolo apartó una hoja de papel que había sobre el escritorio del difunto. El viento que se iba intensificando trajo desde fuera el sonido lúgubre de una sirena. Spasiano reanudó su relato:

—El superior de Garofalo era el jefe de manípulo Antonio Lomunno. Uno de los más jóvenes con esa graduación, firme candidato a un ascenso. El sector de vigilancia al que pertenecía era el de contrabando, una auténtica plaga, sobre todo en lo referido al tabaco, las especias y, principalmente, el café. Trabajaban bien, habían descubierto varias operaciones de tráfico.

Otro silencio. Esta vez se oyó un suspiro de Criscuolo, acompañado de un estremecimiento de los pelos del bigote que a Maione no le pasó inadvertido.

El sénior Spasiano prosiguió con evidente dificultad. Su voz bajó de tono.

—Un día, Garofalo llama a la puerta del cónsul, sin pasar siquiera por el ordenanza. Dice que tiene algo que enseñarle, y que solo podía hacerlo en presencia del más alto mando de la legión. El cónsul me manda llamar para que estuviera presente y, en caso necesario, atestiguará sobre dicha insubordinación. Garofalo anuncia que ha descubierto un tráfico de café de gran importancia, y que ese tráfico dura ya muchos meses, tal vez años. Que ha puesto al corriente de su hallazgo a su superior, Lomunno, y que éste le ha dado orden de callar.

Maione miró a Criscuolo; notó que el hombre escrutaba a Spasiano con una muda acusación en los ojos.

—¿Y por qué el tal Lomunno le ordenó a Garofalo que callara? —preguntó Ricciardi.

—Eso mismo preguntó el cónsul —prosiguió Spasiano—. Garofalo dijo que, además, su superior lo había amenazado con tomar medidas disciplinarias contra él si llegaba a hablar, y que en esas circunstancias no había entendido el motivo. Posteriormente, refirió que había detenido a algunos de los contrabandistas y que para

que lo soltaran, uno de ellos había declarado que le pasaba a Lomunno una cantidad fija al mes para poder seguir libremente con su tráfico.

Criscuolo volvió a suspirar.

—Discúlpeme que interrumpa —dijo Maione—, pero ¿aportó al menos alguna prueba el tal Garofalo? ¿O basta con acusar a alguien así, de la noche a la mañana?

—Obviamente es así, sargento —contestó Spasiano—. No somos salvajes. Además, la hoja de servicio de Lomunno era impecable, como le he dicho, uno de los mejores oficiales de la legión, experto y competente, muy intuitivo e inteligente. Pero Garofalo nos dijo que, con tal de conservar el anonimato, el contrabandista le había revelado el día exacto en que le pagaría la cantidad mensual a Lomunno, y que se trataba de ese mismo día. Garofalo nos invitó a registrar al oficial, que acababa de regresar al cuartel de una inspección.

—¿Y ustedes lo creyeron? —preguntó Maione asombrado.

—¿Y qué quería que hiciéramos? —preguntó a su vez Spasiano encogiéndose de hombros—. El señor cónsul le dijo a Garofalo que, en caso de que las acusaciones fuesen infundadas, lo castigaría con la expulsión del cuerpo y que, además, sería acusado de difamar a un oficial de la milicia voluntaria nacional.

—¿Y él qué contestó? —inquirió Maione.

—Con esta pregunta: ¿y si fuera cierto? ¿Cuál sería mi recompensa?

—¿Puedo retirarme, señor Spasiano? —dijo Criscuolo, tras un resoplido—. Terminaré con la comprobación más tarde, así puede...

—No, quédate, Criscuolo —contestó Spasiano—, es mejor que alguien más escuche lo que estoy contando. La orden viene del cónsul, pero se trata de información confidencial.

—A sus órdenes, señor Spasiano.

Ricciardi había prestado suma atención el diálogo. Tenía la impresión de que Criscuolo mostraba cierta pena al escuchar una historia que le resultaba de sobra conocida.

—Estábamos tan convencidos de que se trataba de una calumnia —prosiguió Spasiano—, que el cónsul dijo delante de mí: si fuera verdad, le correspondería el máximo castigo. La corrupción es un cáncer que la legión no puede permitirse. En cambio tú serías ascendido por haber tenido el valor de... de acusar a un colega indigno.

Comenzó a caer una lluvia fina que golpeaba los cristales de la ventana.

—¿Y qué pasó? —preguntó Maione, más que nada para romper el silencio.

—Encontraron a Lomunno en su despacho con una gran suma de dinero encima. En metálico. No pudo explicar su procedencia y fue detenido. El testimonio de Garofalo fue decisivo, Lomunno fue expulsado de la milicia con deshonor y condenado a un año y medio de cárcel.

Ricciardi había escuchado con atención.

—En la práctica, Garofalo arruinó a su superior y ocupó su puesto.

—Más que eso. Ocupó el puesto al que iban a ascender a Lomunno, el de centurión. Para que vea la comparación con las graduaciones del ejército, pasó de subteniente a capitán, de un solo salto y sin respetar los años de servicio mínimo de las distintas graduaciones. Algo sin precedentes.

—Disculpe, pero tal vez no lo haya entendido bien. —Maione no daba crédito a sus oídos—. ¿Qué dijo Lomunno?

—Obviamente juró por su honor que no era cierto, pero no quiso revelar de dónde salía el dinero. Dijo que era suyo, ahorros de toda su vida, con los que por fin podría comprarse una casa.

—Perdóneme, pero ¿no era su palabra contra la de Garofalo?

—Sí, pero nadie lleva encima casi diez mil liras en metálico. De todas maneras, en el cuerpo basta mucho menos para que se tomen medidas disciplinarias. Interrogada por algunos de nuestros oficiales, su esposa dijo no saber nada del dinero, y ésa se consideró una prueba más.

Ricciardi miraba fijamente a Spasiano.

—Hay algo más, ¿verdad? La historia no acaba aquí.

Spasiano miró a Criscuolo, que a su vez tenía la vista clavada en el suelo. Maione tuvo la impresión de que apretaba los puños.

—Durante la reclusión de Lomunno, su esposa se suicidó. El día en que fueron a desahuciarla de la casa donde vivían, se tiró por el balcón. Dejó dos niños; de ellos se ocupó una vecina hasta que él salió de la cárcel.

Viento y lluvia azotaron la ventana, se oyó el rugido del mar. Ricciardi pensó que, como de costumbre, pagaban los inocentes.

—¿Qué ha sido de ellos?

Spasiano se encogió de hombros.

—Esta historia ocurrió hará cosa de tres años. No tenemos noticias recientes, en parte, debo confesarle, comisario, porque no nos gusta recordarla. Desde más de un punto de vista. En primer lugar, no nos gusta pensar que todos nos equivocamos en la valoración de Lomunno, que era muy bien visto en el cuartel. En segundo lugar, no nos gusta pensar que uno de nuestros mejores oficiales era en realidad un corrupto. Pero sobre todo, aunque no lo reconocería fuera de esta habitación, no nos gusta cómo terminó la historia.

—¿Y no hicieron ustedes nada por la familia de Lomunno? ¿Su mujer y sus hijos, cómo se las arreglaron para sobrevivir mientras él estaba en la cárcel? —intervino Maione.

El dedo en la llaga. Criscuolo levantó la cabeza de golpe, hizo ademán de ir a hablar, pero luego volvió a clavar la vista en el suelo.

—No —contestó Spasiano—. Teníamos la sensación de estar tratando con apestados. Ninguno de nosotros tuvo el valor de echarles una mano. Todos somos un poco culpables de lo que ocurrió.

Ricciardi se apartó el mechón de pelo de la frente, con el habitual gesto brusco de la mano delgada.

—¿Y dónde están ahora Lomunno y sus hijos? —preguntó.

Se dio cuenta el pequeño, a pesar del viento y la lluvia, y del incesante ruido del mar.

—Padre, ¿no lo oye? Llaman a la puerta.

El hombre se detuvo, dejó el cuchillo y la madera a la que estaba dando forma y fue a abrir. Al ver quién era, le dio la espalda y regresó a la mesa dejando la puerta abierta.

El invitado entró y la cerró. Miró a su alrededor.

—¡Hace más frío aquí dentro que fuera! ¿No te das cuenta de que hace un tiempo de perros?

El hombre había reanudado su trabajo de tallado.

—Estás en una barraca, llena de corrientes de aire, el viento atraviesa la madera, y las brasas no tardan en apagarse. ¿Qué quieres? Si tienes frío, vete a tu casa, donde estarás calentito. Y llévate también tu conciencia.

El invitado abrió una bolsa, sacó unas prendas y se las entregó a la niña.

—Toma, Adelina, este rojo es para ti, un jersey grueso. El azul debe de ser de la talla de Vittorio, a ver si le cabe. Aquí tienes también dos gorros de lana, los hizo mi mujer, y dos bufandas. Así os abrigáis un poco.

El tallador levantó apenas la vista de la madera.

—¿A qué viene eso? ¿Quién te ha pedido nada? Cuando su madre necesitaba ayuda de ti o de cualquiera de éstos que dicen ser amigos míos, ¿dónde estabas? ¿Y cuando decidió...?

El otro lo interrumpió con decisión, mirando a los niños:

—¡Anto', por lo que más quieras, basta! ¿Te has vuelto loco? ¡Con los niños delante!

—¿Y por qué, acaso no lo hizo delante de ellos? Ella tampoco creyó a su marido. Ella tampoco tuvo la fuerza de ayudarme a demostrar que lo que decía era cierto.

—Anto', escúchame. Te enfrentas a un serio problema. Hoy han ido al cuartel dos policías, un comisario y un sargento. Buena gente, competente en su trabajo. Spasiano tenía órdenes de contarles toda la historia.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Estaba presente. Ellos escucharon y al final lo primero que preguntaron fue si sabíamos dónde vivías.

Antonio Lomunno lanzó el cuchillo sobre la mesa. La niña, que con una cuchara de madera revolvía una olla en el fogón, se estremeció.

—¡Maldito, maldito! ¡Esta historia no acabará nunca, nunca!

Criscuolo avanzó hacia él.

—Puedes decir que estabas en el mar cuando ocurrió. Puedes decir que estabas en

el pesquero, puedes decir que...

—¿Puedo decir? ¿Entonces crees que he sido yo? Y no entiendes que de haber querido... —Eché una rápida mirada a su hijo, que lo escrutaba con la boca abierta...lo habría hecho entonces, enseguida, delante de todo el mundo. El muy ruin, el muy cobarde. Lo habría hecho entonces, y sanseacabó.

—No lo digas ni en broma —murmuró Criscuolo, aferrándolo del brazo—. No serías el hombre que eres si lo hubieras hecho. Y nosotros a Maria la ayudamos, poco, pero mientras estuviste preso la ayudamos. Más no pudimos, ya sabes cómo funciona. La vigilaban, y si nos hubiesen visto, nos habrían considerado cómplices, y hubiéramos acabado como tú. Además, nosotros también teníamos y tenemos familia.

Lomunno lo miró rechinando los dientes, los ojos anegados en lágrimas.

—Y todavía tenéis una familia... Yo, en cambio, tengo una hija de doce años que debe hacerle de madre a su hermano de ocho, porque su padre tiene que salir a navegar para conseguirle un poco de harina rancia y pescado robado. Ésa es mi familia.

—Sí, ésa es tu familia. Y tienes que sacarla adelante, porque se lo merece, en lugar de pudrirte el cerebro y el hígado con el vino de las tabernas. Y sobre todo tienes que seguir libre, de lo contrario, ¿cómo acabarían estos niños?

Lomunno se dejó caer en una silla.

—Está bien. ¿Tú qué crees que debo hacer?

Criscuolo se lo dijo.

Cuando terminó, Lomunno se cubrió la cara con las manos.

—¿Te das cuenta de lo que me pides? Que haga lo mismo que él me hizo a mí.

Sentado a su lado, Criscuolo le aferró la mano.

—No, Anto', no. No es lo mismo. Él mentía y tú no. Además, es posible que no haga falta. O a lo mejor no fueron ellos y podrán demostrarlo y nadie saldrá mal parado. Pero entretanto, tú te los quitas de encima.

—No sé si podré. No sé.

—Tienes que poder, Antonio. Tienes que poder por ellos, por tus hijos. Y por la memoria de Maria, que era frágil y no consiguió salir adelante.

Cuando se disponía a marcharse, echó un vistazo a la madera que Lomunno tallaba y vio que estaba construyendo un pesebre.

—Estás haciendo el pesebre, ¿eh? Bien, así los niños saben que es Navidad. Dentro de unos días vuelvo y os traigo algo rico para comer en Nochebuena. Adiós, niños, venid y dadme un beso.

Mientras salía, oyó a Lomunno que lo llamaba:

—Pasqua'...

—Dime, Anto'. Dime.

En la penumbra de la barraca, los ojos de su amigo brillaban. La boca se abrió y

se cerró: es difícil dar las gracias a alguien cuando no se admite que se le tiene cariño.

—Aféitate ese bigotito —le dijo finalmente Lomunno—. Te queda francamente ridículo.

Criscuolo sonrió y lo hizo vibrar con arte.

—Pero si me sienta de maravilla...

Y se marchó.

Cuando Ricciardi y Maione salieron del cuartel ya era de noche. No llovía, pero el viento soplaba otra vez con fuerza y congelaba las orejas. Los dos hombres se subieron el cuello del abrigo.

El sargento se calzó los guantes y batió palmas.

—Mi maaaadreee, qué noche más fría nos espera. Por otra parte, no sería Navidad si no hiciera frío, ¿eh, comisario? En fin, al menos hoy nos hemos enterado de algo sobre Garofalo.

—Y también sobre nosotros mismos —contestó Ricciardi con aire pensativo mientras el viento le agitaba el cabello.

—Y todavía hay gente que dice que la policía secreta no existe —añadió Maione—. Impresionante.

—Si le arruinaron la vida a Lomunno con tanta facilidad fue por culpa de la policía secreta. La milicia es el partido, no se pueden permitir siquiera la posibilidad de un escándalo. Hay que reconocer que Garofalo apostó fuerte, si no comprobaban lo que había dicho, se habría encontrado en una situación difícil.

Ricciardi había enfilado a paso vivo en dirección a la jefatura.

—Significa que apostaba sobre seguro. Sea como fuere, a su colega le arruinó la vida, no solo la carrera. Piensa en su mujer que, presa de la desesperación por haber perdido la casa, el marido y la dignidad se lanza al vacío.

Maione seguía a Ricciardi e iba soltando nubes de vaho, como una pequeña locomotora.

—Tiene razón, comisario. Se puede robar la vida a alguien, los sueños y las esperanzas. El delito mayor es ése, robarle la esperanza.

Ricciardi miró de reojo al obrero muerto bajo la última carga del día, se había quedado solo en el muelle, abandonado por los vivos, que habían regresado a sus casas.

—La esperanza será lo último que se pierde, aunque ésa también acaba muriendo. Pero nosotros, al final del primer día de investigación, no solo contamos con el nombre de Antonio Lomunno, ex miliciano y ex presidiario.

—¿Ah, no, comisario? ¿Y con qué más contamos?

Ricciardi miraba al frente, absorto, caminaba deprisa, empujado por el viento que soplaba a sus espaldas.

—Con san José y san Sebastián.

—Ya que estamos, también con san Genaro... Pero ¿en qué sentido?

—El san José roto... Si lo rompieron adrede, fue por un motivo. Debemos tratar de averiguar cuál pudo ser ese motivo. En cuanto a san Sebastián, me ha dado una idea que voy a comprobar. Aunque debemos consultar a un par de expertos, porque tanto tú como yo sabemos muy poco de santos.

—Que yo recuerde, comisario —dijo Maione, tras reflexionar un momento—, el único experto en santos que conocemos es el padre Pierino, de la parroquia de San Ferdinando.

—En él estaba pensando. Mañana quizá me acerque a verlo, pero solo nos servirá para san José. En cuanto a san Sebastián, hablaré también con otro experto, el doctor Modo.

Maione soltó una carcajada al viento.

—Comisario, el doctor Modo sabe de santos menos que nosotros, si dejamos de lado de los que se acuerda cuando blasfema, entonces sí que se sabe unos cuantos. En todo caso, para mí siempre es un gusto ir a verlo.

—No —contestó Ricciardi mientras entraban en el patio de la jefatura, cobijándose por fin de la feroz tramontana—, del padre Pierino y de Modo me encargo yo. Mañana tú me harás el favor de ir a ver a tu informante, el famoso Nenita, le pedirás que se entere por ahí de qué se dice de Lomunno y Garofalo. Quizá tanta integridad era puro cuento.

—A sus órdenes, comisario —contestó Maione—. A Nenita tengo que pillarlo a primera hora de la mañana o a última de la tarde, de lo contrario se va por ahí, de paseo por callejuelas y callejones. Pero si usted quiere, paso esta misma noche.

—No, es tarde y hoy ha sido un largo día. Sube un momento a firmar los atestados y luego vete a casa, que dentro de unos días es Navidad.

—Todavía tengo que terminar el pesebre. Qué le vamos a hacer, me toca a mí, es una tradición y nunca tengo tiempo. Me acuerdo de Luca, cuando era pequeño, que se empeñaba en montarlo conmigo. A veces es como si lo viera, ¿sabe? En fin, mejor no pensemos en cosas tristes. Gracias, comisario, nos vemos mañana.

La Navidad es una emoción.

Puede durar el año entero, a la espera de un regalo, de otro beso, de un dulce degustado a la luz de velas rojas.

Sabe a almendras y canela, a confites y caldo de gallina.

La Navidad es una emoción.

Viaja en la luz de mil bombillas, en los cables eléctricos pintados de negro para simular estrellas caídas del cielo, agitadas por el viento.

Se refleja en un sinfín de voces que intercambian saludos con fingido afecto, abrazos olvidados y los mejores augurios.

La Navidad es una emoción.

La esperanza de algo nuevo al fin.

O del regreso, con maletas de cartón atadas con bramante en vagones repletos y malolientes, desde los lugares de trabajo a aquellos donde están los antiguos amores, que se vuelven nuevos cuando se ven desde tan lejos.

La Navidad es una emoción.

Es fuerte, como las ganas de estar en casa cuando hace frío y sopla el viento, y suave, como el sonido del acordeón en una taberna para los que pasan deprisa, sin saber bien adónde ir.

La Navidad es una emoción.

Puedes esperarla día tras día, desde el momento en que el siroco sucumbe a las arremetidas del viento del norte, pero se te echará encima de repente, como un caballo encabritado cubierto de cascabeles y penachos.

La Navidad es una emoción.

Suena fuerte como un latido de corazón; a veces se oye leve como un parpadeo.

Pero una ráfaga de viento puede llevársela y no llegar nunca.

Después de rellenar los atestados, Maione bajó corriendo la escalinata de la jefatura para marcharse por fin a su casa. ¿Por qué negarlo? Se sentía feliz.

Los últimos tres años no habían sido fáciles. A decir verdad, habían sido los tres años más terribles de su vida.

La pérdida de Luca, en primer lugar. El modo tan trágico en que había ocurrido, un aviso, una carrera desesperada por los callejones, mil ojos que lo miraban entre las sombras de puertas, rendijas y zaguanes, y en la calle ni un alma. El gentío de siempre reunido cerca de la entrada de la taberna donde había querido entrar solo, pobre y tonto y queridísimo hijo mío, al que ni siquiera supe enseñarle la cautela del buen policía. Y las diez, cien manos que le impedían entrar, sargento, espere aquí, no se empeñe, recuérdelo como era cuando estaba vivo.

Parecía como si hubiese sido ayer y habían pasado más de tres años. Los ojos verdes y serenos del agente de policía Ricciardi, con el que nunca había querido tener tratos porque no le gustaban los silencios, con lo conversador que era él. El agente Ricciardi, el que traía mala suerte, según comentaban en la jefatura. Pero ese día, había llegado más tarde a la taberna, junto con él; la mala suerte se la había buscado Luca sin ayuda de nadie. Ricciardi bajó, se quedó unos minutos, volvió a subir, lo llevó aparte y le dijo: te quería. Quería al panzón de su papá.

Todavía hoy, al cruzar el portón y saludar al guardia, Maione se preguntaba cómo había sabido Ricciardi que, entre las cuatro paredes de casa y con su alegre risotada y su irrespetuoso afecto, Luca lo llamaba así, panzón. Y por qué había creído enseguida, lo había intuido, que Luca había elegido precisamente a Ricciardi para enviarle el saludo que no tuvo tiempo de susurrarle con su último suspiro.

El viento perfumado de nieve lo abofeteó, pero Maione seguía anclado con el pensamiento a los días posteriores al homicidio, cuando el único que estuvo a su lado fue el infatigable Ricciardi; su extraña amistad, el afecto que los unía se cimentaron entonces, en las largas vigilancias, en los interrogatorios, en la pista perdida y reencontrada que los llevó a descubrir al asesino. Y a mandarlo donde debía, a la cárcel.

En aquel entonces Maione ignoraba que lo peor empezaba precisamente en ese momento, cuando la energía y la rabia dejarían de contar con el objetivo de la búsqueda del culpable; cuando se encontraría en una casa sepultada en un silencio nuevo y sin esperanza, con una esposa al borde de la locura y él y los cinco hermanos de Luca a un paso del abismo, los ojos abiertos al vacío.

En cuántas ocasiones estuvo a punto de romperse el delgado hilo que los unía. Cuántas veces el fantasma del amor había estado en un tris de desvanecerse en el aire negro que rodeaba a su maravillosa mujer, convertida en una piltrafa, sentada en el sillón mirando el cielo desde la ventana.

Y entonces, al llegar la primavera algo había ocurrido. La chispa de los sentimientos casi olvidados había avivado una nueva y maravillosa pasión, a cuyo calor, la casa despertó como una flor sepultada debajo de la nieve. Y hoy, después de tanto tiempo, Maione podía contemplar la inminente Navidad como un momento de alegría y felicidad, y no como la enésima evocación de su dolor.

Mientras pensaba en que debía encargarse el pescado para la cena de Nochebuena, de lo contrario su proveedor no podría guardarle las mejores piezas, el corazón le dio un vuelco.

Al principio creyó estar equivocado; sus ojos, entrecerrados a causa del viento, debían de haber confundido la silueta, un juego de luces inoportuno del farol que se mecía en lo alto. Cuando el hombre que lo esperaba en la esquina del vico della Tofa, al verlo aproximarse tiró la colilla y la apagó de un pisotón, ya no tuvo dudas.

Franco Massa y Raffaele Maione habían sido inseparables desde niños. Hacían de las suyas por la piazzetta Concordia y alrededores, inventaban mil fechorías, pero eran simpáticos y todos los comerciantes de la zona les tenían cariño: uno flaco como un palo y una narizota enorme en medio de la cara enjuta; el otro rechoncho y siempre dispuesto a soltar una risotada ruidosa como un carrito de cacerolas que rueda escaleras abajo. Se hacían querer con mucha facilidad esos dos diablillos, aunque hicieran todo tipo de trastadas.

Y siguieron siendo inseparables. Cuando dejaron de correr descalzos detrás del Pazzariello y de viajar colgados del trolebús, en vilo sobre las vías, para ir a zambullirse en el mar desde la escollera de via Caracciolo. En la adolescencia, cuando esperaban a las chicas a la salida del colegio de la piazza Dante; de muchachos, cuando compartían la misma entrada al Salone Margherita, donde las bailarinas se subían las faldas, uno de ellos distraía al acomodador en la taquilla mientras el otro se colaba entre las piernas de los hijos de papá vestidos de frac.

Raffaele Maione, apodado el Oso por su corpulencia; Franco Massa, apodado Cigüeña por las piernas largas y flacas, y la narizota que lo obligaba a andar inclinado hacia adelante. Esas amistades que traspasan fronteras y abarcan el resto de la vida, cuando uno imita al otro sin darse cuenta y ya no se recuerda quién se parece a quién.

Al entrar Lucia en escena, el ángel rubio que sería la madre de los seis hijos de Maione, Franco no desapareció, como suele ocurrir. Pasó a ser el tío Franco, y los niños aprendieron a quererlo como a un segundo padre. Más que nadie Luca, del que era padrino. Cigüeña conservaba en la mesita de noche la foto del día del bautismo, en la que aparecían él, tieso y cohibido con aquel hatillo en brazos, Raffaele y Lucia, uno a cada lado, emocionados y sonrientes.

Como padrino había sido concienzudo y atento. Había seguido a Luca paso a paso, vigilando con rigor sus amistades y conocidos. A menudo el muchacho solía pedirle a su padre que intercediera ante el tío Franco, para que lo dejara regresar más tarde por la noche o faltar al colegio.

Los dos amigos habían elegido pertenecer al cuerpo, el Oso al de policía y Cigüeña al de la guardia de prisiones; era natural que Luca siguiera sus pasos. Trágico y natural.

La muerte de Luca había sido atroz para Raffaele, sin duda, pero no menos que para Franco, que carecía de familia propia y afectos dignos de mención; su deseo de paternidad quedaba colmado por aquel muchacho rubio, revoltoso y apuesto, de ojos color del mar y carcajada estruendosa como la de su padre. Su desaparición había roto algo dentro de él, apagado un fuego que ya no volvería a encenderse.

Después de los primeros meses, a los dos antiguos amigos les había resultado difícil verse. Cuando lo hacían, tras un momento de silencio, invariablemente Franco

se echaba a llorar. Lo hacía en silencio, sin cambiar de expresión, con gruesos y cálidos lagrimones que le surcaban la cara, como una lluvia repentina.

Poco a poco fueron espaciando los encuentros. A veces se cruzaban por casualidad, se saludaban de lejos con una inclinación de la cabeza, pero ocurría rara vez. Massa había dejado de desplazarse desde Poggioreale, donde llegó a jefe de los guardias y tenía a su cargo la dirección del servicio de seguridad de la cárcel; al pensar en su amigo, Maione notaba ese leve dolor que se siente cuando por desidia se deja morir un sentimiento importante.

Por ello, al verlo en una esquina del trayecto de regreso a su casa, en una anómala resaca de emociones, Maione sintió en el pecho el choque entre la alegría y el sentimiento de culpa; se disponía a disfrutar de una feliz Navidad, pero sin su hijo y sin su mejor amigo.

Lo abrazó con el afecto de siempre, y Franco se dejó envolver en los brazos del Oso, dándole golpecitos en los anchos hombros: el mismo abrazo que se daban cuando eran niños. Dios mío, cómo ha envejecido, pensó Maione.

—Tengo que hablar contigo, Raffae’ —le dijo Franco, después de mirarlo durante un buen rato—. Es algo importante, debes concederme media hora.

Maione estaba feliz y desorientado.

—Claro que sí, Franco. ¿Cuándo nos vemos? Tienes que venir a casa, anda, Lucia y los niños se pondrán contentos. Quería llamarte esta Navidad, ¿por qué no vienes a pasar con nosotros la Nochebuena? Lucia preparará almejas, ya sabes lo bien que cocina.

Massa parecía estar pensando en otra cosa.

—Ya, la Navidad. La Navidad. No, tengo que hablar contigo ahora mismo. Vamos a esa taberna de ahí; te invito a un vaso de vino. Será media hora, no más.

Echó a andar sin esperar respuesta.

Desde la ventana de la cocina, Rosa Vaglio escrutaba la calle. Soplaban un viento frío, le dolían los huesos, pero ella no temía ninguna de las dos cosas; ella era de campo, de las montañas de Cilento, salvajes y traidoras, donde la nieve caía sin avisar incluso en días soleados, de las nubes agazapadas detrás de las cimas, invisibles hasta que era demasiado tarde.

Una vez había visto un lobo.

Con la esperanza de que su esposa siempre pálida recuperara el color, el barón di Malomonte, padre de Luigi Alfredo, había llevado a su familia a una casa de labranza de su propiedad, en Sanza, al pie del monte Cervati. La baronesa de los ojos verdes, callada y sonriente, había pedido a Rosa que la acompañara a dar un paseo y las sorprendió un aguacero repentino, frío y penetrante; se refugiaron en una cabaña que servía para almacenar madera, y cuando por fin paró de llover y salieron otra vez, se encontraron frente a frente con aquel maravilloso ejemplar de pelambre renegrada y ojos amarillos, casi tan alto como uno de los potrillos que el barón criaba para las carreras.

Rosa se apresuró a hacer entrar en la cabaña a la baronesa, e hizo frente al animal mirándolo fijamente a los ojos. No leyó en ellos nada de salvaje: curiosidad, inteligencia, mucha soledad. Después el lobo había dado media vuelta y se había marchado en silencio hacia la cima.

A saber por qué se acordaba de eso ahora, tan lejos en el tiempo y en el espacio; ahora que desde el balcón de aquella ciudad que nunca había comprendido del todo, contemplaba la calle, esperando que su señorito regresara para cenar, tarde como todas las noches. Tal vez el animal y el comisario tenían la misma enfermedad en la mirada.

Cuando lo tuvo en sus brazos, más de treinta años antes, había dejado de trabajar para él y había empezado a quererlo. Había sido la madre que la pobre baronesa, fallecida tan joven y siempre débil y enferma, nunca pudo ser; pero en el fondo jamás lo había comprendido. Desde su regreso del hospital, después de que ella temiera por su vida, lo notaba más dolorosamente solo. Era una impresión, pero sabía que no se equivocaba.

En su mente sencilla e inculta, comprendía que un conflicto acosaba a su muchacho, pero no sabía de qué se trataba.

Imaginaba que se refería a la chica de los Colombo, la mayor de los hijos del comerciante de sombreros que vivía enfrente. La había parado por la calle, había hablado con ella, incluso la había recibido en casa cuando él no estaba. Esperaba que la muchacha fuera capaz de remediar el padecimiento de la soledad de Luigi Alfredo. Pero después del accidente había desaparecido, sustituida por esa extraña forastera,

esa viuda demasiado agresiva, demasiado hermosa, demasiado desenvuelta, demasiado de todo.

No le gustaba la tal Livia. No le parecía adecuada para su muchacho. El buey y la mujer, de tu tierra han de ser, decía el refrán; y si no era del Cilento, que habría sido lo ideal, al menos que fuese una buena señorita del sur, seria y amable, como le había parecido Enrica. Cosa que no era esa señora, que fumaba y se contoneaba de tal modo que atraía todas las miradas.

Rosa entrecerró los ojos en el viento y de lejos vio acercarse a Ricciardi, como siempre sin sombrero, las manos en los bolsillos, la cabeza gacha. El corazón se le llenó de ternura, como siempre, y decidió que hay veces en que al destino hay que echarle una mano.

En la taberna había poca gente; la semana anterior a la Navidad, quienes tenían casa y familia se recogían temprano.

Maione y Massa ocuparon una mesa en un rincón, un tanto apartado, y pidieron medio litro de tinto para entrar en calor. El sargento intentó romper el hielo:

—¿Cómo estás? Como te decía, con Lucia habíamos pensado invitarte a pasar con nosotros la Nochebuena. Ahora las cosas se han encarrilado; hemos vuelto a hablar, ella está mejor. Recuperó el amor por la casa. Los chicos también...

—Raffaele, perdóname. Tengo que contarte algo que tal vez te haga daño. Perdóname.

Maione cerró los ojos. Había notado la preocupación en la mirada de su amigo nada más verlo, lo conocía demasiado bien, no podía equivocarse. Como un cobarde confió en que se tratara de un problema de él, lo ayudaría de corazón, pero conservaría su paz, tan frágil, reconquistada con tanto esfuerzo. Pero no.

—No tengo elección, ¿verdad? Si hubiese podido ahorrarme esta decisión, entonces tú no estarías aquí. Habrías elegido por mí.

Massa bebió un largo sorbo de vino.

—Así es. Por desgracia no tengo ese derecho. Escúchame, sabes que desde que me hicieron jefe de la guardia ya no estoy en los pasillos vigilando directamente. Hago los turnos, formo las brigadas, ese tipo de cosas. Pero los muchachos saben que de algunas cosas me encargo en persona, por eso vienen a comentarme enseguida las novedades. La semana pasada, no me preguntes por qué, en el comedor hubo una pelea entre los detenidos. En su mayoría se trata de bestias que no saben contener la violencia que llevan en el cuerpo. Bastan una mirada, una palabra, un tono de voz... En fin..., volaron unas cuantas sillas, con algunas patadas y puñetazos hasta que llegaron mis muchachos a poner orden.

Maione esperaba, tenía el corazón en la boca.

—Pero fue demasiado tarde —prosiguió Massa—. Uno quedó tendido en suelo,

una patada en la cabeza cuando estaba caído. Lo llevaron a la enfermería, pero enseguida quedó claro que no saldría adelante. Ya te imaginas de quién se trataba, ¿no?

Maione cerró los ojos. Él. Él. Había muerto, se había cumplido su destino. Casi no escuchaba a Massa, que había retomado su relato.

—Me llamaron enseguida, sabían que debían mantenerme al tanto del estado de ese hombre, la vida que llevaba, cada suspiro suyo de dolor. Cada día de su pena era una caricia para mi sufrimiento. Cada día de su pena.

La voz se había convertido en un susurro cargado de odio; los labios apretados, la mirada perdida en el vacío. Con una punzada en el corazón, Maione comprendió cuánto debió de sufrir su amigo en esos años, sin el consuelo de sus otros hijos y de Lucia, que él sí había tenido.

—Como podrás imaginar, acudí enseguida. Me instalé junto a su cama. Quería contemplar su agonía, minuto a minuto. La herida era importante, un puntapié en la sien con una bota, nadie creía que fuera a despertar. Pero se despertó.

Maione abrió los ojos como platos: ¿qué diablos había pasado?

—Se despertó y pidió un sacerdote. El muy desalmado, ese demonio quería salvarse en el último momento con un lloriqueo y una bendición. Ya no veía; así que cogí una silla, la puse al lado de su cama, y me hice pasar por cura. Me hice pasar por cura, Rafe'. Me hice pasar por cura.

Se lo repitió sobre todo a sí mismo. Maione negó con la cabeza, tenía ganas de echarse a llorar.

—Pobre hermano mío. Pobre hermano mío.

—No tengo miedo, Rafe', créeme. Estos ojos han visto demasiados infiernos para temer el más allá. Quería oír de sus propios labios lo que había hecho. Murmuré unas palabras que sonaran a latín, y el muy ignorante se las tragó y empezó a hablar. Como podrás imaginar, he leído tantas veces su expediente que me lo sé de memoria. Desgranó todas las cuentas del rosario, hurto por hurto, robo por robo, y los homicidios, uno, dos, tres. Incluso uno por el que ni siquiera fue juzgado.

Maione estaba literalmente pendiente de sus labios.

—¿Y qué te dijo de Luca? ¿Te contó cómo ocurrió, si dijo algo, si...?

—Espera. Déjame seguir. En un momento dado, se calló. Ya no habló más. Pensé que por fin se había muerto. Pero seguía respirando, así que le pregunté: ¿y Luca Maione? Él se quedó callado, y después me preguntó: ¿y usted padre, cómo sabe lo del policía?

Maione contuvo el aliento, expectante.

—Y yo le contesté: estás ante Dios, y Dios lo sabe todo. Si mientes ahora, no recibirás el perdón. Él se quedó callado y después, en voz tan baja que tuve que acercarme más para oírlo, dijo: al policía no lo maté yo.

La gente de la taberna hablaba, de fuera llegaban la música y los villancicos de Navidad, se oía también el ruido incesante del viento que soplaban en el callejón. Pero Maione tenía la sensación de que se había hecho un silencio profundo, como el que se produce en la iglesia una tarde de verano.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir, Franco? ¿Cómo que no lo mató él? ¿Entonces quién mató a mi Luca? Mentía, maldito sea. ¡Mentía frente a la muerte!

Massa se había tomado otro vaso de vino; por los ojos inyectados en sangre y las manchas rojas que le cubrían la cara, se hubiera dicho que la fiebre lo abrasaba.

—Yo también lo pensé. Pero después me dije: ¿por qué iba a hacerlo? Confesó otros homicidios, incluso uno por el que no fue condenado, y sabía que se estaba muriendo. ¿Por qué iba a mentir? No podía pensar que engañaría al Padre Eterno.

—¿Y entonces?

—Entonces pensé: no puedo vivir con esta duda. Y le dije: hijo mío, no te puedo creer si no me dices lo que pasó realmente. Y si no te puedo creer, tampoco puedo darte la absolución. Lo siento, pero te espera el infierno por tus pecados.

—¿Y él qué hizo?

—¿Qué iba a hacer? Me creyó. Y desembuchó. Ese día, además de ir acompañado de sus compinches de siempre, se había llevado a Biagio, su hermano menor. El chico nunca había hecho nada, lo había protegido por respeto a su madre, pero había insistido. Se sentían seguros, y el hermano mayor se dijo: ¿por qué no? Pero resulta que Luca los pilló, se había encargado de la vigilancia, se le daba muy bien vigilar, lo había aprendido de ti.

Maione asintió, absorto: recordó las largas horas dedicadas a enseñarle las técnicas a su hijo.

—Luca sabía cuántos eran, los vio entrar y los contó uno por uno. Era muy bueno. Realmente bueno. Cuando calculó que estaban todos dentro, irrumpió en la taberna y los mantuvo encañonados, así ninguno podía pillarlo por sorpresa. Pero no contaba con el muchacho, que había ido a comprar cigarrillos. En cuanto entró en la taberna, se encontró con Luca de espaldas que tenía delante a toda la banda, y, llevado por el pánico, en lugar de salir corriendo, cogió el cuchillo que el hermano le había dado... e hizo lo que no debía hacer.

Maione alargó la mano sobre la mesa y agarró el brazo a Massa.

—¿O sea que fue el muchacho? ¿El hermano menor?

—Sí, fue él. El mayor oyó que llegaban más policías y pensó de prisa. Cogió el cuchillo, le ordenó a su hermano que se largara enseguida, sin correr, total nadie lo conocía, y se atribuyó el homicidio. No tenía nada que perder, de todos modos iban a condenarlo, lo buscaban por otros delitos y otros homicidios.

Siguió un largo silencio. Maione debía asimilar la noticia y ordenar sus pensamientos sobre algo muy importante que hacía muy poco había conseguido

sepultar en el fondo del corazón y de la mente.

—De modo que el verdadero culpable, el hombre que mató a mi hijo, a nuestro hijo, está libre. Y desde hace tres años va por ahí tan campante, matando más gente.

Massa asintió.

—A mí también me trastornó la noticia. Me quedé callado, con la boca abierta, hasta que el muy cerdo murió.

Maione miraba al vacío.

—No me lo puedo creer.

—Pero es la verdad. Por eso he venido a verte, aunque era consciente de que te iba a arruinar estos días de fiesta. Pero por fin podremos cerrar esta historia y hacer justicia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maione mirándolo.

En esta ocasión fue Massa quien alargó el brazo sobre la mesa y aferró la mano de Maione.

—¿No lo entiendes? Pues es bien sencillo. Debemos encontrar a ese Biagio y matarlo como a un perro, como hizo él con Luca. Ya lo habría hecho, pero yo solo era su padrino de bautismo; tú eres el padre, tienes más derecho que yo. Si no te ves con ánimo, lo comprendo, dímelo y me encargo yo, no veo la hora.

—¿Lo harías de veras? —preguntó Maione; se sentía como borracho.

Massa rio con amargura.

—Rafe', en estos tres años y medio no ha habido un solo día en que no haya pensado en Luca. Yo no he tenido hijos ni me han hecho falta, porque ese muchacho era toda mi vida. Lo recuerdo todo de él, cómo era de recién nacido, cómo era cuando se fue haciendo niño, adolescente, muchachito y hombre. Nos entendíamos con solo mirarnos, lo quería con locura. Esta mierda de hombre me quitó el único verdadero afecto de mi vida. Durante todo este tiempo creí que había sido su hermano, vigilé en todo momento que cumpliera su condena como estaba mandado, y así habría seguido yo toda la vida, vigilando día tras día su pena. Tú decidiste que fuera a parar a la cárcel, yo lo habría matado a dentelladas, allí mismo, en aquella taberna. Ya sabes cómo es la ley: no se puede juzgar a distintas personas por el mismo delito. Además, ¿qué pruebas tenemos? ¿Mi testimonio de la confesión que le arranqué haciéndome pasar por cura y teniendo en cuenta que soy el padrino de la víctima?

Maione tuvo que reconocer que el razonamiento de su amigo se ajustaba perfectamente a la verdad. El asesino se libraría. Pero no podía permitir que Massa se arruinara la vida. Si alguien debe hacerlo, pensó, ese soy yo. Yo que mandé a la cárcel a la persona equivocada.

—Deja que yo me encargue, Franco. Deja que lo busque para tenerlo cara a cara. Si no me viera con ánimos, te llamo enseguida.

Massa lo escrutó con gesto decidido.

—Rafe', ya sabes que Luca debe descansar en paz. Y no puede hacerlo si su asesino queda impune.

—Lo sé, Franco —dijo Maione poniéndose de pie—. Y perdóname si después de todo este tiempo me había olvidado del dolor. Gracias por lo que has hecho.

Massa tomó la última copa y también se puso de pie.

—Soy yo el que debe darte las gracias por haberme dado el recuerdo de Luca. Fue lo único hermoso de mi vida. Espero tus noticias, Rafe'. Mantenme al tanto.

Cada cual siguió su camino sin despedirse ni desearse nada.

Sabían de todos modos que no sería una feliz Navidad.

El domingo antes de la Navidad es bien extraño. En parte es domingo porque desde primera hora de la mañana tocan las campanas; porque impera un ambiente festivo, con los horarios y las costumbres de los días falsamente libres de compromisos; porque muchas tiendas están cerradas y algún comerciante rico se permitirá una horita más de sueño; porque las muchachas pensarán en algún encuentro clandestino, si su padre o su madre las envía a hacer algún recado del que, por pereza, no querrán ocuparse personalmente.

Aunque no es un domingo cualquiera.

En parte es festivo porque los mendigos se agolparán frente a las iglesias para exhibir su miseria a los beatos con la esperanza de arrancarles alguna moneda; porque los vendedores de globos y petardos ocuparán sus sitios en la Villa Nazionale, con mitones y la cara cubierta de trapos de lana para combatir el viento, atrayendo a los niños con su mercancía y asustándolos con su aspecto; porque el viento propagará los aromas a almendras garrapiñadas, a castañas asadas, a alcachofas a la brasa y a pizzas fritas, despertando el apetito de todos y haciendo las bocas agua.

Aunque no es un festivo cualquiera.

En parte es Navidad, porque las aceras de los amplios paseos y de cada callejón adyacente se ven invadidas por mercancía expuesta sobre viejas sábanas, y todo el mundo vende alguna cosa, lícita o ilícita; porque los clientes potenciales se ven obligados a caminar por la calzada y a soportar bocinazos y salpicaduras de barro de automóviles y carruajes; porque los vendedores de fruta y embutido han levantado amplios arcos de mercancía multicolor y desmontarlos llevaría horas, de modo que desde hace días no cierran, y por las noches se quedan charlando entre ellos, arrebujados en mantas y con el brasero enfrente; porque las anguilas colean vivaces en grandes pilas pintadas de azul como el mar, a lo largo de la via Santa Brigida, y de vez en cuando, una salta a la calle y el pescador la persigue entre las piernas de las mujeres que huyen espantadas.

Aunque la Navidad todavía no ha llegado.

Esa mañana Enrica había decidido acompañar a su padre.

Aprovechando que era domingo y para prepararse a afrontar la dura semana previa a la Navidad, Giulio Colombo había decidido pasar por la tienda y comprobar si sus existencias de guantes, sombreros y bastones cubrirían el ansiado aumento de las ventas con motivo de la campaña de regalos navideños. Sus treinta años de experiencia en el sector le decían que, cuando a último momento la gente se encontraba escasa de ideas, muchos se decantaban por ese tipo de accesorio; por tanto, convenía reabastecerse de mercancía, sobre todo la de la franja de precios

bajos. No obstante lo que publicaran los periódicos, la crisis existía, vaya si existía.

Por ese motivo, padre e hija, estaban en la tienda cerrada, con el cierre a medio subir, uno contando prendas y la otra punteando en una lista los números de referencia de los artículos. El verdadero motivo por el que estaban allí, como bien sabían pese a no haberlo expresado en voz alta, era para sustraerse a la presión de Maria, la madre, que no paraba de hablar siempre del mismo tema.

Como Giulio sabía, Enrica tenía un carácter muy suyo. Y lo sabía porque era igual a él. Dulce, amable, siempre discreta, nunca levantaba la voz, ni cedía a arrebatos, pero tozuda, decidida, ordenada hasta resultar maniática, exacta y precisa en sus ideas y movimientos. Veinticinco años, sin novio, sin que ningún hombre la cortejara directamente o hubiese solicitado permiso a su padre para hacerlo.

No es que no fuera guapa a su manera, pensó Giulio mirándola con el rabillo del ojo; pero desanimaba a sus aspirantes a cortejarla con una sonrisa y un no, gracias. Y eso era algo que enfurecía a su madre, que consideraba que a esa edad un mujer debía, por fuerza, contar desde hacía tiempo con casa propia, hijos y, sobre todo, marido; se lo repetía una media de diez veces al día, en toda la gama de tonos, del suplicante al imperativo.

Enrica se encerraba en sí misma. Contestaba apenas con monosílabos, seguía ocupándose de las tareas del hogar y dando clases particulares a sus alumnos a los que preparaba para superar los exámenes.

Giulio se fiaba de su hija. Si quería esperar, debía hacerlo. Si quería quedarse toda la vida con su padre, él encantado de la vida. La hermana menor, casada con uno de sus empleados, fascista y entusiasta, ya tenía un hijo, y, en el fondo, ¿acaso no vivía en casa con ellos? ¿Qué habría cambiado? Corrían tiempos difíciles, habían pasado por una guerra hacía poco tiempo, y la postura del gobierno, que no se le escapaba al culto y liberal Giulio, era de una marcada tendencia militar. Se sentía más tranquilo con su hija en casa que casada quizá con uno de esos exaltados, como se veían muchos por ahí.

—Sombrero de hombre en fieltro, gris oscuro, con banda de seda negra —le cantó a su hija como si las palabras en realidad dijeran: te quiero.

—Artículo quince-veintiséis, una unidad —respondió Enrica punteando en la lista. Como si hubiese dicho: yo también.

Ricciardi había hecho sus cálculos: si dedicaba el domingo a ver al padre Pierino y al doctor Modo, ganaría tiempo. El médico y el sacerdote eran los únicos para quienes ese día no se diferenciaba del resto, como le ocurría a él, por otra parte.

En su opinión, la personalidad del difunto centurión Garofalo iba desvelando aspectos desconocidos. El miliciano irrepreensible e intachable, que rechazaba los regalos de los pescadores y exhibía ante sus vecinos una compostura absoluta, fue

dando paso al arribista sin escrúpulos, que no había dudado en arruinarle la vida a un superior con tal de arrebatarse el puesto. No era nada nuevo en una época en que se premiaban las delaciones; en la jefatura de policía ocurría otro tanto, al menos si tenía en cuenta los pocos casos que caían bajo su mirada indiferente. Pero una cosa era desbancar a un competidor sirviéndose de un parentesco o una recomendación, y otra muy distinta mandarlo un año y medio a la cárcel, condenando a su esposa a suicidarse a causa de la ignominia.

Mientras se dirigía a la iglesia de San Ferdinando por una vía Toledo convertida en un hormigueante mercado, Ricciardi pensó en el pesebre de la casa de los Garofalo: la figura de san José hecha añicos y escondida torpemente debajo del mantel, y la de la Virgen un tanto inclinada sobre el burro. Al ir a eliminar al marido, habían abatido a la mujer. Demasiado simbólico para tratarse de una casualidad. Esquivó de milagro un vehículo público que lanzó un ofendido bocinazo, y recordó la frase pronunciada por la imagen de Garofalo, su último pensamiento: «Yo no debo nada, nada de nada». ¿Qué le habían reclamado los asesinos que el centurión se había negado a darles? La visita al cuartel había ampliado el abanico de posibilidades en lugar de estrecharlo. Dinero, patrimonio, pero también años perdidos.

Debía esperar las noticias de Maione, sobre la situación de Lomunno, que tenía sobrados motivos para odiar a la víctima. A saber si el sargento conseguiría localizar en día festivo a su informante omnisciente.

Su pensamiento fue para Maione y su recuperada serenidad familiar. Ricciardi, que lo había ayudado a superar el dolor de esos años, se alegraba. Sabía que para el sargento la familia era muy importante, y con satisfacción había visto cómo poco a poco su cara rubicunda recuperaba la sonrisa.

La familia, el amor. Enrica. La asociación de ideas, mientras se abría paso entre la multitud cerca de la piazza Trieste e Trento, fue incluso demasiado lineal. Recordaba que la tienda de sombreros del padre de Enrica se encontraba por esa zona y que alguna vez la había visto entrar en ella. Quizá era la que tenía la persiana metálica subida a medias. «¿Sombrero y guantes?», había preguntado el cadáver de la señora Garofalo, sonriendo con los ojos gachos mientras la sangre negra le manaba por el corte del cuello. Tal vez el asesino o los asesinos con los que había hablado eran clientes del padre de Enrica, y habían sido atendidos por la mujer que amaba. El destino no existe, pensó Ricciardi, de lo contrario, se divertiría de lo lindo con estas cosas.

Había llegado a la iglesia: los fieles salían de la misa de las diez. Esperó que la multitud fuera raleando y entró sin dejar de pensar en el destino que no existía y en Enrica.

Enrica pensaba en el destino y en Ricciardi.

Precisamente reflexionaba sobre la crueldad de haber esperado durante meses un acercamiento y después, cuando todo parecía inclinarse a su favor, todo quedó en nada. El destino sabía mostrarse feroz.

Recordó por enésima vez la felicidad que la embargó al recibir la carta del hombre que llevaba esperando toda la vida y del que se había enamorado de lejos; el contacto que había mantenido con su tata, la señora ruda y amable que vivía con él, y que la había invitado a entrar en su casa. Recordó los cuartos, la limpieza del apartamento, el perfume extraño que podía ser de su loción para después del afeitado; la puerta entrecerrada de su alcoba, desde cuya ventana él la miraba, respetando su cita vespertina.

Después, cuando el siguiente paso solo podía ser el encuentro, la sonrisa, las manos entrelazadas, se produjo el accidente. Mientras iba punteando la lista de los artículos que su padre le dictaba, se vio otra vez en la sala de espera del hospital, con los ventanales azotados por la lluvia, el día de los Difuntos. Tuvo la sensación de que habían pasado cien años, sin embargo, apenas eran dos meses.

Creyó que se encontraba al borde de la muerte. Había visto a aquella mujer hermosa, de acento foráneo, recorrer la sala fumando y llorando, quizá tan desesperada como ella. Se sintió la persona equivocada en el lugar equivocado. Y le había prometido a la Virgen de Pompeya que si le salvaba la vida, ella no lo vería nunca más. Poco después, el médico había aparecido sonriente; y hasta había dejado de llover.

Enrica nunca había sido muy religiosa, pero tuvo la impresión de que aquél era un signo inequívoco. Se había levantado y se había marchado corriendo, mientras la señora, la tata y el sargento rechoncho se precipitaban a la habitación de Ricciardi para verlo respirar. Se había marchado embargada por una mezcla de alegría y desesperación; la primera había desaparecido casi enseguida, la segunda seguía acompañándola.

A Enrica nunca le había preocupado demasiado su futuro. Siempre había pensado que si le estaba destinado un hombre, tarde o temprano, ese hombre habría llegado y ella lo habría intuido con solo mirarlo; no se habría conformado con ningún otro. Antes hubiera preferido quedarse sola.

Una idea romántica, de muchachita; pero era su idea y a ella se atenía. La confirmación le llegó un año antes, cuando se había fijado en el hombre que la miraba, de pie, desde la ventana de enfrente; ése era el elegido. Había llegado.

Y ahora lo había perdido. Lo había arrojado por voluntad propia a los brazos de la hermosa forastera, sin pelear siquiera.

Fue tan grande su frustración que los ojos se le llenaron de lágrimas. Para que su padre no las viera, se volvió hacia la puerta entreabierta de la tienda y vio a Ricciardi entrar en la iglesia de San Ferdinando.

El padre Pierino intentaba librarse de la señorita Vaccaro. Se trataba de una de las principales feligresas de la parroquia, una mujer acaudalada y muy, muy vieja. Entre los fieles de la zona circulaban leyendas según las cuales superaba los cien años, aunque lo más probable era que tras cumplir los ochenta hubiera considerado oportuno detenerse en ese punto al menos durante una decena de años.

De forma periódica, exactamente cada tres días, la señorita Vaccaro consideraba llegado el momento de poner al día a la cúpula de la iglesia de su precario estado de salud, y pobre de aquél al que pillara. El padre Tommaso, el párroco, se había vuelto muy hábil en evitarla y desaparecía un momento antes de que la señorita pisara la nave principal. El padre Pierino sospechaba que su superior había organizado un sistema de centinelas, y que algún monaguillo infiel le avisaba con un silbido u otro método propio de agente secreto; la cuestión era que siempre le tocaba a él caer en las garras deformadas por la artritis de la viejecita. Esta última, convencida de que los sufrimientos en este mundo, sumados a su aclamada castidad, aumentaban los méritos necesarios para acceder a un cómodo y eterno Paraíso, se complacía en informar puntualmente a sus confesores sobre la evolución de sus incontables enfermedades.

Y mientras escuchaba precisamente cuánto había debilitado a la señorita Vaccaro la disentería de la que acababa de recuperarse, el padre Pierino sonreía y asentía. Pequeño y achaparrado, de piel oscura y vivaces ojos negros como aceitunas, el vicepárroco era muy querido por los fieles, en especial, por los muchos necesitados y sufridos que vivían en el populoso barrio administrado por la iglesia de San Ferdinando. Si había niños enfermos, hambrientos, infestados por los parásitos, el padre Pierino era el primero en acudir, con su sonrisa amplia y contagiosa y el optimismo que caracterizaba su fe.

Porque el padre Pierino poseía una fe alegre, enamorada de lo creado y, por tanto, de Dios. Amaba el arte y, por encima de todo, la música, de la que gozaba intensamente. Amaba el campo, donde rara vez podía regresar. También amaba el mar, que le resultaba lejano por haber nacido en Santa Maria Capua Vetere, pero con el que enseguida había trabado amistad.

La señorita Vaccaro acababa de pasar a los efectos de una molesta gastritis, con imaginativas descripciones de las que el padre Pierino hubiera prescindido de buena gana, cuando en la penumbra de un altar lateral el cura creyó entrever una silueta conocida. Conocida y querida.

Había conocido a Ricciardi en el curso de la investigación de la muerte del tenor Arnaldo Vezzi, de la que él había sido testigo involuntario. No podían ser más distintos por carácter, cultura, pasiones y fe, pero habían entablado una relación, si no de amistad, sin duda, de gran empatía. Al sacerdote le interesaban esos ojos verdes,

en apariencia fríos; una ventana abierta a un mundo interior de dolor y sufrimiento por algo inconfesable.

El cura pequeño y alegre intuía un corazón encerrado tras los barrotes de a saber qué recuerdo; pero un corazón grande, lleno de compasión por el prójimo.

Ricciardi no era hombre que fuera a verlo a menos que lo impulsara una necesidad imperiosa. Y la señorita Vaccaro sobreviviría de todos modos a la gastritis y a la interrupción de su conversación. Debía confesar a alguien, le dijo; temía que hubiese cometido un homicidio cuando atracaba una casa, añadió, pues sabía que ése era uno de los íntimos temores de la anciana señorita; la mujer puso los ojos como platos y, con el fin de evitar que el criminal la reconociera, se esfumó de la iglesia a velocidad insospechada, a pesar de su artritis.

El padre Pierino se acercó a Ricciardi andando a saltitos, como era su costumbre, al tiempo que mentalmente pedía perdón a Dios por la mentira piadosa.

—¡Comisario, dichosos los ojos! ¿Cómo está? Me enteré del accidente y fui enseguida al hospital, pero usted, en contra de la opinión del médico, ya se había marchado a su casa. ¿Ha visto qué viento más frío sopla hoy? Aunque bien mirado, no sería Navidad si hiciera calor, ¿verdad?

Ricciardi respondió al saludo del cura con un rápido apretón de la mano nerviosa que metió enseguida en el bolsillo.

—Para mí también es una alegría verlo, padre Pierino. Ya lo sabe. Discúlpeme si llevo tiempo sin venir, pero... En fin, ya se ha enterado. ¿Cómo se encuentra?

El vicepárroco sonrió con las manos entrelazadas sobre la barriga.

—Bien, bien, gracias a Dios. No me puedo quejar, ¿no cree? Usted ve peores cosas que yo en esas calles de ahí fuera. Ya sabe, ninguno de nosotros debería lamentarse.

—Así es. Tengo que molestarlo para preguntarle un par de cosas, como siempre. ¿Puede dedicarme unos minutos?

—Faltaba más, claro que puedo... En realidad me ha salvado usted de una larguísima charla con esa anciana que acaba de ver. De modo que tiene toda mi atención. Usted dirá.

—Padre, ¿podemos hablar del pesebre? —preguntó Ricciardi, aprovechando la buena disposición del cura.

El padre Pierino sonrió, feliz como un granujilla al que acabaran de invitar a entrar en una pastelería.

—¡Encantado! Venga, acompáñeme.

Cogió del brazo a Ricciardi, que aunque no era gigante le sacaba varias cabezas, y caminó con él una decena de metros hasta uno de los altares laterales donde habían preparado un pesebre. La construcción ocupaba varios metros cuadrados, delante había unos grandes pastores antiguos que iban menguando de tamaño a medida que el

conjunto avanzaba hacia el interior, dando una sensación de profundidad francamente notable. Ricciardi no pudo menos de quedarse admirado.

El padre Pierino brincaba como un niño.

—Bonito, ¿eh? ¿No le parece precioso? Yo mismo me encargo, con la ayuda de alguno de los muchachos que frecuentan la parroquia. Muchas de las figuras son antiguas, pertenecen a nuestro patrimonio desde hace siglos. Otras nos las donaron los fieles en los últimos años. Algunas las hemos comprado o son fruto del trabajo de los feligreses que se dan maña en la confección de trajes o el modelado del barro.

—Notable, padre, notable —dijo Ricciardi mientras observaba fascinado el belén—. Realmente hermoso, enhorabuena. Dígame, ¿existe una simbología en las figuras? ¿Representan algo?

El padre Pierino asintió sin apartar la vista del paisaje en miniatura.

—Claro que sí, comisario. El pesebre es una de las tradiciones más antiguas y consolidadas de nuestro pueblo. A través de él, y en distintos momentos de la historia de esta ciudad, se representaron situaciones y personajes que han pasado a formar parte de la imaginación popular. Verá, todos los pesebres, incluso el más pobre, tienen tres niveles: en lo alto está el castillo de Herodes, que representa el poder y la prevaricación; en medio, el campo, con el rebaño, los pastores y demás; abajo, y delante, la gruta con el nacimiento. Y mezclados en el paisaje, las ruinas del templo, que simbolizan el triunfo de la cristiandad sobre los paganos; la taberna, que representa la tendencia humana al vicio, etcétera. Cada elemento del pesebre tiene un significado, y los principales, más de uno.

Ricciardi escuchaba, ensimismado.

—Cada elemento tiene uno o más significados, dice. ¿Me puede dar un ejemplo, padre?

El cura asintió, encantado. Era su materia, y se alegraba de poder explayarse a gusto.

—Claro que sí. Empecemos por los lugares y los elementos arquitectónicos. Ya le he hablado del templo y de la taberna; sobre esta última le diré, además, que el banquete que se celebra en su interior se refiere al rechazo de las casas de huéspedes y albergues, que se negaron a cobijar a la Sagrada Familia. Representa la maldad humana y el egoísmo, que el advenimiento de Cristo iluminará. El horno que se ve ahí, no falta nunca: además de mostrar uno de los oficios más antiguos, se refiere al pan que, junto con el vino, constituye una de las bases de nuestra fe. El puente sobre el río, que ve en segundo plano, se refiere a una antigua leyenda según la cual sepultaron a tres niños entre sus cimientos; los mataron expresamente para mantener firmes los arcos con un hechizo. El puente supone la unión entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Tampoco falta nunca el pozo, que representa la conexión directa con el mundo de los infiernos. Ya ve, la oscuridad y el mal también están

representados en el pesebre. Como en la vida, ¿no?

Ricciardi reflexionaba. Un puente, para unir el mundo de los vivos con el de los muertos. De haber sido él un pastor del pesebre, lo habrían colocado en ese puente.

Con independencia de esos pensamientos, la simbología del pesebre le parecía bastante intrincada. Dificultaría aún más de lo previsto dilucidar qué había querido dar a entender el asesino al romper la estatuita de san José; suponiendo, eso sí, que hubiese querido decir algo.

—¿Y los personajes, padre? ¿También tienen un significado?

—Por supuesto, comisario —asintió el padre Pierino—. ¿Ve el mercado en segundo plano? Cada personaje representa un mes; enero es el carnicero; febrero, el vendedor de requesón, y así sucesivamente, hasta diciembre, representado por el pescadero. Son doce. La gitana, con su cesta de herramientas de hierro, presagia el futuro y el hierro simboliza el destino de Jesús, muerto en la cruz. El hombre dormido en el suelo, junto al rebaño, por ejemplo... Es una historia divertida..., representa el hecho de que la llegada de Cristo despertó del sueño de la ignorancia a la fe verdadera, por tanto, simboliza a los estúpidos..., pues bien, según la tradición popular, ese hombre se ha llamado siempre Benito. Aunque ahora, por motivos obvios, nadie lo llama así, sino «el pastor dormido». Pero la gente, que sabe su nombre, se tapa la boca con la mano y ríe.

A Ricciardi le urgía conocer otros datos.

—¿Y la Sagrada Familia, padre? ¿También tiene una simbología, un significado?

—Claro que sí, comisario —contestó el padre Pierino tendiendo los brazos con un gesto de asombro—. Sabrá perdonarme tanta charla, pero yo me pasaría horas hablando del pesebre. Vayamos a la Familia. El niño Jesús es la infancia, la sabiduría, el candor y la inocencia. La Virgen, la maternidad, la intercesión, la pureza. San José...

—¿San José? —repitió Ricciardi.

—San José, comisario, representa varias cosas. Es el más humano, pues no es la Virgen, madre de Dios, ni el Hijo de Dios. Es un hombre y, como se ve, viste de pastor. Pero también es el padre putativo de Jesús, y carpintero. Para la cristiandad representa, además de la paternidad, el trabajo, la dureza de la vida para criar a los hijos, el sacrificio diario.

Ricciardi planteó la pregunta que deseaba formular desde el principio:

—Padre, ¿y si alguien hubiese querido profanar esta única figura del pesebre, la de san José, qué habría querido decir, según usted?

El padre Pierino se llevó la mano a la barbilla y se la acarició, pensativo.

—No es un bonito gesto, comisario, pero no tengo la menor idea. Podría referirse tanto al trabajo como a la paternidad. Podría tratarse de alguien que quisiera manifestar su malestar por haberse visto privado de uno de esos dos derechos, sobre

todo el del trabajo. San José es el patrono de los trabajadores. Es cuanto puedo decirle.

El comisario se quedó un buen rato contemplando el pesebre de la iglesia de San Ferdinando, iluminado por mil bombillas diminutas y velas encendidas por los fieles. Gracias, deseos, símbolos, santos; qué ciudad más complicada, pensó.

—Muy agradecido, padre. Es posible que vuelva a molestarlo, estamos investigando un caso bastante complejo.

El padre Pierino le sonrió, dichoso.

—Comisario, para mí siempre es una alegría verlo. Ya sabe lo que pienso de usted, que lleva en el corazón tanto amor que ni usted mismo se lo imagina. Hasta pronto, venga cuando quiera.

El padre Pierino acompañó al comisario hasta la escalera de la iglesia. Antes de marcharse, Ricciardi se volvió y le dijo:

—Otra cosa más, padre. ¿Por qué a san Sebastián lo mataron con tantas flechas?

—¿San Sebastián, dice? —dijo el padre Pierino, rascándose la cabeza—. Es uno de los primeros mártires. Era el jefe de la guardia de Diocleciano, emperador romano y terrible perseguidor de los cristianos. Se convirtió al cristianismo, y cuando el emperador se enteró, lo mandó atar a un palo para que un pelotón de arqueros lo matara a flechazos. De ahí que lo representen así, traspasado por muchas flechas. Por eso es el patrono de...

—... de la milicia, sí, ya lo sé. Gracias de nuevo, padre, por su inestimable ayuda.

Y se marchó, seguido por la mirada del cura y la de una mujer oculta detrás de la persiana metálica subida a medias.

Nenita iba a misa.

Iba desde que era niño, todos los domingos sin falta, a veces también entre semana si, por algún motivo, quería sentirse cerca de Dios.

Se acordaba de un cura, en particular, cuando tenía apenas diez años pero ya se sentía diferente a los demás chicos de su edad. Una diferencia notoria, reconocible, con la que la ciudad convivía desde siempre, pero diferencia al fin, y los niños, ya se sabe, pueden llegar a ser terriblemente crueles. Nenita se refugiaba donde no se atrevían a perseguirlo y allí se quedaba, disfrutando del fresquito agradable y el olor a incienso.

Aquel cura se sentaba a su lado y le hablaba como a un adulto. Le hablaba de la vida, de lo difícil que podía llegar a ser. Nenita no entendía, pero cuando lo recordaba, consideraba que el padre Corrado, así se llamaba el cura, le hablaba de su propia diferencia, aunque hubiese elegido vivirla de una forma distinta. Le gustaba aquel cura. A lo mejor se había enamorado un poco de él, pero nunca ocurrió nada.

Tiempo después, los hombres empezaron a alargar la mano, y Nenita descubrió que le resultaba más fácil ser mujer que hombre, y dejar de disimular su naturaleza, que asomaba con fuerza de sus movimientos agraciados, de las pestañas largas, de los grandes ojos castaños y del corazón.

Y seguía yendo a misa, por el consuelo que encontraba en la penumbra, el olor a incienso, el recuerdo de aquel cura que le hablaba durante horas. Iba temprano, al primer oficio, el de las siete; se encontraba con quienes iban a trabajar en domingo, con las chupacirios que acudían a ocupar los primeros bancos donde se quedaban hasta la noche, rezando interminables rosarios entre misa y misa y chismorreando en voz baja a intervalos regulares.

Nenita conocía a todo el mundo; sabía las historias de todos. Su profesión era aceptada como una cosa más de la vida, y en un microcosmos donde las diferencias sociales estaban marcadas únicamente por la posibilidad de comer al menos una vez al día, lo consideraban incluso un privilegiado. Y dado que ayudaba de buena gana a quien se encontraba en serias dificultades, al final se había convertido en el confidente de todos, una araña en el centro de la inmensa telaraña de chismes que envolvía la ciudad.

Nadie sabía ni recordaba su verdadero nombre, porque se había criado en las callejuelas sin una familia y sin una casa, durmiendo y comiendo donde podía; pero la canción de Viviani que le había dado el nombre era tan bonita y famosa que venía como anillo al dedo. Nenita, la que vive encima de los Quartieri Spagnoli.

El pueblo de los domingos, a las siete, era ralo y cómplice. Las callejuelas y los callejones del barrio, en general repletos de gente y mercancías, se ensanchaban en un

silencio gris, recorridos por el viento y los imprevistos rayos de un sol liberado momentáneamente por los negros nubarrones que surcaban el cielo. Los tacones de Nenita anunciaban de lejos su llegada, y algunas sonrisas asomaban debajo de las viseras de las gorras de paño bien encasquetadas o de los cuellos de abrigos vueltos en tantas ocasiones que parecían confeccionados con fina tela de camisa. Se cruzaban de lejos, se saludaban, como en los pueblecitos, antes de que la ciudad empezara a dar vueltas vertiginosas en pos de la nada.

Al enfrentarse al último tramo de las escaleras de su casa, oscuras y frías, envuelto en el largo abrigo por el que asomaban las medias negras y los zapatos de tacón, Nenita se encontró frente a frente con un espectáculo que jamás hubiera esperado: sentado en el último escalón, con la cara entre las manos, vio al sargento Maione.

—¡Ay, madre mía de mi alma, sargento, qué susto me ha dado! ¡Pensé que era un malviviente! ¿Y qué hace aquí sentado, tan temprano, si puede saberse, con este frío capaz de enfermar al más pintado? Levántese, vamos, entre en mi casa.

Maione iba sin afeitar y mostraba signos evidentes de haber pasado la noche en blanco.

—Nenita, por fin has vuelto. ¿Se puede saber dónde te metes en domingo y tan temprano?

Ambos mantenían una extraña relación de confianza. Años atrás, Nenita había sido detenido con un grupo de prostitutas que abordaban a sus clientes en la zona del teatro San Carlo. Su belleza y su juventud contrastaban con el aspecto de las otras, que por la edad no podían encontrar un puesto abrigado y seguro en uno de los cien burdeles autorizados. Cuando resultó clara la razón por la que tampoco Nenita podía conseguir ese tipo de asilo, siguiendo un impulso que todavía no lograba explicarse, Maione lo había soltado, a falta de un motivo mejor, por simetría, pues no encontró parecido alguno entre las demás putas detenidas y aquel ser extraño de largas piernas, con cara un tanto equina y anchos hombros.

Habían trabado una curiosa amistad; Maione no tardó en darse cuenta del inmenso potencial de información que Nenita podía garantizar, y el travesti se había encariñado con el sargento huraño que ni siquiera era consciente de su propia debilidad.

De manera que cuando la investigación de algún delito llegaba a un punto muerto o había que comprobar algún dato, Maione se sometía a la inmensa fatiga de trepar hasta aquella buhardilla, detrás del vicolo di San Nicola da Tolentino, con su terraza cubierta de excrementos de paloma, donde Nenita ejercía su profesión. El centro de la telaraña.

—Sargento, qué romántico, un galán que espera en la puerta de la casa de su enamorada, a primera hora de la mañana, el domingo antes de Navidad. Una regresa

de misa, ¿y con qué se encuentra? Con este hombre tan apuesto que la espera. ¡Una historia así no se ve ni en las películas!

Maione se restregaba los ojos en un intento por despejarse.

—Lo has dicho tú muy bien, no la vas a ver. Ahórrame la charla, Nenita, que hoy traigo un dolor de cabeza de campeonato. No he pegado ojo en toda la noche; le he dicho a mi señora que tenía algo importante que hacer por trabajo y me he marchado antes de que se diera cuenta y me acribillara a preguntas.

Nenita se tapó la boca con ambas manos, de largas uñas pintadas, en un gesto que no podía ser más femenino.

—¡Ay, madre mía, entonces se trata de algo serio! Será mejor que le prepare un sucedáneo de café, así lo ayudo a que se le pase el dolor de cabeza. ¿Ha desayunado ya? Tengo unos *roccocò* y unos *mostaccioli*, me los trajo un cliente que trabaja en una pastelería del centro, ¿gusta?

Maione hizo una mueca.

—Por lo que más quieras, solo me faltaba tomarme unos *roccocò* a primera hora de la mañana y así luego voy directamente a que me ingresen en el hospital dei Pellegrini. Con el sucedáneo de café tengo suficiente, gracias. Es un asco, pero así se me quitará este sabor amargo de la boca.

Nenita rio socarrón, mientras trajinaba en el hornillo.

—Usted siempre tan amable, sargento. Ya sé que quería decir: Nenita, nadie prepara el sucedáneo de café como tú, con esas manos de oro que tienes. Si supiera usted todo lo que sé hacer con estas manitas de oro. Uno de mis clientes, que trabaja de carnicero en la Torretta, dice que mi mano podría despertar a un muerto, especialmente cuando...

—Nenita, por favor —lo interrumpió bruscamente Maione—, esta mañana soy capaz de aguantar lo que me echen, menos tus confidencias laborales. Además, si me recuerdas lo que haces con las manos, harás que también el sucedáneo me dé asco, déjalo estar.

—Como quiera, sargento. Lo que pasa es que una quisiera compartir de vez en cuando con los amigos ciertas satisfacciones profesionales. Y bien, ¿a qué debo este honor a primera hora de la mañana y en domingo? Creo que nunca nos habíamos visto en domingo. Y con las fiestas navideñas al caer. Déjeme que lo adivine; es por lo que pasó en Mergellina, ¿no? Marido y mujer, él era de la milicia portuaria, ¿no?

Maione negó con la cabeza, sin dar crédito.

—Increíble. Y eso que siendo analfabeta no lees los diarios y no te enteras de las noticias. ¿Se puede saber cómo te has enterado?

Nenita se rascó el vello que asomaba rebelde en el dorso de su mano, rasurada con arte.

—Ay, sargento, fue de casualidad, de pura casualidad. Tengo varias compañeras

que ejercen el oficio en la casa de la Torretta, se acuerda que una vez fuimos juntos a interrogar a una de ellas que estaba enterada de no sé qué cosa, en fin, algo que usted precisaba. Bueno, ellas también atienden de vez en cuando a los pescadores y a los usureros de la zona. Claro que los pescadores no pueden pagar mucho, pero les regalan pescado fresco y las chicas se lo comen, aunque la madama se cabrea cuando cocinan en las habitaciones porque dice que un burdel debe oler a rosas y no a fritanga de pescado...

—¡Por lo que más quieras, Nenita! —lo interrumpió Maione levantando las manos en gesto de súplica—. Te lo pido por lo que más quieras, no divagues. Que hoy no puedo seguir todas las vueltas que das. Atengámonos a los hechos.

Nenita hizo un mohín de fingido enfado, juntando los labios de rojo carmín.

—Qué malo es, sargento, no me deja hablar como yo quiero. Bueno, le decía que me encontré con una de estas chicas y me comentó que de lo único que se habla es de la muerte de..., ¿cómo se llama?... Garofalo, creo. Y que de él se cuentan muchas, muchas cosas.

—¿Y qué cosas se cuentan?

Nenita lanzó una risita afectada, tapándose la boca con los largos dedos.

—Ay, Jesús, ¿y cómo voy yo a saberlo? No me paré a preguntar, no sabía que este caso lo llevaban usted y ese guapo comisario de ojos verdes, el que trae mala suerte. De lo contrario, me hubiera enterado, por supuesto.

—¡Te lo he dicho mil veces! —exclamó Maione—. ¡No me gusta que digas que el comisario trae mala suerte! En primer lugar, porque no es verdad, y en segundo lugar, porque quien lo piense tiene que venir a decírmelo a la cara, ¡así le arranco el comentario de la boca junto con los dientes!

Nenita agitó las pestañas postizas.

—Y yo lo digo a propósito para ver cómo se enfurece, madre mía de mi alma, sargento, que cuando los hombres se enfadan me ponen cachonda.

—Nenita, tú tienes ganas de decir tonterías —replicó Maione con tono cansino—, pero yo he venido por cuestiones muy serias. Así que presta atención, que no tengo todo el día y quiero pedirte dos cosas. Primero: debes ir enseguida a ver a tus amigas de la Torretta para que te cuenten todo lo que saben o han oído decir sobre el tal Garofalo. En especial, si alguien le tenía ojeriza o lo había amenazado.

Nenita escuchaba, mientras tomaba pequeños y ruidosos sorbos de sucedáneo de café en una tacita de estilo chino, el meñique enhiesto con su uña roja en el aire.

—¿Y la segunda cosa, sargento?

Maione frunció el ceño. Lo que se disponía a hacer no le gustaba y no lo había hecho nunca: servirse de un instrumento de trabajo con fines personales.

—Sí —dijo, suspirando hondo—, necesito algo más. Y es muy, muy confidencial, Nenita, no debe enterarse nadie, absolutamente nadie. Tienes que localizarme a un tal

Biagio Candela. Debería tratarse de un chico joven, muy joven. No sé a qué se dedica ni dónde vive, pero me lo tienes que localizar. Puedo decirte que su hermano, que se llamaba... que se llama Mario Candela, está en la cárcel de Poggioreale.

Nenita escuchaba con atención, los ojos clavados en la cara del sargento, inexpresivos. Después asintió con la cabeza y con voz profunda, despojada de su habitual afectación, dijo:

—Ya sé quién es Mario Candela, sargento. Y también sé que murió la semana pasada en la cárcel, después de una pelea. Y también sé por qué estaba en la cárcel, entre otras cosas. —Hizo una pausa, acariciándose el dorso de la mano a contrapelo—. Venga rasurarlos, venga rasurarlos, y los pelos vuelven a crecer. La naturaleza es así, ¿no, sargento? No se puede mantener oculta. Una puede luchar, pero la naturaleza es como es. ¿Está seguro de que quiere localizar a Biagio Candela? ¿Lo ha pensado bien?

Maione se preguntaba cuánto sabía Nenita del homicidio de su hijo. Nunca se había parado a pensarlo.

—Sí, Nenita. Quiero localizarlo. Y si no puedes ayudarme, te lo agradezco igualmente. Ya sabes que puedo arreglármelas solo.

Nenita contempló la ventana, en el alféizar descansaba una paloma hecha un ovillo, la cabeza debajo del ala, tratando de guarecerse de los embates del viento frío de diciembre.

—Esta noche habrá muerto, pobrecilla. Y nadie puede hacer nada. —Se volvió otra vez para mirar a Maione con una sonrisa—: Somos amigos, sargento. Los amigos se ayudan, sin pedir nada a cambio y sin poner trabas. Quédese tranquilo, ya le avisaré dónde encontrar a Biagio Candela. Venga esta noche y hablemos. De las dos cosas.

Maione se tomó de un sorbo el pésimo sucedáneo, se despidió con un gesto y con la cabeza gacha se marchó a enfrentarse al domingo.

Ricciardi había pedido que llamaran al hospital para citar al doctor Modo en el Gambrinus a la una e invitarlo a comer. Ocupaba su mesa de siempre, en la salita interior que daba a la via Chiaia; había pedido un café para engañar la espera.

El Gambrinus era el único lugar donde Ricciardi se sentía a gusto; el trajín de clientes duraba todo el día; la tipología variaba según las horas y los momentos, y era una hermosa vitrina de humanidad. Los estucos y frescos modernistas, las luces difusas, los camareros discretos. El perfume rancio de la antigua capital abandonada.

Las butacas de terciopelo rojo eran cómodas, magnífica la música procedente del piano de cola del centro de la sala, y exquisita la *sfogliatella*; motivos más que suficientes para que el comisario eligiera el histórico café como sucursal privilegiada de su despacho y personal salón comedor.

Hacía años que lo frecuentaba y los camareros, que se habían acostumbrado a verlo sentado discretamente en aquella mesita del rincón, se limitaban a saludarlo con cortesía sin permitirse nunca mayores confianzas; Ricciardi apreciaba la discreción por encima de las demás cualidades, tan rara hoy en todas partes e inexistente en aquella ciudad.

Desde la ventana veía pasar un río de gente cargada de bolsas y paquetes, guantes y sombreros, la nariz y las mejillas rojas de frío. Carcajadas mudas, charlas que no le llegaban a través del grueso cristal; como en una película pero en colores, aunque desvaídos bajo el pálido sol invernal.

En la esquina con la via Toledo, sentada en el suelo, se veía una vieja arrebujaada con la mano tendida pidiendo limosna. De vez en cuando, un viandante le echaba una moneda que la mujer hacía desaparecer bajo las mantas mugrientas con ademán veloz.

De pie, a escasos centímetros, un niño tocaba el organillo, sonriendo a medias. La sonrisa estaba demediada porque el resto de su cara, al igual que la pierna y el brazo del lado correspondiente, eran un amasijo informe de carne ensangrentada. Ricciardi, que veía la imagen del niño a diario desde hacía una semana, recordaba el accidente: una noche, un vehículo tomó la curva a velocidad sostenida, el pequeño mendigo, tal vez deseoso de interceptar a un último y munífico viandante, se encontró de frente con el bólido conducido por un chófer miope. Cosas que pasan, pensó Ricciardi.

El niño de la media sonrisa torcida decía: «Feliz Navidad, feliz Navidad, señor. ¡Deme una moneda y le toco una canción en mi organillo!». Ricciardi tuvo la sensación de que captaba clientes para la vieja, puesto que a él ya no le servían de nada. Pensó que habría preferido que hubiese ocurrido lo contrario, y que el pequeño siguiera tocando el organillo con las manos deformadas por los sabañones. El comisario se pasó distraídamente la mano por la herida que iba cicatrizando.

—Te duele, ¿eh? Te está bien empleado. La próxima vez haces lo que se te ordena y completas la convalecencia antes de volver a la carga y tocar las narices a la gente honrada —dijo el doctor Modo, dejándose caer con todo su peso en la butaca junto a la de Ricciardi.

El médico se quitó el sombrero y los guantes, y se restregó las manos para calentárselas.

—No, no me duele, pero me pica un poco. Mi médico es muy competente, pero ocurre que en ese momento yo no estaba en condiciones de hacerle caso, así que aproveché lo mejor sin tener que aguantar lo peor, es decir, su charla.

—¡Pero si precisamente por eso me quieres, por mi brillante conversación!

Ricciardi hizo una mueca de dolor.

—Hasta tal punto que no puedo pasar sin ti ni en domingo, como habrás comprobado.

Modo trataba de llamar la atención del camarero.

—Por cierto, la llamada telefónica de tu esbirro me ofendió mucho. Primero, no sé por qué te dio por pensar erróneamente que, a pesar de que es domingo, me encontrarías en el hospital; segundo, porque tenías razón.

—Ya lo ves, Bruno, soy el último en poder erigirse en maestro de la diversión y el uso adecuado del tiempo libre. Pero sabes lo importantes que son los primeros días después de un homicidio para reunir los elementos necesarios.

—Bonita excusa —rio Modo de buena gana— para no tener que reconocer que no sabes qué hacer con tu vida los domingos. Aunque no me quejo, que conste, aquí comeré bien y de gorra, lo que es bueno y justo para un pobre médico mal pagado. Y tú que, según se dice, eres riquísimo y tacaño, te ves obligado a invitarme.

Ricciardi rio a su vez.

—De riquísimo nada, o eso creo, y de todos modos me importa poco, y mucho menos tacaño. Aunque el placer sutil de comer contigo habla a las claras de mi inclinación al padecimiento. Anda, pidamos, que se hace tarde y tengo otra cita en este largo domingo laborable.

Con el rabillo del ojo, Ricciardi vio al perro acomodarse en la acera, cerca de la mendiga. Se echó junto a la pared, cobijándose del viento y en un ángulo desde el que no perdía de vista la entrada del café. La pelambre blanca con manchas marrones parecía más brillante.

—Sí, hice que lo lavaran —dijo Modo, siguiendo la mirada del comisario—. Ya que lo dejo entrar en mi casa, no puedo permitirme pillar una enfermedad, ¿no crees? En el fondo, sigo siendo médico.

—Jamás lo hubiera dicho. Al final lo has adoptado. Te has convertido en dueño de un perro.

—No lo conoces —rio Modo—. No es un perro del que se pueda ser dueño. Él

decide con quién quiere estar. La nuestra es una sociedad pasajera, sin correas, ni para él ni para mí. Tú no lo sabes, mi solitario amigo, pero los grandes amores son así: sin rejas ni cadenas.

Terminaron de comer y en la calle la gente fue raleando, entre otras cosas porque había empezado a caer una tupida y fría llovizna. La vieja mendiga se había levantado con dificultad para guarecerse en un zaguán. Ricciardi veía el cuerpo del niño que, con su horrible sonrisa, sin mojarse, seguía pidiendo unas monedas a cambio de una canción que nunca más tocaría.

—Bruno, ¿qué me cuentas de la autopsia de los Garofalo? ¿Has descubierto algo nuevo?

Modo se apoyó cómodamente en el respaldo y estiró las piernas debajo de la mesa.

—Me lo temía —respondió—, ahora tengo que ganarme la comida. Verás, los cónyuges se cuidaban. Bien alimentados, buenas condiciones generales, ninguna enfermedad grave. La señora tenía tres dientes de oro, a él le faltaban dos, algo antiguo, nada importante. Al tipo empezaban a endurecerse las articulaciones, si lo hubiesen dejado vivir, dentro de cuatro o cinco años quizá habría empezado a quejarse de dolor de cadera o de rodillas. Aunque el estado general de ambos era bueno.

—En fin —intervino Ricciardi—, cuando yo los vi, para serte sincero, no tuve esa impresión. ¿Qué me dices de su muerte?

—En efecto, no estaban nada bien —confirmó Modo—. Murieron esa misma mañana, hice unas pruebas con los tejidos y los órganos, diría que fallecieron unas horas antes de que los encontraran, quizá a las ocho o las nueve. La señora murió desangrada en pocos minutos, la carótida no da mucho margen. Te confirmo la impresión que tuve tras el primer vistazo: un único golpe limpio de derecha a izquierda. En este sentido, podemos hacer dos observaciones: o la cuchilla estaba muy afilada o le sujetaron la cabeza mientras la degollaban.

Ricciardi estaba muy atento.

—¿Encontraste signos de forcejeo en el cuerpo? No sé, cardenales aunque fueran pequeños, equimosis...

—Nada. Es lo primero que busco, ya lo sabes. Ni una sola señal, la mujer no se lo esperaba.

—¿Lo hizo un zurdo o un diestro?

—No se puede decir —contestó Modo encogiéndose de hombros—. Habría que saber si el golpe se asestó de frente, como yo creo, o de espaldas. El corte va de izquierda a derecha, desde el punto de vista de la víctima. Pero no hay signos de lucha. La mujer no opuso resistencia alguna.

Ricciardi vio otra vez con los ojos de la mente a la señora Garofalo que,

sonriendo y soltando sangre a borbotones por el tremendo corte, preguntaba con gracia y cortesía: «¿Sombrero y guantes?». Diría que de frente, pensó. De frente.

—¿Y del marido, qué me puedes decir, Bruno? ¿Por qué tantas cuchilladas?

—Tendrías que preguntárselo al asesino, o mejor dicho, a los asesinos, porque para mí, como te dije en nuestro primer encuentro, se nota más de una mano. El golpe mortal fue el primero, directo al corazón. Con ése habría bastado. Mientras moría, cuestión de pocos segundos, recibió al menos cinco cuchilladas más, entre el costado y el abdomen. Te lo puedo decir con certeza, porque las heridas sangraron aunque durante poco tiempo y el corazón no se había parado. Cuando le asestaron las otras veintiséis, repito, veintiséis, ya estaba muerto.

Ricciardi memorizó la información, recordando a Garofalo sentado en medio de su propia sangre mientras afirmaba que no le debía nada a nadie.

—Y confirmas que para ti se trata de más de un asesino.

El pianista del Gambrinus atacó un tango conmovedor con el que arrancó la tarde. Una pareja se levantó de su mesa y empezó a bailar.

—Sí, y te digo por qué. La primera cuchillada es un golpe seco, profundo, dado con fuerza. El asesino apoyó primero el cuchillo, como si estuviera apuntando, después lo hundió poco a poco, con seguridad, llegando al corazón. No es fácil, sabes, además de la decisión que puedes imaginar, hace falta una mano realmente fuerte cuando no se cuenta con el impulso de una cuchillada asestada desde lo alto. Las demás heridas son más superficiales, infligidas siempre de derecha a izquierda.

Ricciardi miró distraídamente las evoluciones de los bailarines. La mujer canturreaba a media voz, embelesada:

*... tierra de sueños y quimeras,
si una guitarra suena
cantan mil currucas.
Tienen el plumaje pardo
y el corazón afiebrado,
quien vaya a buscar fortuna
encontrará el amor...*

—Perdona, ¿y en qué te basas para concluir que hubo otra mano? Si el movimiento es el mismo...

—Pues no, querido —negó Modo con la cabeza—, déjame terminar. Hablo del primer grupo de heridas. Luego hay más de una docena que cambian de dirección. Asestadas de izquierda a derecha, menos profundas pero más seguidas. Un brazo distinto, otra fuerza. Por tanto, diría que se trata de otra mano.

El médico estaba seguro de su análisis, y Ricciardi sabía hasta qué punto era

concienzudo. El cuadro se iba formando.

—¿Y cuál es tu impresión concluyente?

Modo entrelazó las manos detrás de la cabeza. Siguió la mirada de Ricciardi, que continuaba observando a los bailarines. La mujer canturreaba:

*... y en la oscuridad
todos quieren gozar.
Son besos de pasión,
el amor no sabe callar,
y ésta es la canción
que cantan mil currucas...*

—Mi impresión concluyente, como la llamas tú, mi querido caballero de las tinieblas conocido también como Ricciardi de la Bella Sonrisa, es que los homicidas empezaron con una idea y después se dejaron llevar por la pasión, como la curruca de la canción de la hermosa señorita, que, en mi opinión y dicho sea de paso, es una puta de altos vuelos. Querían hacer justicia, una ejecución en toda regla, pero después todos participaron en el festín, cada cual con su cuchillo o pasándose el arma. No se mata a alguien así por un robo o una discusión que acaba mal. Tú y el querido sargento Maione, que estará disfrutando de su familia y del ragú en este hermoso domingo, debéis buscar un fuerte motivo de odio. Porque hizo falta mucho odio para cometer este asesinato. La mujer, no; ella fue un obstáculo sin importancia.

Ricciardi recordó la figura de la Virgen, inclinada sobre la del burro, y los fragmentos de la figura de san José. Bajo la lluvia, en la calle ya desierta, el niño miraba el vacío con su media sonrisa sangrante y pedía unas monedas por tocar su canción en el organillo.

A unos metros de distancia, el perro seguía tumbado con su pelambre agitada apenas por el viento, una oreja gacha y otra erguida; esperaba al médico.

En la sala el tango terminó con un último acorde y un casqué tambaleante.

—¿Me tocará también un café? —preguntó Modo.

Fuera empezaba a oscurecer.

Maione había esperado que oscureciera, disputando una batalla terrible para que en su casa no notaran su estado de ánimo.

La confesión de Franco Massa había derribado de un solo golpe el muro de la habitación en la que, dentro de su alma, había tratado de encerrar el dolor perenne por la muerte de su hijo; un muro levantado día tras día, ladrillo a ladrillo.

Hoy comprendía cuán importante era para encontrar el equilibrio y la resignación saber que el culpable del delito había sido castigado según dictaban las leyes. Maione era un hombre simple y lo sabía: toda acción debía contar con una reacción. La detención de quien consideraba el culpable no había conseguido devolverle la vida a Luca, pero al menos le había permitido cumplir con su obligación como policía.

Guardaba un vago recuerdo de los días del juicio. Al principio no quiso ir; después Lucia le había pedido que asistiera porque ella no se veía con ánimos, y no quería que nadie pensara que la familia había abandonado el recuerdo de Luca. Fueron aquellos días confusos, alterados, hechos de noches sin dormir y pensamientos nebulosos.

Recordaba la sala del tribunal de Castel Capuano, el olor a madera y polvo, el frío de la estancia, los ojos ciegos de los bustos y las estatuas de los grandes abogados del pasado. Recordaba la voz estentórea del ministerio fiscal, que solicitaba una condena ejemplar, y la cara blanca, exangüe, del hombre al que entonces consideraba el asesino de Luca.

Recordaba vagamente a la madre, una mujer que parecía más vieja de lo que era, lloraba sin parar, sostenida por alguien.

Y con la misma vaguedad veía la cara de un muchacho que no podía ser mayor que Luca, del brazo de la madre. Pálido, la tez y el cabello claros. Recordaba haber pensado y haberle dicho a Ricciardi, que no se separó de su lado en ningún momento, que no comprendía cómo se podía matar a un muchacho que se parecía tanto al propio hermano. Ricciardi le había respondido que, en el fondo, siempre era así.

Aquella cara, que a duras penas destacaba entre la niebla de recuerdos que había querido borrar, aquella cara era la cara del asesino de Luca. Hoy lo sabía. Ojalá lo hubiese sabido entonces.

Mientras jugaba con sus hijos, escuchaba la radio y comía como todos los domingos, aquella idea no dejó de atormentarlo ni un solo instante. Habrá que acostumbrarse, pensó. Hasta que consiga volver a levantar ese muro. Entretanto, se ha hecho tarde, me invento una excusa para Lucia y voy a ver a Nenita.

Lo encontró envuelto en su proverbial quimono negro con estampado de flores rojas ceñido a la cintura con una cinta de seda, el largo cabello azabache recogido en una

cola de caballo sujeta con un gran peine de hueso, y una combinación negra de encaje asomando por el escote. En el tórax y la cara se veía el halo negro del vello rebelde.

Estaba envolviendo en papel de periódico el cuerpo de la paloma que esa mañana luchaba contra el viento frío. La cara surcada por cálidas lágrimas que se secaba con un pañuelo, con el que de vez en cuando se sonaba ruidosamente la nariz.

—¿Ha visto, sargento? Se ha muerto. Lo sabía. Sabía que estaba enferma, cuando esconden la cabeza debajo del ala, significa que se están muriendo. ¡Pobrecilla!

Y se sonó otra vez la nariz con el ruido de un trombón desafinado.

—Vamos, Nenita, era una paloma. Ánimo, que no hay para tanto. Nacen y mueren los cristianos, nacen y mueren las palomas, resígnate.

—No puedo evitarlo, sargento, tengo el corazón tierno, los animalitos me dan una cosa aquí dentro, que no sé, igual que los niños. Nadie los defiende. Yo a las palomas muertas las sepulto en la tierra, saliendo de la terraza. A mí porque no me dejan, y aquí me darían mucho trabajo, que si no me llenaría de perros y gatos.

—Para que esto termine siendo un circo solo te faltaban los animales. Oye, disculpa si te persigo en domingo, pero quiero saber si has averiguado algo.

Nenita se sentó con gracia en la butaquita de mimbre, juntó las piernas y cruzó los brazos.

—Sargento, qué poco se fía de mí. ¿A usted le parece que si Nenita acepta el encargo de un amigo luego no lo cumple?

—Dejemos estar toda esa cháchara sobre los amigos. Tú me das la información y, a cambio, yo no te meto en chirona. ¿A ti te parece que un policía como yo puede tener un amigo como tú? Anda, desembucha ya, que le he dicho a mi mujer que iba a dar un paseo y tengo que regresar enseguida.

Nenita esbozó una sonrisa ladina y coqueta.

—Lo dice para hacerse el serrote, pero somos amigos y lo sabe. Claro que si quiere que seamos algo más, no se olvide que a usted se lo hago gratis. Si usted supiera la de clientes míos que cuando vienen aquí les dicen a sus mujeres que van a dar un paseo...

Maione simuló coger un florero y lanzárselo al travesti.

—¡El día menos pensado te machaco como que hay Dios! No te atrevas a repetirlo, ¿entendido? Gratis o no gratis, de estas cosas no quiero ni oír hablar, ¿está claro?

—Ay, bueno, de acuerdo —dijo Nenita encogiéndose de hombros con aire molesto—. Esta noche tampoco habrá sentimientos, me da igual, porque tarde o temprano... No, no se me enfade. A ver, empecemos por el tipo de la milicia portuaria. Cuánta razón tienen cuando dicen que nada es lo que parece.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que detrás de toda su respetabilidad, según la cual era un tipo que

no llevaba una doble vida, no tenía una amante, no jugaba a las cartas ni nada de nada, había un sinvergüenza de tomo y lomo.

—¿O sea que tenía una amante y jugaba a las cartas? —preguntó Maione, perplejo.

—¡No, cómo se le ocurre! —rio Nenita—. En realidad, vicios no tenía. Era absolutamente... ¿cómo diría yo? Serio. Era tal cual se presentaba.

—¿Entonces por qué dices que era un sinvergüenza?

—Ahora se lo cuento. Esa compañera mía que trabaja en el prostíbulo de la Torretta, no es Gilda, la que usted conoció, ésta se llama Concetta, pero responde por Colette como esa actriz, ¿cómo se llamaba? Ay, Virgen santa, que no me viene...

Maione hizo ademán de volver a coger el florero.

—Está bien, está bien, sargento, ya sabe que yo las cosas las tengo que contar a mi manera. Bueno, como le decía, algunos clientes de esta amiga mía son pescadores, porque ella siempre tiene hambre, así que los atiende a cambio de algo de comer cuando va escasa de clientes de pago, claro está. Pues bien, dice que desde que el tal Garofalo era... algo así como comandante de los supervisores de los pescadores, los amenazaba.

Maione trató de aclararse.

—¿En qué sentido los amenazaba?

—En el sentido de que se hacía pagar a cambio de no requisarles las barcas. La verdad es que no lo entendí bien, pero parece ser que, si quería, podía quitarles las barcas. Y usted ya sabe, sargento, que para un pescador la barca lo es todo; si se la quitan, lo matan a él y a toda su familia. Pues bien, el tal Garofalo los extorsionaba.

—Pero si hay testigos que dicen que no aceptaba el pescado que le llevaban a su casa como regalo —dijo Maione, perplejo—. Me lo dijeron a mí.

Nenita soltó una risita astuta.

—Así es, eso mismo me dijo mi compañera. Y me dijo que estaba todo organizado, él mismo mandaba a los pescadores que le llevaran el pescado a su casa y luego los echaba, para que todos vieran que él no se dejaba corromper. ¿Se da cuenta qué listo?

—No me lo puedo creer. Llegar a ese punto. ¿Cuántos eran los pescadores a los que extorsionaba?

Nenita se encogió de hombros.

—Ah, eso mi amiga no supo decírmelo. Pero sí me dijo que uno de ellos ya no podía pagarle, porque tiene un hijo enfermo, al borde de la muerte, y tuvo que pagar el tratamiento, y ese Garofalo le había dicho que a él le importaba un pimiento, que consiguiera el dinero o le requisaba la barca. Y me contó que ese pescador se echó a llorar delante de todos y dijo que antes que permitir que se muriera su hijo, lo mataba a él, le abría la barriga con el cuchillo para destripar pescado, eso dijo.

Maione aumentó el nivel de atención.

—¿Eso le dijo? ¿Con el cuchillo? ¿Y cuánto hace de esto?

—Tres o cuatro días.

—¿Y sabes cómo se llama ese pescador?

—Sí, sargento —contestó Nenita—. Se llama Aristide Boccia, vive en el Borgo Marinari, debajo de Castel dell'Ovo. Pero dice que además de él había por lo menos otros tres amenazados.

Maione se acarició la barbilla.

—Comprendo. Una pista más. Gracias, Nenita. En cuanto al otro encargo...

Nenita sonrió entristecida.

—Eso ya lo he averiguado, sargento. ¿Está seguro de que quiere saberlo? ¿No quiere pensarlo un poco? Dentro de unos días será Navidad.

Maione se estremeció. Se sentía muy débil, tal vez le estaba subiendo un poco de fiebre.

—Lo he pensado, créeme. Mucho. Así que si tienes algún dato, dímelo.

—Biagio Candela, aprendiz —respondió Nenita, con un suspiro—. Vive en el vico Santi Filippo e Giacomo, número veintidós. Desde el día... desde ese día, desde que su hermano fue a la cárcel, parece que rompió con sus viejas amistades, se casó y ha tenido dos niños. Y ahora, como hacen tantos pobres diablos de allí fuera, estará preparando la Navidad. Con su permiso, sargento, yo tengo que enterrar a esta pobre criatura.

Y Nenita, con el quimono ondeando al viento, salió a la terraza a celebrar el funeral por la paloma difunta.

Recuerdo cuando Angelina salió por la puerta del bajo y se reunió conmigo aquí, junto al mar.

Las olas lanzaban su rocío casi hasta nuestros pies, las barcas amarradas se bamboleaban. El viento había dejado el aire tan límpido que veía las luces de la ciudad muy próximas. Qué frío, madre mía. Qué frío.

Se reunió conmigo porque sabía que había venido aquí a llorar. No quiero dejar que ella y los niños me vean. Sobre todo Vincenzino. Sé que él me ve, aunque duerma casi todo el tiempo. La última vez que vino el médico me lo dijo, él nos ve y nos oye, pero no tiene fuerzas para responder.

No vi llegar a Angelina. Completamente cubierta con su chal negro, cabeza incluida; me asustó. Yo pensaba en la muerte, y ella parecía la muerte, la cara pálida, los ojos hundidos.

Era una muchacha, Angelina. Hace apenas unos meses era una muchacha, reía siempre, llenaba la vida. Su carcajada era de todos conocida aquí en el Borgo. Ahora no ríe. Ya no ríe más.

Era una muchacha y la enfermedad de Vincenzino la avejentó de golpe. Una vieja que parece la muerte.

Se queda de pie, a mi lado, y mira las luces de la ciudad en el aire límpido de la noche. Tienes que terminar el pesebre, me dice. Dentro de poco es Navidad, tienes que terminar el pesebre. A Vincenzino le gusta mucho el pesebre.

No hay dinero, le digo. Si no tenemos para comer, para curar a Vincenzino, menos vamos a tener para celebrar la Navidad, para el pesebre, para los dulces y todas esas tonterías. Ay qué frío hace aquí fuera. Pero no puedo regresar, porque todavía estoy llorando.

Angelina no se estremece, mira las luces. Habla en voz baja, con firmeza. Pero ahora, dice, ahora que nos hemos quitado de encima a esa sanguijuela, a ese parásito, lo tendremos. Podremos comer y curar a Vincenzino como ha dicho el médico.

¿Estás segura?, le pregunto. ¿Estás segura de que otro no ocupará el lugar de Garofalo, y después otro y otro más? ¿Y que nos pedirá más y más y más? Yo no aguanto más, ya lo sabes.

Se vuelve hacia mí y sonrío. Su sonrisa me da miedo, parece una calavera, la cabeza de un muerto. No me había dado cuenta de que estuviera tan consumida.

Puede acabar igual que el otro, ¿no? Él también puede morir ahogado en su propia sangre. Acuérdate bien, él está muerto, y Vincenzino sigue respirando.

En una palabra, por fuerza alguien tiene que morir. ¿Es eso lo que quieres decir? Mira otra vez las luces, se arropa con el chal.

Si llegara a haber otro, también moriré, dice. Si debo salvar a mi hijo, ese otro también moriré. Lo mataré.

Con mis propias manos.

Antes de concluir la larga jornada de trabajo de ese domingo, a Ricciardi le quedaba una cosa por hacer. Por eso echó a andar a paso veloz para llegar al Arco Mirelli antes de que se hiciera demasiado tarde. Ignoraba los horarios del convento los días en los que no había clases, pero quería intentarlo para ganar tiempo.

Esta vez la novicia lo reconoció, contenta. Ricciardi preguntó por sor Veronica, y esperó hasta que la monjita regresó a buscarlo y le pidió que la siguiera.

Cruzaron el jardín donde, gracias a los altos muros de toba que lo aislaban del exterior, no llegaba la saña del viento. Solo el bramido de las olas delataba la proximidad del mar; por lo demás, se trataba de un lugar aislado en el tiempo y el espacio.

Lo acompañó hasta lo alto de una escalinata de piedra, donde lo dejó esperando junto a una inmensa pintura de la Virgen. Era un cuadro hermosísimo, más bien antiguo, aunque en magnífico estado de conservación. Ricciardi se quedó fascinado: los rasgos de la mujer eran muy delicados pero transmitían un inmenso dolor, los ojos apuntaban a un cielo del que emanaba una luz fría. Sobre la cabeza tenía una corona resplandeciente; en el pecho, una herida abierta en la que se veía un corazón desnudo, palpitante, traspasado por dos espadas. Una de las manos de la Virgen apuntaba a lo alto, en una muda y desconsolada súplica, la otra señalaba su propio pecho y el corazón doliente.

Para su sorpresa, Ricciardi oyó voces de niños y ruido de platos procedentes de una habitación próxima. Imaginaba el convento en silencio, dedicado a los oficios dominicales; sin embargo, ahora tenía más aspecto de escuela que en el curso de su primera visita.

Vio cómo se acercaba por el pasillo la ridícula silueta saltarina y redonda de sor Veronica, que lo apostrofó con su característica voz de trompeta:

—¡Qué sorpresa, comisario! ¿A qué debo su visita, en domingo y a estas horas?

Al saludar a la mujer Ricciardi no tuvo más remedio que tocar con desagrado la minúscula mano fría y sudorosa. La próxima vez, se prometió, la saludaré de lejos.

—Buenas tardes, hermana. Siento molestarla, pero necesitaba preguntarle algo. Si está ocupada, puedo venir en otro momento.

Sor Veronica lanzó una mirada al pasillo, de donde venía el eco del vocerío de los niños. En su ancha cara arrebolada se dibujó una sonrisa satisfecha.

—Los domingos dejamos entrar a los niños pobres de los alrededores, casi todos son hijos de pescadores y obreros. Les damos de comer, los resguardamos del frío y ellos juegan un rato. No son los mismos niños de la escuela, es una obra benéfica del centro. Además, en estas fechas, con la Navidad tan próxima, a ellos les están vedadas muchas de las delicias de las que disfrutaban los niños ricos, los dulces, los

regalos, el pesebre. Nosotras tratamos de poner remedio a esa desigualdad, es todo.

—Eso la honra —dijo Ricciardi—. En primer lugar, quería saber cómo está la niña, su sobrina.

Sor Veronica suspiró, lanzando una mirada fugaz al cuadro de la Virgen.

—No sé qué decirle, comisario. No pregunta, no dice nada. Es una niña sensible y reservada. No me separo de ella ni un instante, la veo dormir, no tiene pesadillas, al menos por el momento. Creo que aún no se ha dado cuenta de lo que ha ocurrido.

Ricciardi lo comprendía, era una reacción habitual.

—¿Y usted, hermana? ¿Cómo está?

—Trato de ahuyentar la rabia de mi corazón. Trato de no pensar en mi hermana, en lo dulce que era, en nuestros años de infancia, en lo unidas que estábamos. Trato de no odiar a quien lo hizo. Nosotras no podemos odiar, ¿sabe usted? Si ella —dijo, indicando con la cabeza a la Virgen del cuadro— no odió a la humanidad que mató en la cruz a su Hijo, al contrario, intercedió con Él en favor de todos nosotros, entonces, ¿quiénes somos nosotros para odiarnos los unos a los otros?

Ricciardi se sintió embargado por sentimientos opuestos, como siempre que se encontraba ante la lógica inflexible de la fe. Por una parte, envidiaba esa capacidad de controlar las propias emociones, por otra, advertía la incomodidad por la falta de sentimientos humanos, aunque fuesen negativos, como el deseo de venganza y la rabia.

—Mi hermana y su marido —estaba diciendo sor Veronica— regresaron a la casa del Padre. Quien cometió este acto debe pagar, y pagará en el juicio que le espera; no solo en esta tierra. No merece la pena odiar.

—Comprendo, hermana. Sin embargo, nosotros debemos proseguir con nuestra investigación. Cuando nos vimos la otra vez le pregunté si su hermana o su cuñado le habían confiado la existencia de amenazas u otros problemas.

Sor Veronica lo recordaba a la perfección.

—Y le dije que no —contestó con su tono chillón, amplificado por el eco del pasillo—, que no me hicieron ninguna confidencia en ese sentido. Lo estuve pensando mucho, pero no me viene nada a la cabeza.

Ricciardi aclaró más el motivo de su visita.

—Eso mismo me dijo entonces. Ahora, hermana, me gustaría pedirle que me permita preguntarle a la niña, delante de usted, por supuesto, si se acuerda de algo o de alguien.

Sor Veronica hizo una mueca cómica.

—Comisario, no sé si...

Mientras decía esto, se abrió una puerta y un niño pequeño y raudo pasó a sus espaldas, diciendo:

—Sor Vero', que se me escapa.

Sin mirarlo, la monja alargó la mano y aferró la oreja del niño, obligándolo a detenerse de forma brusca y dolorosa; a Ricciardi le recordó un reptil de lengua prensil que captura un insecto al vuelo.

—Pero primero, ¿qué se hace delante de la imagen de la Virgen?

El niño se hincó de rodillas y se persignó a toda prisa. La monja, que no había soltado la presa, insistió:

—Las imágenes sagradas se llaman así porque son sagradas, os lo he explicado mil veces. Cuando veáis una, en la iglesia o por la calle, debéis deteneros, persignaros y rezar una pequeña plegaria. ¿Qué debemos decir? *Ave Maria, gratia plena...*

El niño completó el rezo de un tirón, se persignó otra vez y, por fin, tras quedar libre, salió disparado por el pasillo en dirección al baño.

Sor Veronica sonrió.

—Son como animalillos, pero son almas inocentes. Está bien, comisario, iré a llamar a Benedetta. Pero se lo ruego, dos minutos nada más.

La niña se parecía a su tía más que a su madre y a su padre, pensó Ricciardi en cuanto vio avanzar por el pasillo a la monja con su sobrina. La misma manera de andar a saltitos, la misma cara redonda y arrebolada. El comisario envidió a la pequeña su capacidad de sujetar la mano perennemente sudorosa de sor Veronica sin sentir repugnancia, a él le habría resultado imposible.

La pequeña tenía una expresión seria y compungida, poco acorde con la edad y la mancha de color que llevaba en el guardapolvo. Ricciardi esperó que se incorporara después de la obligada genuflexión delante de la imagen de la Virgen.

—Buenas tardes, Benedetta. Soy... un amigo de tu tía, y quería preguntarte algo.

La niña amagó una reverencia, sujetándose con gracia el dobladillo del guardapolvo.

—Buenas tardes, señor. Pregunte, por favor. Mi tía me ha dicho que le conteste.

Ricciardi sintió alivio al comprobar que la voz de la niña era normal y no penetrante, como la de su tía.

—¿En los últimos días escuchaste a tu papá y a tu mamá discutir por algo? ¿Los viste preocupados, nerviosos?

La niña reflexionó con atención, luego negó con la cabeza.

—No, señor. Mi papá y mi mamá están bien, gracias. Cuando papá vuelve a casa, mamá y yo le damos un beso y enseguida nos sentamos a la mesa. Después él escucha la radio y lee el periódico, mientras, mamá borda y yo dibujo, luego nos vamos todos a la cama.

—Claro, claro —convino Ricciardi—. ¿Y por casualidad no te acuerdas de si alguien fue a visitar a tus padres? ¿Quizá alguien a quien nunca habías visto?

La niña frunció el ceño esforzándose por recordar. A Ricciardi le vino a la cabeza la imagen de la señora Costanza Garofalo que sonreía degollada y sintió una punzada

de dolor por aquella madre que no vería crecer a su hija.

—Hace un tiempo, no sabría decirle cuándo, vinieron un señor y una señora vestida de negro. Papá estaba leyendo el periódico, ya habíamos cenado. No me gustaron. Hablaban en voz alta, y papá también. Mi tía no quiere que hablemos en voz alta. ¿Verdad, tía?

Sor Veronica asintió acariciando al mismo tiempo la cabeza de la niña. Ricciardi, que se preguntó de qué argumentos se valdría sor Veronica en defensa del susurro con la voz que tenía, consideró oportuno insistir.

—¿Y recuerdas algo de esos señores? ¿Cómo iban vestidos, algo característico? ¿Por qué no te gustaban?

—La señora llevaba un chal negro en la cabeza —contestó la niña—. Y no me gustaban porque olían. Olían a pescado.

Hay personas que son muy distintas de lo que uno imagina a juzgar por su aspecto. Gráciles y tímidas señoritas que, en el escenario, exhiben una voz y una agresividad dignas de leonas; corpulentos señores que dan vueltas ágiles siguiendo las notas de valsos y tangos; jovenzuelos zafios y maleducados que, armados de un pincel, son capaces de pintar los arabescos más delicados, los paisajes más deliciosos.

Era el caso de Maione cuando acechaba a alguien.

Nadie lo hubiera dicho jamás, viéndolo grande y corpulento, desgarbado y ruidoso, con esa voz profunda que retumbaba dentro de las casas y la carcajada fuerte y metálica como una lata vacía que rueda escaleras abajo. Sin embargo, tenía ese talento del que hacía un uso constante y discreto.

Quizá se debiera a su conocimiento y su empatía por la ciudad; quizá en otra parte no habría estado en condiciones de desaparecer literalmente, confundándose con un fondo siempre cambiante, variado, en constante movimiento. Pero allí lo conseguía, vaya si lo conseguía.

Tenía su método, claro está. Llegaba temprano, daba vueltas buscando el lugar; miraba a su alrededor, identificaba recovecos, entrantes, zonas de luz y de sombra. Recorría con la vista los muros y memorizaba sus tramas. Olfateaba el aire para comprobar la dirección del viento y las corrientes de aire.

Escogía su blanco, al que quería ver, y buscaba el mejor ángulo, el punto de vista deseado. Asimilaba el alma del lugar. Era como una nota con la que sintonizarse para desaparecer en ella.

No era algo que pudiera explicarse con palabras; se trataba casi de un instinto semejante al oído musical, el que intuitivamente lleva a alguien que no sabe leer ni escribir a tocar una complicada melodía con un instrumento que jamás ha sostenido en sus manos. Un prodigio connatural que el sargento había afinado posteriormente con la técnica profesional, con un espíritu de observación innato y muchos años de práctica.

De ese modo era capaz de seguir a un sospechoso durante kilómetros por toda la ciudad, hasta en zonas casi desiertas, sin levantar la menor sospecha. Al conocer cada meandro y cada callejón y servirse de atajos desconocidos para la mayoría, conseguía incluso marcar de cerca, a pie y sin que le sacaran ventaja, a personas que contaban con medios de locomoción. Cierta vez, en lugar de seguir a un atracador que huía en un carruaje, al intuir por su acento adónde se dirigía, se le había adelantado y lo había pescado en el sitio, sin despeinarse siquiera.

Aunque, por encima de todo, su especialidad eran los acechos. Se confundía con la sombra de un zaguán, entre la multitud de un café, en la oscuridad de un cine,

convirtiéndose a todos los efectos en invisible; y se pasaba horas observando lo que ocurría en una casa, en un local, incluidos los pensamientos reflejados en la cara y el corazón de la persona a quien había decidido vigilar.

Por ese motivo, ese día había llegado muy temprano al vico Santi Filippo e Giacomo, en la zona de San Gregorio Armeno.

Le había dicho a Lucia que debía resolver un asunto importante de trabajo; su esposa estaba acostumbrada a que en los momentos álgidos de una investigación su marido tuviera unos horarios intempestivos, y él le había hablado de la pareja asesinada en Mergellina. No obstante, Lucia había percibido una entonación ligeramente falsa; nada de particular, una vacilación, una palabra insólita, pero algo había percibido. Nada que no pudiera ahuyentar de sus pensamientos como una mosca molesta, con todo el trabajo que tenía para preparar la Navidad de una familia con cinco hijos. Pronto ya no pensaría más en ello, limitándose a adelantar en una hora el sucedáneo de café de mejor calidad para que su marido pudiera salir de casa cuando aún no había amanecido.

En ningún lugar de la ciudad la Navidad era tan patente como en San Gregorio Armeno. Era la calle de los fabricantes de figuritas, esos artesanos que trabajaban en la frontera con los auténticos artistas y preparaban las figuras de barro de los belenes. Los había de todo tipo, desde aquéllos que tardaban meses en hacer una sola cabeza y dos manos —que con su cuerpo de alambre y estopa convenientemente ataviado con un traje confeccionado por los mejores artesanos completarían de forma indistinguible del original los pesebres más antiguos—, a los que, sirviéndose de moldes, producían a diario decenas de pastores de barro, todos iguales en la forma pero distintos en los colores de la pintura apresurada, a un céntimo la pieza, para felicidad de los niños más pobres.

Aquellos artesanos no podían saberlo, y de hecho no lo sabían, pero la tradición de aquella calle hundía sus raíces en la niebla de los tiempos. Era el lugar donde, cuando el mundo era mucho más joven, se esculpían las figuritas de barro conmemorativas de Ceres, la diosa de la abundancia en cuyo honor habían erigido un famoso templo; aquellas figuras eran un recuerdo apreciado y querido de un largo peregrinaje, y partían hacia todo el mundo en los sacos de los fieles que regresaban a sus tierras.

Hacía más de mil años, en aquel templo surgió una iglesia y luego otra. Nápoles siempre había sido una ciudad sedimentaria que ofrecía una capa por cada época manteniendo el *genius loci*. La laboriosidad navideña de aquella calle le venía bien a Maione, con su ajetreo de operarios y proveedores ya en plena actividad cuando el sol tardaría en asomar, y algún que otro anticuario furtivo a la espera de que abriesen los mejores talleres para comprar piezas de preciada factura que revendería como antiguas en su propia y cotizada tienda de Chiaia. Cuanto más movimiento había,

mayores eran las posibilidades de pasar inadvertido.

Los números 12, 16, 20. Llegó a las inmediaciones del 22 en el preciso instante en que se abría el portón de madera y alguien salía.

Maione se refugió en la sombra, rauda y sin hacer ruido. En la pared del edificio de enfrente había un recoveco providencial que creaba un lugar oscuro desde donde se podía vigilar la calle sin ser visto.

Quien salía por el portón era un hombre, poco mayor que un muchacho. La gorra bien encasquetada dejaba escapar algún mechón de pelo claro, el abrigo zarrapastroso apenas le cubría las piernas. El joven se alejó unos cuantos pasos, se detuvo y miró hacia arriba; por un balconcito de la primera planta se asomó una mujer morena envuelta en una manta, con algo entre los brazos. El joven la saludó agitando la mano, la mujer le contestó con un ademán. Del hatillo salió veloz un bracito y se oyó una voz:

—¡Papá, papá!

Con una sonrisa, la madre arrojó al pequeño con la manta, mientras el muchacho de la calle reía y les lanzaba un beso con la mano.

Esa mano, pensó Maione, mató a mi hijo.

Rosa Vaglio se miraba la mano izquierda. Temblaba.

Lo había notado desde hacía un tiempo, no mucho, a decir verdad, unos meses. Y enseguida se había acordado de que su padre había tenido el mismo problema. Al cabo de unos años de servir en casa de los barones di Malomonte, Rosa había ido a visitar a su familia; pidió permiso, pues había un día de viaje para llegar a su aldea natal. La baronesa quería que la llevara el granjero en el carro, pero ella se negó. Entonces era joven. Se sentía capaz de llegar andando hasta el fin del mundo. Ahora se quedaba exhausta con solo ir hasta los puestos de fruta y verdura de la piazza di Capodimonte.

Encontró a los suyos muy cambiados respecto a como los había dejado; sin duda eran mayores los daños de la edad que los beneficios del dinero que ella les enviaba cada mes. De los once hermanos solo quedaban tres, los demás habían muerto o se habían marchado en busca de fortuna.

A su padre le temblaba la mano, como si hubiese querido agitarla para recalcar el comentario: madre mía, qué maravilla. En sus ojos se veía desconcierto, como una muda petición de auxilio.

Al reemprender el regreso, sintió alivio; prometió regresar pronto, sin embargo, nunca más volvió. Se enteró de la muerte de su padre unos años más tarde.

Y ahora contemplaba el temblor de su propia mano, ligero, apenas perceptible. Según recordaba, todavía no era como el de su padre; pero ahí estaba, y poco a poco iba creciendo, como la mala hierba.

Se trataba de una señal, como muchas otras: el dolor de espalda, la fatiga al agacharse y volver a incorporarse, la necesidad de usar gafas para cualquier tarea de precisión.

Estoy hecha una vieja, se dijo. Una vieja inútil y triste. El cuerpo está dejando de funcionar, las cosas que conseguía hacer antes ya no las puedo hacer.

En cambio, la memoria funcionaba aún, ésa sí, y tenía las ideas claras, muy claras.

Sobre todo una: el señorito debía sentar la cabeza. No podía pensar siquiera en dejarlo solo, en poder de sus fantasmas, de sus tristezas incomprensibles, de ese abismo de soledad del que, al parecer, no tenía intención de salir. Rosa sabía que la mujer adecuada habría devuelto la sonrisa a aquel rostro. Lo presentía. Bastaría el calor de una casa, las responsabilidades de una familia, y Luigi Alfredo recuperaría las riendas de su vida, su condición social, la administración de sus bienes, tareas a las que siempre había dado la espalda.

Y ella ya había encontrado a la mujer adecuada, aunque tuviera el defecto de ser más tímida y reservada que él. Desde luego era imposible que quisiera dejarle el campo libre a esa melindrosa extranjera con chófer.

Rosa se aferró una mano con la otra para mantenerla firme. Todavía no, pensó. Tengo cosas que hacer. Tengo que ayudar al destino, si él no quiere intervenir para que ocurra, tendré que ocuparme yo.

Con mis propias manos.

La Navidad es cálida.

Por las ventanas de las casas de la via Toledo y de Chiaia se filtran la luz de las velas y el sonido de risas. Al contemplar el interior se atisban caras alegres, mejillas enrojecidas por el vino y el espumoso, aunque aún falten unos días. Hay expectación, un punto de vacilación. Habrá una fiesta, y todos serán felices.

La Navidad es fría.

El viento aúlla en las calles de los barrios nuevos, en cuyas barracas la gente se apretuja en busca de resguardo y calor. Al aguzar el oído se oye el llanto de un niño que se va debilitando a causa del frío y el hambre. A saber cuál de ellos sobrevivirá al invierno. A saber cuál de ellos seguirá respirando en enero.

La Navidad es cálida.

Las madres sonríen al acariciar la cabeza de sus hijos, mientras deciden si los vestirán de marineritos como el año anterior o si ya son lo bastante mayores para salir en la foto de Nochebuena, con todos los parientes, vistiendo por primera vez chaqueta y corbata, con la cara seria bajo el peinado perfecto.

La Navidad es fría.

El hombre regresa a casa con un mendrugo de pan, lo único que ha encontrado tras pasarse todo el día buscando trabajo en alguna obra. Lo ha robado de un carrito, ha corrido una hora entera. Seis bocas lo esperan, y él también tiene hambre. Se detiene, se sienta en el suelo y come un poco. Lloro en el viento.

La Navidad es cálida.

El abuelo cumple ochenta años precisamente el día de Navidad. Tras la cena, mientras sorbe un brandy delante de la estufa de cerámica, sus hijos escuchan los bailables en la radio y se preguntan qué regalarle, porque tiene de todo, ha sido un médico famoso y ha ganado mucho dinero. Ríen, y deciden comprarle un nuevo batín, como el año anterior. Pero el abuelo morirá de repente el 23 de diciembre, y el batín no saldrá nunca de la caja.

La Navidad es fría.

Debajo del andamio de una obra, cerca del puerto, la vieja mendiga agoniza; ha perdido el conocimiento. La bronquitis, el frío y el hambre han ganado la partida. Sueña que canta una nana, tuvo dieciséis hijos y se los quitaron todos, uno por uno, ni siquiera sabe si están vivos o muertos; pero recuerda que en algún momento le cantó una nana a uno de sus hijos, o al hijo de otra. Tuvo dieciséis hijos, y muere sola debajo del andamio de una obra. Mañana la echarán con sus trapos en una fosa llena de gente como ella.

La Navidad, ya sea cálida o fría, pone la carne de gallina.

Ricciardi esperaba a Maione, que, cosa insólita, llegaba tarde; sin embargo, cuando investigaban un caso, el acuerdo tácito entre ellos establecía que debían reunirse en el despacho del comisario a primerísima hora de la mañana para repasar la situación y preparar con antelación la jornada. Aunque no se preocupó demasiado; Maione había recuperado por fin sus equilibrios, y salir de una casa cálida y acogedora temprano por la mañana, con ese frío, costaba mucho trabajo.

Estaba muy unido al sargento. Su bienestar era muy importante para el comisario. En los últimos tres años, desde que habían estrechado su colaboración, había aprendido a reconocer sus pensamientos y sentimientos; era un hombre recto, firme, obstinado; el trabajo no lo asustaba y se conmovía aún frente al sufrimiento y el dolor; ésa era una cualidad que Ricciardi apreciaba más que cualquier otra.

Recordaba demasiado bien la tarde en que se produjo el primer contacto importante entre ambos, cuando murió su hijo, Luca.

Había visto al muchacho en un par de ocasiones, un novato que destacaba por su energía y sus ganas de sobresalir; rubio, de ojos azules, con un físico imponente. Y, como tendría ocasión de comprobar en el entierro, muy parecido a su madre.

Ricciardi había acudido al recibir la llamada y había llegado antes que el propio Maione, de servicio en otra parte. Había bajado solo a la taberna del sótano donde habían encontrado el cadáver. Lo vio de pie, cerca del cuerpo ovillado en el suelo, pegado a la pared como para sustraerse a las miradas; Ricciardi era el único capaz de seguir viéndolo. Soltaba una espuma rojiza por la boca y burbujas de su último respiro; la puñalada por la espalda le había perforado el pulmón.

«Te quiero, viejo panzón. Te quiero».

Eso decía la imagen de Luca que percibía. Ricciardi comprendió de inmediato de quién hablaba; cuando llegó Maione lo llevó aparte y, faltando por primera y última vez a un principio que había respetado toda la vida, se lo dijo. Le repitió la frase del muerto.

El sargento no le preguntó nada, ni entonces ni nunca. Pero a partir de aquel momento se convirtió en su sombra.

El Asunto, como denominaba Ricciardi la condena a percibir el último dolor, casi nunca lo ayudaba a descubrir cómo se había producido la muerte. Se trataba de una emoción, una simple manifestación de sufrimiento por la partida, la separación. Como un grito, o un suspiro, o un pesar. O todo eso a la vez.

—Disculpe, comisario —dijo Maione entrando en el despacho con la lengua fuera—. Me he retrasado un poco.

—No te preocupes, acabo de llegar. Siéntate, así hablamos de lo que hicimos ayer.

Intercambiaron datos sobre el domingo de trabajo; Ricciardi le refirió lo que había averiguado a través del médico y del padre Pierino sobre autopsias y

simbología del pesebre, además de lo que le había dicho la niña de los Garofalo.

Maione escuchó atentamente, con su forma característica de concentrarse, los ojos entornados como si fuera a dormirse, y luego expuso lo que le había contado Nenita.

—Todo cuadraría, comisario. Los visitantes que olían a pescado, el san José roto que representa al trabajador padre de familia, las dos personas que apuñalan a los Garofalo.

Asomado a la ventana, Ricciardi contemplaba la plaza, que poco a poco se fue llenando. El cristal, empañado por la diferencia de temperatura interior y exterior, temblaba ante los embates del viento.

—Dices bien, cuadraría. Aunque eso no significa que sea así. Primero debemos averiguar qué hace el tal Lomunno, el miliciano que Garofalo consiguió desbancar. El hecho de que una pareja que olía a pescado haya ido a discutir con los Garofalo no significa que luego haya regresado para matarlo a él y a su mujer.

—Claro, claro —asintió Maione—. Habrá que comprobar todas las hipótesis, como siempre. Sin embargo, comisario, y es un hecho, ahora contamos por lo menos con dos pistas: Lomunno y Aristide Boccia, el pescador. Y quizá con otros más, si los extorsionados eran varios. Claro que el intachable difunto no resultó ser tan intachable después de todo.

Ricciardi seguía mirando fuera.

—Lo más difícil, Raffae', es entender la pasión. ¿Qué lleva a una o más personas, que quizá tengan hijos, parientes, amigos, un trabajo difícil y fatigoso, a pensar: ahora preparo un cuchillo afilado, voy a casa de los Garofalo y los mato a él y a su mujer?

Maione callaba, con los ojos entornados.

—Hace falta una rabia inmensa, creo yo —prosiguió Ricciardi—. O una gran desesperación. En todo caso, sufrimiento, dolor. Para decidirse a matar a alguien a sangre fría, sin el ataque de locura que puede darse en una pelea o una discusión, debes de tener la certeza de que no te queda otra salida.

—Es exactamente así, comisario —comentó Maione levantando la vista—. Una cosa es matar a alguien cuando lo tienes delante, y otra es decidirlo, ir en su busca y eliminarlo. Por fuerza tienes que estar desesperado y pensar que no te queda otra salida.

Desde la ventana llegó el sonido prolongado de bocinas; algo obstaculizaba el tráfico. Ricciardi suspiró y se puso de pie.

—Vayamos a ver esa desesperación cara a cara.

Vendrán, sé que vendrán. ¿Y entonces?

Pensándolo bien, hace años que los espero. Desde aquel momento.

Debería haberlo hecho entonces. Debería haber hecho las cosas de manera que el sol no se pusiera sobre mi vergüenza, el sol de ese mismo día. Debería haber apagado aquella voz falsa, cortado aquella garganta de la que salieron esas perfidias.

Vendrán y me preguntarán por qué. Y les diré que entre hacer y soñar algo no hay diferencia.

Y si no hay diferencia, yo ese algo lo hice mil veces. Mil veces derramé la sangre, mil veces la vi chorrear de cien heridas, mil veces hundí el cuchillo.

Vendrán y querrán saber. Les diré que mi mente nunca se movió de allí, de donde veía mi vida hundirse en la nada. Que yo también morí cuando mi ángel emprendió el vuelo.

Vendrán y tendré que ocultar las mil veces que he soñado con hacerlo.

Con mis propias manos.

Enrica parpadeó no bien cruzó el portón; el viento frío soplaba con fuerza.

Se le empañaron las gafas, tuvo que quitárselas y limpiarlas; cuando volvió a ponérselas, abandonando el mundo de siluetas difusas de su miopía, vio frente a ella a una Rosa que se sujetaba el sombrero con la derecha mientras con la izquierda aferraba un capacho medio vacío.

La expresión de la anciana era decidida: labios apretados, ojos entornados, mandíbulas tensas. No se admitían réplicas.

—Señorita, hágame un favor, acompañeme a comprar unas cuantas cosas para la comida de Navidad. Estoy vieja y necesito ayuda.

La joven no tuvo tiempo siquiera de mirar a su alrededor, sintió que la aferraba del brazo y la arrastraba hacia la calle.

Ricciardi y Maione llegaron al callejón detrás de San Giovanni a Mare, donde se encontraba la dirección que habían recibido en el cuartel.

Maione leyó la notita por enésima vez.

—Es aquí, comisario. Me parece raro, pero es aquí, no hay duda.

En ciertos aspectos el lugar era inquietante. Tras doblar una esquina, los dos policías abandonaron literalmente la Navidad para entrar en una tierra de nadie plagada de sordidez y miseria.

Los símbolos de la fiesta, incluso los más humildes, habían desaparecido. Frente a ellos se abría una calle sin asfaltar, flanqueada por barracas construidas a la buena de Dios con restos de madera y chapas herrumbradas. Unos niños andrajosos jugaban sentados en el suelo, en el limo que dejaban los regatos alimentados por la falta de cloacas. Aparte del viento, el único ruido provenía de un postigo que golpeaba a intervalos regulares contra la jamba.

Se acercaron al mayor de los niños.

—Eh, muchacho, ¿conoces a un tal Lomunno, sabes dónde vive?

El chico se levantó, caminó un trecho y señaló la puerta de una de las barracas. Se quedó quieto, con el brazo levantado como un maniquí.

Maione llamó a la puerta. Tras un momento, un hombre salió a abrir. Con un cuchillo enorme en la mano.

El sargento retrocedió instintivamente, llevándose la mano a la pistolera.

—Quieto, tranquilo —le advirtió Ricciardi agarrándolo del brazo—. No podía saber quién llamaba. ¿Es usted Antonio Lomunno?

El hombre los miró a los dos, luego miró el cuchillo que llevaba en la mano, como si lo viese por primera vez.

—Sí, soy yo. Disculpen, estaba haciendo un trabajo en la casa. ¿Y ustedes

quiénes son?

Maione había recuperado el control, pero no perdía de vista el cuchillo.

—El sargento Maione y el comisario Ricciardi, de la brigada móvil. Tenemos que hacerle unas preguntas. ¿Podemos pasar?

Rosa miraba a Enrica con cara de pocos amigos. Estaban sentadas a una mesa de un pequeño café cerca de su casa, hasta donde la había llevado a viva fuerza.

Se produjo un largo e incómodo silencio durante el cual la muchacha se miraba las manos cruzadas sobre el regazo.

—Vamos a ver, señorita —dijo entonces la tata—, ¿se puede saber qué ha pasado?

Enrica parpadeó, levantó la vista y mirando a la mujer respondió:

—¿En qué sentido, señora? No ha pasado nada. Yo...

Rosa no tenía la menor intención de darse por vencida.

—Discúlpeme, pero algo tiene que haber pasado, por fuerza. La última vez que vino a casa hablamos y me pareció que tenía usted cierto interés por mi señorito, como seguramente lo tiene él por usted. Después se produjo el accidente, estuvo usted en el hospital, y recuerdo el miedo, el terror reflejado en sus ojos. Y después, cuando gracias a Dios nos comunicaron que no había sido nada grave, en vez de venir a saludarlo desapareció usted del mapa.

Enrica ensayó una débil protesta.

—No, no es que haya desaparecido del mapa, sino que he estado muy ocupada, la Navidad está al caer, mi sobrinito...

Rosa desechó las excusas con un gesto expeditivo de la mano.

—Señorita, vamos a ver, a mí no me venga con eso. Podrá engañar a un hombre, pero a otra mujer no. Que por las noches cierra usted la ventana, y el pobrecito mío se asoma y ni siquiera puede disfrutar del consuelo de saludarla. Y sufre, yo veo cómo sufre. Así que quiero entenderlo. Si lo que pasa es que se ha cansado, si ha perdido el interés, me lo dice y tan amigas como antes.

La muchacha saltó como un resorte.

—¿Qué dice usted? ¿Cómo puede pensar algo así? ¿Acaso cree que soy como las veletas que se mueven según sople el viento?

Rosa se apoyó en el respaldo, satisfecha al fin.

—No, no lo creo. Por eso me extrañaba. Ahora cuénteme lo que pasó realmente.

—Mentiría si dijera que no sé por qué han venido.

El interior de la barraca reflejaba el aspecto exterior y hablaba de una espantosa indigencia. Una niña de poco más de diez años los saludó con una reverencia y siguió

removiendo el contenido de una olla que hervía en el fuego. Un intenso aroma a coliflor no dejaba dudas sobre lo que se estaba cocinando.

Junto a la mesa, sentado en el suelo, había un niño más pequeño arrebujado en un jersey varias tallas más grandes que la suya. Los mocos cristalizados en el labio superior hablaban de un abandono que encogía el corazón.

El hombre se sentó a la mesa sin hacer amago de invitar a los dos policías, que se quedaron de pie. Lomunno reanudó el tallado de una madera, en la que, con cierta pericia, daba vida a lo que parecía ser un caballo. A sus espaldas, sobre una tarima, iba tomando forma un pesebre artesanal compuesto por algunos pastores de buena factura. El hombre siguió la mirada del comisario.

—El pesebre. A saber por qué los acreedores no pusieron sus manazas en los pastores del pesebre. Se perdió alguno, claro está, y lo estoy haciendo de nuevo, construyéndolo personalmente, aquí lo tiene. Éste es el caballo de Melchor, uno de los Reyes Magos. Donde hay niños, la Navidad es el pesebre. Se puede prescindir de la madre, pero no del pesebre.

Soltó una lúgubre carcajada; el olor a vino rancio de su aliento llegó hasta Maione. El sargento observó que la niña lanzaba a su padre una mirada inexpresiva.

—Si sabe por qué estamos aquí, Lomunno —dijo Ricciardi—, díganos lo que queremos saber.

El hombre se quedó mirando al comisario durante un buen rato. Luego desvió la vista hacia el caballo de madera que iba tomando forma bajo el cuchillo.

—Un día voy a la oficina. Yo estaba bien considerado, me apreciaban. Fiel militante inscrito en el partido, un voluntario de la primera hora. Hacía el trabajo que me gustaba, todos me estimaban. Mejor dicho, eso creía yo. Y en mi oficina me encuentro a mi superior acompañado por dos guardias y un hombre de paisano. Este hombre se me acerca y me dice: es usted un corrupto. Mete la mano en el bolsillo y saca mi dinero. El dinero ahorrado durante toda la vida, poco a poco, a fuerza de ocultar en casa los aumentos y las gratificaciones, para poder algún día ofrecerle a mi mujer lo que siempre había deseado, una casa.

Fuera se oyó graznar una gaviota, bajo, apenas encima de la barraca.

—Había confiado ese pequeño e inútil secreto a una sola persona. Una sola persona que sabía que ese día yo iba a retirar el dinero a casa de mis tíos, que se marchaban a América. Traté de explicarlo, pero ni siquiera me dejaron hablar. Café, decían. Café y cigarrillos. Te han dado el dinero a cambio de que dejaras desembarcar la mercancía a los contrabandistas. Tenemos testigos.

—¿Y esos testigos? ¿No los sometieron a un careo? —preguntó Ricciardi.

Lomunno echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que sonó lúgubre. La hija lanzó otra mirada inexpresiva a su padre y siguió removiendo el contenido de la olla.

—Veo que no sabe usted cómo funciona la cosa. La milicia, la policía política, la policía secreta, para ellas no hay juicios; prometen la impunidad a quien presta testimonio, y si te he visto, no me acuerdo. Lomunno va a la cárcel y al infame lo ascienden. Uno pierde, el otro gana. Hasta la mano siguiente, pero no habrá una mano siguiente.

Ricciardi no había dejado de mirarlo fijamente, sus ojos brillaban en la penumbra. El hedor a coliflor y suciedad era insoportable.

—¿De veras? Yo creo que sí la hubo, y que, hoy por hoy, Garofalo está peor que usted.

Lomunno clavó el cuchillo en la mesa con violencia y se oyó un ruido sordo. Maione dio un paso al frente, con la mano en la culata de la pistola. La niña no paró de remover.

—¿Lo cree? ¿De veras lo cree, comisario? Eche un vistazo a su alrededor, ¿qué es lo que ve? Un pobre hombre inútil, deshonorado, que vive de la limosna de sus amigos de antes, que se avergüenzan de no haberlo defendido cuando debían. Dos niños que se han hecho viejos, zarandeados como paquetes de la casa de un vecino a otro hasta que su padre salió de la cárcel, porque un buen día su madre prefirió morir a esperar. ¿Y usted se cree en condiciones de decir quién está peor y quién mejor?

—Hay una niña que se ha quedado huérfana —dijo Ricciardi sin cambiar de tono—. Una mujer inocente murió asesinada, y un hombre al que destrozaron en su propia cama. Nosotros somos de la policía y debemos descubrir quién lo hizo. Volvamos al motivo por el que estamos aquí. ¿Fue usted?

Se hizo un silencio. La niña dejó de remover, cogió en brazos a su hermanito y salió corriendo. Lomunno se tapó la cara con las manos y se quedó así. Al cabo de un rato las bajó.

—Sí —respondió—, yo lo hice. Cien veces al día en mi celda de la cárcel, de las formas más atroces, solo él, su mujer no, su hija tampoco, a la que vi nacer y no tuvo nada que ver. Y después otras cien veces cuando me enteré de que mi mujer se había suicidado y a mí todavía me quedaban seis meses de condena y no sabía qué sería de mis hijos. Y otras cien veces más cuando me vi obligado a traerlos a esta barraca, a dormir envolviéndolos con mi cuerpo para defenderlos de la pulmonía, sin pegar ojo en toda la noche para ahuyentar a las ratas. Sí, lo hice yo. Si me pregunta si llevé a la práctica lo que imaginaba en mi mente, no, no lo hice. Si mi mujer siguiera viva, si hubiese tenido a alguien con quien dejar a los niños, quizá habría subido esas escaleras y habría utilizado este mismo cuchillo. Pero en estas condiciones habría sido mejor matarlos antes a ellos, y después ir a Mergellina.

Las gaviotas graznaron de nuevo.

—Perdone, Lomunno, pero ¿cómo vive usted ahora? —preguntó Maione saliendo de su asombro.

—Al día, sargento. No sé hacer nada, he trabajado siempre de funcionario en el puerto, y después de miliciano. Como le he dicho, unos viejos camaradas me echan una mano a escondidas, para que los demás no se enteren. Vienen de noche, de paisano, miran a su alrededor cuando llegan y cuando se van. Tienen miedo, y no los culpo, al menor pretexto te toman por cómplice. Hace unos días empecé a llevar la contabilidad de algunas empresas del puerto; en nombre de otros, claro. Y recibí algo de dinero que, por una vez, he decidido no gastarme en la taberna, sino para que mis hijos puedan recordar el sabor de la Navidad.

—Lomu', tenemos que preguntárselo. ¿Dónde estaba usted la mañana del día dieciocho entre las siete y la una?

El hombre levantó la vista y miró a Maione.

—Buscando trabajo, sargento. Dando vueltas por esta ciudad buscando trabajo desesperadamente. Por la mañana estuve en el puerto, algunos me cerraron la puerta en las narices, otros lo hicieron con educación, otros las dejaron entreabiertas. Puedo darle algunas direcciones, pero en cada sitio estuve cinco minutos. Nada que no me permitiera, en teoría, y se lo digo antes de que me lo digan ustedes, ir un momento a matar a Garofalo y su mujer. En cierto modo, yo también fui policía. Sé cómo se razona. —Dio un paso al frente y apoyó la mano en el brazo de Maione—. Sargento, hágame caso, no he sido yo. Ganas no me faltaron, quizá debería haberlo hecho. Y lo siento por la esposa y la niña, pero siento más no haber matado a ese cabrón con mis propias manos. Aunque la verdad es que para quien tiene hijos la venganza es costosa, muy costosa. Y yo no me la puedo permitir.

Cuando le contó lo de la promesa a la virgen de Pompeya, Enrica creyó que estaba poniendo la palabra fin al aprecio que Rosa le tenía. Una mujer de esa edad, pensó la muchacha, solo podía considerar como definitivo y vinculante algo tan sagrado. Sin embargo, Rosa la sorprendió una vez más.

—En mi opinión esa promesa no es válida —sentenció.

—¿Por qué no?

—Primero —dijo Rosa, contando con los dedos—, usted no sabía cuál era el estado del señorito. De hecho dijo: «Si lo salvas, nunca más volveré a verlo». ¿De qué debía salvarlo la Virgen, si no se había dado más que un golpecito en la cabeza? Segundo, los votos deben hacerse de una manera determinada, no así, sentada en la sala de espera de un hospital. Hay que ir a una iglesia, ponerse delante de una imagen bendita, y usted no lo hizo así. Tercero, una solo puede renunciar a algo que es suyo, no a algo ajeno. Y con ese voto usted le quitó algo importante también, que no prometió nada.

—Pero yo sé —dijo Enrica negando con la cabeza varias veces— que hice esa promesa. Y no puedo faltar a una promesa hecha a la Virgen. Además, además..., está esa señora, la hermosa forastera. La he visto con él en más de una ocasión, si hasta pensé que... que estaban prometidos. Si a él no le gustara, la echaría de su lado, ¿no le parece? Estoy hecha un lío...

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Rosa se miró de reojo la mano, que temblaba ligeramente; no podía perder el tiempo con tonterías.

—Por eso he venido a buscarla. Hablemos claro, señorita, los hombres son débiles. Ellos creen que deciden, que eligen, que hacen; pues no, deciden, eligen y hacen exactamente lo que decidimos nosotras. Y cuando digo nosotras, no me refiero a todas, sino a las más fuertes, a las más decididas. Esa señora que usted dice, esa forastera..., que según usted es hermosa, pero a mí me parece una flaca y enfermiza..., ésa es muy decidida. ¿Y qué vamos a hacer, vamos a dejarle el campo libre? ¿Vamos a permitir que sea ella quien decida, así lo pesca y se lo lleva a una de esas ciudades del norte de Italia?

—No, claro que no —dijo Enrica con los ojos muy abiertos—. No. Yo solo sé una cosa, señora, que no amaré a ningún otro. A ninguno. O es él o no habrá otro.

Rosa acomodó mejor en la silla sus voluminosas posaderas y se arregló el sombrero con aire belicoso.

—Pues muy bien —dijo—. Hay que hacer dos cosas: ir a ver a un cura y aclarar de una vez por todas eso del voto. Y después hay que decidir lo que vamos a hacer para que las cosas vuelvan a su cauce antes de que la señora del norte meta las manos donde no debe.

Enrica comprendió que ya no estaba sola.

—En cuanto al cura, creo que conozco a uno que podría comprender los términos de la cuestión.

No bien doblaron la esquina del callejón, Ricciardi y Maione se encontraron otra vez en plena Navidad, aunque no les bastó para mitigar la tristeza del encuentro con Lomunno.

—Comisario, no sé qué pensará usted, pero a mí esta charla con Lomunno me ha impresionado mucho. Y no sabría decirle exactamente qué pienso.

Ricciardi caminaba con la cabeza medio oculta tras el cuello del abrigo, la mirada perdida en el vacío.

—Es lo que ocurre cuando se está ante la desesperación y una vida arruinada. Lomunno todavía no ha vuelto a vivir, es posible que lo esté intentando ahora. Eso no significa que no haya matado a los Garofalo. Ya sabes que la venganza es una bestia temible. Acecha en la oscuridad, durante años incluso, un buen día llega sin avisar y lo devora todo.

—Sí —admitió Maione, pensativo—, pero lo que ha dicho es verdad: la venganza es costosa. Y uno tiene que poder permitírsela. ¿Qué habría conseguido con la venganza? La ruina de sus hijos. Esta vez definitiva.

—Ya, pero la venganza no es racional. Imagina que una noche estás allí, como Lomunno, medio borracho, y que faltan pocos días para la Navidad. Y de pronto piensas que no es justo que uno de tus seres queridos haya muerto, y que el culpable siga viviendo tan alegre y preparándose para celebrar esas fiestas. Entonces decides hacer justicia. Empuñas el cuchillo, la pistola o lo que sea, y pones las cosas en su sitio.

Maione notó que el corazón le latía en las sienes.

—Poner las cosas en su sitio, sí..., de ese modo, quien debe pagar, por fin paga. Las cosas en su sitio.

—Pero de ese modo, mi querido Raffaele —dijo Ricciardi parándose en seco—, las cosas no se ponen en su sitio. Para reparar un error se comete otro, y otro más, y así no se termina nunca. Perdonar es difícil, tal vez imposible. Para eso existe la justicia, para poner las cosas en su sitio. ¿No te parece?

Maione se sintió confundido.

—La venganza, comisario, es un sentimiento humano. A veces es más difícil no vengarse que vengarse.

—Es verdad —admitió Ricciardi reemprendiendo la marcha a buen paso—. De modo que en nuestro caso no podemos excluir a Lomunno de entre los posibles culpables. Además, no tiene coartada, o al menos no cuenta con una que pueda librarlo de toda sospecha, y su nueva tranquilidad, esas ganas de Navidad y de

familia, de pesebre y de dulces para sus hijos podrían indicar que tras haberse vengado ha conseguido acallar su conciencia.

—Cierto —asintió Maione, pensativo—. Pero no es menos cierto que Lomunno está solo. ¿De quién es entonces la otra mano que, según el doctor Modo, golpeó a Garofalo?

Habían llegado a las inmediaciones de la jefatura; estuvieron a punto de ser arrollados por el carrito de un ollero, cargado de cazuelas de cobre que entrechocaban ruidosamente.

—Tendríamos que ir al Borgo Marinari para averiguar algo más sobre la extorsión al pescador —dijo Ricciardi—. Quizá haya más suerte allí.

Después de cruzar el portón y entrar en el patio, vio el coche de Livia estacionado y a ella misma, sonriente y fumando apoyada en el vehículo. No le pasó inadvertida la decena de colegas asomados por casualidad a las ventanas pese al frío.

La mujer sacudió al ceniza del cigarrillo, y con un fulgor en los ojos, dijo:

—Justo a tiempo, antes de que se me congelara la nariz. Hola, Ricciardi. Bienvenido.

Las manos asesinas están completando el trabajo.

Se han detenido porque habían avanzado demasiado y la preparación, ya se sabe, es como una coreografía, cada cosa a su debido tiempo, paso a paso, hasta el gran final. Y el gran final es un gesto, un solo gesto.

Las manos asesinas son diligentes, no se detienen un solo instante. Son miles los ajustes por hacer, miles los cambios, un centímetro adelante, otro atrás.

Se podría considerar que, una vez terminado el grueso, creado el paisaje con grutas, terrazas, templos y grietas, el trabajo está casi terminado; nada más falso.

Las manos asesinas saben bien que los detalles marcan la diferencia; la preparación es importante, la ejecución también, pero los detalles son los que distinguen un trabajo bien hecho de otro impreciso.

Las manos asesinas colocan la fuente, con agua auténtica que fluye. A los niños les entusiasma esa fuente, ese hilo de agua que se mueve entre las figuras inertes hace que todo el pesebre parezca real.

Las manos asesinas completan la disposición de las hierbas: el romero, el mirto, el musgo, el rusco. Conocen bien la tradición; las hierbas ahuyentan los malos espíritus que infestan las casas desde el día de los Difuntos hasta la Epifanía. Nada de malos espíritus por Navidad.

Porque quien ha muerto, muerto está y debe quedarse entre los muertos. Nunca más debe regresar.

Las manos asesinas se frotan ligeramente, complacidas. Falta poco, muy poco.

Y todo se habrá completado.

Maione aprovechó la visita de Livia para esfumarse a pesar de la muda petición de auxilio que Ricciardi le hizo con la mirada.

—Si me permite, comisario, tengo que hacer unos encargos de Navidad. Nos vemos dentro de una hora, y así damos ese paseo hasta Borgo Marinari.

—Un lugar realmente espléndido —intervino Livia—, muy característico, las casas de los pescadores y las barcas debajo de Castel dell’Ovo. Estuve en verano, ¿vale la pena verlo también en invierno?

—No, no vale la pena —se apresuró a contestar Ricciardi—. Debemos ir por trabajo, a interrogar a unas personas. De acuerdo, Maione, puedes irte. Pero no tardes, que tenemos mucho que hacer.

Escoltados por las miradas curiosas del personal de la jefatura y de un número indeterminado de abogados, Livia y Ricciardi fueron al despacho de él. Un hombre esposado, que esperaba que dos guardias lo llevaran a la celda, dejó escapar un prolongado silbido de admiración al ver pasar a la mujer; uno de los policías le dio un pescozón e intercambió con su compañero una mirada cómplice; no era una mujer que pasara inadvertida.

Ricciardi, por su parte, no soportaba ser el centro de atención, por lo que apuró el paso y cuando cerró la puerta, lanzó un suspiro de alivio.

—¿No podías ahorrarte esta entrada teatral?

—Yo también me alegro de verte, gracias —dijo Livia quitándose los guantes—. Buenos días, ¿cómo estás?

—Disculpa —el comisario captó la ironía del saludo—, buenos días. Ya sabes que no me gusta llamar la atención. La jefatura es como un pueblo, todo son chismes e ironías, y eso va en detrimento del trabajo.

La mujer se sentó en el sillón, después de quitarse el abrigo con los puños y el cuello de pieles.

—Ya, el trabajo. Tu única preocupación. Ni pensar en concederse una pausa, ni pensar en escuchar lo que pide el corazón.

—Por favor, Livia. No me pongas en un compromiso.

—En un compromiso. Así que yo te pongo en un compromiso. Oye, Ricciardi, ¿y si habláramos claro de una vez por todas? ¿Si miráramos las cosas de frente, no crees que sería mejor para los dos?

Ricciardi se acercó a la ventana y observó el tráfico de la plaza. Las encinas desnudas agitaban sus escasas hojas al viento, los vendedores ambulantes cruzaban la calle deprisa para llevar su mercancía a donde pasaba más gente. A lo lejos, casi difuminadas, las imágenes de una madre y su hija, víctimas de un accidente de tránsito, ocurrido tres meses antes. Las dos, ataviadas de forma incongruente con

ligeros trajes veraniegos, intercambiaban frases incomprensibles: «Date prisa, nos espera», decía la madre con las piernas arrancadas de cuajo. «La peonza, la peonza, se me ha caído la peonza», contestaba la niña con la cabeza triturada. Demasiada prisa por recoger el juguete. No hay que volver atrás de improviso cuando se cruza la calle.

No hay que volver atrás.

—Livia, ya sabes lo que pienso. Lo hemos hablado muchas veces. Tú eres una mujer espléndida, lo ves, eres consciente. Puedes tener al hombre que quieras. Y aunque no fueras tan hermosa como eres, cuentas con conocidos, eres brillante, tienes dinero. ¿Por qué yo? ¿Con todos mis problemas, con todas mis dificultades?

La mujer se tomó en serio la pregunta, que ella misma se hacía a menudo. Recordó a sus pretendientes, tanto a los que seguían llamándola desde Roma como a los nuevos, que todas las mañanas le enviaban flores y dulces acompañados de notas apasionadas.

—Pues ya lo ves, es a ti a quien quiero. Verás, Ricciardi, percibo en ti dos personas distintas y separadas. Una mantiene oculta a la otra, encadenada, como si la hubiese raptado; y la somete a una soledad larga y forzada. Tras la pantalla de una aparente falta de emociones, hay alguien que necesita reír, salir a la luz. Ser amado. Y ya sabes que tuve una prueba no hace mucho.

Ricciardi suspiró y dio la espalda a la ventana.

—¿La prueba, dices?

Livia rio, nerviosa. Aquel hombre la inquietaba en lo más hondo, por primera vez en su vida no sabía cómo comportarse.

—Sé lo que vas a decir. Que te sentías mal, que tenías fiebre. Que fue culpa de la lluvia, de toda esa lluvia, y del dolor por algo que llevas dentro. Pero yo te tuve entre mis brazos, Ricciardi. Y una mujer sabe cuándo un hombre está completamente lúcido.

Ricciardi la miró durante un buen rato. Sintió ternura al ver su aire insolente, las palabras agresivas y el contraste con la mirada aturdida y el ligero temblor de los labios.

—No diré que no estaba completamente lúcido. No diré que no recuerdo lo que pasó esa noche entre nosotros. Estaba débil, eso sí, y llevaba dentro una gran pena. La soledad me pesaba demasiado aquel día y no pude soportarla solo. Fui a buscarte, Livia, debo reconocerlo, aunque después no llamé a tu puerta. Quería calor, quería caricias, el contacto con otra piel. Te ruego que me perdones.

Livia se sintió otra vez descolocada; no esperaba una admisión de debilidad por parte de Ricciardi.

—¿Acaso no comprendes que eso es precisamente lo que quiero darte? ¿Un poco de calor, de alegría? Escúchame, Ricciardi, no voy a plantearte exigencias, no soy ese

tipo de mujer. Viniste a mí y eso me llenó de felicidad. Me sentí muy a gusto contigo, pero soy la primera en decir que lo tuyo fue una fuga. —Se pasó una mano delante de los ojos y añadió—: Pero también es la prueba de que un hombre como tú puede contar con un momento, si no feliz, al menos sereno.

Ricciardi la escuchaba de pie, con las manos en los bolsillos, el mechón de pelo sobre la frente, los ojos verdes inexpresivos. Podría haberse tratado de una estatua.

—Hay cosas de mí que ignoras, Livia. No soy tan... distante, digamos, por elección. Cada uno tiene sus características, y las mías me mantienen lejos de ciertas emociones, de ciertos sentimientos. —Entornó los ojos y en la plaza, a sus espaldas, oyó a la niña que buscaba su juguete—. Hay otro aspecto más. Siento algo, creo que un sentimiento, por una persona. Ya te lo he dicho en otra ocasión. En fin, que hay una mujer.

A Livia le dio vértigo. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Lucha, se dijo. Si de veras quieres a este hombre, lucha.

—¿Y lo sabe? ¿Le has dicho lo que sientes por ella? ¿Conoces su piel, la has tocado? ¿Ha notado tu aliento cerca?

Ricciardi abrió la boca, luego la cerró. Palideció.

—No, no lo sabe. No se lo he dicho.

Livia rio, pero no con los ojos.

—¿Y entonces? Eso significa que conmigo tienes algo más, ¿no? Habremos compartido un solo instante, pero lo hemos compartido, y al menos estamos hablando de ello.

Ricciardi echó un vistazo a su despacho: el viejo sillón de madera, el escritorio con su mugriento cartapacio verde aceituna, la bombilla colgada del cable en el centro de la habitación porque la pantalla llevaba un año rota y no la habían sustituido. El tintero de cristal, el pisapapeles hecho con la esquirra de una granada. Su mundo.

—Mira a tu alrededor, Livia. ¿Qué ves? Un viejo despacho destartado. Yo vivo aquí más que en mi casa, donde soy un extraño. ¿Qué puede ofrecerle un hombre como yo a una mujer? No sé cuánto viviré, pero pasaré mi tiempo aquí. ¿Por qué quieres a alguien así?

Livia se puso de pie. Sonreía con dulzura, pero una lágrima surcaba su mejilla.

—No hay modo de que lo entiendas, ¿verdad? No lo captas. No hay un por qué. Te enamoras así, sin motivo. Hasta una mujer como yo, que ha tenido una vida intensa, que ha sido muy feliz y muy desdichada, puede volver a enamorarse. Ése es el regalo que me has hecho, Ricciardi, me quieras o no, me has hecho comprender que sigo viva, que puedo volver a enamorarme.

Dio media vuelta, avanzó hacia la puerta y aferró el picaporte. Luego se volvió otra vez hacia él.

—Y quiero que lo sepas, lucharé por este amor. Utilizaré todos los medios, porque sé que en el fondo tú también me quieres, y solo me pides que te saque de esa maldita cárcel en la que te has encerrado, sabe Dios cómo y por qué. No subestimes a una mujer enamorada, Ricciardi. No te lo aconsejo.

Salió corriendo, se subió al coche y dio rienda suelta al llanto.

Mientras el vehículo salía del patio, un par de ojos discretos la observaban desde el zaguán del edificio de enfrente.

A dentrándose en San Gregorio Armeno, Maione no dejaba de pensar en la barraca donde vivía la familia Lomunno, o al menos en lo que quedaba de ella. Si la Navidad parecía haberse detenido a la entrada de aquella calle sin asfaltar, dejando a sus habitantes librados a su propio destino, aquí en cambio cada ventana, cada puerta, cada tienda gritaba a pleno pulmón que la fiesta principal del año estaba a punto de llegar y había que prepararse.

Desde siempre aquél era el lugar de los pastores del pesebre, de las decoraciones para la casa, de los adornos. La actividad comenzaba a finales de octubre y continuaban hasta la Epifanía; después regresaba el letargo comercial durante el cual las tiendas se especializaban en las flores de tela, para adornar el pelo y los trajes de las señoras de la ciudad.

Por lo menos tres parejas de gaiteros, pagadas por los comerciantes de pastores, tocaban sus melodías; aunque quedaba algo de luz, cada tienda había encendido sus decoraciones luminosas para atraer las miradas de los numerosos viandantes; y todos los fabricantes de figuritas habían expuesto en la calle sus mejores obras con un efecto variopinto que extasiaba.

Sin embargo, Maione no miraba la mercancía de las tiendas; reflexionaba sobre lo que se proponía hacer.

Estaba convencido de que el muchacho no lo reconocería al verlo. Había asistido a las vistas del juicio vestido de paisano y se había mantenido en un discreto aparte, entre la multitud de curiosos; recordaba con suma claridad, casi cuatro años después, la sensación de extrañeza que sintió, como si se hubiese tratado de algo que no iba con él.

Ahora, después de tanto tiempo y vestido de uniforme, aunque lo viese, el asesino de su hijo no lo reconocería. Solo quería averiguar dónde trabajaba. Suponía que no debía de ser muy lejos de la casa que había elegido, si bien, por supuesto, podía equivocarse; quizá Biagio trabajaba en la acerería de Bagnoli, o en alguna obra del Vomero, y eso habría supuesto una investigación adicional, incluso otra visita a Nenita.

En todo esto pensaba cuando lo vio. Inclinado sobre uno de los puestos, en el arco de entrada de una de las tiendas de figuritas más grandes, concentrado en moldear con una pequeña espátula un rostro en la madera. Lo descubrió porque, en una calle que parecía un río de gente en movimiento que iba de aquí para allá, alrededor de él había un corrillo de personas que, embelesadas, lo observaban trabajar.

Se acercó, quedándose en tercera fila; su altura le permitía ver más allá de los curiosos. El muchacho estaba con la cabeza gacha, ajeno a todo, como si se encontrara en medio del desierto. Daba los últimos toques a una cara, una cabecita,

como las llamaban. Una vieja, con el pelo recogido en un moño, las mejillas hundidas, los ojos muy abiertos y un tanto abultados.

Era habilísimo; de los movimientos escuetos iba surgiendo una expresión humana de maravilla y sorpresa. Sobre el puesto había dos manos de dedos ganchudos, tendidas como para aferrar algo. Les faltaba la pintura, pero ya daban la sensación de estar dotadas de vida. Por último, la cabeza y las manos se completarían con un cuerpo de alambre y estopa, al estilo antiguo, vestido con traje de seda y encaje.

Notó que el muchacho, mordiéndose la punta de la lengua, con los hombros encorvados, daba los retoques con la izquierda. Recordó con una punzada de dolor el informe del homicidio de Luca, en el que se describía una herida sola, mortal de necesidad, en el omóplato izquierdo. Un zurdo; el hermano condenado era diestro. Nadie había reparado en el detalle. Por otra parte, estaba la confesión, ¿para qué indagar más? Maione mismo no se había planteado entonces la menor duda.

El pensamiento lo alejó de la maravilla de ver cómo la madera cobraba vida y nacía la figura de una mujer, y lo llevó bruscamente al motivo por el que se encontraba allí. Retrocedió unos cuantos pasos, tomó del puesto una vaca de barro y se acercó al dueño de la tienda que, con aire satisfecho, custodiaba la caja registradora.

—Buenas tardes. Mucha gente hoy, ¿no?

El hombre observó el uniforme con desconfianza y contestó con una sonrisa:

—Sí, sargento, por suerte en la semana de Navidad hay bastante más ajetreo; pero la mayoría de la gente solo viene a mirar, las figuras bonitas cuestan caras, les gusta mirarlas y luego compran los pastores más baratos.

—Lo que pasa es que el dinero no sobra —dijo Maione fingiendo interés—. Y la gente prefiere comprar comida, ¿no?

El propietario quiso defender la categoría.

—Ya, lo comprendo. Pero ¿qué Navidad sería sin pesebre? Nosotros vivimos de esto y la tradición de esta ciudad manda que cada casa, incluso la más pobre, debe contar por lo menos con la Santa Familia. Claro que a las tiendas que hacen cosas baratas les va mejor con esas porquerías de barro pintadas de cualquier manera. Pero nosotros, nosotros hacemos obras de arte.

Maione fue llevando la conversación hacia donde quería.

—Es verdad, he visto que tiene unas piezas muy hermosas. Ese muchacho de ahí al fondo, por ejemplo, está haciendo una vieja, parece muy habilidoso.

El dueño salió de detrás de la caja registradora y se asomó a la calle, comprobando satisfecho que el corrillo que rodeaba el puesto del joven trabajador había aumentado.

—Muy habilidoso, sí. Llevo cuarenta años en este oficio. Antes tallaba mi padre y yo estaba en la tienda, jamás había visto a nadie aprender tan deprisa. Él hace más

piezas, y mucho mejores, que el imbécil de mi hijo, que lleva aquí quince años y todavía no toca la madera.

—Ah, ¿y cuánto lleva el muchacho con usted? —preguntó Maione con educación y fingido interés.

—¿Biagio? Unos tres años y medio, ésta será su cuarta Navidad. Me acuerdo de cuando llegó, se pasó un día entero dando vueltas ahí fuera, miraba el interior, se asomaba y no entraba. Al final lo llamé yo. ¿Qué buscas, muchacho?, le pregunté. Nada, me contestó. Quería saber si necesitaba a alguien para barrer la tienda. Le contesté: de acuerdo, pero solo estos días de fiesta. Después, a uno de mis artesanos le rompieron los dedos en una pelea, y Biagio se sentó en su sitio. Y no se ha vuelto a levantar. Es un mago con el cuchillo.

Maione notó otra punzada de dolor al oír esas palabras. No tiene nada de mágico clavarle el cuchillo por la espalda a un pobre muchacho. No es ninguna magia.

—Así es una ayuda para usted y las cosas van bien. Y se comporta con honestidad, supongo.

No era extraño que un policía formulara una pregunta así; el propietario no sospechó.

—Desde luego, sargento, ese muchacho es una joya. Está casado y tiene dos niños pequeños. Al cabo de unos meses de estar aquí encontró un pequeño apartamento libre, justo en el callejón de aquí a la vuelta. Si viera a su mujer, es mejor que él, realmente una muchacha muy trabajadora. Limpia en algunas casas de por aquí, una viejecita le cuida a los niños; la verdad es que la chica pone todo su empeño. En el barrio es muy querida. Ahora está ayudando a mi mujer, aquí enfrente. De vez en cuando se asoma para ver trabajar al marido. Ahí la tiene, ¿la ve?

Siguiendo la mirada del hombre, en la segunda planta del edificio de enfrente, Maione vio asomarse a la muchacha morena a la que ya había visto esa mañana. Fue una aparición fugaz, una sonrisa y un beso lanzado con la punta de los dedos al que el muchacho contestó con una inclinación de la cabeza, sin dejar de trabajar.

—Reconforta el corazón ver a dos jóvenes que se quieren así y se esfuerzan de ese modo —comentó el dueño, buscando la mirada de Maione—. Claro que a usted, sargento, acostumbrado como está a ver gentuza de lo peor, le parecerá raro, ¿no?

—No sé —contestó Maione, encogiéndose de hombros—. A veces la gente no es lo que parece. Ni en el bien ni en el mal. Se me ha hecho tarde, tengo que irme corriendo. ¿Qué le debo por la vaca?

Mientras subía la calle a paso vivo en dirección a la jefatura, Maione se notó la cabeza como en una nube. Una esposa, dos niños pequeños; la vida de Luca habría podido ser así. Aquella chica, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Marianna. La hija de Rosario, el mecánico de bicicletas.

Sus hermanitos se burlaban de él, Luca tiene novia, Luca tiene novia; él reía y fingía perseguirlos. Tal vez ahora estaría casado y yo sería abuelo. Abuelo de una niña y de un niño. Y ése, que hoy hace gala de su habilidad tallando cabezas, se dedicaría a la delincuencia como su difunto hermano. Quizá ya habría acabado mal, asesinado por otro criminal en una esquina cualquiera.

Recordó la voz de Franco Massa, el padrino de Luca, que se había hecho pasar por cura cuando le decía: debemos encontrar a ese Biagio y matarlo como a un perro, como hizo él con Luca. Matarlo como a un perro. Como a un perro. Si no te ves con ánimo, me encargo yo.

Rodeado por el sonido de los gaiteros y la multitud festiva de la Navidad inminente, Raffaele Maione pensaba en la muerte.

Mientras escuchaba el sonido de los gaiteros que venía de la calle, Lucia Maione pensaba en la vida.

Y pensaba que la vida era extraña, nadie la había entendido nunca, ni los filósofos, ni los autores de las canciones, y ella menos que nadie, porque era ignorante y lo único que sabía era hacer de madre y esposa.

Recordaba su vida de unos meses atrás. Si es que se podía llamar vida a eso. Se pasaba gran parte del día y de la noche tumbada en la cama, sin dormir nunca profundamente, en un estado de perenne duermevela poblado de imágenes, pensamientos fragmentados, recuerdos. Si de la noche a la mañana a una madre le quitan un hijo, si todavía le quedan sus camisas por planchar, si todavía su carcajada le resuena en los oídos, entonces lo que puede ocurrir es imprevisible.

Seguía trajinando en la cocina. Sus hijos jugaban en el cuarto contiguo. Éstos también son mis hijos, había pensado. Tienen derecho a una madre.

Durante casi tres años ese razonamiento no fue suficiente; ni la casa ni el marido parecían razones convincentes para aferrarse a la vida. Solo le apetecía mirar el retazo de cielo que se veía desde su cama, a la espera de que pasara un ángel rubio y se la llevara lejos.

Un buen día, de repente, se levantó. Notó algo en el aire primaveral, un perfume nuevo, tal vez un aroma. Se había asomado a la ventana para mirar hacia abajo. Había visto la placita, los coches que iban y venían. Había visto la vida, que continuaba su viaje como de costumbre, y le había entrado nostalgia.

Justo a tiempo, pensó alineando los ingredientes sobre la mesa. Había estado a punto de perder a su marido y el afecto de sus hijos. Y de quedarse sola en el infierno de un dolor infinito. Y había comprendido que a su hermoso hijo, a aquel muchacho rubio como ella, que cuando regresaba a casa la tomaba entre sus brazos y la hacía dar vueltas y más vueltas hasta dejarla sin aliento, y la llamaba «mi novia», no le habría gustado verla en ese estado. Se había peinado y cambiado el vestido. Había ensayado una tímida sonrisa frente al espejo del tocador de su dormitorio.

Y desde aquel día, de una en una, había recuperado todas las tradiciones familiares. Ahora que la Navidad estaba otra vez a la vuelta de la esquina, se esperaba que ella preparara la mejor mesa del barrio, por la que su marido y sus hijos eran la envidia de todos sus amigos.

Con los brazos en jarras, el delantal húmedo, pasó revista a lo que había sobre la mesa, recitando a media voz, como una plegaria: el brécol limpio con sus largas hojas verde oscuro, la nabiza de hojas estrechas y largas, la achicoria, el repollo y las *torzelle*. Tenía todas las verduras.

Sopa maridada, parece cosa de coser y cantar. Y a pesar de su sencillez era uno de

los platos más difíciles del año. Pero ¿qué Navidad sería sin sopa maridada?

Vamos a ver, después de las verduras, las carnes: un hueso de jamón; las cortezas y las costillitas de cerdo, el salami, las salchichas *pezzentelle*, la carne fresca de cerdo. Para el ojo inexperto se trata de restos, cortes de carne que podrían servir para el perro de la casa, y, sin embargo, encierran el secreto de la sopa perfecta. Y no podían faltar el tocino, las salchichas frescas para desmenuzar, una pieza de queso *caciocavallo* seco, imprescindible. Y el toque especial, una guindilla fuerte y un vaso de vino tinto.

Sonrió pensando en Raffaele, al que le chiflaba la sopa maridada. Y la sonrisa se le empañó.

Lo notaba raro. Un gesto apenas perceptible en su expresión, aunque intentaba ocultarlo; una tristeza, un toque de melancolía. Tal vez fuera por la proximidad de la fiesta, tal vez el recuerdo de Luca, que para ella era una compañía constante, para su marido había llegado a traición, con el sonido de las gaitas y el recuerdo de cuando era pequeño y pedía regalos casi tan caros como la luna.

Había algo que a Lucia no le cuadraba, esa sombra negra en los ojos de Raffaele había surgido de forma muy repentina, exactamente el sábado por la noche, cuando regresó a casa.

¿Sería el nuevo caso? ¿La compasión por la niña que se había quedado huérfana de una forma tan tremenda, según le había contado? Tal vez. De todos modos, Lucia notaba que algo no acababa de encajar.

Mientras cortaba el tocino en cuadraditos encima de la madera, recordó que la primavera anterior hubo un momento en que llegó a sospechar que Raffaele estaba interesado en otra mujer. Aquello había actuado como un motor, un fuerte empujón que la obligó a recuperar a toda prisa las ganas de ocupar otra vez su lugar. No consentiría nunca más que nadie proyectara sombras sobre su vida.

Porque la vida es importante, si la pierdes y la recuperas, volver a perderla es un pecado, un pecado mortal.

Se concentró en Raffaele, mientras canturreaba y cortaba el tocino en cuadraditos.

Angelina comprobó la temperatura de Vincenzino, posando los labios sobre su frente. Estaba ardiendo. Otra vez.

El mar, a pocos metros de la puerta de su casa, no dejaba de aullar en el viento, pero el olor del aire era distinto; los viejos habían dicho que la tramontana dejaría de soplar al cabo de unas horas, y el frío se quedaría como único dueño y señor.

No era una buena noticia para Vincenzino. Los pulmones le silbaban por la noche cuando dormía, y Angelina lo escuchaba como un canto de muerte, y no podía pegar ojo.

El médico había prescrito los medicamentos que había que conseguir; si les

hubiese pedido oro, incienso y mirra, como las siluetas de madera con las figuras de los reyes Magos, habría sido exactamente lo mismo.

Los medicamentos son para los ricos. Los médicos son para los ricos. O para los ladrones como el centurión que había arruinado a su marido.

Pensó en la gran casa luminosa. En el calor que hacía dentro, como si el invierno respetara aquellas paredes, como si el frío temiera entrar. Ante todas aquellas luces, aquella plata reluciente, aquellos suelos brillantes, aquellas alfombras mullidas que parecían la arena en verano, cuando caminas descalza y te sientes como en una nube.

Y pensó en la mujer de Garofalo, en su sonrisa amable, falsa, irónica, «¿Sombrero y guantes?», había preguntado. A ellos, que no sabían lo que eran los guantes, a ella que llevaba en la cabeza el mismo chal negro que había pertenecido a su madre, y a Aristide que se cubría con una gorra que olía a agua de mar y dolor, a mil noches pasadas en la barca rogando a los peces que vinieran.

Mientras pensaba en esos dos, como si sus almas negras movieran los hilos desde el infierno, entró Alfonso, su hijo mayor: mamá, mamá, dijo nervioso, están aquí, mamá. Están aquí en la placita, y preguntan por nosotros.

Angelina pensó en su marido, y en el mar ruin y negro que todas las noches trataba de arrebatarlo, pero que daba de comer a todos. Pensó en Vincenzino y en el silbido de sus pulmones, que ahora se oía también de día, y en su frente que ardía. Pensó en su madre y en su padre, que le habían enseñado la honestidad y la sinceridad. Pensó en la comida, los medicamentos, las alfombras y la plata.

Durante un largo instante pensó en no hacer nada, en no decirle a nadie su nombre, en no salir, en no abrir la puerta. En fingir que ya estaban todos muertos, como sin duda ocurriría si, de una vez por todas, no ponían remedio a aquella historia. Lo pensó durante un instante.

Luego suspiró y se levantó. Cogió el chal, se lo colocó sobre la cabeza y se envolvió en él. Se miró fugazmente en el espejo colgado en la pared, el único lujo que tenían en el cuarto de seis metros de lado que era su casa, y se asustó al ver el reflejo de aquella mujer vieja y pálida. Paseó la mirada por el hogar apagado, el brasero peligrosamente próximo a la cama de Vincenzino, con la esperanza de preservarlo de la muerte que se cernía sobre él, el pequeño pesebre triste que Aristide había tallado y adornado con algas secas, para que también fuera Navidad para sus niños.

Lo observó todo con atención, no vio esperanza.

Y salió en medio del viento al encuentro de los policías.

El trayecto que llevaba al barrio desde la jefatura no era largo, aunque ofrecía una vista panorámica de absoluta belleza.

Bordeaba el Palacio Real, con los soportales de la iglesia de San Francesco que delimita la piazza del Plebiscito. De allí seguía hacia la via Cesario Console, que dobla cuesta abajo hacia el mar. A la derecha, los hoteles grandes y lujosos, con sus filas de coches esperando y los chóferes fumando de pie en el viento, sujetándose el sombrero con la mano y charlando a los gritos. De frente el mar, con sus altas ráfagas de espuma que llegaban hasta la calle, obligando a los automóviles y carruajes a circular por el centro de la calzada y los que venían en sentido contrario, a arrimarse bien a la acera.

La mole del castillo se recortaba oscura y amenazante mientras iba cayendo la noche. Con ese tiempo dejaba de ser inquietante, con sus cañones y sus almenas, y se tornaba protectora, impidiendo al viento que aullara en las callejuelas del barrio.

Hacía más de un siglo los últimos pescadores habían sido trasladados desde Santa Lucia a las casitas bajas construidas expresamente. En la planta baja, muchos de ellos habían abierto pequeñas tabernas, que en verano preparaban el pescado recién traído del mar y que incluso se habían puesto de moda entre los turistas, atraídos por el aroma apetitoso de las brasas que llegaba hasta sus lujosas habitaciones de hotel, a pocos metros de allí; dejando de lado esta diversificación estacional, la gente del barrio se mantenía con el oficio de sus padres, de sus abuelos y bisabuelos.

Apenas unas decenas de familias, que con los siglos acabaron todas emparentadas; privadas de los jóvenes mejores y más ambiciosos, que decidieron marcharse en los grandes barcos de tres chimeneas rumbo a América, o que prefirieron buscar dinero más fácil en el vientre blando de la ciudad. Quedaban quienes no podían o no querían hacer otra cosa.

Ricciardi y Maione cubrieron el trayecto en silencio, soplaba el viento, costaba hacerse oír, los dos sumidos en sus pensamientos.

El sargento tenía una gran confusión en el corazón. Pensaba en la venganza, en la justicia, en la vida y la muerte. En su mente sencilla, donde solo tenían cabida el bien y el mal, no podía consentir que un asesino, responsable del inmenso dolor que llevaba dentro y que durante tres años había convertido a su mujer en un vegetal, no fuese castigado por el delito cometido. De eso estaba seguro, más que seguro.

Y se preguntaba: ¿acaso era él el juez? Era un policía, acostumbrado a respetar unos principios definidos en otros sitios, en las leyes decididas por hombres más inteligentes y cultos, a él solo le correspondía aplicarlos. Él atrapaba a los criminales y los entregaba. A partir de ese momento, y ése era un principio al que se había

atenido toda la vida, no le correspondía ocuparse del destino de quienes habían cometido los delitos. Tampoco le habría gustado hacer el papel de juez, siempre se había tenido por un hombre con la conciencia débil, le habría resultado imposible volver a conciliar el sueño.

Por otra parte, sabía bien que por la ley Biagio saldría impune; habían celebrado un juicio y dictado una condena; la confesión del hermano moribundo había sido recogida mediante engaño por Massa, que se había hecho pasar por cura. Además, no había pruebas.

Maione se preguntó qué habría querido Lucia. El instinto lo impulsaba a hablar, a compartir con ella la terrible noticia, a pedirle consejo sobre qué debía hacer y cómo hacerlo. Le obsesionaba su mujer, el horrible sufrimiento al que había asistido, la sombra que seguía encontrando en el fondo de aquellos ojos color cielo, el tormento de los días que siguieron a la desgracia. ¿Qué piedad habría mostrado Lucia hacia el causante de ese dolor? No, imposible, no podía correr el riesgo de que lo reviviera. La responsabilidad por lo que debía hacer descansaba por entero sobre sus hombros. Al final, en contra de sus deseos, se había erigido en juez del juicio más importante, ante el tribunal de su propia conciencia.

A su lado, Ricciardi caminaba arrastrado por la marea de sus propios pensamientos.

La visita de Livia lo había inquietado más allá de lo imaginable. Después del accidente había vuelto a verla, fue la primera en ir al hospital, había estado en la jefatura varias veces para alegría de los chismosos y de Garzo, siempre dispuesto a mostrar su cara sonriente a quien pudiera hablar bien de él en Roma. Sin embargo, se las había ingeniado para no encontrarse nunca a solas con ella.

En esta ocasión no había podido evitarlo. No lo había hecho por cobardía, sino para no herirla. Sabía muy bien, como había ocurrido luego, que no le ocultaría lo que sentía, que se lo diría con lujo de detalles; las acrobacias verbales no eran lo suyo, la diplomacia no se contaba entre sus pocas virtudes.

Creía que no amaba a Livia, pero se preguntaba si era así. Su escasa aptitud para los sentimientos, su poca práctica y la falta absoluta de precedentes le planteaban no pocas dudas. Se sentía gratificado por la admiración que todos mostraban por aquella mujer exótica y felina; le gustaba su olor especiado con un punto salvaje; a ella había acudido instintivamente cuando la soledad, la fiebre y el sufrimiento se habían vuelto insoportables bajo la lluvia de noviembre. ¿Era eso amor?, se preguntaba Ricciardi.

Y, por supuesto, estaba Enrica. Sus gestos pausados, la chispa de alegría tras las gafas con montura de carey. La turbación al verla, la paz que sentía observándola por las noches, asomada a la ventana, el dolor de encontrarse con esa misma ventana cerrada en los últimos días. ¿Sería eso el amor?

Una pregunta lo perseguía con saña: ¿quería que el amor entrara en su vida?

Tras haberlo identificado como uno de los dos principales enemigos, de hecho más insidioso e incomprensible que el hambre; tras haber visto a diario sus dramáticos efectos, la sangre, el dolor, el sufrimiento; tras conocer las debilidades que comportaba con la separación y la melancolía de la pérdida; ¿quería él que ese amor entrara en su vida?

Siempre había puesto cuidado en evitarlo. Lo había mirado con desconfianza, de lejos, manejando sus efectos con cuidado y manos enguantadas para evitar contaminarse. Y ahora se preguntaba qué diferencia había entre las dos emociones, no una sino dos emociones que sentía, tratando de definir su naturaleza.

¿Qué diablos te pasa, Ricciardi?, se preguntó. ¿Has decidido lanzarte al vacío, saltar al abismo en cuyo borde llevas caminando desde siempre? ¿Ya no tienes miedo?

Trató de concentrarse en la investigación que tenían entre manos. Como un fregonazo vio la sangre, los cadáveres, las marcas de las heridas; oyó una vez más las palabras del Asunto, lo que los muertos le decían con su último aliento antes de separarse de la vida; la incomodidad de los milicianos, debatiéndose entre las ganas de colaborar y el miedo a que alguien, en alguna oficina oculta, en Roma o en la ciudad, decidiera airear a los cuatro vientos las miserias de su ambiente; la desesperación y el sufrimiento de Lomunno, un hombre muerto y aún no resucitado, y de sus hijos. La cara seria de la niña que, descalza y de puntillas, removía aquella olla maloliente, y su triste determinación cuando levantó al hermanito del suelo y se lo llevó fuera al notar que las palabras de su padre destilaban furia. Sin duda estaba acostumbrada.

Ricciardi no sabía decir si el ex colega de Garofalo era el responsable del doble homicidio. La experiencia le decía que, en general, el culpable no suele expresar su amargura por no haber cometido el delito. Lomunno se mostraba sinceramente destrozado por no haber llevado a cabo una venganza que quizá para él habría resultado liberadora, pero que no había puesto en práctica por amor a sus hijos. No disponía de coartadas verificables; la típica situación que, a falta de algo mejor, desembocaría en su detención y tal vez en la condena. Lomunno había deseado tanto cometer aquel asesinato que quizá sería capaz de convencerse de que él era el verdadero culpable.

Las pesquisas que estaban haciendo debían, por tanto, identificar otra hipótesis; de lo contrario, se verían obligados a privar a los hijos de Lomunno del único progenitor que les quedaba. Por otra parte, reflexionó el comisario, se trataba de un hombre a todas luces agresivo, cargado de una rabia infinita y de un dolor profundo. Recordó el cuchillo clavado en la mesa con violencia. Quizá había sido él, pensó.

Llegaron al barrio casi sin darse cuenta. Sumidos en sus pensamientos, ninguno de

los dos advirtió que llevaban veinte minutos caminando sin decirse una sola palabra.
El mar aullaba en el viento.

Notaron que los habían avistado, lógicamente, como ocurría siempre. En cuanto doblaron la curva de la via Partenope vieron que del grupo de chicos reunidos delante de los hoteles, esperando la limosna de los turistas extranjeros, se había separado una escolta que se internó a la carrera en el barrio.

Maione estaba preocupado; era como moverse precedidos por una fanfarria. No necesitaban del anonimato, no se disponían a irrumpir en un domicilio, ni tenían pensado detener a nadie, a menos que fuese necesario. Sin embargo, sacar partido a la reacción instintiva producida por su presencia habría sido al menos una mínima ventaja. A la que ya se habían acostumbrado a renunciar.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos los sorprendió. En medio de una placita desierta azotada por el viento vieron a una mujer sola, envuelta en un chal negro. Detrás de ella dos niños: un chico, que parecía el mayor, y una niña agarrada a las faldas de la que supuestamente era su madre.

Las siluetas estaban inmóviles; de no haber sido por la ondulación del vestido, habría podido tratarse de un grupo escultórico, una estatua a la moderna maternidad. Estaban quietos, las caras vueltas en dirección a ellos. Ricciardi echó un vistazo a su alrededor, percibió los ojos clavados en él detrás de los postigos cerrados de las casas.

Maione suspiró y dio un paso al frente.

—Buenas tardes, señora. Somos el sargento Maione y el comisario Ricciardi de la brigada móvil. Queremos hablar con el señor Aristide Boccia. ¿Lo conoce?

La mujer siguió inmóvil, en silencio. Maione miró a Ricciardi, en busca de instrucciones; ¿lo había oído? ¿Entendía lo que le decía? Iba a repetírselo cuando la mujer contestó:

—Es mi marido. Ahora está en el mar. Acompañenme.

Se dirigió hacia la puerta de un bajo, seguida de los dos niños, de Maione y Ricciardi y de muchos ojos detrás de los postigos.

La habitación en la que entraron hizo que ambos pensaran en Lomunno y su barraca. Esta gente quizá era todavía más miserable, aunque al menos allí se notaba la presencia de una mujer; sobre la mesa había un gastado retazo de tela bordada; en la única ventana, una cortina remendada pero limpia; en una fotografía de principios de siglo, coloreada a mano, se veía una pareja, ella sentada y él de pie, con una lamparilla encendida delante; el olor de una sopa de pescado flotaba en el aire.

El chico corrió hacia una cuna situada en el lugar más al abrigo de las corrientes.

—Éste es mi hermano Vincenzino. ¡Se está muriendo!

Lo dijo con orgullo, como si el niño de la cuna se dispusiera a cumplir con una empresa memorable. Maione se concentró en sus propias uñas.

—Alfo' —le dijo la madre al chico—, ve a ver si llega papá y dile que venga

enseguida. Por favor, ten cuidado, no te acerques al agua, que esta noche hay mala mar. —Se volvió hacia Maione y le dijo—: Lo siento, no tengo nada para ofrecerles.

—No se preocupe, señora. Tenemos que hacerles unas preguntas, pero mejor esperamos a su marido.

La mujer asintió con la cabeza. Ricciardi pensó que, vista de cerca, era mucho más joven de lo que le había parecido en un primer momento.

—Una pregunta, señora, ¿cómo sabía que veníamos a buscar a su marido?

La mujer sostuvo la mirada de aquellos ojos extraños y transparentes.

—Comisario, las cosas se saben. Las saben ustedes, que han venido a buscar a mi marido, las sabemos nosotros.

Lógico, pensó Ricciardi. Lógico, pero no ha contestado a mi pregunta.

La puerta se abrió y entraron Alfonso, el hijo mayor, y un hombre que dijo:

—Soy Aristide Boccia. ¿Me buscaban?

Lo miraron; vestía la ropa típica de los pescadores, un impermeable de hule, un sombrero del mismo material. En una mano llevaba una linterna apagada, y estaba empapado.

—Sí, hemos venido a hablar con usted. Me llamo Maione y éste es el comisario Ricciardi, de la jefatura. Tenemos que hacerle unas preguntas.

Boccia hizo una mueca que podía interpretarse también como un gesto de cansancio. Tenía la cara angulosa, morena por el sol, de edad indefinida.

—Y aquí nos tiene, como ve. No nos escapamos.

—¿Por qué nos esperaban? —insistió Ricciardi—. ¿Cómo sabían que íbamos a venir?

Boccia lo miró fijamente, inexpresivo.

—Porque mi mujer y yo fuimos a casa de los Garofalo. Estuvimos allí dos días antes de que los mataran.

De la cuna salió una especie de silbido, y la madre se acercó y manipuló algo en el interior. El hombre retomó el hilo, casi con tono de excusa.

—Es mi hijo más pequeño, Vincenzino. Tiene algo en el pecho, desde hace unos meses no respira bien, pero ahora ha empeorado y la fiebre no se le va. Tiene cuatro años. Estoy tallando el pesebre para él, a saber si llegará a verlo terminado.

Desde algún lugar allá fuera, el mar recalcó dramáticamente con su estruendo la frase del pescador.

La voz de Boccia no ocultaba ningún dramatismo, ninguna autocompasión. Como si acabara de referirse al estado de la mar.

—Por él —prosiguió— fuimos la semana pasada a la casa del centurión Garofalo. Si Vincenzino hubiese estado sano, habríamos callado y seguido adelante.

—No lo entiendo, ¿qué quiere decir? —le preguntó Maione.

Boccia se había quitado el impermeable de hule y el sombrero y los había dejado

en una banqueta, cerca de la puerta. El chico se apresuró a meterlos en un armario cerca del hogar. Rutinas consolidadas de una familia cualquiera.

—¿Conoce usted nuestro oficio? ¿Conoce a algún pescador?

Maione negó con la cabeza; Ricciardi no contestó.

—No se gana nada. Uno cree que en un golfo como este hay un montón de peces, pues no. Hay veces en que te pasas todo el día en el mar y no pescas nada. Nos movemos, cambiamos de sitio, nos unimos entre nosotros; hagamos lo que hagamos, a duras penas logramos sobrevivir.

La mujer acercó una silla a la mesa al lado de su marido, que se dejó caer en ella exhausto.

—He estado fuera desde las cuatro. Más de doce horas. Con mar gruesa la cosa es más difícil, uno no debería salir siquiera, pero entonces, ¿con qué alimento a mi familia? Así que nos arriesgamos a que el mar se lleve la red, la vela ni siquiera la usamos, remamos. Somos cuatro con una barca.

—No nos ha dicho por qué fue a casa de Garofalo el otro día —intervino Ricciardi, que escuchaba con atención.

El hombre se pasó la mano por la cara. Maione notó que tenía heridas, pequeños arañazos que le sangraban. Boccia siguió su mirada y dijo:

—Esto no es nada, sargento. Rasguños sin importancia que dejan las redes, los cabos, los remos. Las heridas más profundas están en esa cuna.

La mujer se quedó de pie al lado del marido, los ojos clavados en los dos policías.

—Usted ya sabe que hay unas leyes sobre la pesca —prosiguió el hombre—. Son leyes raras, que no se entienden bien, pero nosotros vivimos igual. Los días buenos con nuestra barca sacamos entre dos y tres quintales de pescado. Los días malos, nada. No podemos pescar alevines, eso significa que no podemos ir a algunos lugares del mar donde los peces ponen huevos. Tampoco podemos ir a las aguas privadas, como si el mar tuviera vallas y verjas. No podemos usar explosivos, de acuerdo, lo entiendo. Debemos tener permisos y licencias, y todos los recibos de los impuestos que pagamos.

El hombre estaba exhausto, hablaba con un hilo de voz. La luz de dos faroles mecidos por las corrientes de aire se esparcía por la habitación, cuyos marcos de puertas y ventanas estaban medio rotos.

—El control lo lleva la milicia. Aunque uno tenga todo en regla, hay que pagar algo más. Siempre se ha hecho así, ninguno de nosotros se queja. Como si fuera otro impuesto. Y llegó Garofalo.

Maione asintió, la información cuadraba con la que les había facilitado Nenita.

—¿Qué cambió?

—Al principio parecía mejor que los demás, mucho mejor. Nos convocó a todos los dueños de las barcas, a todos juntos, y nos dijo: de ahora en adelante, no debéis

darle nada a nadie. A nadie. Imagínese nuestra alegría, nos quitábamos un gasto de encima. Eso duró casi un año.

—¿Y después?

—Después... Un buen día se presenta aquí, en el barrio. Era verano, estábamos en la plaza tocando un poco de música, bailando. A veces lo hacemos cuando la pesca ha sido buena, nos oyen también en los hoteles, se asoman y baten palmas. En fin, que se presenta aquí solo, de uniforme. Llama aparte a un par de nosotros y nos dice: ¿sabíais que habéis pescado en aguas del duque No Sé Cuántos, en Posillipo? Nosotros nos miramos y contestamos: pero, centurión, ¿qué dice? Que nos fijamos bien adónde vamos, además, ahí no se pesca nada. Y él: ¿lo veis? ¿Cómo sabéis que no se pesca nada si no vais? Y nos puso una multa.

Maione y Ricciardi se miraron.

—¿Una multa? ¿Qué tiene de grave?

Boccia lanzó una carcajada sardónica.

—La multa es lo de menos. Lo grave es otra cosa: si el mismo año te cae una segunda sanción del mismo tipo, la suspensión de la licencia puede llegar a los seis meses. Reincidencia, se llama.

—De modo que os tenía en sus manos —dijo Maione.

—Así es, sargento. Si a alguien como a mí le retiran la licencia, más le vale que junte a toda la familia, la suba a la barca, se haga a la mar y la hunda. Más vale una muerte rápida que morir de hambre.

—¿Y qué quería Garofalo?

—Elegió bien a sus víctimas, comisario. A los que salían más seguido, a los que tenían niños pequeños. A los que no podían quedarse nunca en tierra. Nos esperaba en el mercado, cobraba el dinero directamente de los comerciantes. El diez, el veinte por ciento. Según cómo había ido la jornada.

—¿Y nunca pensaron en denunciarlo?

Boccia rio otra vez.

—¿Denunciarlo? ¿Nuestra palabra contra la de un centurión de la milicia, un fascista? A nosotros nos habrían metido en la cárcel y a él lo habrían ascendido, ya se lo digo yo. Habrían dicho que nos lo queríamos quitar de encima para hacer lo que nos viniera en gana. No podíamos hacer nada.

—¿No hicieron nada? —preguntó Maione, incrédulo—. ¿Aguantaron la situación, pagaron sin decir ni mu?

—Estamos acostumbrados, sargento. Siempre ha sido así, una vez es uno, otra vez es otro, siempre ha sido así. Pero Garofalo no se conformaba nunca, siempre pedía más. Yo habría podido aguantar si Vincenzino no hubiese enfermado.

La mujer dio un paso al frente, saliendo de la sombra.

—Cuando el médico se marchó diciendo que sin los medicamentos no había

esperanzas, le pedí a Aristide: vayamos a hablar con él. Pensé que él también tenía una hija, y que su casa estaba cerca del mar; tenía que saber lo dura que es la vida de los pescadores. Aristide no quería, decía: qué diablos le vamos a importar a él Vincenzino o nosotros. Yo insistí, dije que si lo mirábamos a la cara, si hablábamos con él, a lo mejor nos dejaba tranquilos hasta que Vincenzino mejorara un poco. En el fondo, nos lo debía.

Ricciardi pensó en la imagen de Garofalo que, sangrando por todas las heridas, repetía con gesto hostil: «Yo no debo nada, nada de nada».

—Al final fueron a verlo.

—Sí, comisario. Y fuimos con las manos vacías. Garofalo les había dicho mil veces a todos que no quería que nadie le llevara nada a su casa, porque no quería que los vecinos pensaran que era de los que sacaban partido. Con la esperanza de que al menos su mujer, que era madre como yo, entendiera y nos concediera la gracia como la Virgen, a nosotros, que somos trabajadores.

Ricciardi y Maione recordaron el san José hecho añicos y la Virgen caída sobre el burro.

—¿Y cómo los recibieron?

—Nos abrió la señora con la niña. En cuanto nos vio, la pequeña dijo: mamá, qué mal huelen. La madre se echó a reír, y entonces llegó él. Ni siquiera nos invitaron a sentarnos.

—Me había preparado el discurso —intervino el marido—, el niño, los medicamentos. Nada que hacer; se miraron y se rieron. Me dijo: si no te marchas ahora mismo por tu propio pie, llamo a mis milicianos y hago que te metan en chirona. Mi mujer se dirigió a la señora...

—... Y le dije: señora, usted es madre, mi hijo está enfermo.

Maione, que escuchaba sin querer hacerlo, le preguntó:

—¿Y ella qué le dijo?

La mujer del pescador tenía la cara de cera.

—Me sonrió con dulzura y me dijo: el dinero es cosa de hombres, ¿no lo sabías? Nosotras debemos ocuparnos de lo nuestro. Además, tú tienes tres hijos, yo solo tengo a la niña. Como si por el hecho de tener tres, yo pudiera renunciar sin más a Vincenzino.

El mar rugió otra vez. A través de los postigos ya no se filtraba la luz, era de noche.

—¿Y qué hicieron entonces? —preguntó Ricciardi.

El marido y la mujer se miraron; él fue el primero en desviar la vista.

—¿Qué íbamos a hacer? Volvemos para casa a esperar nuestro destino.

—¿Y no regresaron más a casa de los Garofalo? —preguntó Maione tras aguardar un momento.

Siguió un silencio que pareció infinito.

—No, sargento —respondió la mujer—. No regresamos más. Y cuando nos enteramos de que los dos habían muerto, si debo ser sincera con usted, para nosotros fue como una liberación. No eran buenas personas, no. No tenían piedad para quienes estaban en nuestras condiciones. Y una madre y un padre deberían tener piedad. Al menos por los niños. Los niños no tienen nada que ver.

De la cuna salió un silbido lúgubre y leve. Los padres volvieron a mirarse brevemente.

—Nos marchamos —dijo Ricciardi, poniéndose en pie—. Vamos, Maione.

Al llegar a la puerta se detuvo y se volvió hacia la mujer.

—Señora, enviaré a un amigo para que vea a su hijo. Es médico, tiene el pelo canoso y va acompañado de un perro. Es el mejor, si puede hacer algo por él, lo hará. En cuanto a los medicamentos, no se preocupe, él se ocupará. Tiene usted razón, los niños no tienen nada que ver.

Aquella mañana el viento amainó de golpe.

Fue como si alguien hubiese accionado un interruptor, deteniendo el azote incesante que llevaba varios días barriendo la costa. Los más madrugadores lo notaron y miraron hacia arriba, desorientados, oliendo el aire. En los balcones, los pavos y los capones, que sin saberlo vivían las últimas horas de su vida tras una larga cría doméstica, se llamaban con bríos renovados y las gallinas recuperaron el dominio de los callejones, tras dejar de ser perseguidas por hojas de periódico enloquecidas.

Los vendedores ambulantes con lugar fijo cambiaron de inmediato la estrategia y se instalaron otra vez en los sitios comercialmente más codiciados, que en los días anteriores habían quedado desiertos a causa de las violentas ráfagas; los limpiabotas se recolocaron fuera de la Galleria para interceptar a los abogados y médicos que cruzaban la calle en ese mismo punto; los pregoneros agitaban otra vez los periódicos en la plaza, ofreciéndoselos a los caballeros que ya no se veían obligados a sujetarse el sombrero.

Hasta el propio invierno se sorprendió de la brusca muerte del viento del norte; la temperatura se mantuvo apacible durante unas horas, como si el clima mirara a su alrededor, indeciso, incapaz de recordar la fecha y la estación.

El ejército de buhoneros propiamente dichos, aquéllos que ampliaban su radio de acción moviéndose sin cesar, invadió enseguida las calles del paseo. Los gritos de reclamo comenzaron a sucederse, proponiendo mercancías y servicios a cuantos los necesitaban y a cuantos no sabían que los necesitaban; el vendedor de despojos exhibía callos y pies de cerdo, que se comían con un chorrito de limón y una pizca de pimienta; le hacían la competencia las ollas de agua siempre hirviendo de los vendedores de macarrones, las de aceite para los freidores de pizzas, *panzarotti* y croquetas de patatas bien calientes, que se consumían entre las maldiciones arrancadas por las quemaduras en los labios. Las aguadoras reanudaron su deambular cargando sus ánforas en equilibrio sobre la cabeza, sujetas con un pañuelo doblado, ofreciendo el fresco líquido con sabor ferroso de las fuentes del Chiatamone; los quioscos replicaban con las limonadas «a piernas separadas», pues debían sorberse en esa posición a causa de la espuma que rebosaba el vaso gracias a la pizca de bicarbonato añadida en el último momento.

Coman y beban sin sentarse a la mesa, incluso a primeras horas de la mañana; ése era el mensaje de los dos últimos días antes de la comida de Navidad. Columnas de humo blanco se elevaban como un rótulo móvil, para que se vieran las brasas en las que se asaban las alcachofas y castañas. Y las nueces, las avellanas, los altramuces, las semillas de calabaza secadas al sol.

Aturdidos por la abundante oferta, los viandantes comenzaron a cerrar filas en sus

respectivos ejércitos: los compradores potenciales contra los vendedores potenciales. En breve las calles y plazas se convirtieron en un único y pululante mercado, repleto de transacciones iniciadas y nunca concluidas, de gritos y altercados fingidos, de interminables negociaciones y acuerdos precarios.

Duró un par de horas. Después la temperatura empezó a bajar.

Sor Veronica pensaba que, bien mirado, los niños siempre se tienen en cuenta.

Todo se hacía por ellos, todo se centraba en ellos, y era justo que así fuera. ¿Acaso los niños no son el futuro? ¿No son ellos la esperanza? Por ese motivo, a ella le gustaba la misión que le había sido encomendada, es decir, la de enseñar a los niños.

Sospechaba que la habían elegido por su baja estatura y su voz aguda, como de trompeta, características que contribuían a que pareciese el personaje de un cuento, un hada madrina con poderes especiales. Había nacido para estar con los niños.

La propia Virgen de los Dolores, a la que su orden estaba consagrada, era ante todo madre, de modo que tenía un niño del que ocuparse; un hijo que, desde luego no por su propia culpa, le había causado y le causaba un dolor constante.

Paseándose entre los bancos y observando a sus alumnos ocupados en escribir una carta a los padres por Navidad, pensó que no existe tarea más elevada ni más laboriosa que ocuparse de los niños; y que los hijos son de quienquiera que los ame, no solo de quienes los ha engendrado. De lo contrario, el corazón atravesado de espadas de María habría carecido de sentido, ¿no?

Con el rabillo del ojo vio que dos chicos se estaban soplando algo, y soltó una sonora advertencia:

—¡Cuidado, que os estoy viendo!

De inmediato, de un punto indefinido del extremo opuesto del aula, se oyó una imitación perfecta de su voz, con el mismo tono, pero sin palabras:

—¡Naná naaa, nanoy niendo!

La clase entera no pudo reprimir la carcajada, acallada de inmediato por la mirada fulminante de la monja; sin embargo, para sus adentros la mujer tuvo que reconocer que la imitación era notable, y ella también tuvo que contener la carcajada. Unos bribones de lo más deliciosos.

Se acercó al último banco, donde se sentaba Benedetta, su sobrinita. Inclineda sobre la hoja, con la lengua asomada entre los labios, concentrada en escribir la carta a una madre que no vería nunca más.

Sor Veronica notó una punzada de dolor en el corazón al pensar en su pobre hermana. Aunque la niña era más afortunada que muchos otros, pensó, al menos contaba con su tía que se ocuparía de ella.

Lo primordial era que pasara la Navidad; las fiestas son la época más difícil para

quien acaba de perder a un ser querido. Pero si la Virgen, con el pecho traspasado por tantas espadas, lo había conseguido, ella y Benedetta también lo conseguirían.

Mientras se paseaba, acarició con benevolencia la cabeza de un niño; en cuanto lo dejó atrás, el chico se secó ostentadamente con un pañuelo el lugar donde la monja había posado la mano. La clase estalló otra vez en carcajadas.

Ricciardi y Maione se encontraron para su reunión matinal, en la oficina del comisario; los dos estaban de pésimo humor, distraídos y con cara de haber dormido poco.

Según la tradición, Maione ya había servido las dos tazas de sucedáneo de café.

—Madre mía, esta mañana está más asqueroso que nunca el brebaje este.

—Por lo menos está caliente, ¿no? —dijo Ricciardi—. Dime, ¿qué te parecen los pescadores?

—Comisario, a mí me parece que esta investigación no avanza. Podrían haber sido tanto Lomunno como los Boccia. En el caso de los Boccia, además, tenemos a la mujer que pudo haber contribuido, y eso nos cuadra con los resultados de la autopsia y las dos manos, una fuerte y la otra débil, que asesinaron a Garofalo.

Ricciardi completó la idea:

—Que, al parecer, era un personaje francamente horrible. Lo cual significa que el asesino o los asesinos podrían ser otros, pescadores extorsionados que todavía no conocemos, por ejemplo, o incluso algún colega que estaba a punto de correr la misma suerte que Lomunno.

Maione asintió y, haciendo una mueca, dejó encima del escritorio la taza vacía.

—Menos mal que ya me lo he tomado, un asco. En mi opinión, debemos comprobar lo que dijeron Boccia y Lomunno. Cuando se produjo el homicidio, Boccia estaba pescando con su barca, dijo que salen a las cuatro de la mañana y regresan por lo menos doce horas más tarde; habrá que interrogar a los otros tres de su tripulación. Lomunno estuvo recorriendo las empresas del puerto, a lo mejor alguien lo vio y se acuerda.

—La verdad, no espero nada —dijo Ricciardi con la mirada perdida en el vacío—. ¿Qué van a decirte los compañeros de Boccia? ¿Que no estaba con ellos? Y aunque consigas que alguien te confirme que vio a Lomunno, ¿cómo puedes estar seguro de que no hiciera una pausa, cometiera el delito y luego regresara otra vez al puerto? Habrá que hacerlo porque es nuestro deber y para redactar los atestados, de acuerdo. Aunque dudo que con eso resolvamos el homicidio.

—¿Ha visto, comisario? —preguntó Maione mirando por la ventana—. El viento ha dejado de soplar. A lo mejor hará buen día para los pescadores.

Ricciardi siguió la mirada de Maione y vio que la plaza se iba animando.

—Habría que saber bien qué es lo que se va a pescar. Venga, en marcha. Yo iré al

puerto; tú, a interrogar a los compañeros de barca de Boccia. Antes daremos un paseo juntos hasta el apartamento de los Garofalo, comprobaremos si además de la pareja de pescadores, los difuntos esposos recibieron alguna otra visita.

Livia acababa de vestirse cuando la criada llamó con discreción a la puerta de su alcoba.

—Disculpe, señora. Hay un señor que pregunta por usted.

Se preocupó, no esperaba visitas, y si un hombre se presenta en casa de una mujer que vive sola, a esa hora de la mañana, o es una descortesía o se trata de algo muy urgente.

—Hazlo pasar a la sala, Teresa. Voy enseguida.

Su sospecha se vio confirmada en cuanto entró en la habitación. De pie junto a la ventana, elegante y tranquilo como siempre, estaba Falco.

Ignoraba si ése era el nombre, el apellido o ninguna de las dos cosas. Había conocido a aquel hombre unos meses antes, cuando preparaba la recepción por la llegada a Nápoles de Edda Mussolini, en compañía de su padre, fiesta que no se había celebrado a causa del accidente sufrido por Ricciardi. Se había presentado de repente, sin ser anunciado por nadie, y había exigido participar en la organización de la fiesta.

Había dicho que formaba parte de una estructura muy reservada, cuya sucursal en la ciudad tenía como misión, entre otras, la de crear las condiciones de máxima seguridad para el Duce y su familia. Con posterioridad, le había facilitado a Livia un detallado informe sobre Ricciardi, dándole a entender que la organización anónima a la que había dicho pertenecer era nada menos que una especie de policía secreta.

Aunque Livia valoró la utilidad de la información recibida, aquel hombre la desconcertó; la frialdad con la que hablaba, su profundo conocimiento de todos los detalles de la vida de los otros la habían incomodado. Comprendió que no había una sola persona de cierta relevancia pública que pudiera sustraerse al estrecho control de Falco y los de su calaña. Había sentido alivio al verlo marcharse en silencio de su casa la última vez, y había deseado no volver a verlo más.

Sin embargo, ahí estaba, tres días antes de Navidad, y por la mañana. Como siempre, había cruzado el portón sustrayéndose a la atenta vigilancia del portero, que controlaba incluso a los proveedores. Livia se sintió un tanto irritada, y no tenía intención de disimularlo.

—Buenos días. ¿Teníamos una cita? Debo de haberlo olvidado.

Falco la miró con una leve inclinación de la cabeza.

—Buenos días, señora. ¿Se ha dado cuenta de que el viento ha amainado de repente? Es bien extraño. La temperatura bajará más, ya lo verá.

—¿También dispone de esa información? —le preguntó Livia, distante y esbozando una sonrisa—. ¿Se lo ha dicho su corresponsal ante el Padre Eterno? ¿O quizá Él en persona?

Falco le respondió con una sonrisa, sin cambiar la expresión de los ojos.

—No, señora. Es que tenía parientes pescadores, de ellos he heredado la capacidad de predecir el tiempo con unas horas de antelación.

Livia se sintió un poco tonta, y quiso rectificar tratando de parecer menos inhospitalaria.

—Qué cosas. ¿Quiere sentarse? ¿Ha desayunado?

Falco no se movió.

—Gracias, señora. Llevo varias horas en pie. Y le pido disculpas por la hora, pero preferimos movernos cuando no hay mucha gente en la calle. Aunque en estos días previos a las fiestas navideñas siempre hay mucho trajín.

—En esta ciudad siempre hay mucho trajín —comentó Livia agitando la mano—. Siempre hay mucha gente, y de todo tipo.

—Algo que a veces ayuda y otras, no tanto. Imagino que en su ciudad es raro que haya tanto trajín, ¿verdad?

—Lo cierto es que en Roma...

—Me refería a Pesaro, su ciudad de origen. Aunque ya hayan pasado casi dos años desde su última visita, veintidós meses, para ser exactos.

Por algún motivo, la referencia tan precisa a su vida la dejó helada. Habría sido incapaz de decir cuánto hacía que no iba a ver a sus padres, y aquel desconocido, que estaba de pie en su sala, se conocía al dedillo sus desplazamientos de los dos últimos años.

Comprendió que era la manera que tenía aquel hombre de recordarle que las charlas y las escaramuzas no servían de nada con él.

—¿A qué debo su visita, Falco? No pensaba volver a verlo tan pronto.

—Señora, tengo que reconocer que entre todas las tareas que se me confían, ésta es de las más gratas.

—Santo cielo, qué galantería —comentó Livia, hosca—. Supongo que deberé apreciarla mucho viniendo de un hombre de naturaleza tan reservada.

Falco repitió la inclinación de la cabeza.

—Usted está acostumbrada a recibir cumplidos. Me consta que ayer por la mañana se hizo merecedora del aprecio de nada menos que un detenido.

Livia notó que un estremecimiento siniestro volvía a recorrerle la espalda. Decidió no seguir con la broma.

—Falco, dígame qué quiere de mí. Hoy tengo un día muy ocupado.

—Es una pena —dijo el hombre adoptando un aire afligido— que tenga que mostrarme antipático. Es una parte de mi trabajo a la que no consigo acostumbrarme. Estoy al corriente de sus ocupaciones, señora. Debe ir a recoger dos entradas para el teatro.

Aquello era el colmo; no le había hablado a nadie de sus intenciones.

—¿Y usted cómo diablos lo sabe?

—Digamos que ayer alguien la oyó cuando le dijo al chófer que preparara el coche para ese recado. Imagino, pero se trata de una intuición mía, que el teatro es el Kursaal, de la via Filangieri.

Livia se quedó boquiabierta, apenas atinó a asentir con la cabeza. Falco sonrió.

—En este caso no hubo investigación. Se trata de una representación muy esperada, una única actuación de esta compañía de jóvenes, recientemente formada por tres hermanos, que está muy en boga.

—Sí —asintió Livia, circunspecta—. Es una obra nueva, escrita por el mayor de los tres que hace de director de la compañía y autor. Es sobre la Navidad.

—Y usted no quiere perderse el estreno, que es mañana por la noche. Quiere dos entradas de platea, una es para usted. ¿Y la otra?

Livia se movió incómoda en el sillón.

—¡No creo que sea asunto suyo, ni que se trate de una cuestión de seguridad nacional con quién decido ir al teatro!

Falco bajó la mirada, y jugueteó con el ala del sombrero que tenía en la mano.

—Claro, claro. Le explico. La seguridad nacional es un tanto compleja y tiene mucho que ver con la información, la propaganda. En una palabra, la imagen pública de las personas tiene su importancia. Usted es muy apreciada por figuras de relieve del régimen. La quieren y se preocupan por su bienestar. Su obstinación en seguir viéndose con ese hombre, cuyo nombre resulta inútil pronunciar, preocupa a esas personas.

Livia apretaba los puños para no perder los estribos.

—Ese hombre se llama Luigi Alfredo Ricciardi —murmuró con los ojos entrecerrados como dos ranuras—, y es comisario de la seguridad pública. Me parece que por su función me encuentro en buenas manos, ¿no? Y a quién decido tratar es algo que solo a mí concierne, no a mis amigos, por influyentes que sean.

—Desde luego —dijo Falco, suspirando levemente—. Y le confirmo que se trata de una persona a la que, por el momento, no se le atribuye nada, aunque ciertos comportamientos de su vida personal planteen dudas. El problema radica en que todos estarían más tranquilos, señora, si usted regresara a Roma. El hombre del que hablamos no es de su ambiente; algunas de las personas cuyo trato frecuente son..., cómo decirlo..., ambiguas. Por ejemplo, ese médico que..., en fin, eso ya se lo he comentado. Está usted recorriendo un camino un tanto resbaladizo, eso es todo.

A Livia casi le dieron ganas de reírse; no había nadie, excepto ella, que viera con buenos ojos su relación con Ricciardi. Ni siquiera el propio Ricciardi.

—Falco, si se trata de un aviso, lo aprecio, créame. Aunque debo decirle, para que lo comunique a quien diablos considere oportuno, que soy lo bastante adulta para tomar con prudencia mis propias decisiones. Ah, y también puede comunicarles que no tengo intención de regresar a Roma.

El hombre no había dejado de jugar con el sombrero.

—Lo imaginaba —dijo, levantando la mirada—. Advertí incluso de que ésta sería su respuesta, señora. Para serle sincero, una parte de mí se alegra de no haber errado en la valoración. Sin embargo, me permito insistir por última vez sobre la cuestión: ciertas relaciones, entabladas quizá a la ligera y con magníficas intenciones, pueden resultar sumamente dañinas. Y hay apoyos y amistades que no abarcan hasta el infinito.

—Falco —resopló Livia—, ya le he dicho que mi relación con Ricciardi es, por ahora, casual y fortuita y, por desgracia, buscada casi en exclusiva por mí. Si fuera él quien me buscara...

—No hablo de sus relaciones —la interrumpió Falco—. Hablo de las de él. Si usted, por casualidad, sin proponérselo y en el curso de una conversación de carácter general, le refiriera un comentario o un viaje de una amiga suya de... de Roma, por ejemplo, y él, a su vez, se lo contara a un amigo suyo, ese hecho se convertiría en una cuestión de seguridad nacional. Y usted, él y nosotros seríamos responsables. ¿Le queda claro?

Siguió un prolongado silencio; Livia comprendió que con su ejemplo elaborado, Falco quería darle a entender el nivel de control al que estaba sometida. Decidió mostrar su agradecimiento por ello.

—Comprendo, Y le agradezco la información. Le prometo la mayor reserva, quédese tranquilo. Y comuníqueles que se queden tranquilos. Hablo muy poco con Ricciardi y él todavía menos conmigo. Por eso quería llevarlo al teatro, al menos allí no hay que conversar.

—Es cuestión de tiempo, señora —rio malicioso—. No consigo imaginar cómo y por qué alguien pueda resistirse tanto a una mujer como usted. Tenga buenos días y disculpe mi intrusión. Confío en que se divierta en el Kursaal.

Beniamino Ferro, vigilante del edificio del largo del Leone 2, en Mergellina, da un paso atrás y contempla su obra.

Está bastante orgulloso del pesebre que acaba de construir, teniendo en cuenta las tareas que le impidieron concentrarse en el trabajo el tiempo que hubiese sido necesario, está contento con el resultado.

A decir verdad, si no hubiese sentido la necesidad frecuente de refrescarse la garganta, habría contado con más tiempo; y si de vez en cuando no le hubieran entrado ganas de echar una cabezadita, consecuencia del refresco para la garganta antes mencionado, habría contado aún con más tiempo.

Ahora bien, Beniamino tiende a ser indulgente consigo mismo; un hombre solo, sin familia, sin mujer ni hijos que le echen una mano, de vez en cuando debe, por fuerza, tomarse un descanso, piensa. Y si durante una de estas pausas se presenta alguien que es tan maleducado como para entrar sin hacerse anunciar por el portero, que justamente está haciendo su pausa, no es culpa suya. Del portero, claro está.

Realmente bonito el pesebre. Está todo: el musgo, las hierbas para ahuyentar los malos espíritus; los dos compadres, zi' Vicienzo y zi' Pascale, uno alegre y el otro triste, que representan el carnaval y la muerte; la virgen Estefanía, que oculta una piedra bajo el hábito para simular el embarazo y que después da milagrosamente a luz a san Esteban. Y Cicci Bacco, el vinatero, su preferido, porque el pesebre también es alegría, porque el nacimiento del Niño Jesús es lo más hermoso que puede ocurrir en el mundo.

A Beniamino se le nubla la vista, los ojos se le han llenado de lágrimas; se acuerda de su papá, y del rito de la preparación del pesebre en su casa. De cuando le explicaba con todo detalle el sentido de cada hierba, de cada casa, de cada pastor. Porque el pesebre representa el mundo entero, el del pasado, el del presente y el del futuro, Beniami', que no se te olvide. El pesebre es como el mundo; todo parece dispuesto a tontas y a locas, pero no, cada cual tiene su significado. Y aunque Beniamino no ha tenido hijos sabe lo bonito que es el pesebre.

Guarda el cuchillo afilado y piensa en Garofalo. Madre mía, cuánta brusquedad y cuánto empaque; cuando pasaba y lo pescaba adormilado, porque un hombre tiene derecho a adormilarse de vez en cuando, lo despertaba a gritos. Y una vez incluso fue a buscarlo a la taberna, un día que hacía un calor tremendo y él había ido un momento a refrescarse, porque tenía la garganta tan seca que si llegaba a escupir, echaba esparto.

Qué papelón le hizo pasar delante de todo el mundo; le dijo que un edificio se reconoce por su portero, y que él era el portero más asqueroso del mundo. Que tarde o temprano ya se ocuparía de que lo pusieran de patitas en la calle, porque no

soportaba que un hombre que tenía el puesto y la categoría que él había alcanzado se viera obligado a vivir en un edificio con semejante portero.

Desde aquel día Beniamino le tenía ojeriza al centurión Garofalo. No lo podía ni ver, aunque su mujer sonriera siempre, la niña fuera bonita y la monja, su cuñada, se mostrara simpática y le hiciera reír.

En cambio él era un canalla. Un canalla engreído y miserable. Se alegra de que no haya llegado a ver terminado el pesebre.

El padre Pierino admiró por enésima vez el pesebre de la iglesia de San Ferdinando. Pasaba delante adrede, dando un larguísimo rodeo desde la sacristía al confesionario, era un pequeño placer que se concedía de buena gana.

Para esas cosas no era muy distinto del niño que había sido; en el frío húmedo de los campos de Santa Maria Capua Vetere, donde había transcurrido su niñez, la Navidad era el pesebre y el pesebre era la Navidad. El párroco del pueblo, que lo había acercado a la fe sencilla que aún lo sostenía, construía uno que a él le parecía inmenso, lleno de personajes, animales y casas; se pasaba horas imaginando que era un pastorcillo que se movía en ese mundo mágico lleno de paz y serenidad.

En un momento dado notó que lo observaban; temió que se tratara de la señorita Vaccaro, dispuesta a comunicarle algún malestar reciente. Al volverse, se sorprendió al encontrarse con la señorita Colombo, la hija del comerciante de sombreros, el de la tienda enfrente de la iglesia. La conocía poco, en realidad. La suya era una familia discreta, que asistía a la misa del domingo pero que el resto de los días no iba mucho a la parroquia; recordó que fue una vez, en lugar del padre Tommaso, a bendecir el local comercial y que conoció al padre, un hombre afable de mediana edad, a la madre, que le pareció devota del chismorreo, y a la muchacha alta y discreta, con gafas y aspecto dulce y reservado.

Ahora se la notaba incómoda. Estaba de pie, a dos metros de él, el bolso sujeto con ambas manos, como si se debatiera entre las ganas de hablar y las de salir huyendo. Decidió sacarla del aprieto.

—Buenos días. Es usted la señorita Colombo, ¿no? ¿Cómo está?

La muchacha se mostró visiblemente aliviada al comprobar que ya no podía escabullirse; acababan de descubrirla.

—Buenos días, padre. Sí, soy yo. Me gustaría... Si dispone de cinco minutos que dedicarme, tendría que hacerle una consulta.

El padre Pierino la miró fijamente; tras las gafas de miope, la mirada de la mujer reflejaba un gran tumulto interior. Estaba acostumbrado a reconocer los momentos de angustia que traicionaban una necesidad de ayuda así como la incapacidad de pedirla abiertamente; negarse a aquella petición muda equivalía a un abandono que podía causar mucho dolor.

—Dispongo de tiempo, estoy a su disposición. Venga, pasemos a mi despacho.

Eso que el padre Pierino llamaba «despacho» era una especie de hueco robado al trastero donde guardaban los ornamentos litúrgicos. Un cuartito ocupado casi en su totalidad por un escritorio y dos sillas, utilizado para las entrevistas con los fieles, aquéllas que no eran una confesión propiamente dicha, aunque debían hacerse con discreción, lejos de miradas curiosas.

Enrica se sentó un tanto rígida. Buscaba la manera de sacar el tema, pero no tenía suficiente confianza con el padre Pierino para plantearlo abiertamente. El vicepárroco, por su parte, sabía que debía ayudar a la mujer a superar su timidez.

—¿Qué tal, todos bien en casa? ¿Cómo marchan los preparativos para la Navidad? ¿Han montado el pesebre, han decidido el menú de la comida?

Una red de temas frívolos para que se sintiera cómoda. Enrica lo entendió y lo agradeció.

—Del pesebre se encarga mi padre. Una tarea que no delegaría en nadie más, mis hermanitos miran y él simula que se deja ayudar. Las mujeres estamos por completo entregadas a la preparación de las comidas y las cenas, que dan muchísimo trabajo. Pero lo hacemos con gusto.

El padre Pierino adoptó su postura habitual: entrelazó las manos sobre el vientre.

—¿Y el espíritu? ¿Cómo se siente? ¿Alegre, serena, en paz consigo misma?

Ésta es la mía, pensó Enrica.

—De hecho, no mucho, padre. Sentí la necesidad de hablar con usted. Necesito... necesito que me explique una cosa y pedirle consejo.

—Estoy aquí para eso, señorita —dijo el cura asintiendo con gesto serio—. Para ayudarla a estar más tranquila. Solo para eso.

—Ya lo sé, padre. Mire, le contaré una pequeña historia, si tiene usted la paciencia de escucharme.

—La escucho.

Y la muchacha se la contó.

Describió el florecer de un sentimiento a lo largo de estaciones, meses, semanas y horas, a través de los cristales de ventanas cerradas para impedir el paso del frío invernal o abiertas para permitir la entrada del calor estival. Le habló de interminables bordados con la mano izquierda, hechos despacio en el cono de luz de una lámpara, al son de los bailables transmitidos por la radio. Le habló de una silueta de pie, en la penumbra, los brazos cruzados, a cinco metros y un piso de distancia; y de lo difícil que resultaba franquear esa distancia a causa de las convenciones sociales que envenenaban la vida de las personas.

Le habló de dos encuentros fugaces: uno junto a un puesto de verduras, de la proximidad de un par de ojos verdes desesperados y de una fuga precipitada, tras la cual él dejó un reguero de brécoles desperdigados; y el otro, que la muchacha

describió con vaguedad, debido a cuestiones de trabajo y en presencia de otra persona con la que había intercambiado pocas palabras, mientras él la miraba como a punto de ahogarse, boquiabierto, con los ojos como platos.

Por último le habló de dos cartas, ambiguas y formales, pero leídas y releídas, una en la que le pedía un absurdo permiso para saludarla y la otra en la que ella, por supuesto, concedía ese permiso.

Después se calló, bajó los ojos, con la certeza de haber sacado el pañuelo del bolso, sin saber precisar en qué momento mientras hablaba, pañuelo que ahora retorció entre sus manos.

El padre Pierino había escuchado en silencio, respirando despacio y participando en el relato con las mil expresiones de su cara vivaz. Intuyó que no se trataba de una simple historia de amor vivida a la distancia, y esperó que continuara.

Cuando reanudó su relato, Enrica lo hizo con otro tono, más acongojado y menos evocador.

Le describió la emoción de sentirse a un paso del encuentro, de la caída de las barreras; de la toma de posición, insólita en ella, frente a su madre que, empeñada en que formalizara relaciones con otro hombre, le había organizado una cita. Y después el contacto con una persona de la familia de él, una vieja tata amable y decidida que la veía con buenos ojos. Mencionó también a la forastera misteriosa y fascinante a la que había visto acompañarlo, pero se apresuró a aclarar que la actitud del hombre respecto de aquella señora no le había parecido especialmente interesada o afectuosa.

Por último, tras soltar un profundo suspiro, le habló del accidente. Del hospital, de los momentos de terrible tensión en los que creyó que él moriría. De la cara térrea de los presentes, muy pocas personas, la tata, aquella señora, un colega del trabajo.

Y le habló de su promesa a la Virgen de Pompeya: que no volvería a verlo más si se salvaba.

Desde las primeras palabras sobre el accidente, al padre Pierino se le había planteado una duda; le parecía de veras muy absurda la coincidencia con lo ocurrido a su amigo el comisario Ricciardi. A medida que Enrica avanzaba en su relato, en el corazón del sacerdote se abrió paso una esperanza, que jamás habría imaginado, de amor y felicidad para aquel hombre de ojos verdes, desesperado y extraño. Un precioso regalo de Navidad, se dijo el padre Pierino. Mejor dicho, un precioso regalo de la Navidad.

Enrica proseguía con su relato, mientras la cabeza del cura funcionaba a toda velocidad; la muchacha le decía que se sentía obligada por la promesa, aunque la tata había ido en su busca para convencerla de que no se apartara de la vida de él; y que no estaba del todo segura, pues desconocía los sentimientos del hombre, y que la mujer que frecuentaba quizá fuera más adecuada que ella para estar a su lado; y que aunque pensaba todas esas cosas racionalmente, cuando por las noches no abría los

postigos de la ventana, se sentía morir.

—¿Qué debo hacer, padre? Hice una promesa, y usted me dirá que la mantenga. La hice voluntariamente y volvería a hacerla. Pero entonces, ¿por qué me siento morir?

El padre Pierino juntó las manos frente a la cara y cerró los ojos. Luego los abrió, con una mirada por completo decidida.

—Señorita, usted le ha prometido a la Virgen algo que no era suyo. Le ha prometido el sacrificio del amor de otra persona, le ha prometido su soledad, su infelicidad y la suya propia. No es eso lo que la Virgen quiere. No es eso lo que Dios quiere para Sus hijos.

Enrica escuchaba, los ojos muy abiertos, enrojecidos por las lágrimas y el insomnio.

—Estoy seguro de que en el fondo de su corazón usted ya sabe lo que está bien y lo que está mal. Nuestra fe no está hecha para poner barreras, muros o impedimentos al amor. Está hecha para aumentar la presencia en la vida, está hecha para entregarse y para vivir en comunión, para fundar familias que nos ayuden a no estar solos en las noches de invierno. ¿Qué clase de Dios sería el que prefiere encerrar en la celda de la soledad a aquél que puede sentir amor?

La muchacha estaba embelesada, pendiente de los labios del cura.

—Entonces usted dice que... que yo... que yo debería...

—Debería luchar por su felicidad, como hacen todos, siempre. Respetando a los demás, amando al prójimo y a la vida, que es el don más grande que nos ha sido dado. Debería hablar y escuchar, sonreír y manifestar todo el amor que lleva dentro a quien, quizá, no tiene la fuerza de pedírselo.

Enrica volvía a sonreír. El padre Pierino pensó que la muchacha era de esas personas que cuando sonríen cambian por completo de expresión, como si sonriesen con todo el cuerpo.

—De modo que debería esforzarme, debería armarme de valor y pelear por mi felicidad, ¿es así? Debería tomar la iniciativa.

El cura se dio cuenta de que la señorita ya no hablaba con él, sino consigo misma. Se apoyó en el respaldo, otra vez con las manos cruzadas sobre el vientre y cara de contento.

—Lo ha entendido perfectamente. Si luego él no quisiera, si su elección fuera otra, entonces encontrará usted otra manera de ser feliz, créame, hay muchas otras. Lo importante en su caso es tener la certeza de haber hecho cuanto estaba en su poder para conquistar la felicidad. Simple, ¿no?

Enrica se levantó. Tras las gafas, su mirada proyectaba un nuevo fulgor.

—Sí, padre. Simple. Era eso lo que no había comprendido, lo que no supe comprender. En realidad todo es así de simple. Si se quiere ser feliz, hay que poner

manos a la obra. Le doy las gracias, padre. Le estoy muy agradecida.

—Gracias a usted —dijo el padre Pierino sonriendo—, por haberme elegido como confidente. Ah, y le ruego que me mantenga informado.

Hacía un frío tremendo.

Maione y Ricciardi llegaron al largo del Leone ateridos, a pesar de que el viento había dejado de soplar, y, para entrar en calor, llevaron caminando a paso muy vivo desde la jefatura. El sargento ya ni siquiera intentaba proponer que tomaran el tranvía; su superior salía a la calle, la cabeza medio oculta tras el cuello del abrigo, y echaba a andar a toda prisa en dirección al lugar adonde se dirigían.

Comieron algo por el camino; Ricciardi una *sfogliatella*, Maione dos *panzarotti*, así ahorran tiempo y lograban adelantar lo más posible la investigación, ya que estaba a punto de oscurecer. Sabían que en Navidad todo se detendría, y el soñoliento período hasta la Epifanía alzaría una cortina de silencios y puertas cerradas a la investigación, dando unos puntos decisivos de ventaja a los asesinos.

Maione no entendía bien qué motivaba esta nueva visita al lugar del delito. Creía que no servía de nada; todavía debía pasar por el barrio a interrogar a los compañeros de barca de Boccia, y antes de que anocheciera quería darse otra vuelta para ver qué hacían las manos que habían asesinado a su hijo, ahora ocupadas en tallar caras con destreza en la zona de San Gregorio Armeno. Con el único fin de acercarse un poco más a la decisión de arruinar su vida y la del homicida, por cumplir con el absurdo código moral con el que había vivido.

Ricciardi quería ver otra vez al portero. De acuerdo, con frecuencia estaba borracho y no tenía aspecto de ser muy eficiente, pero aún no lo había interrogado sobre la escena del delito. Tal vez en esta ocasión, si estaba algo más sobrio, recordaría algún detalle más.

Tuvieron suerte; Ferro se encontraba en su puesto y parecía algo más sereno. Acababa de colocar el pesebre en el zaguán del edificio y se lo veía orgulloso de sí mismo.

A su alrededor, un grupo de niños manifestaba su admiración con silbidos cortos, suspiros y esporádicos palmoteos.

Al ver llegar a los dos policías, el hombre mudó la expresión. Su mirada se llenó de desconfianza y preocupación; alejó a los niños con un gesto, como si fueran moscas, y fue a recibirlos.

—Buenas tardes. ¿Qué deseaban?

Los dos se miraron un tanto sorprendidos. Al parecer no los había reconocido.

—Buenas tardes, Ferro. Tiene que acompañarnos al apartamento de los Garofalo.

Ricciardi se mostró abiertamente brusco, para comprobar la reacción del hombre, que entrecerró los ojos.

—Ah, comisario, disculpe, con este contraluz no los veía bien. Acabo de montar el pesebre, al final pensé que ya que lo tenía terminado, podía colocarlo en el zaguán.

Se lo estaba enseñando a los niños del edificio.

Maione intervino en la conversación.

—Mientras nos acompaña arriba, Ferro, díganos si en estos días ha recordado algún detalle. No sé, alguien que viniera de visita o si oyó alguna discusión, cosas por el estilo.

Ferro cogió un manajo de llaves de un soporte y se dispuso a subir las escaleras delante de ellos.

—Estuve pensado, sargento, y sí, he recordado algo. Vino una pareja, un hombre y una mujer. Yo diría que unos tres o cuatro días antes... antes del... llamémoslo el incidente.

—¿Y qué aspecto tenían? ¿Le dijeron cómo se llamaban?

—La verdad es que no me lo dijeron. Y yo no se lo pregunté, porque los vi al salir. Cuando subieron yo... yo me había ausentado un momento.

—¿Y cómo supo que habían ido a casa de los Garofalo?

—Se lo pregunté después. Por curiosidad.

De modo que la visita de los Boccia quedaba confirmada, pensó Maione.

—¿Los había visto antes? ¿O volvió a verlos después?

—No, sargento. Ni antes ni después. Solamente esa vez, y no sé decirle cuánto tiempo estuvieron, porque...

—Porque cuando ellos llegaron, usted no estaba —Maione terminó la frase por él.

Ferro abrió la puerta y se apartó, sin mirar dentro. Ricciardi lo observaba.

—Vaya usted delante, Ferro. Enséñenos el camino.

El hombre le lanzó una mirada de pavor.

—Comisario, preferiría... En fin, que mejor los espero aquí en la puerta.

Ricciardi le sostuvo la mirada.

—No. No nos espera aquí, usted se viene con nosotros.

El tono no admitía réplicas. Maione dio un paso hacia el hombre, que entrecerró los ojos y abrió la puerta del todo para entrar.

El interior estaba en penumbra, a través de las cortinas parcialmente cerradas se filtraba poca luz; no obstante, en el suelo del recibidor se distinguían las manchas de sangre que había manado a borbotones del tajo en la garganta que le hicieron a Costanza Garofalo. Ferro se tambaleó y tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta, mientras Ricciardi fue asaltado por la imagen translúcida de la mujer que, sonriendo y con los ojos gachos, preguntaba: «¿Sombrero y guantes?». De la herida mortal le salían negros borbotones.

—¡Ay, Dios! ¿Eso de ahí es... es sangre?

Ricciardi analizaba la expresión del hombre; su horror parecía genuino, estaba pálido y a punto de caerse redondo.

Maione se acercó y lo sujetó del brazo.

—Venga, Ferro. Llévenos al dormitorio.

El hombre opuso resistencia, se pasó la mano por la cara, como queriendo ocultar la sangre a su vista; después, con paso inestable, enfiló el pasillo. Ricciardi lo siguió con la mirada y pudo comprobar que el portero conocía la casa. Más allá del hecho de que estaba turbado, se movía con bastante seguridad. El comisario notó que se fijaba bien dónde ponía los pies, evitaba las gotas de sangre que marcaban el recorrido entre los dos cadáveres, aunque estas apenas se veían debido a la escasa luz.

Al llegar al dormitorio y ver la enorme mancha negra en las sábanas, Ferro se dejó caer con un gemido en una butaca.

—Virgen santa, ayúdanos.

Ricciardi le dio la espalda a la imagen de Garofalo que repetía: «Yo no debo nada, nada de nada», y se dirigió al portero:

—Quería que lo viera con sus propios ojos, Ferro. Y le pregunto si tiene alguna idea de quién pudo hacerlo.

El portero se echó a llorar en silencio.

—No, comisario —murmuró, con los ojos fijos en la mancha de sangre—. Si conociera a alguien capaz de hacer algo así, me escaparía lejos, créame. Y esa pobre niña, qué guapa estaba la otra mañana, con sus trenzas... Ahora ya no verá más a su mamá y a su papá. El centurión Garofalo, que en paz descansa, era..., quiero decir..., tenía un carácter especial. Quizá no todo el mundo lo quería, quizá había veces en que sacaba de quicio, pero matarlo de este modo... No, comisario, no conozco a nadie en el mundo.

Sin embargo, era evidente que en el mundo había alguien, pensó Ricciardi.

—Echemos un vistazo a las demás habitaciones. Así comprobaremos si se llevaron algo que usted recuerde y que nosotros no podemos saber.

Ésa era la idea, ver si al hombre se le escapaba alguna reacción; en el curso de la inspección lo habían revisado todo, si faltaba algún objeto, se notaría gracias al vacío dejado en los muebles o las paredes.

Ferro se mostró aliviado de poder abandonar el lugar de los hechos, y, en silencio, caminando como un autómatas, condujo a Maione y a Ricciardi a las demás habitaciones. Cuando estuvo cerca del pesebre, en la habitación contigua al dormitorio, suspiró pero no dio muestras de notar la falta de san José, ni de percatarse de que la estatuilla de la Virgen estaba inclinada sobre la del burro.

Completaron el recorrido de la casa y regresaron al recibidor. El portero contuvo la respiración al ver las huellas dejadas por el cadáver de la mujer, pasó por encima de ellas y salió al rellano donde inspiró ruidosamente. Sacó del bolsillo un cigarrillo aplastado, trató de encenderlo con un fósforo, el temblor de la mano se lo impidió; desistió, y, al final, acabó vomitando en un rincón de la escalera.

Decidieron recorrer el paseo marítimo. Seguía haciendo el mismo frío, no había viento que obligara a buscar amparo entre los árboles de la Villa Nazionale; ya puestos, podían disfrutar del espectáculo del mar, que, por fin en calma, abrazaba la tarde moribunda.

La reacción de Ferro y los pocos datos que obtuvieron de él fueron el argumento de las frases esporádicas que Maione y Ricciardi intercambiaron a lo largo del trayecto.

—Comisario, yo lo vi francamente impresionado. No aguantaba más, se notaba que no estaba acostumbrado a ver sangre.

Por su parte, Ricciardi se mostró perplejo.

—Una reacción un poco teatral, ¿no crees? Aunque por lo menos hoy estaba sobrio. Lo que te ocurre cuando estás borracho parece distinto cuando vuelves a verlo una vez superas la cogorza. No sé. Me llamó la atención cuando pasamos cerca del pesebre, ni siquiera le cambió la expresión.

—Es verdad. Y reconoció haber visto a los Boccia cuando vinieron a hablar con Garofalo. Por ahora es lo único seguro que tenemos, ¿no, comisario?

—Sí —asintió Ricciardi, caminando con la cabeza gacha—, la visita de los Boccia. Una pareja, de modo que podrían encajar con las dos manos que mataron al centurión, pero en lo que respecta a la mano «ligera», la que infligió las heridas menos profundas, según Modo era una mano izquierda, y me pareció ver que la señora Boccia es diestra. Aunque eso no significa nada. Por otra parte, Lomunno podría haber actuado en compañía de alguien más.

Maione estuvo de acuerdo y añadió:

—Y nuestro amigo el vigilante, en estado de ebriedad podría haber cometido una tontería de la que ni siquiera se acuerda. Puede ser todo y nada. Madre mía, qué asco es este oficio a veces.

Bordearon la playa, dejando a la izquierda la calle por la que transitaban automóviles y carruajes, y a la derecha, el mar. Escaseaban los peatones, y los pocos que se veían caminaban encogidos a causa del frío.

En el arenal se reunían en grupos los pescadores que no tenían barca. Era el momento de arreglar las redes, operación que en esa época del año se hacía dos veces al día.

Pequeñas barcas de un remo se alejaban unos centenares de metros dejando un cabo en tierra y lanzaban las amplias redes, que las mujeres remendaban a primera hora de la mañana y de la tarde, cerrando los agujeros abiertos por la corriente; una vez caladas las redes, las barquitas regresaban a tierra desenrollando las cuerdas encima de la acera frente a la playa. En ese momento los hombres, descalzos y con

los pantalones arremangados a media pierna, enganchaban las cuerdas de las redes a una correa de tela y, en grupos de cuatro o cinco por cada lado, comenzaban a tirar, primero la cuerda y luego la red, retrocediendo a lo largo del tramo reservado al paseo y después avanzando a medida que la red llegaba a la orilla, llevando en su interior la esperanza de otro día lleno de vida para todas aquellas familias. A medida que tiraban, los niños recogían las cuerdas en grandes rollos que había en la playa.

En otros momentos, cuando el mercado era menos floreciente que en Navidad, aquel trabajo fatigoso se hacía solo por la mañana; pero ahora, un grupo de potenciales compradores en busca de pescado fresco a buen precio porque no sufría los recargos de mayoristas y minoristas se había reunido a esperar en la calle, de manera que el esfuerzo extra merecía la pena.

Maione aminoró la marcha y dirigiéndose a Ricciardi comentó:

—No se puede negar que los pescadores trabajan duro para ganarse el pan. Y éstos son los de la playa, fíjese en éstos de allí, comisario, con el frío que hace van descalzos en el agua, tienen las piernas moradas.

—Una vida dura, desde luego —convino Ricciardi—. También para los que salen en su barca, como Boccia, ya has visto qué vida infernal llevan. Para que luego venga un Garofalo cualquiera a comer a tu costa y ya no puedas seguir adelante.

Habían llegado a la altura del barrio, bajo la mole oscura e imponente del castillo.

—Separémonos aquí. —Ricciardi le indicó a Maione con una inclinación de la cabeza—. Date una vuelta entre los compañeros de Boccia, que a esta hora regresan con la barca. Yo iré al puerto a preguntar sobre las visitas que hizo Lomunno el día del homicidio. Después puedes irte a casa, no tiene sentido que pases antes por la jefatura. Si hay algún informe que redactar, lo haremos mañana.

—Como usted diga, comisario —dijo Maione—. Mañana ya es la antevíspera de Navidad.

—Sí, ya casi está aquí. Y no hemos averiguado mucho, me temo. Buena suerte.

La Navidad ya casi está aquí.

De solo pensarlo la tata Rosa experimentaba siempre una mezcla de sensaciones: nerviosismo por lo que todavía quedaba por hacer en casa, expectación por la fiesta, preocupación por el año que tocaba a su fin y por lo que debía ocurrir al cabo de unos días.

Había que pensar en la comida de Nochebuena, por supuesto; aunque no eran más que dos personas, a ella le gustaba respetar las tradiciones de su tierra; al menos que sobreviviera el recuerdo de las raíces en aquella ciudad caótica a la que jamás se acostumbraría del todo.

La organización no era sencilla, el ceremonial navideño propio de la zona de Cilento era bastante estricto. La Nochebuena se comía de vigilia sin excepciones: el

scàmmaro, espaguetis caseros con boquerones, aceitunas, alcaparras y guindilla, acompañados, como refuerzo, de coliflor, patatas y brécol, y el bacalao a la salernitana rebozado, frito y puesto en el horno bajo una montaña de cebolla blanca y tomatitos, que habían esperado ese momento durante meses colgados en el balcón, y aceitunas verdes.

La comida de Navidad era otra historia; se preparaban los *fusilli*, enrollándolos de uno en uno alrededor de una varilla de paraguas de sección cuadrada, que se aliñaban con una espesa salsa de carne y se cubrían de queso curado de cabra rallado; a continuación, la falda de ternera en caldo y los *scauratielli* y las *zeppole* fritas en aceite hirviendo, con forma de lacitos, que luego se bañaban con miel y se comían al momento.

Un trabajo duro, pero gratificante; si las cosas con la chica de los Colombo llegaban a arreglarse, le enseñaría todo con lujo de detalles, para que en esa casa se perpetuaran las recetas.

No todo era comida. La Navidad era algo más. La joven baronesa, la madre de Luigi Alfredo, fallecida hacía años, había llevado consigo un pesebre de su familia cuando llegó de la ciudad; eran unas pocas estatuillas muy antiguas, la Sagrada Familia, los Reyes Magos, algunas ovejas y un par de pastores. Rosa la recordaba bien cuando, con sus manos delgadas de niña, colocaba las piezas sobre una mesita días antes de Navidad y las recogía pasada la Epifanía para guardarlas con mucho esmero en una caja floreada. Valoraba mucho esa tradición, sobre todo cuando el señorito era pequeño; decía que para los niños algunas imágenes representan la fiesta, y luego la llevan toda la vida en el corazón.

La caja con las flores pintadas había viajado con ellos a Nápoles, y Rosa se ocupaba de que todas las navidades el pequeño pesebre de la baronesa Marta di Malomonte estuviera sobre la mesita, como si le enviara una caricia a su hijo desde el otro mundo.

¿Quién se encargaría de esas cosas, la comida, el pesebre, cuando ella ya no estuviera? Se miró entristecida la mano derecha, que temblaba ligeramente. Necesitaba contar, describir, transmitir hechos, anécdotas y tradiciones; de lo contrario, muerta ella y olvidada, su señorito pasaría la Nochebuena solo en algún mesón frío. Y sin nada que recordar.

Se preguntó si la chica de los Colombo había decidido por fin poner manos a la obra y tomar las riendas de su destino; así lo esperaba después de la charla mantenida el día anterior. A ella ya no le quedaba nada más que hacer.

Fue a buscar la caja floreada; mientras estuviera ella, se respetarían las tradiciones.

Todas.

Maione fue directamente el pequeño muelle del barrio de los pescadores, donde atracaban las barcas. Era una estrecha pasarela de madera, anclada al fondo con pesadas rocas.

Se dispuso a esperar, oculto en la sombra de un almacén junto al círculo náutico. Quería ver a los compañeros de Boccia para abordarlos de uno en uno y luego comparar sus versiones. No se hacía ilusiones, hubiera jurado por la unidad de los pescadores en defensa de su amigo.

Las barcas llegaron una tras otra recogiendo las velas. El sargento supo enseguida que la jornada había sido buena, los hombres estaban contentos y las grandes cestas que descargaban iban llenas de pescado, a veces todavía vivo, una cascada de plata que brillaba bajo la luz del sol poniente.

La embarcación de Boccia fue de las últimas en atracar; había aprovechado al máximo la buena racha. Los hombres descargaron, colocaron la barca en su sitio, desmontaron las velas, guardaron los remos y recogieron la red.

Maione esperó; comprobó que dos de los compañeros eran un padre y su hijo adolescente, mientras que el tercero era un hombre enjuto, de tez tan morena que parecía negro. En el muelle estaba Alfonso, el hijo de Boccia, que había ido a buscar a su padre como la tarde anterior. El hombre se despidió de sus compañeros y, con aire sombrío, siguió al niño. Maione pensó que quizá estuviera preocupado por su hijo pequeño; aunque también se podía deber a que se sintiera acuciado por los fantasmas de la conciencia.

Los otros tres se separaron poco después: padre e hijo se marcharon juntos hacia el portón de un edificio cercano, y el hombre delgado y moreno se alejó fumando tranquilamente en dirección a una taberna cercana. Maione eligió a los dos primeros.

Llamó con brío a la puerta de la casa, salió a abrirle el muchacho. Ni temor, ni incomodidad; una pizca de curiosidad y después, un destello de reconocimiento. Boccia debía de haberles hablado de la visita de los dos policías.

El muchacho hizo entrar a Maione, le ofrecieron un vaso de vino, que rechazó. Una mujer muy anciana acompañaba a los dos hombres, quizá era la abuela del chico. Maione expuso el motivo de su visita, aunque tuvo la impresión de que no era necesario.

—Sí, sargento, puede estar seguro. Aristide estaba pescando con nosotros —dijo el hombre—. Sin él no habríamos podido salir.

—¿Y por qué? —le preguntó Maione.

El hombre sostenía el cigarrillo en el hueco de la mano, por su costumbre de fumar con viento.

—Utilizamos la jábega. ¿Sabe qué es?

Maione se encogió de hombros.

—Se lo explico. Es una red con dos bandas, una se cala en el mar y se ata a un ancla para que la red no se mueva; la otra queda en la barca, que navega en círculos arrastrándola. Hacen falta dos personas por banda, y vendría bien que hubiese otra más para vigilar los retales de tela de color atados en los cabos para comprobar que se avanza en orden, de lo contrario la red se enrolla. Nosotros no usamos una quinta persona, porque sería imposible repartir entre cinco, y uno solo, casi siempre el propio Aristide, puede ocuparse de aguantar una de las bandas y vigilar los cabos.

—¿Y qué más? —preguntó Maione.

—¿Qué más? —repitió el hombre abriendo los brazos con gesto de impotencia—. Que si ya es difícil entre cuatro, con tres sería imposible.

—¿Y no podían sustituirlo? No digo que lo hayan hecho, que conste.

El muchacho se rio por lo bajo y dijo:

—¿En serio? ¿Y quién vendría a deslomarse con nosotros? Además todos están ocupados con sus barcas.

El sargento no tuvo más suerte con el otro hombre, ocupado en emborracharse en la taberna del barrio. El cuarto miembro de la tripulación, el pescador flaco y moreno, contestó con monosílabos, y confirmó que Boccia había estado en la barca el viernes «como todos los demás días que el Padre Eterno manda sobre la tierra».

Cuando Maione iba a marcharse, le comentó:

—Sargento, Aristide es un hombre de bien, y Garofalo era un tipo despreciable de la peor especie. Si me hubiese hecho a mí lo mismo, le habría arrancado el corazón del pecho a mordiscos.

La frase tan dura, pronunciada por aquella boca en medio de una cara tan negra que a duras penas se distinguía en la oscuridad, hizo estremecer al policía, que replicó:

—Para eso existe la justicia. Nadie puede tomarse la justicia por su mano.

—Sí, la justicia existe —asintió el hombre—. Pero si a uno le están quitando a un hijo, la justicia se la busca por sus medios. Se lo digo yo.

Hablaba de Boccia y de su hijo, pero Maione notó un vacío en el estómago.

El recuerdo de Vincenzino y del horrible silbido que salía de la cuna, lo impulsó a pasar por la casa del pescador antes de marcharse del barrio.

Frente a la puerta que daba a la placita estaba Alfonso, el hijo mayor; jugaba con un perro con la pelambre manchada de marrón, que le resultaba familiar. En el interior, en mangas de camisa, inclinado sobre la cuna, encontró al doctor Modo.

—Ah, mi querido sargento. ¿Ha visto? Ahora también me dedico a visitar a domicilio por encargo. Su amigo hace el encargo y yo tengo que salir corriendo.

—No se queje, doctor, por una vez que no lo mandamos llamar para que vea a un muerto.

Modo se pasó la mano por la frente, apartando el pelo blanco que le cubría los ojos.

—Ya, pero le faltó poco. Este niño está en pésimas condiciones, creo que he llegado justo a tiempo. Tenía una fiebre muy alta, afortunadamente es de constitución fuerte.

En un rincón estaban los padres, se abrazaban aterrorizados. El rostro de la madre estaba pálido y marcado por las noches en blanco; el padre todavía no se había quitado la ropa de trabajo.

Maione quiso infundirles ánimos.

—No se preocupen, que el doctor Modo, como les dijo el comisario, es el único médico de Nápoles que hace milagros.

Modo fingió una mueca de fastidio.

—Los milagros se los piden a su Dios, que dentro de nada cumple años. Yo soy un hombre de ciencia, y como tal les digo que es un crimen dejar que un niño acabe en estas condiciones cuando hubiera bastado un remedio simple al comienzo de la enfermedad para sanarlo.

—Bien dicho, doctor —comentó Boccia con tono sombrío—. Pero los remedios cuestan dinero, y si uno debe elegir entre darle de comer a sus hijos y curarlos, confía en que el niño se cure por sus propios medios.

—¡Se equivoca al pensar así! —exclamó Modo, irritado—. Podían haber venido al hospital, ¿no? ¡Preguntar si era grave, informarse!

—No se preocupen —le dijo Maione a los Boccia—, el doctor es así, grita y se pone hecho una fiera, pero después lo arregla todo. Quédense tranquilos.

El médico lo miró amenazante y volvió a concentrarse en el niño. Al cabo de unos minutos se incorporó, se acomodó los tirantes y se ajustó el nudo de la corbata.

—Ya no tiene fiebre. Hay que esperar el efecto de los medicamentos que le he administrado. A ver... Dentro de seis horas tienen que darle estas pastillas, y dentro de ocho, estas otras. Señora, si el niño tose o vuelve usted a oír el silbido, dele una cucharada de este jarabe. ¿Lo ha entendido bien?

Boccia dio un paso al frente, miró a Modo con orgullo y anunció:

—Doctor, yo no puedo pagarle las medicinas. La visita tampoco.

Modo miró a Maione y contestó:

—¿Quién le ha dicho que tiene que pagarme o que tenga que pagar las medicinas? ¿No se ha enterado de que soy el médico al servicio personal del comisario Ricciardi y el sargento Maione, aquí presente? No me debe usted una sola lira, quédese tranquilo. Pasaré mañana por la noche a comprobar cómo sigue el niño. Hasta entonces.

Maione siguió la mirada de los padres, que contemplaban el sueño por fin tranquilo de Vincenzino. Al otro lado de la ventana, el mar dejaba oír su lento

chapoteo contra las barcas amarradas.

La mujer relajó el gesto; era la primera vez que el sargento la veía tranquila.

—Doctor, entonces permítanos que le preparemos un poco de pescado fresco. Mañana es Nochebuena.

Modo la miró complacido y le dijo:

—Ah, me ha tocado la fibra más sensible. Gracias, señora, acepto con mucho gusto.

Lanzó un silbido breve y de las sombras, moviendo la cola, surgió una silueta que lo siguió bajo el cono de luz de una farola.

Y se alejó, subiéndose el cuello del abrigo y encasquetándose el sombrero.

Ricciardi estaba aterido de frío y con las ideas muy confusas. El recorrido por las pocas empresas de importación y exportación de la zona del puerto no había dado resultados; los responsables recordaban vagamente que Lomunno había pasado en días anteriores a pedir trabajo, pero no supieron decir con exactitud la fecha y, mucho menos, la hora. Algunos ni siquiera lo recibieron; no tenían trabajo o bien temían ponerse a la milicia en contra por contratar a alguien a quien habían expulsado con deshonor. Sin embargo, todos confirmaron que, a través de los contactos anteriores a su expulsión, tenían de él una opinión muy positiva y que se habían sorprendido al enterarse de las acusaciones y el arresto.

Un hombre, responsable administrativo de una sociedad de armadores, llegó incluso a comentarle que tenía la impresión de que en la milicia no todos estaban convencidos de que Lomunno fuera culpable y que no soportaban al difunto Garofalo, cuya fachada intachable no les resultaba muy convincente.

Esa última conversación llevó a Ricciardi a seguir un impulso y pasar otra vez por el cuartel Mussolini, quizá también para aprovechar y entrar en calor.

El miliciano de la puerta era el mismo de la última vez; de hecho lo reconoció y lo saludó con el enérgico taconazo de siempre. Preguntó directamente por el cónsul y, tras un breve intercambio de comunicaciones a través del telefonillo, se presentó el soldado que montaba guardia en la puerta del comandante para conducirlo hasta él.

El recibimiento fue bastante cordial; el cónsul cruzó el inmenso despacho y fue a su encuentro.

—Comisario, usted por aquí. Esta vez su visita no ha sido anunciada previamente, ¿a qué se debe?

Ricciardi hizo una mueca que podía interpretarse como una sonrisa.

—Buenas tardes, señor cónsul. Tendrían que haberme leído el pensamiento; hace un par de minutos decidí pasar a saludar.

—Ha descubierto la única manera de prevenir los avisos —dijo Freda, riendo divertido—. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Cómo marcha la investigación?

—No muy bien. Estamos siguiendo un par de pistas. Por suerte o por desgracia, no basta con que alguien tenga un buen motivo para matar para que luego lo haga.

El cónsul se dejó caer en su sillón.

—Comprendo. Y me doy cuenta de las dificultades. Hay situaciones que pueden tener una difícil lectura.

Ricciardi se inclinó hacia adelante.

—Señor cónsul, tengo que hacerle una pregunta. Y se la tengo que hacer a usted de forma no oficial, dado que esta visita tampoco es oficial. ¿Hubo algún motivo por el que nos condujo a Lomunno? El otro día, cuando vinimos, se las arregló para que

recogiéramos indicios de lo ocurrido en su momento, que luego desembocaron en la expulsión de Lomunno de la milicia y el ascenso de Garofalo. ¿Por qué?

Freda miró hacia la ventana, aunque fuera ya estaba oscuro. Dio la impresión de reflexionar a fondo la respuesta.

—Cuando nos enteramos del trágico fin de Garofalo, aquí todos pensamos en Lomunno. Reconocerá usted que tenía muchos motivos para... para hacerlo. Y los que fueron a verlo de forma extraoficial cuando salió de la cárcel hablaban de un hombre envenenado por la rabia y el dolor a causa de la muerte de su mujer, la carrera perdida, las condiciones en que vive con sus hijos. Que quede claro, comisario, ninguno de nosotros cuenta con el menor indicio en su contra; pero era factible que hubiese sido Lomunno. Sin embargo, a fuerza de trabajar aquí dentro codo con codo aprendemos a conocernos. Y Lomunno caía bien a todo el mundo, algo que no pasaba con Garofalo.

—¿Y entonces? —Ricciardi esperaba.

—Entonces —prosiguió el cónsul—, preferimos que usted se enterara de la situación por nosotros, más que a través de un frío informe judicial o de la maledicencia de la gente. Eso es todo.

Ricciardi reflexionaba a toda velocidad; era crucial saber si el cónsul, y por tanto la milicia, sospechaban de que Garofalo estaba implicado en otros negocios turbios, que extorsionara a los pescadores. Dirigir las investigaciones hacia Lomunno podía ser una manera de cubrir la que para el cuerpo sería otra vergüenza.

—Por el momento, nuestras investigaciones no han sacado a la luz ningún otro móvil que pueda haber llevado a otra persona a matar a los Garofalo. De modo que por ahora Lomunno es el único sospechoso.

En la cara de Freda se reflejó lo que Ricciardi interpretó como auténtico disgusto.

—Siendo así, comisario, le ruego que siga buscando. Aquí estamos todos convencidos de que el pobre Lomunno ya ha pagado bastante por su error, que no fue otro que confiar en un subalterno infiel. No creemos que haya sido él. No se lo pido como comandante de la legión, ni como antiguo oficial de la marina de guerra. Se lo pido como hombre y como padre, haga lo posible para que acusen a Lomunno única y exclusivamente si está convencido de que puede haber sido él.

Ricciardi se quedó mirando durante un buen rato la cara de Freda y se convenció de que no sabía nada más sobre la vida de Garofalo. También comprendió que acusar a los Boccia habría alegrado a mucha gente de aquel cuartel.

—De acuerdo, señor cónsul. Se lo prometo. Seguiremos buscando. Pero por ahora no contamos con nada más. Si llegara a recordar algún otro detalle o surgiera algún dato nuevo, por favor, no dude en avisarme.

Por décima vez entró en el salón para mirar el viejo reloj de péndulo que marcaba

ruidosamente el transcurso de las horas. Lucia Maione estaba nerviosa, y cada segundo añadía más ansiedad a su estado de ánimo. La investigación, de acuerdo. Los primeros días son los más importantes, sin duda. Hay pistas que no deben dejar de seguirse, perfecto. El mundo más seguro sin asesinos, también para nuestros hijos, desde luego. Pero las ausencias, las miradas perdidas en el vacío, las preguntas que se quedaban sin respuesta, éstas no eran más que señales; y yo no dejo que nadie me tome por tonta.

Razón por la cual llamó a la mayor de sus hijas, una niña, desde luego, pero lo bastante adulta para ocuparse de sus hermanos durante una hora; le dio las instrucciones oportunas y acto seguido se puso el abrigo, el sombrero y los guantes y salió de casa con discreción, decidida.

Nunca des por terminado el día antes de haber cerrado la puerta de casa a tus espaldas, un principio básico de un antiguo jefe suyo. Ricciardi pensó en su voz ronca, obra de miles de cigarrillos, cuando al darse una vuelta por la jefatura para comprobar si había novedades se encontró de frente con una Livia alegre y chispeante, luciendo un traje recién estrenado.

—Por fin. Estaba pensando en contratar a uno de tus colegas para averiguar tu paradero. Corremos el riesgo de llegar tarde, ¿lo sabías?

Ricciardi cayó de las nubes, aunque no dejó de tomárselo con su celo excesivo; si desde el puerto hubiese regresado directamente a su casa, ahora no se encontraría en un aprieto.

—¿Tarde para qué? Perdóname, Livia, pero estoy muy cansado. Ha sido un día durísimo.

La sonrisa de la mujer no se movió ni un solo milímetro; estaba decidida a disfrutar de su velada.

—Mira, Ricciardi, no acepto excusas. Dios sabe el trabajo que me ha costado encontrar estas dos entradas para el Kursaal. Para conseguirlas me vi obligada a alardear de amistades que no tengo y no pienso desaprovecharlas. Me vas a acompañar.

—No me parece buena idea, Livia, de veras. Mírame, llevo todo el día caminando, estoy sucio e impresentable. Te haría quedar mal.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas de frustración. Le tembló el labio inferior y apartó la mirada.

—Creo que no me merezco las continuas bofetadas que me propinas. En el fondo solo te estoy pidiendo que me acompañes al teatro. No me parece demasiado.

Ricciardi no tenía suficiente experiencia para enfrentarse a una de las mayores fuerzas de la naturaleza, es decir, las lágrimas de una mujer. Además, sabía leer entre líneas, y las frases de Livia le estaban diciendo: cuando me has necesitado, no te he

fallado. Pensó sin querer en los postigos obstinadamente cerrados de la ventana de enfrente.

—De acuerdo —dijo con un suspiro—. Te acompañaré. Pero después del teatro debo irme enseguida a casa. Mañana me espera otro día infame.

S abía que debía haber regresado a su casa, donde lo esperaban su mujer y sus hijos. Tenía hambre; el frío, que se intensificaba por momentos, le calaba los huesos.

Sin embargo, a la hora de cenar el sargento Maione se encontró en San Gregorio Armeno en el preciso instante en que las tiendas cerraban los batientes, atraído como la polilla a una farola en una noche estival.

Del barrio de pescadores pasó por la jefatura para comprobar si había novedades; el comisario todavía no había regresado, pero en el patio estaba el coche de la señora Vezzi, que lo esperaba. Le dio por pensar que quizá, para variar, el comisario podía disfrutar de la compañía de una mujer hermosa, él que era joven y sin compromisos.

Había mirado la hora en el reloj que llevaba en el bolsillo de la guerrera; su turno había terminado. Era el momento de regresar a casa. Había echado a andar en dirección de su casa, por la cuesta que desde la via Toledo llevaba a la Concordia y a los ojos azules de Lucia.

Lucia. Fue pensar en ella y, como una acusación que llevara encima, se acordó de Biagio Candela, el hombre que había matado a Luca. Sus pies decidieron por sí solos, cambiaron de dirección y lo llevaron hacia la piazza del Gesù, y de allí, cruzando la via Tribunali, a la calle de los fabricantes de figuritas.

¿Qué estás buscando?, se preguntó. ¿Qué quieres ver? ¿Qué quieres saber?

Amaba la sencillez de su trabajo; se producían hechos ilícitos y él debía encontrar a los responsables y hacer que pagaran. Era fácil. Sin embargo, esta vez se sentía en un laberinto, condenado a dar vueltas en círculos, buscando una salida que quizá no existía. Por más que lo pensaba, no sabía qué estaba haciendo.

Envidiaba a Franco Massa, que tenía las ideas claras; el muchacho debía pagar, porque había cometido el más terrible de los crímenes.

Sin embargo, pensaba Maione, lo que aquí hace falta no es solo un policía. Aquí se me pide que haga de policía, de juez y de verdugo. Una cosa es encarcelar a un criminal, y otra muy distinta es verlo vivir, trabajar, amar y después quererlo muerto.

Se encontraba frente a la tienda donde había visto a Biagio tallando delante de un grupo de curiosos embelesados. Ahora no había nadie, aunque en la calle seguían las luces y los adornos natalicios que, según la tradición, no quitarían hasta pasada la Epifanía. Buscó la sombra de un zaguán y se puso a observar lo que ocurría.

Los batientes estaban entrecerrados; el dueño, el hombre que había conversado con él, se encontraba en la caja, contando el dinero visiblemente satisfecho. A pocos metros, el muchacho rubio barría las virutas del suelo. Se le encogió el corazón; así de lejos por un momento confundió al asesino con su víctima. Biagio tenía el pelo del mismo color que Luca, el mismo tono que el pelo de Lucia, su mujer.

El ojo entrenado vio, antes de que se encontraran bajo la luz de la farola que colgaba en el centro de la calle, a tres muchachos que se dirigían con paso decidido hacia la tienda. Al principio andaban despacio, como holgazanes que vuelven tarde a casa; después apuraron el paso. Los ojos del que iba delante estaban clavados en el dinero que el dueño de la tienda tenía en las manos.

Maione se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder; al mismo tiempo vio llegar a la joven esposa del muchacho rubio, con la niña de la mano y el pequeño en brazos.

Echó una mirada a ambos lados de la calle; no había un alma. El instinto lo impulsaba a intervenir, pero sabía que si lo hacía en esas circunstancias tan especiales, revelaría su presencia y se vería obligado a dar una explicación. Dudó un largo minuto.

Los jóvenes habían llegado a la puerta de la tienda; dos de ellos se colocaron a los lados de los batientes, el tercero se dispuso a entrar.

Los acontecimientos se precipitaron: el ladrón sacó un cuchillo y se acercó a la caja; de un salto, Biagio se plantó frente a él, empuñando la cuchilla que había utilizado por la mañana para tallar la cabeza de la vieja. El ladrón amagó un ataque, que Biagio esquivó; al percatarse de lo que ocurría, la mujer lanzó un grito que llevó a algunos vecinos a asomarse a las ventanas; los dos que esperaban en la puerta se miraron y se esfumaron en la sombra.

Maione comprendió que, a pesar de que blandía el cuchillo con más habilidad que su adversario, Biagio se limitaba a esquivar los embates y no trataba de herirlo. Decidió que había visto suficiente y desde la sombra donde se encontraba, sacó el silbato que empleaba para advertir de su presencia y sopló con fuerza. Al oír el sonido agudo, el ladrón se echó atrás y se dio a la fuga callejón arriba.

El dueño temblaba como una hoja y, aturdido, miraba a su alrededor preguntándose dónde estaban los policías que habían tocado el silbato. Hecha un mar de lágrimas la muchacha se lanzó a los brazos de su marido, mortalmente pálido a la luz de las bombillas decorativas. Como si quemara, lanzó lejos el cuchillo que rodó por el suelo y salió por la puerta de la tienda.

Todo había durado menos de dos minutos.

De repente Maione sintió una gran nostalgia por su casa. Salió de la sombra y emprendió el camino de regreso con el corazón aún más pesoso.

Ricciardi se sorprendió de la multitud que con aquel frío se agolpaba en la acera frente al cine-teatro Kursaal, de la elegante via Filangieri. Se respiraba el ambiente de espera; la gente iba muy elegante, reía y fumaba mientras daba golpes con los pies en el suelo y hablaba del tiempo.

En el coche, Livia le había comentado que la de los tres hermanos era una

compañía que estaba destacando y comenzaba a hacerse un nombre incluso fuera de la ciudad. Se trataba de tres personas muy distintas pero perfectamente compatibles en la escena: la hermana, fea pero muy talentosa, capaz de hacer reír y llorar sin el menor problema; el hermano menor, dueño de una vis cómica instintiva y cáustica, que pese a su juventud arrancaba sonoras carcajadas en la platea; el hermano mayor, al frente de la compañía y autor del texto de esa noche, un genio de la escena que, según se rumoreaba, tenía un carácter muy difícil.

Ricciardi preguntó cómo era posible que estrenaran en una fecha tan insólita, dos días antes de Navidad. Livia le contestó que en eso residía la gracia: la comedia de un solo acto representaba justamente la Navidad en una familia burguesa de la ciudad.

La mujer estaba entusiasmada, pero no era a causa de la representación teatral; había logrado convencer a un hombre tan refractario a toda forma de diversión social, y su disponibilidad, aunque le había costado un esfuerzo enorme, la había enternecido. Estaba allí con ella, a su lado. Con eso le bastaba. Al menos por esa noche.

Ocuparon su sitio, bajo infinidad de miradas curiosas. La exótica belleza de Livia y la relevancia de sus amistades la habían convertido en centro de los chismes de la alta sociedad de la ciudad; en todos los salones se preguntaban cómo era posible que una mujer así no tuviera marido, o al menos un par de amantes, puesto que eran muchos los que la asediaban con sus cortejos. Cuanto más declinaba ella amablemente las invitaciones, mayor era el número de hombres que le enviaban flores y dulces y las mujeres que aseguraban haberla visto aquí o allá en equívocas compañías.

Por ello, verla acompañada era un espectáculo dentro del espectáculo; y por aquel extraño individuo, además, al que nadie había visto en sociedad y cuyo nombre era desconocido. Vestido de forma ordinaria, sin sombrero, nada menos, su aspecto inquieto y su actitud desconfiada, intrigó a todo el mundo. Se llegó a pensar que se trataba de alguien venido de fuera, quizá de Roma, y como tal, muy ligado al régimen. Con aquellos raros ojos verdes que destacaban en la cara afilada, inspiraba un vago temor, como si pudiera ver cosas que los demás no veían.

La comedia fue divertida, y hasta Ricciardi, cansado y distraído por mil pensamientos, en algunos pasajes sonrió y en otros se enterneció. Por otra parte, ciertos elementos de la obra le recordaban la investigación que tenía entre manos, como las referencias constantes al pesebre; una posterior demostración de la importancia que para la gente de la ciudad tenía la representación artesanal del nacimiento de Jesús.

Pensó en todo lo que le había comentado el padre Pierino, en el pesado olor a incienso de la iglesia de San Ferdinando: cada figura, cada construcción es un símbolo. Nada es casual, todo tiene un significado. Y pensó que quizá toda la ciudad

era así, y la imaginó vista desde el piazzale di San Martino, con mil ventanitas iluminadas, en apariencia iguales aunque cada cual ocultaba su historia, su familia, su drama.

En el fondo, reflexionó, esta ciudad no es más que un pesebre que dura todo el año. Un inmenso pesebre viviente, donde bullen los amores, el hambre, los odios y rencores, que se protege del calor y el frío como puede y se las ingenia para mejorar su terrible condición. Un pesebre cuyos pastores están dispuestos a todo.

Un pesebre del que únicamente él veía una parte, una gran parte: la constituida por los gritos de quienes habían sido arrancados a la vida, que, por desesperada que fuese, era el único bien del que disponían.

La obra terminó con un gran éxito. Ricciardi captó la mirada de reojo que intercambiaron los dos hermanos cuando los llamaron a salir a escena a recibir el aplauso fervoroso de la platea, aunque quizá fuera su impresión. Se llenó de tristeza al pensar que, por deformación profesional, se había convertido en alguien que buscaba sentimientos negativos como los celos, incluso cuando no había motivos.

Livia, radiante y colgada de su brazo, trató de convencerlo de que cenaran juntos, siguiendo la corriente de espectadores que no quería terminar la velada, pero él logró resistir. Por lo demás, la mujer vio en su cara los signos profundos del cansancio y no quería tirar demasiado de la cuerda. Por esa noche ya estaba bien así.

Cuando estuvieron delante de la casa de Ricciardi, en la via Santa Teresa, él se despidió e hizo ademán de apearse del automóvil; ella le puso la mano en el brazo y le dijo:

—Gracias, Ricciardi. Esta noche me has hecho un regalo maravilloso. No lo olvidaré.

Y antes de que él pudiera contestar, le dio un rápido beso en los labios.

En cuanto pisó la calle, el comisario miró instintivamente hacia la ventana de Enrica, y por primera vez se alegró de verla cerrada.

La antigua Enrica habría esperado, como la nueva, detrás de los postigos cerrados a que regresara el hombre que amaba, preocupada por la luz apagada y la hora tardía.

Habría recorrido silenciosa, como la nueva Enrica, la distancia entre su alcoba y la cocina que daba a la calle, para no despertar a sus padres; habría sostenido entre las manos un vaso de agua para contar con una excusa si llegaba a cruzarse con algún familiar noctámbulo.

La antigua Enrica, que había existido hasta esa mañana, habría presenciado con el corazón en la boca la llegada del imponente coche a esas horas de la noche, su parada delante del portón del número 107 de la via Santa Teresa. Igual que la nueva.

Como la nueva Enrica, la antigua habría aguzado la vista detrás de las gafas recuperadas a toda prisa de la mesilla de noche para ver qué ocurría en el coche, que

esperaba con el motor ronroneante en la oscuridad, como un tigre de Salgari en la jungla; y habría visto en el asiento posterior iluminado por la farola, la silueta más pequeña acercarse a la más alta, para hablarle mejor. Antes de que la cabeza se proyectara veloz hacia adelante, como una serpiente venenosa, y se acercara a la otra en lo que a ambas Enricas habría parecido un beso.

Y la antigua Enrica, como la nueva, habría visto al hombre del que estaba perdidamente enamorada apearse del vehículo que emprendía la marcha, para dejarse ver al fin y mirar hacia arriba, hacia donde ella estaba, invisible en la oscuridad, detrás de los postigos cerrados, antes de suspirar y con la cabeza gacha abrir el portón de su casa e irse a dormir.

La antigua Enrica se habría desesperado, y tal vez se habría encerrado en su alcoba a llorar en silencio. Pero la antigua Enrica ya no existía.

La nueva Enrica entrecerró los ojos como dos ranuras y esbozó una sonrisa felina. Luego murmuró: pues muy bien. Muy bien.

Y se fue a la cama.

La mañana del 23 de diciembre comunicó al mundo entero que la cosa iba en serio: la Navidad ya estaba allí.

El cielo era de color plomizo a causa de la pesada capa de nubes grises que, venidas del norte tras darse cita durante la noche, esperaban para participar en los festejos de algún modo, de momento solo conocido por ella.

El aire estaba en suspenso, frío e inhóspito, como corresponde, para dejar a todos claro que el lugar reservado a los seres humanos se encontraba bajo techo, con el sonido de las canciones y las risotadas, al calor de las estufas y los hogares y a la luz de mil bombillas que decoraban las salas, abiertas para la ocasión.

En las calles se veían los mismos peatones, que las recorrían con un nerviosismo diferente. El plazo había vencido, los regalos ya debían estar comprados o por lo menos decididos, los menús establecidos, los ingredientes debían encontrarse en las despensas y las decoraciones en su sitio. Quienes no habían terminado de hacer las compras daban vueltas ceñudos, perseguidos por un vago sentimiento de culpa, resignados a gastar más y peor que los previsores que lo habían hecho con la antelación suficiente.

Todavía quedaban mercancías que atraían a los clientes con su último reclamo, desesperado y cautivador.

Las tiendas competían con sus imaginativas exhibiciones, proponiendo paredes de embutidos colgantes sobre montañas de higos secos y dátiles, adornadas con hilos plateados y dorados, invadiendo la acera con sacos de almendras, nueces y castañas, bajo arcos de ramas y hojas trenzadas.

Los carniceros también se jugaban las últimas cartas exponiendo toda la mercancía sobrante; en los escaparates, sobre un fondo de cuartos traseros de buey y cerdo limpiados con mimo y regados a intervalos para dar la impresión de la bondad y la frescura de los animales muertos, se veía un frente de capones, pavos, gallinas y conejos, con plumas y pelo o despellejados, aterrorizando a los niños con sus ojos vítreos.

Espectaculares los escaparates de los confiteros, en cuyo centro destacaba un Niño de azúcar hilado, repletos de todo tipo de crocantes, montañas de *struffoli*, las bolitas de masa frita bañadas con miel y confites de colores, y las *cassate*. Y los imprescindibles dulces tradicionales, como las pastas de almendra de colores, dispuestas sobre obleas cortadas a medida, los *taralli* duros a base de almendra, denominados *roccocò*, los *mustaccioli* con forma de rombo recubiertos de un glaseado de chocolate, los *quaresimali* especiados y perfumados, las *pignolate* en forma de medialuna, los *susamielli*, las delicadas galletas a la canela con forma de pequeña serpiente. Y los *raffioli*, las *sapienze*, las pastas rellenas de crema de

castañas y clavos de olor, buscaban desesperados una última mesa que quisiera darles cabida, como los quintales de dulces similares vendidos en los días anteriores.

El 23 de diciembre es la última ocasión.

Lo saben los verduleros que, exhaustos y preocupados, esperan sentados en el centro de sus elaboradas instalaciones. Llevan una semana en vela, alternándose en la guardia con sus esposas e hijos, para que los granujillas de la calle no les roben la mercancía expuesta. Han construido falsas grutas con el Nacimiento, entrelazando ramas de limonero y naranjo con los frutos todavía colgados, mezclando con arte el verde de los brécoles, el naranja de las mandarinas, el amarillo de los gordos limones de Sorrento, flanqueados por melones y tomatitos que coronan las pirámides de higos chumbos, manzanas y peras.

El frío es bien recibido, porque disminuye el flagelo de los insectos, ahora bien, todo aquello que el 23 no se haya vendido corre serio riesgo de pudrirse en las estanterías; de ahí el tono suplicante de las ofertas hechas a los transeúntes, tan distinto del triunfal reclamo de las mañanas anteriores, cuando las voces sonaban alegres al convocar a las amas de casa.

Ahora se ruega, se suplica: compren, compren. Apiádense de nosotros.

Porque el 23 de diciembre es la última ocasión.

Maione y Ricciardi se encontraron en la oficina de este último, frente a la taza de sucedáneo de café del sargento, conscientes de haber llegado a una encrucijada decisiva en la investigación de la muerte de los Garofalo. Tal como habían imaginado, los datos que cada uno había reunido por su cuenta en el barrio de pescadores y en el puerto no añadieron ni quitaron nada a la fragilidad de la condición de los sospechosos.

—En fin, comisario —atacó Maione—, estamos como al principio, igual que ayer y que anteayer. Lomunno y los Boccia, a menos que haya sido otro pescador que hasta ahora no ha salido a relucir. No olvidemos que a los Boccia los encontramos porque fueron a casa de los Garofalo días antes de los hechos. Si los verdaderos asesinos se hubiesen apostado frente al edificio, a la espera de que el portero hiciera su descanso en la taberna para entrar sin que nadie los viera, ¿cómo vamos a saberlo?

—No hay manera —convino Ricciardi—. Si fuéramos de éstos que meten a alguien en chirona a la fuerza con tal de cerrar un caso, podríamos decidirnos por Lomunno o los Boccia. El primero quizá se sacó el gusto en un momento de desesperación, los segundos no tendrían cómo defenderse porque el testimonio de los compañeros de barca no es demasiado fiable. Ahora bien, tú y yo sabemos que el hecho de que alguien tenga motivos para matar y haya tenido ocasión de hacerlo, no significa que lo haya hecho realmente. Y no somos de los que meten en la cárcel a una persona que quizá luego resulte inocente, ¿verdad? De lo contrario, habríamos

actuado como jueces y no como policías.

De lo contrario habríamos actuado como jueces, pensó Maione.

—¿Y qué hacemos ahora, comisario? Nos vendría bien que surgiera algo que los traicionara. Algo imprevisto.

Ricciardi reflexionaba, con su característica postura, las manos unidas delante de la boca, la mirada perdida en el tablero de su escritorio.

—Algo imprevisto. Raffaele, ayer fui al teatro. Livia me llevó a rastras. Vi esa única representación sobre la Navidad, la de los tres hermanos.

—He oído hablar de ellos, comisario, son muy buenos, en la ciudad no se comenta otra cosa.

—Sí, son muy buenos, aunque yo de teatro no entiendo mucho, ya lo sabes. En fin, que en un momento dado, se encuentran los tres, y todo sale a relucir. Vete a saber, a lo mejor es lo que necesitamos, un encuentro.

—Probablemente haya uno. Hoy es veintitrés de diciembre, el día decisivo en el mercado de pescado de la via Santa Brigida.

—¿Decisivo? ¿En qué sentido?

—Siempre se me olvida que, en el fondo, usted no es de aquí —sonrió Maione—. Por eso se le escapan algunas de las tradiciones de la ciudad. En la época navideña, por comodidad de los clientes y de los comerciantes, todo el pescado se vende en una calle, precisamente la via Santa Brigida, que está cerca de aquí. Se ponen todos allí, con sus pilones de madera pintados de azul imitando el mar; y la gente va a comprar lo que necesita para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad. Es una especie de lucha, los comerciantes quieren vender enseguida y a precios altos, los clientes esperan a último momento para comprar a precios bajos, arriesgándose a quedarse sin nada.

Ricciardi escuchaba.

—¿Y entonces? ¿Por qué debería producirse ese encuentro?

—Porque cuantos operan en el sector del pescado, los trabajadores esporádicos también se encuentran allí. Seguramente estarán los Boccia y sus compadres, para ganar más con la venta directa del pescado, y quizá también Lomunno, con algún comerciante que necesite mano de obra.

—Es verdad —asintió Ricciardi—, de hecho ayer en el puerto un tipo comentó que hoy lo vería en el mercado. De modo que se refería a esta venta de la via Santa Brigida.

—No podía referirse a ninguna otra —corroboró Maione—. Vayamos a dar una vuelta, comisario, a primeras horas de la tarde, cuando habrá más gente, porque ahora mismo corremos el riesgo de que los pescadores aprovechen para hacer otra salida con las barcas. En una de éstas nos encontramos también a una brigada de la policía portuaria vigilando el movimiento de mercancías.

Ricciardi se rascó brevemente la herida ya cicatrizada.

—La verdad es que no dejo de darle vueltas a la simbología de san José. ¿Qué habrán querido decir al romper la estatuilla?

—No lo sabremos, comisario —dijo Maione negando con la cabeza—, hasta que alguien lo confiese.

—Si es que alguien lo confiesa —añadió Ricciardi con una mueca triste.

Yo soy policía, pensaba Maione. Policía.

En sus sueños incoherentes de esa noche, recordó sus propias manos. Recordó que se encontraba en un callejón desierto que desconocía, y que lo recorría en toda su tortuosa extensión, con cuestas y pendientes, para regresar al punto de partida.

Se ponía otra vez en marcha y mientras caminaba le entraba un cansancio mortal y un entumecimiento en las manos.

En el sueño se miraba y se volvía a mirar las manos; no las reconocía. Le parecían partes extrañas, dos animales dotados de vida propia, separadas por completo de sus brazos y su voluntad. Le entraba ansiedad y echaba a andar, mejor dicho, a correr, y lo seguía Franco Massa, que lo llamaba Oso como cuando eran niños, y le decía: tienes que matarlo, tienes que matarlo. Te corresponde a ti. Con tus propias manos, debes hacerlo. Con tus propias manos.

Y en el sueño se le encogía el corazón; veía a los dos niños, a la guapa muchacha morena; a Biagio no le veía la cara, solo el pelo rubio.

Con mis propias manos, repetía. Con mis propias manos.

Yo soy policía, le decía a Massa en el sueño. Soy policía, no soy juez ni verdugo. ¿Cómo puedo hacerlo?

Al final del callejón, que culminaba en una pendiente, veía a los dos niños que reían e iban a su encuentro, llamándolo abuelo. Y él se acercaba por detrás a Biagio, que no se volvía, y sus manos ajenas al control de la voluntad lo agarraban por el cuello y apretaban. Con mis propias manos, le decía la voz en su cabeza. Y Biagio se volvía en el espasmo de la muerte, y Maione descubría que se trataba de Luca, su hijo, al que él mataba con sus propias manos.

Se había despertado sobresaltado, cubierto de sudor. Por suerte, Lucia dormía tranquilamente a su lado.

Aprovechó que debía reunirse con el comisario a primera hora de la tarde para echar un vistazo en el mercado del pescado y en lugar de regresar a casa decidió ir otra vez a San Gregorio Armeno. La tienda donde trabajaba el muchacho se encontraba cerrada al público, aunque la puerta de madera estaba entreabierta.

Se asomó al interior y encontró al dueño a solas.

—Sargento, pase, pase. Un gusto volver a verlo.

—Disculpe —dijo Maione mirando atentamente a su alrededor—, quería comprar un par de ovejas, pero veo que está cerrado. ¿Cómo es eso? ¿Ha pasado algo?

—No se lo imagina —respondió el hombre con un suspiro teatral—. ¡Estuvimos al borde de la tragedia!

—¿Qué ha pasado?

El dueño de la tienda salió de detrás de la caja y se plantó en medio de la tienda vacía.

—Ayer por la tarde, a la hora de cerrar, estaba contando la recaudación del día, una suma considerable, porque ya sabe usted que éstas son fechas especiales en las que tenemos que ganar para mantenernos todo el año. En fin, que estaba detrás de la caja, allí mismo, ¡cuándo entraron cuatro enmascarados con cuchillos en la mano!

Maione simuló horrorizarse por la noticia, sonriendo para sus adentros al comprobar que los bandidos se habían multiplicado y que llevaban máscaras como en las películas de indios y vaqueros.

—¡No me diga! ¿De veras? ¿Y le robaron?

—Podría haber sido una tragedia —contestó el hombre poniendo mucho dramatismo—, la caja de dos días completos. Me vi perdido. Pero se interpuso Biagio, ¿lo recuerda?

Maione puso cara de no saber de qué le hablaba.

—No, ¿quién es?

—¿No se acuerda? El muchacho ese del que usted dijo que era muy bueno, el tallador. ¿Se acuerda ahora?

El sargento fingió recordarlo en ese momento.

—Ah, sí, el rubito.

—Ese mismo —asintió el hombre—. Se puso aquí, donde usted me ve a mí ahora, entre los ladrones y la caja, con el cuchillo que por la mañana había usado para tallar, y se batió a duelo con esos canallas, como en una comedia napolitana, ¿sabe usted, cuando interpretan la última escena? Pues lo mismo.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues que cuando los delincuentes vieron que las cosas se ponían difíciles, salieron corriendo por el callejón. Quiso el destino que en ese preciso momento llegaran a la tienda la esposa y los niños de Biagio, que si los ladrones llegan a escaparse hacia el otro lado, se hubieran topado con ellos. Un peligro enorme.

—Pasaría usted un mal rato.

—Ni se lo imagina. También nos ayudó el hecho de que justo cuando esos tipos estaban aquí dentro, se oyó un silbido como los que hacen los polizon..., en fin, como los que hacen ustedes con sus silbatos. Pero resulta que después, ahí fuera, no apareció ningún agente. Qué raro, ¿no?

Maione puso cara de incertidumbre.

—Ya sabe que a veces los niños imitan muy bien los silbatos de la policía.

—Por no mencionar a las brigadas de los fascistas, que también dan vueltas por ahí. Ésos son peores que ustedes, sin ánimo de ofender, sargento, porque primero reparten golpes y después preguntan. A esos tampoco se les ve el pelo cuando uno los necesita.

Maione miró al hombre a la cara con gesto torvo; él se encontraba allí aunque no había podido dejarse ver.

—En fin, ¿cómo es que no ha abierto hoy?

El dueño esbozó una sonrisa ancha y magnánima.

—Le he dado medio día de fiesta al muchacho para premiarlo por lo de ayer. Se ha ido a la Villa Nazionale con sus niños, para que tomen un poco el aire y se compren unas almendras tostadas con el dinerito que le he dado. Hoy abriremos después de comer.

En la Villa Nazionale, pensó Maione. Una familia feliz, que pasea la antevíspera de Navidad.

Se acercó a la mesa y cogió un san José de barro parecido al que encontraron hecho añicos en casa de los Garofalo. Lo sopesó para comprobar su consistencia.

—Bonito, ¿eh, sargento? No es porque yo lo diga, pero nuestros productos son refinados, no como esas porquerías que hacen por aquí alrededor en las que no se sabe dónde está la cara y dónde está el cuerpo, de lo mal pintadas que están. Fíjese qué rasgos, la barba, el bastón.

—Según usted, ¿qué representa san José? —le preguntó, con el ceño fruncido.

Se refería al trabajo, la carpintería, los artesanos. Sin embargo, el hombre le contestó:

—Representa al padre de los hijos, sargento. Todo el amor y todo el sufrimiento que aguanta un padre. Porque siempre se dice, la madre, la madre. Pero nosotros, que sudamos sangre en silencio de la mañana a la noche, ¿por quién lo hacemos si no es por los hijos? Claro que a los padres nunca se nos tiene en cuenta. Y san José representa eso, a un padre que se mantiene apartado, que trabaja en la sombra y en silencio durante toda la vida por el bien de sus hijos.

Maione escuchó sorprendido.

—Todo se hace por los hijos —dijo luego—. Ellos son lo que más cuenta, ¿no?

—Sí, sargento. Ayer cuando me vi delante esos cuchillos, no pensaba en otra cosa. Lo único que uno pide es trabajar en paz por el bien de sus hijos.

De pronto el policía se sintió aplastado por una angustia infinita. El bien de los hijos, sí. Pero ¿los hijos de quién?

—Gracias, le deseo una feliz Navidad. Y hágame el favor de cerrar a su hora, que los ladrones aprovechan cuando las calles se vacían.

Una salida más, con aquel mar frío que parece una mesa de cristal negro, comprimida por un cielo pesado como el mármol.

Una salida más, desafiando al tiempo, para arrancar un hálito de vida al agua. En las horas en las que el día pugna con la noche, cuando las luces tiemblan en el aire inmóvil y las manos ateridas no atinan a aferrar los cabos y los remos.

Una salida más, desesperada por ser más breve, en la que el tiempo y la necesidad contribuirán al frenesí de las maniobras.

Una sola posibilidad, correr de una banda a la otra de la barca para asegurarse de que no haya nudos en la red, que las mallas no se enreden bajo la superficie y se capturen a sí mismas, que después de tanto esfuerzo, de tanto cuidado y tanto empeño no suban a la superficie únicamente una masa de cuerdas y algas.

Una sola salida, y en la mitad de tiempo, para ver qué más podremos ofrecer en las cestas de juncos a los ojos de aquéllos cuya única preocupación es preparar la comida de Navidad.

Una salida más, y cómo duelen estos huesos que, cuando cumplan cincuenta y pocos años, dolerán tanto que nos dejarán paralizados, atados a una silla desde la cual contemplaremos a los jóvenes que acabarán como nosotros. Una sola más, en este amanecer gélido del día de la antevíspera de Navidad, tan distinto de los otros.

Soñaba con recoger una red llena de picareles y calamares, de corvinas y chuclas con sus barrigas plateadas, de bogavantes y anguilas de mar, para llenar el fondo de la barca y sentir cómo se restriegan entre los pies, su vida por la nuestra y la de nuestros hijos.

Una salida más, vida contra vida, por cuatro cuartos.

Y por otra Navidad.

Ricciardi decidió pasar por su casa, en vez de quedarse en la jefatura hasta la tarde o de ir al Gambrinus a tomarse una *sfogliatella* a toda prisa.

Era algo raro en su rutina, normalmente renunciaba al tiempo necesario para llegar hasta Santa Teresa y regresar, más de una hora en total, para no sustraerlo a los compromisos de trabajo y la tediosa burocracia que lo rodeaba.

Esta vez quería regresar a su casa. La multitud que llenaba las calles a pesar del frío invadiría el café, obligándolo a esperar largo rato de pie, de manera que la pausa resultaría más fatigosa que relajante; aunque el motivo principal no era ése.

El motivo era Rosa. Desde hacía unos días había notado que el rumor de fondo de las quejas de la mujer sobre el desorden de su vida, la música de acompañamiento poco agradable de sus horas vespertinas, se había atenuado hasta casi desaparecer. Su tata estaba distraída, nerviosa, como preocupada.

Al principio no fue más que una sensación que después se transformó en certeza. Quería preguntarle cómo se sentía, si notaba algún malestar; quería preguntárselo, aunque sabía que haciéndolo se expondría a una larga parrafada sobre la soledad, la necesidad de formar una familia, en una palabra, sobre todos aquellos temas que constituían los caballos de batalla de Rosa.

Mientras se abría paso entre la masa de gente que abarrotaba la via Toledo, reflexionó sobre el hecho de que él, por el contrario, tenía una familia. Formada nada menos que por aquella extraña viejecita, enérgica y sencilla, frágil y muy fuerte que lo acompañaba desde su nacimiento, sin separarse de su lado, atenta desde su puesto de retaguardia, más que su padre muerto joven, más que su madre siempre enferma, más que nadie. Su familia, a la que quería más de lo que era capaz de demostrar, más de lo que hubiera estado dispuesto a reconocer.

Durante el trayecto, la multitud de los vivos aparecía salpicada de muertos. Un muchacho caído de un andamio, con el cuello partido, llamaba a su madre; un hombre víctima de una paliza, que a través de la mandíbula fracturada despotricaba contra un tal Michele; una mujer atropellada por un automóvil en medio de la calzada, que desgranaba como en una plegaria la lista de la compra, mientras de la pierna arrancada de cuajo la arteria bombeaba sangre al vacío.

Aquí estoy, pensó Ricciardi. Como uno más, en medio de la multitud. Ni gordo ni flaco, ni alto ni bajo; las pequeñas manos nerviosas hundidas en los bolsillos del abrigo, el mechón de pelo rebelde sobre la frente. Como uno más, en medio de la multitud.

La única diferencia, reflexionó con amargura, radica justamente en la multitud. La mía se compone de vivos y muertos, de indiferencia y dolor, de gritos y silencios. Soy el único ciudadano de una ciudad formada por gente que está muerta y cree estar viva, y por gente que respira y cree estar muerta.

Al llegar a su casa, abrió la puerta y notó que alguien estaba llorando en la sala.

La Villa Nazionale se encontraba llena de gente a pesar del frío.

Se encontraba llena de gente porque aquél también era un campo de batalla del 23 de diciembre, en el que pugnaban dos bandos opuestos, el de los vendedores y compradores de todo tipo de mercancías. Hasta el último centímetro estaba ocupado por tenderetes detrás de los cuales los comerciantes trataban de protegerse del frío y la humedad del mar tapándose hasta los ojos con todo tipo de prendas.

La naturaleza lúdica del paseo por la Villa orientaba la elección de las mercancías expuestas: globos, juguetes de latón y madera, dulces; pero también bibelots, cerámicas, vajilla y trastos varios. El resultado era la variopinta cacofonía de reclamos y regateos, bajo un cielo cada vez más oscuro que no auspiciaba nada bueno.

Maione tardó un rato en divisar a quien buscaba, una familia similar a tantas otras, una pareja joven con dos niños pequeños. Acompasó el paso al de los Candela, a un centenar de metros de distancia, escudado tras una cortina de personas que se preparaban para recibir la Navidad con un último paseo entre los árboles, junto al mar.

Los Candela no se podían permitir un cochecito; la niña iba de la mano de la madre, el pequeño, sobre los hombros del padre, que le sujetaba los piececitos con las manos. Maione comprobó que, al contrario que la mayor parte de los críos, los hijos de Biagio no pedían con insistencia que les compraran dulces o juguetes. Los habían educado para resistir a sus propios deseos, o sencillamente estaban contentos con el paseo y no necesitaban nada más.

Al cabo de un momento se detuvieron en un espacio abierto para sentarse en la hierba, no lejos del palco donde una orquesta reorganizada y muerta de frío tocaba arias de óperas sin cantantes. La madre sacó de un capazo un envoltorio con rebanadas de pan, las repartió al marido y a la hija, y se puso a desmenuzar algo que luego daba de comer al pequeño con los dedos. Maione se apostó debajo de un árbol, a unos veinte metros.

¿Qué hago yo aquí?, se preguntó. ¿Qué quiero de estas personas? ¿Por qué sigo observándolos, estudiando sus movimientos, sus expresiones? De este modo, viéndolos vivir, no voy a averiguar lo que quiero hacer. O lo que debo hacer. No hago más que empeorar las cosas, cuando llegue el momento. Saber cómo sonrío a sus hijos, haberlo visto rodar en la hierba con la niña, como hace ahora, o tallar la madera con la mano izquierda y mordiéndose la punta de la lengua, como un crío, o arriesgar la vida para evitar que roben un dinero que no es suyo, no me ayudará. En nada.

A su alrededor, la Villa bullía con el nerviosismo de la expectación por el futuro, el entusiasmo y el optimismo. Las expresiones de las personas eran alegres, la pobreza y la desesperación parecían lejanas, aunque allí estaban, debajo de la superficie de la fiesta inminente, que pasaría demasiado deprisa.

Maione estaba desconcertado, sentía pánico. Por primera vez en su vida, en su interior, lo correcto y lo incorrecto cambiaban sin cesar de sitio, difuminándose y transformándose en conceptos volátiles e inasibles como el globo escapado de la mano de su pequeño propietario, que volaba en el cielo gris.

Sintió frío y se dio cuenta de que provenía de su interior. Le hubiera gustado tener a alguien cerca que lo ayudara. Se pasó la mano por los ojos, desconsolado.

—Podrías hablar conmigo. Antes lo hacías, podrías seguir haciéndolo.

Se volvió con el corazón en la boca. A pocos centímetros de los suyos vio los ojos azules de su esposa.

Ricciardi se precipitó al salón y encontró a Rosa sentada en la butaca; lloraba sosteniendo algo en la mano. Nada más verlo, la mujer trató de incorporarse a toda prisa secándose la cara con la punta del delantal, pero desistió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ricciardi, ansioso—. ¿Te encuentras mal? ¿Te has caído?

—Inútil, soy una inútil..., una vieja inútil..., tiene que meterme en un asilo, de esos donde encierran a los viejos como yo. Ya no puedo con mi alma, ya no puedo seguir sola...

Ricciardi miró a su alrededor, tratando de intuir los motivos de aquel tormento. Desde que tenía memoria, es decir, toda su vida, solo había visto a Rosa llorar en una ocasión: al morir su madre, la baronesa. La había acompañado al funeral de algunos de sus hermanos, habían pasado momentos tristes, como la separación definitiva de la casa de Fortino en la que se había criado, pero jamás la había visto llorar.

Ahora la veía frente a él, en la butaca del salón, sumida en un llanto irrefrenable.

—Por favor, Rosa, no llores más, no sé qué hacer. ¡Me preocupas! ¿Cómo se te ocurre decir esas cosas? Tú no eres inútil, yo te necesito. No digas tonterías, por favor.

Mientras lo decía, se dio cuenta de que era verdad, y que lo que había pensado durante el trayecto de regreso a casa no era más que eso: la vieja tata era toda su familia, y sin ella se encontraría mucho más solo de lo que se sentía.

—Me estoy convirtiendo en un peso para usted. Dentro de poco ni siquiera podré vestirme sola, imagínese si voy a poder cocinar, planchar y ocuparme de la casa. Soy una vieja inválida y no hago más que causar problemas...

Ricciardi se arrodilló junto a la butaca. Tendió la mano y la posó con indecisión en la cabeza de la mujer, que se cubría la cara, desesperada; le acarició despacio el cabello gris recogido en un moño.

—Deja de llorar, vamos. Tú no eres una inútil. Más bien la culpa la tengo yo. Es una locura que te haga trabajar así a tu edad. ¿Sabes qué haremos mañana? Contrataremos a una criada, así ella se ocupa de las tareas y tú la diriges. ¿Qué te parece?

Rosa levantó la cabeza de sopetón y le lanzó a Ricciardi una mirada belicosa.

—¿Ha perdido usted el juicio? ¿Para que nos robe el dinero? Para mí sería mucho más trabajo controlarla que ocuparme de las tareas. Aaah, se me olvidaba que a usted el dinero le importa muy poco, que si no fuera por mí, en el pueblo los campesinos le habrían quitado hasta la camisa que lleva puesta.

Por fin la Rosa que él conocía.

—Como quieras, lo que tú digas. Quizá podríamos traer a alguien del pueblo.

¿Qué te parece? Así te sentirías más cómoda, quizá a una de tus sobrinas, la hija de uno de tus hermanos. Para ayudarte, nada más.

Contrariada, Rosa agitó en el aire una mano, como si quisiera ahuyentar un mosquito.

—Ya veremos, por ahora, ni hablar.

Ricciardi asintió, sin dejar de acariciarle la cabeza; el gesto parecía tener un efecto benéfico, habría hecho cualquier cosa con tal de no verla llorar.

—Vamos a ver, ¿me quieres decir qué diablos ha pasado? ¿Por qué llorabas con tanto desespero?

Rosa lanzó un profundo suspiro y levantó el puño delante de la cara de Ricciardi. Abrió la mano despacio y el comisario vio los fragmentos de algo que le resultaba vagamente familiar.

—¿Y eso qué es?

—Ni siquiera lo reconoce —dijo Rosa, desesperada—. Es el Niño Jesús de la baronesa. Se me ha caído. ¡Porque con estas manos ya no consigo sostener nada!

Las lágrimas volvieron a surcar sus mejillas, y a Ricciardi se le encogió el corazón.

—¡Por favor, no llores más! No es nada, tanto llanto por una pieza de cerámica vieja, ya verás cómo la arreglamos. La encolamos y ya está. Temí que hubiese ocurrido algo realmente serio. Esto es una tontería.

—No es ninguna tontería. Lo siento muchísimo, es una cosa antigua a la que su madre le tenía mucho aprecio, y con la que todos los años yo hacía el pesebre.

A Ricciardi le dieron ganas de sonreír, pero no quería restar importancia al incidente que la tata se tomaba tan a pecho.

—No te preocupes, compraremos otro. Me han contado que el verdadero pesebre es así, hay que ir añadiendo piezas, una o dos cada año.

Rosa se miraba la mano en silencio. De repente se puso en pie y dijo:

—Fíjese en esto.

Ricciardi vio el temblor y notó una punzada en el corazón, más fuerte que antes. Guardó silencio un rato, luego le cogió la mano a Rosa y la besó con ternura.

—Quédate tranquila, por favor, no te preocupes. Verás que no es nada. Y ponte enseguida en contacto con los del pueblo, manda llamar de inmediato a tu sobrina. No quiero que vuelvas a quedarte sola, ¿entendido? Nos lo podemos permitir y está decidido.

La mujer bajó la vista.

—Si hubiese formado una familia, como era normal —murmuró—, ahora no haría falta que viniera ninguna sobrina.

Rosa era Rosa, nada la cambiaba, ni siquiera la mano temblorosa. Por suerte.

—De todos modos hagamos venir a tu sobrina, hazme caso. En estas cosas yo soy

un poco lento. Y ahora levántate, anda, que tengo hambre y debo volver al trabajo.

Antonio Lomunno se miraba las manos. Pensaba qué inadecuadas eran en la nueva situación.

Había concebido la ilusión de estar destinado a una vida de despacho, a una progresión constante de una carrera luminosa, a un destino de creciente bienestar para él y su familia; después, todo había terminado, y ahora le habría venido bien saber hacer algo humilde pero provechoso.

De jovencito le gustaba tallar madera, aunque nunca había puesto en práctica aquella pasión porque, como decía su padre, lo distraía de los estudios. Se construía pequeños ejércitos, a los que hacía combatir en los largos domingos lluviosos cuando no podía salir a jugar al patio. Ahora, su antigua habilidad solo le había servido para hacer el pesebre a sus hijos.

Lo miró: un lujo absurdo para una barraca donde faltaba de todo. Sus hijos no se quejaban nunca, ni siquiera cuando ese maldito vino barato le nublabla la razón, y por cualquier nimiedad le daba por despotricar contra el mundo entero. Lo miraban con fijeza, pero no lloraban ni huían de su lado.

Era cuanto tenían, y ellos eran cuanto tenía él.

En los largos y terribles meses pasados en la cárcel, se había aferrado al recuerdo de sus hijos; el amor que le inspiraban lo había salvado de la locura, cuando el director de la cárcel le comunicó lo que había hecho su esposa.

Sus hijos, sin duda, y el deseo de venganza.

Dos sentimientos opuestos, fuertes e intensos por igual. En las noches que pasó con los ojos abiertos mirando el techo, mientras las cucarachas cruzaban a toda velocidad la celda, atento a las manos toscas que intentaban tocarlo, aquellas pasiones se unían para mantenerlo vivo.

Sin embargo, en el momento de abandonar la cárcel, las dos emociones se habían convertido en enemigas; si quería sacar adelante a sus hijos, si quería mantener una esperanza de salvación para ellos, debía renunciar a la venganza.

Mientras se disponía a enfrentarse al día de trabajo provisional que había conseguido, pensó en la sangre derramada; y en su propia sangre, que corría por las venas de los dos niños, envejecidos demasiado pronto, que lo observaban mientras se vestía.

Se miró las manos otra vez, y pensó que cargar y descargar pescado en el mercado era algo que sabría hacer. No hacía falta tanta ciencia. Y todo era honrado si servía para sus hijos.

Alargó la mano sobre el pesebre y cogió la figura de san José. La estatuilla original, la que tenía en la bonita casa de su vida anterior, se había perdido; ésta la había tallado él en madera y la había coloreado con barniz. Tú también eras padre,

murmuró. Un padre que pensaba en trabajar por su hijo, sin tanta cháchara, sin tanta filosofía.

Dejó la figura en su sitio, entre las otras, y sonrió con tristeza. Entre todas las casitas del pesebre también tenían cabida las barracas como la suya.

Se levantó, besó a los niños y se fue para el mercado.

Maione boqueó dos veces, como un salmonete recién pescado, en el fondo de una barca. Sintió una especie de extrañamiento, como si Lucia se hubiese materializado a su lado a raíz de su evocación. Como si hubiese llegado a la Villa Nazionale en alas de su pensamiento.

La miró con fijeza, el sombrero ajustado con una cinta, el abrigo con cuello de pieles que le había regalado hacía tantos años y que ella conservaba como nuevo, las mejillas enrojecidas por el frío y aquellos ojos azules que miraban en la misma dirección en la que él mismo había estado mirando segundos antes.

—Luci', ¿qué haces aquí?

La mujer no respondió, los labios apretados, la expresión decidida.

—No es por trabajo —dijo por fin—. Y no intentes siquiera decirme que estás aquí por trabajo, que estás siguiendo a algún delincuente la antevíspera de Navidad. Esa gente no está escapando, ésa es una familia normal, que toma un poco el aire en la Villa. Rafe', ni se te ocurra contarme mentiras.

Maione conocía a su esposa. En casa, cuando Luca vivía, a veces decían en broma que la auténtica policía era ella. No obstante, el sargento lo intentó.

—¿Y eso qué tiene que ver? Si supieras cuánta gente parece normal, inofensiva, y después resulta que hace unas cosas que nadie imaginaría. Ten en cuenta que las personas no son lo que parecen.

Sin apartar la mirada de la familia de Biagio, Lucia respondió:

—Tonterías. Hace un momento te echaste las manos a la cara. Y eso lo haces cuando estás confundido, cuando no sabes qué tienes que hacer. Y en el trabajo nunca tienes vacilaciones. Aquí el problema es otro, y quiero que me lo cuentes.

Maione no supo qué decir.

—Llevo un tiempo vigilándote —prosiguió la mujer—. Desde que regresaste por la noche, hace tres días, cambiaste de humor. Estás triste, pensativo, no das pie con bola. Tratas de mostrarte normal, pero yo te conozco. A mí no me engañas. Cuando estás en medio de una investigación, te concentras tanto que te la traes a casa, pero siempre dentro de ciertos límites. Esta vez hay algo más, y quiero saber de qué se trata.

Su tono no admitía réplicas.

—Ven, Luci'. Sentémonos en aquel banco, y te lo cuento.

Unos rayos de sol se abrieron paso con dificultad entre las pesadas nubes negras e iluminaron el mar aquí y allá. El asiento estaba helado, pero se soportaba gracias a que no soplaba el viento. Los paseantes se fueron reduciendo porque era ya la hora de la comida, aunque la orquesta resistía heroica, manteniendo en alto la atmósfera navideña como la bandera de un regimiento en la trinchera.

—¿Crees que hay cosas que nunca se terminan, Luci’? ¿Crees que se puede poner fin a ciertos dolores y volver a vivir?

La señora Maione se sentó rígida, la cara parapetada tras el cuello de pieles. El sargento no veía su expresión. Mejor, así encontraría el valor para contárselo todo.

—Creo que tanto las alegrías como los dolores dejan su marca. Y que hay que resignarse a llevar esas marcas. No terminan, no, te dejan diferente. Pero le debes una explicación a quienes dependen de ti. Lo descubrí al cabo de tres años, ya lo sabes. Nunca hablamos de ello. Un buen día te sonreí y tú me abrazaste. Es lo único que sé y lo único que me importa.

Dos gaviotas le protestaron al invierno con sus chillidos. La esposa de Candela le contaba algo a sus hijos, que la escuchaban embelesados; él miraba el mar y fumaba sentado en el suelo.

Lucia y Raffaele, a pocos metros de la pareja y de los niños, los contemplaban y de vez en cuando miraban el mar, traspasado por los rayos de sol. La Navidad se cernía sobre todos, mitad promesa, mitad amenaza.

—Habla. Presiento que se trata de algo no solo tuyo, sino que me incumbe también a mí. Si es así, y sé que lo es, entonces tienes que contarme hasta el último detalle.

Así era, Maione lo sabía. Su mente sencilla comprendía que debía compartir con Lucia lo que estaba ocurriendo, pero el temor a romper el débil equilibrio que habían conseguido recuperar tras la muerte de Luca, lo paralizaba.

Comprendió de pronto que había cruzado esa línea en el mismo momento en que se había enterado de que aquel muchacho rubio, de aspecto amable e inofensivo, sentado tan cerca de ellos, era el asesino de su hijo.

Maione suspiró. E inició su relato.

Habló, y su voz parecía el murmullo del mar en la playa desierta. Habló, y sus palabras susurradas cavaron un surco profundo como el infierno. Habló, y al hacerlo, relató cosas de sí mismo, ordenando sus pensamientos vagos y rebeldes que viajaban entre la mente y el corazón, sin dejar sosiego.

Habló, y fue como si hubiese pasado un siglo desde la noche en que, tres días antes, se había encontrado con el fantasma de Franco Massa, esperándolo en la esquina de la via Toledo.

Habló de la voz ronca que provenía del corazón roto de un padre que no había tenido hijos, y a través de aquella voz contó de una confesión arrancada mediante una gran mentira, y de la gran verdad revelada en aquella confesión.

Habló de un hombre culpable de muchos delitos e inocente de uno solo, que había muerto convencido de haberse arrepentido delante de un sacerdote, y de aquel sacerdote falso que decidía condenar a muerte a un hombre inocente de todo menos de aquel delito. Y de la remisión de la condena, que estaba en sus manos, las del

padre que había tenido un hijo que ahora había perdido.

Habló de su visita a la buhardilla de Nenita, de un nombre y una dirección susurrada entre cortinajes de seda y palomas moribundas. Y del trayecto hasta San Gregorio Armeno, en una Navidad que era como una representación colectiva carente de sentido, al ritmo de la canción de muerte que sonaba en su corazón.

Habló del vacío en el estómago y del mareo, cuando a la luz del alba había visto por primera vez la mano que había cambiado el color del sol y el sabor de la felicidad. Del horror que sintió al ver que el asesino y la víctima tenían el mismo cabello rubio, la misma juventud.

Lucia navegaba en silencio en las olas del relato de su marido como en una densa niebla. Tuvo la sensación de estar escuchando una historia que nada tenía que ver con ella, de estar observando de lejos los hechos y los personajes como en el cine.

Maione seguía hablando con la vista clavada al frente, siguiendo el fluir de sus pensamientos. Sentía una gran opresión de la que se iba liberando.

Habló de la mano que seguía empuñando el cuchillo, aunque para dar vida en la madera a un personaje, no para quitarla clavándolo en la espalda de su hijo. Del orgullo del dueño de la tienda, de la sonrisa de la joven esposa desde el balcón del edificio de enfrente, de la alegría de la niña al abrazarse al cuello de su padre.

Habló del atraco, de la reacción instintiva del muchacho, de los bandidos que salían por piernas, sin saber que a pocos metros de distancia, Lucia asistía a esa misma escena, preguntándose por qué su marido no intervenía y deseando que no lo hiciera para no correr riesgos.

Hizo una pausa. Y siguió hablando, con el mismo tono, susurrando en el aire calmo y gélido del 23 de diciembre, cuando la ciudad contiene el aliento a la espera de la Navidad, y le describió la tormenta que sacudía su alma desesperada, el alma de un policía que quería ser padre, y, en cambio, las circunstancias y Franco Massa querían convertir en juez y verdugo.

Le contó a Lucia sobre ella misma, le dijo que su dolor de madre, los días en el abismo pasados en la cama, mirando el retazo de cielo, eran para él la obligación que más oprimía su pecho impulsándolo a cumplir con la sentencia. De cuánto pesaba sobre su espalda la carga de sufrimiento que día tras día llevaban todos, sin pronunciar palabra.

Al final calló. Y en el silencio los dos se dieron cuenta de que tenían la vista clavada en la nuca del asesino de Luca que, a su vez, contemplaba los esporádicos rayos de sol sobre el mar oscuro. Las dos gaviotas se llamaron y se contestaron.

Lucia habló. Su voz era seca y venía de lo más hondo de un alma que nunca había dejado de morir. Al escucharla, Maione supo que su impresión de que había superado el abismo era del todo falsa, que su esposa se había limitado a aprender a vivir con el dolor, dejando de luchar contra él.

—A veces siento que sigue prendido a mi pecho y lo amamanto. Qué absurdo, ¿no? Lo vi hacerse un mocetón, le planchaba aquellas camisas enormes. Me levantaba en brazos él a mí, me hacía dar vueltas hasta dejarme sin aliento, ¿te acuerdas? He tenido cinco hijos más, y sabes bien cuánto los quiero. Pero lo siento aún pegado a mí, sorbiéndome la vida. El primer hijo, Rafe', es distinto. Es el que te ha dicho quién eres y quién serás el resto de tu vida. Una madre. Solo una madre.

Maione luchaba contra las lágrimas. Asintió con la cabeza, pero su mujer no lo miraba.

—Me he casado con el único hombre que he amado en mi vida. Me casé con él porque me hacía reír, me conmovía. Me casé con él porque es obstinado y honesto, porque es policía. Porque lucha contra lo que está mal, y sobre todo, porque sabe reconocer el mal y se lo enseña a mis hijos, así comprenden el bien. Y la diferencia que hay.

Maione respiró hondo. Tuvo la sensación de estar soñando. El hijo de Candela se acercó gateando a su padre, se sentó a su lado y le pasó la manita detrás de la espalda. El hombre no se movió. Lucia siguió reflexionando en voz alta.

—El amor de mi hijo. El amor de mi marido. Eso soy yo, Rafe', nada más ni nada menos que el amor de mi hijo y el amor de mi marido.

Se volvió hacia Maione, y sus ojos eran como una ventana abierta al mar estival.

—Es Navidad, Rafe'. Por Navidad Luca nos escribía una carta, ¿te acuerdas? La dejaba debajo de tu servilleta, y tú fingías sorpresa, como haces ahora con las cartas de nuestros otros hijos. ¿Recuerdas lo que nos escribía en aquellas cartitas? Todavía las conservo. Nos decía que quería hacer de bueno, como tú.

Maione creyó que estaba a punto de morir, en aquel banco helado de la Villa Nazionale, a escasos metros del mar. Morir con el corazón roto de pena.

—Es Navidad, Rafe'. Luca no volverá por Navidad. Yo le reservo un sitio en la mesa, como siempre, con su plato y sus cubiertos. Pero él no vuelve. Nunca volverá. Y después de toda una vida, ¿quieres decirle precisamente ahora que se encuentra en el mundo de la verdad, que estás dispuesto a cometer la terrible infamia de dejar viuda a una mujer y sin padre a dos niños inocentes? Nuestros hijos, los hijos ajenos, siempre son hijos.

El sargento miró a su mujer, indeciso.

—¿Qué debo hacer, Luci'? ¿Qué debo hacer ahora?

De las mangas del abrigo salió una mano blanca y delgada. Subió hasta la cara del marido, lo acarició y secó la lágrima que Maione ignoraba haber derramado.

—Ya te digo yo lo que debemos hacer. Es Navidad. Debemos levantarnos e irnos a casa. Todavía me queda por preparar el segundo plato de esta noche, y tú tienes que terminar tu jornada. Después lo celebraremos, porque es Navidad y tenemos cinco hijos que quieren una madre sonriente y un padre honesto a los que escribirles la

cartita.

Delante de ellos, la niña se había dormido y el padre había levantado en brazos al pequeño, mientras seguía persiguiendo con la mirada perdida en el vacío a los fantasmas de su conciencia.

Lucia se levantó, aferró a su marido de la mano y ambos fueron hacia la salida de la Villa, mientras la orquesta tocaba y el mar se mantenía en calma bajo los escasos rayos de sol y las muchas nubes negras.

Encima de ellos, la ciudad encaramada a la colina, fue encendiendo poco a poco sus luces. Como en un pesebre.

A Ricciardi y a Maione la Navidad se les echó encima aullando en cuanto doblaron la esquina de la via Toledo. Como era tradición, el 23 de diciembre transformaba una de las calles más históricas de la ciudad, la misma que desde los antiguos barrios del ejército aragonés llevaba hasta el puerto, en el gran mercado al aire libre del alimento estrella de las mesas festivas napolitanas: su majestad el pescado.

Decenas de pilones de madera pintados de azul para dar una idea de mar y frescura habían sido dispuestos, como todas las navidades, en las aceras, decorados con redes de pesca, erizos, algas e incluso caballitos de mar. En su interior, en veinte centímetros de agua de mar, constantemente remojados, coleaban peces de todos los colores, anguilas, boquerones y otros recién atrapados.

La calle, ancha y breve, era el lugar perfecto para la exposición y el paseo de los tan deseados compradores. Los pescaderos habían colocado una cuña en la parte posterior de sus tenderetes para inclinarlos hacia la calle con el fin de ofrecer a la vista la máxima superficie; en perfecta simetría sobre ellos habían dispuesto las *spaselle*, unas cestas bajas de junco trenzado, repletas de almejas y tellinas, mejillones y langostas con las pinzas atadas con cordel y antenas en perenne movimiento, mújoles boqueantes y salmonetes de roca.

Unas lámparas de acetileno, que desprendían una luz casi cegadora en la tarde cada vez más oscura, iluminaban los tenderetes. Alrededor, las decoraciones preparadas esa misma noche con fatiga por las manos de las mujeres: flores, algas verdes, conchillas, piedras de colores para reforzar la impresión de que el mar había ido a visitar la ciudad por Navidad.

El perfume a mar era intenso, tanto por la vegetación como por la fauna presentes en gran medida; pero también por el agua salada con que se rociaba sin parar la mercancía para acentuar la impresión de frescura, y sobre todo, por las caras morenas y duras como el cuero de los pescadores quemados por el sol y curtidos por el viento, con los pantalones arremangados en las pantorrillas musculosas y los sombreros blandos en forma de pirámide echados hacia atrás sobre los hombros. Dispuestos a esbozar sonrisas tentadoras con sus bocas desdentadas, la chaqueta echada sobre un hombro y la balanza en la mano, la mirada provocativa; encuentren, si pueden, mercancía mejor que la mía.

El ruido era casi insoportable. Al zumbido constante de la inmensa multitud que se hacinaba en busca de ocasiones se sumaban los reclamos de todos los vendedores.

—¡La red lo acaba de pillar, miren cómo colea!

—¡Recién pescado, acaba de salir ahora del agua!

—¡Pescado fresco, con limón está riquísimo!

Y no faltaba quien se decantaba por pregonar la procedencia específica de lo que vendía.

—¡Es de Marechiaro, de Marechiaro!

—¡Este viene de Pusilleco, fresco de Pusilleco, huele a fresco!

—¡Estos mejillones llevan dentro el alma de Mergellina!

Ya se sabe que la compra del pescado no podía hacerse con antelación y que en ninguna mesa podía faltar. Por ello, en ese único territorio y en pocas horas, los pescadores napolitanos jugaban su desesperada partida navideña. Motivo por el que todos participaban, esposas e hijos, parientes que normalmente se ocupaban de otros menesteres; contrataban trabajadores a jornal, con la esperanza de poder ganar suficiente para darles una paga adecuada.

Los dos policías avanzaban en silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos. El comisario se preguntaba, preocupado, por qué le temblaba la mano a Rosa; se propuso hablar con el doctor Modo y se arrepintió de haberla dejado sola, en las condiciones en que se encontraba. Estaba decidido, la obligaría a dejarse ayudar, a su edad ya no podía con la carga de trabajo que se imponía.

Por irracional que pareciera, sus pensamientos se centraban en Enrica, y en lo que consideraba su forma serena de afrontar la vida. Le hubiera gustado pedirle consejo. Después, su mente lo devolvía al camino trillado y triste de la imposibilidad de hacerla realmente partícipe de su vida, y se entristecía.

Livia era distinta. Ella era consciente de sus imprevistas tristezas, de la huella de soledad que llevaba marcada, y parecía convencida de querer aceptarla pese a todo. Quién sabe, pensaba Ricciardi, quizá al final es legítimo que cada cual escoja la vida que quiere.

Una vez más, Maione notó la cabeza como en una nube. La conversación mantenida con su esposa minutos antes en la Villa lo había dejado agotado.

No había códigos de honor, no había sentencias que dictar y ejecutar, eso le había dado a entender Lucia; solo había una vida que vivir, y cinco hijos que sacar adelante. Cada gesto tenía sus consecuencias, y había que ser conscientes de ello, en todo momento.

Al sargento le hubiera gustado sentir alivio, y en parte lo sentía; sin embargo, en lo más hondo de él una voz seguía preguntándose si había hecho bien, si hubiera podido convivir con la idea de que un asesino, de su hijo o de otros, siguiera con su vida como si tal cosa, sin cumplir una condena.

¿No puede ser, se preguntaba Maione, que la condena sea justamente ésa? ¿Vivir con el remordimiento constante y la pena de que tu hermano se muriera en la cárcel por un delito que tú cometiste con tus propias manos?

En la mirada de Biagio había leído, esa misma mañana en la Villa, una profunda melancolía. La familia y los recuerdos de infancia formaban parte de las fiestas, a

Maione le constaba. Si el hombre hubiese seguido siendo delincuente, el sargento no habría dudado en detenerlo y encarcelarlo: pero la honradez de su vida actual equivalía a haber descontado muchos años de prisión, y a no querer regresar bajo ningún concepto.

En el fondo, sabía que seguiría vigilando de lejos la vida de Biagio Candela; que no permitiría que con sus propias manos causara un nuevo dolor a nadie. Era una obligación que aceptaba de buena gana, como padre y como policía. Buscaría a Franco Massa, hablaría con él seriamente, lo convencería para que compartiera la decisión, que era más de Lucia que suya propia. Basta de dolor. Basta de sufrimiento.

Con esfuerzo, tanto Ricciardi como Maione volvieron a centrarse en la investigación que llevaban a cabo: los cadáveres de los Garofalo, la soledad de su pequeña merecían la máxima atención, entre otras cosas porque la Navidad ya había llegado para sepultarlo todo bajo la fiesta que detendría su actividad y todas las otras durante varios días.

Dieron vueltas un tanto desconsolados, en busca de alguna cara conocida. Después de pasar casi un cuarto de hora intentando abrirse paso en el río de gente, entrevieron a Lomunno que descargaba cajas de pescado de un carro tirado por un caballo y las llevaba al tenderete de un pescadero. Tenía la cara enrojecida por el esfuerzo y cubierta de sudor; con expresión concentrada ponía la máxima atención en que no se le cayera nada. Sus movimientos eran rígidos y hablaban de su escasa experiencia en este tipo de trabajo.

Maione le dio un codazo al comisario y se lo señaló. Mientras se acercaban, entrevieron una brigada de milicianos que cruzaba la calle; estaban allí para vigilar que en el mercado no se cometieran irregularidades, y la multitud se abría a su paso, como si quisiera evitar su contacto.

Ricciardi reconoció entre ellos a Criscuolo, el jefe de manípulo del bigotito móvil que le había contado la historia de la promoción de Garofalo. Miraba a su alrededor, circunspecto, como buscando a alguien.

El comisario retuvo a Maione del brazo; quería observar la situación sin que lo vieran. Apartó al sargento de la multitud y ambos se acercaron a un vendedor de calamares que seguía balanceando en la mano un ejemplar inmenso para demostrar su vitalidad.

A pocos metros, Criscuolo se detuvo junto al tenderete donde trabajaba Lomunno, que en ese momento se encontraba en el carro. El pescadero reconoció al miliciano y lo saludó, deferente, con una reverencia, la gorra en la mano; el oficial le contestó con un gesto expeditivo de la cabeza, y su bigotito vibró en consonancia. Hubo un intercambio de miradas, interrogativa la de Criscuolo, alusiva la del pescadero, en dirección a Lomunno, que en ese momento se acercaba.

Los ojos del miliciano y los de su ex colega se encontraron. Lomunno se sonrojó

visiblemente, avergonzado de ser visto trabajando de simple descargador por quienes habían sido sus subalternos, pero consciente de su deber de mostrar su gratitud al amigo por haberle conseguido el trabajo. Tras asegurarse del éxito de su recomendación, y con un estremecimiento del bigotito, Criscuolo quiso ahorrarle a Lomunno la mortificación de ser reconocido por los otros milicianos, ordenó rápidamente al grupito que diera media vuelta y todos se fueron hacia otra parte.

Ricciardi y Maione intercambiaron una mirada, tras comprender esa otra dinámica de las relaciones entre Lomunno y quienes habían sido sus compañeros de trabajo: la vida había decidido otra cosa; no obstante, algunas relaciones afectivas siguieron intactas. Aunque pensaran que había matado a Garofalo, los milicianos consideraban que Lomunno había descontado ya su pena.

Regresaron al centro de la corriente de transeúntes y se dejaron llevar, en busca de los otros protagonistas de la investigación; los encontraron a una decena de metros de allí. Estaban todos, el matrimonio Boccia, los tres compañeros de tripulación de la barca, un par de mujeres emparentadas con ellos, incluso el pequeño Alfonso, encargado de rociar el pescado con el agua de un balde, tarea que cumplía a conciencia.

Se empeñaban con esmero y profesionalidad, y sus expresiones, al menos eso le pareció a Ricciardi, hablaban de la preocupación de no poder vender toda la mercancía que tenían expuesta; atraían a los viandantes dando voces, trataban de adivinar el precio que estaban dispuestos a pagar, se mostraban dispuestos a aplicar descuentos.

El comisario los observaba, y observaba también a Lomunno que, infatigable, cargaba y descargaba cajas de pescado, a pocos tenderetes de distancia. Alrededor, el ruido de los reclamos de los vendedores y del regateo era ensordecedor, casi insoportable: a un metro de allí, un muchacho juraba por la Virgen a una señora que al precio que le vendía una bolsa de moluscos estaba perdiendo dinero: señora, como hay Dios que hoy en su mesa no pondrá almejas sino la misma frescura del mar del golfo.

Ricciardi pensó en los perfiles de los dos sospechosos, y en la perfecta correspondencia de éstos con los resultados de las investigaciones: Lomunno disponía de la fuerza, el móvil y la rabia para imprimir ferocidad al delito, y también de la cultura suficiente para destruir el san José, con el fin de demostrar que quitarle el trabajo a un padre era un pecado mortal; pero estaba solo, mientras las manos asesinas parecían dos; además, la venganza habría resultado mortal para Garofalo aunque también para sus hijos. Por otra parte, a Ricciardi, no le parecía que Lomunno fuera de los que asesinan al delator, artífice de su ruina, en su propia casa, y matan también a la esposa, probablemente lo habría esperado en otro lugar para llevar a cabo su plan con más comodidad.

Los Boccia tenían un móvil todavía más poderoso: la vida de su hijo. Y habían ido a casa de los Garofalo, los habían visto salir, conocían las costumbres del vigilante y habrían podido colarse otra vez. Por otra parte, eran dos y para llegar a cumplir el delito habrían tenido necesariamente que eliminar también a la mujer. Ricciardi no los consideraba capaces de asestar tantas puñaladas a un cuerpo ya muerto; y tampoco estaban en situación de atribuir una simbología a san José, y dejar ese tipo de firma, demorándose en el lugar del crimen más de lo necesario.

Quieto en la acera, zarandeado por la multitud junto a Maione, Ricciardi se convencía más y más de que algo no cuadraba en ambas hipótesis, y no disponía de otras.

De pronto, una anguila saltó de una pila a pocos metros de donde se encontraba. Y como por arte de magia, todas las piezas encajaron.

Si el pescado es el príncipe de las mesas navideñas, el *capitone* es, sin duda, el rey.

Esta gruesa anguila de quijadas protuberantes, gorda y resbaladiza, en constante movimiento, llega a casa atontada dentro del cucurucho en el que la envuelven, y en cuanto la echan al agua para lavarla, se reanima y vuelve a ser como una serpiente, ante la mirada de fascinación y terror de los niños que asisten a su cruenta preparación, espectáculo que jamás olvidarán. En efecto, las rodajas recién cortadas, empapadas en sangre, no dejan de moverse como dotadas de vida propia, como si el animal fuese capaz de derrotar a la propia muerte, hasta que, bien enharinadas, aterrizan en la sartén para convertirse en el plato principal de la cena navideña, acompañado de las típicas hojas de laurel.

En la vía Santa Brígida los pilones de las anguilas eran tomados literalmente al asalto a medida que pasaba el tiempo y se acercaba la hora de regresar a casa. Uno de los vendedores más activos, un guapo muchacho moreno de cautivante sonrisa y voz profunda, atraía a las mujeres sujetando en la mano grupos de anguilas y agitándolas en el pilón que tenía delante al tiempo que gritaba:

—¡Vivos y muertos, *capitone* auténticos, colas del *Diavulo*!

La frase simbólica, la referencia a las colas del diablo y a la vida y a la muerte llamaron la atención del comisario que se acercó, separándose de la multitud y de Maione, que seguía observando a los Boccia, a los que les iban bien las ventas.

Cuando Ricciardi estuvo cerca del pilón de las anguilas, en el traslado de la balanza al cucurucho de papel, un grueso ejemplar dio un respingo súbito y salió volando hacia la calle.

La muchacha que acababa de comprarlo siguió su trayectoria con la mirada, sorprendida como el pescadero por el coletazo de vitalidad de la anguila, que aterrizó entre los pies de una pareja que pasaba en ese momento. El hombre fue el primero en darse cuenta, dio un salto lateral que echó al suelo, con las piernas en el aire, a un niño que caminaba de la mano de su madre; la mujer lanzó un grito y, tras subirse la falda con ambas manos, se exhibió en una especie de danza propiciatoria alrededor del pobre bicho que se retorció sobre el empedrado de la acera.

En un instante el alboroto llegó a mayúsculo: unos gritaban, otros reían, una muchachita se echó a llorar al verse separada de sus padres, todos trataban de atrapar a la anguila que, resbaladiza y retorcida según su naturaleza, se zafaba de todas las manos.

Ricciardi miraba boquiabierto, era el único que seguía inmóvil en medio de la confusión general.

Miraba a la anguila, inasible. La veía deslizarse entre los dedos de todos, hasta

que, con un salto hacia adelante, el propio pescadero al que se le había escapado, la agarró y la condujo a su propio destino.

A esas alturas Ricciardi se había esfumado.

Se preguntaba cómo no se había dado cuenta antes; y eso que resultaba muy evidente.

Y desde el principio, claro como el agua.

Entretanto corría cruzando las calles aún llenas de gente, tenderetes, comida y mercancías.

Corría en medio del frío, pasando junto a los vivos y los muertos, tan concentrados en sí mismos que no escuchaban, incapaces de ver otra cosa que no fuera su mundo diminuto, incapaces de ver y comprender.

Ricciardi había cometido el mismo error. Ahora se daba cuenta. Había mirado cerca, donde le habían dicho que mirase. Se había detenido en la primera estación, luego en la segunda y la tercera, sin considerar que el tren podía hacer un largo recorrido para regresar al punto de partida.

Estaba enfadado consigo mismo por haberse dejado distraer de ese modo por sí mismo. Un paso atrás, maldita sea, se dijo mientras se afanaba a lo largo de la via Chiaia, abriéndose camino entre quienes seguían mirando escaparates, entre quienes reían y hablaban en voz alta sin decirse nada, entre quienes caminaban con la cabeza gacha y el ceño fruncido, sumidos en el silencio de sus propios pensamientos. Habría bastado que diera un paso atrás para que viera las cosas en su justa perspectiva y captara todos los signos.

Pensó en Rosa, en su llanto, en la incomodidad y la sensación de inutilidad. Volvió a enfadarse consigo mismo, por la incapacidad de su mente de establecer las conexiones correctas entre los indicios que había reunido. Ahora esperaba con todas sus fuerzas poder cerrar el círculo y que no ocurriera otro hecho terrible. Tembló al pensar en el riesgo monstruoso que habían corrido en aquellos días, persiguiendo quimeras. Y eso que todos se lo habían dicho, los muertos y los vivos; tenía razón. Modo, las manos que habían asestado las cuchilladas eran dos, con fuerza y desde ángulos distintos.

Las manos asesinas.

Se puso a correr más deprisa.

Maione se encontró solo en medio del torbellino de gente que invadía la via Santa Brigida. Se había quedado allí, observando a la familia Boccia, en su desesperada lucha por vender la mercancía; después, sus ojos se cruzaron con los de Angelina, la esposa de Aristide, que inclinó la cabeza a modo de saludo sin interrumpir el regateo por la venta de dos mújoles con un señor bigotudo, poco dispuesto a gastar. El sargento estaba fascinado por el sincronismo con el que todos se movían, y por la determinación que veía en las caras, incluso en la de Alfonso, el hijo mayor de los

Boccia, que era poco más que un niño.

Después le llamó la atención el tumulto ocasionado por la fuga de la anguila, y advirtió que había perdido de vista a Ricciardi. Miró a su alrededor, no lo encontró. Se preguntó dónde se habría metido, después vio que a lo lejos, alguien se abría camino en dirección contraria al fluir de la gente que iba al mercado, para dirigirse hacia la via Chiaia. Perplejo, se preguntó qué podía haber impulsado a Ricciardi a salir corriendo, sin avisarle siquiera, y trató de reconstruir los pensamientos de su superior.

La anguila, pensó; el niño de los Boccia, Lomunno; los milicianos.

Con una desagradable sensación de peligro inminente, se abrió paso a codazos entre el gentío.

Lo hicieron pasar a una sala de la planta baja que no había visto en las visitas anteriores. Era de noche; el aire se iba haciendo cada vez más frío.

Al principio no vio a nadie: la iluminación de la estancia era tenue, un par de lámparas bajas despedían una luz amarillenta que dejaba los rincones a oscuras. En el centro de la habitación, dominando el espacio, se alzaba el pesebre más grande que Ricciardi había visto en su vida; una auténtica ciudad en miniatura descendía desde la colina hacia un populoso barrio en cuyo centro, en una gruta amplia y alumbrada por una serie de bombillas ocultas, se encontraba la Sagrada Familia.

Aunque sumido en sus pensamientos, el comisario quedó fascinado por la estructura: casas lejanas con ventanas que brillaban en la oscuridad, rebaños de ovejas, vacas pastando, campesinos y pastores errantes por los campos más lejanos; tabernas, hosterías y todo tipo de tiendas en el nivel intermedio, con sus mercancías expuestas y sus tenderos y clientes enzarzados en conversaciones mudas y realistas; delante se veían ángeles, los reyes Magos, adoradores del Niño, representados por estatuillas de extraordinaria belleza y aspecto antiguo. Sin ser un entendido, Ricciardi calculó que el valor de aquel pesebre y el empeño por construirlo debían de ser realmente notables.

Mientras miraba boquiabierto, una voz estridente como una tiza que se quiebra en la pizarra le hizo dar un brinco.

—Nuestro pesebre es famoso en toda la ciudad, comisario.

Sor Veronica apareció de improviso, la cara redonda enrojecida, sudorosa y sonriente.

—Hay pastores del siglo dieciocho, y todos los años algún alma piadosa de los alrededores, al regresar a la Casa del Padre, nos hace alguna donación. A nosotras nos corresponde completarlo y conseguir que siga creciendo. En realidad, a mí. Desde hace siete años me ocupo de esta tarea.

Ricciardi se acercó a la monja para saludarla. Ella le tendió la mano diminuta, fría y húmeda de sudor, como de costumbre. El policía seguía paseando la mirada por el paisaje en miniatura.

—Realmente impresionante. ¿Lo hace todo usted sola, hermana?

La mujer contempló satisfecha el resultado de sus fatigas.

—Esta habitación está dedicada al pesebre. Permanece cerrada todo el año hasta el día de la Inmaculada. La estructura se mantiene intacta, pero pasada la Epifanía se guardan los pastores en sus cajas, se embalan con atención. Algunas piezas son muy valiosas, ¿sabe? Mi trabajo consiste en disponer las figuras y agregar alguna cada año, así los niños y mis hermanas reciben una sorpresa cada vez que vienen a verlo el ocho de diciembre, cuando se abre la puerta.

—¿Y qué hay de nuevo este año?

La monja se entusiasmó mucho al comprobar el interés de Ricciardi.

—Sigo trabajando hasta la víspera de Navidad, incluso cuando ya se puede visitar. Este año, usando las herramientas y el material que ve en aquella mesa, añadí una colina. Coloqué encima unas ovejas, allá y allá, y también tres casas iluminadas con un par de bombillas, ¿las ve? Todavía no he terminado. Me queda por encolar parte del musgo, aunque ya casi lo tengo.

Saltando de puntillas e indicando a Ricciardi los lugares que iba describiendo, sor Veronica parecía una niña. Su voz, de por sí estridente, sonaba aún más aguda, acentuando la impresión de rejuvenecimiento. De pronto se detuvo, recuperó la compostura y pareció darse cuenta de quién era su interlocutor.

—Disculpe, comisario. Cuando se trata del pesebre, pierdo un poco la cabeza; me gusta muchísimo, es el triunfo de la fe en la vida de todos los días, donde los símbolos de aquello en lo que creemos se mezclan con lo que ocurre a nuestro alrededor. Sirve para que los niños comprendan que Dios, la Virgen y los santos siempre ven todo lo que hacemos, por lo tanto, debemos comportarnos según Su voluntad aunque creamos estar solos.

Ricciardi escuchaba, las manos en los bolsillos del abrigo, los ojos clavados en la cara de la pequeña monja. Todavía notaba los dedos sudorosos de la mano de la mujer.

—Tiene razón, hermana. La vida de todos los días oculta muchas cosas. Por desgracia, nosotros lo sabemos bien pues nos enfrentamos a diario a lo que los hombres les hacen a sus semejantes. Por eso he venido, quisiera hacerle unas preguntas. Tengo una teoría sobre quién pudo haber hecho algo tan terrible a su hermana y el marido. ¿La niña está bien? ¿Dónde se encuentra ahora?

—A veces se pone triste —contestó sor Veronica, encogiéndose de hombros—. No habla de ello, pero se nota que piensa en su casa, en sus padres. Mientras siga aquí, está a salvo conmigo, con mis hermanas que la quieren, con los compañeros con los que juega y se divierte. Claro que ahora es Navidad, la fiesta de la familia. Ha escrito la cartita a sus padres, cree que están de viaje, hemos simulado que la despachábamos.

Para sus adentros, Ricciardi suspiró aliviado. Al menos no llevaría ese peso sobre la conciencia.

—Comisario —prosiguió la monja—, me decía usted que tenía una idea sobre quién pudo haber hecho algo tan horrible.

El comisario se acercó al pesebre, a la gruta con el Nacimiento.

—La otra vez, cuando vine a hablar con su sobrina, reprendió usted a un niño que no se había persignado al pasar delante de la imagen de la Virgen. ¿Se acuerda?

La mujer se había acercado a la mesa con las herramientas y, sin dejar de

conversar con Ricciardi, se había puesto a palpar una plancha de corcho que no estaba encolada con la misma firmeza que las restantes. Sonrió.

—Claro que me acuerdo. Era Domenico, un díscolo, corre siempre por los pasillos pese a que le he dicho mil veces que no lo haga. Pero no es malo, es solo un niño.

Ricciardi asintió, sin dejar de contemplar la Sagrada Familia.

—Claro, es un niño. Eso me hizo pensar en la importancia de las imágenes sagradas, en su valor. No honrar la imagen sagrada, como usted dijo en esa ocasión, es un pecado, un pecado grave.

Sor Veronica se había desplazado para seguir manejando las herramientas mientras miraba a Ricciardi, atenta a sus palabras.

—Es exactamente así. Pero son niños, comisario. No es justo castigarlos en demasía, ¿no le parece?

El comisario cogió de improviso la figura de san José y la sopesó en la palma de la mano.

—¿Y si un adulto, a sabiendas, no honrase una imagen sagrada, O peor aún, si la destruyese deliberadamente?

Petrificada por el miedo, la mujer observaba al policía que amenazaba la integridad de san José.

—¿Qué hace, comisario? ¡Deje ahora mismo en su sitio a san José! ¡No tiene usted idea del valor de esa pieza!

La voz se le había vuelto aún más aguda; era como si la monja tuviera fragmentos de vidrio en la boca.

—¿Qué pensaría de mí, sor Veronica, si tirara al suelo esta figura y la hiciera añicos?

—¡Ni se le ocurra! ¡Ni se le ocurra! ¡No tiene derecho a tocar esa imagen! ¡Déjela ahora mismo en su sitio!

Ricciardi no se inmutó.

—Pues eso es lo que voy a hacer. Puedo hacerlo porque usted misma lo ha hecho.

Demudada por la ira, la monja lanzó un grito muy agudo, sonó como una cuchilla deslizándose sobre una placa metálica. Con un gesto veloz aferró de la mesa un largo cuchillo afilado; se disponía a abalanzarse sobre Ricciardi cuando una mano firme le sujetó el brazo.

Se dio media vuelta y se encontró delante con los ciento veinte kilos de un Maione sin aliento.

—Hermana, yo no lo haría. Si fuera usted, no lo haría.

Ahora está tranquila. Habla, y la voz y los conceptos rechinan y resuenan en la mente y el corazón de Maione y Ricciardi.

¡No la rompí! No la tiré al suelo, ¿lo entienden? Jamás lo habría hecho, desde entonces no dejo de rezar día y noche para que en el Paraíso nadie crea que lo he hecho a propósito.

Yo, precisamente, jamás rompería una imagen sagrada. Se me cayó, por culpa de estas malditas manos. Se me resbaló de entre los dedos, cayó al suelo y se hizo añicos, que Dios me perdone.

Solo eso debe perdonarme el Señor. Lo demás, no. Lo demás es justo. Lo demás bien hecho está. La Virgen en persona me lo dijo; con todo el dolor que siente por las espadas clavadas en el corazón, ella me dijo que había llegado el momento de hacerlo.

Deben escucharme. Tengo que contárselo, con todo detalle. No quiero su perdón, que conste. Tampoco su comprensión. Quiero contárselo para que entiendan lo que pasó, para que sepan cómo debe comportarse una persona respetable.

Porque yo soy monja, ¿saben? Yo soy sor Veronica. Soy la monja que construye el pesebre, la monja pequeñita, la de la voz estridente como una trompeta. Soy como un hada, los niños me adoran. Y yo adoro a los niños, son mi misión, la Virgen me ha llamado para eso.

De improviso, la cara se transfigura, se vuelve dulce y devota, como las de las estampas que las mujeres besan y los hombres llevan en la billetera.

Desde jovencita quise a los niños. Quería tener los míos propios, muchos hijos nacidos de una familia, hijos del amor. Esperaba encontrar al hombre adecuado, y pensaba tanto en él, a todas horas, que le escribía poemas en mi diario e incluso lo dibujaba, tal como lo imaginaba.

Mi madre me decía: espera que ya aparecerá el padre de tus hijos. Yo le preguntaba: madre, dígame, ¿cómo voy a reconocerlo cuando aparezca? Y ella me respondía: quédate tranquila, oirás dentro de ti una vocecita que te dirá: es él, el que esperabas.

Yo esperé. Me preparaba a diario para ser una buena esposa, aprendí a coser, a lavar, a planchar, a cocinar. De lo contrario, no me habría conformado con otro. Más bien habría renunciado.

Mi hermana, en cambio, solo pensaba en sí misma, se peinaba, se pavoneaba frente al espejo. Ella era así.

Y un buen día lo encontré. Mi padre trabajaba en el puerto, tenía una pequeña empresa, yo le llevaba la comida cuando no podía salir y venir a casa; ese día lo vi hablando con mi padre. Era él. Emanuele.

Ricciardi ve la pena, la melancolía. Y ve el amor, ese viejo enemigo.

Era funcionario de la autoridad portuaria, todavía no habían inventado la milicia. Era muy apuesto, ¿sabe usted? Guapísimo. Me miró, lo miré y oí aquella voz dentro de mí, la vocecita de la que me había hablado mi madre: es él, me dijo. Es él, me dije.

A mi padre no le gustaba, según él era un arribista. Que manejaba el dinero con excesiva desenvoltura. Dentro de mí yo había oído la voz, y a partir de aquel día no pensé en otra cosa.

Nos veíamos a escondidas. Él me decía que parecía una niña y sonreía. Yo era feliz, como nunca antes, como nunca después.

Un día tuve fiebre y mi hermana fue a llevarle la comida a mi padre.

Una nube cruzó su cara. No era remordimiento, no era disgusto. Más bien fastidio. Un tropiezo, un infeliz contratiempo. La hermana vanidosa, la hermana estúpida. La hermana que ganó la partida.

No sé qué pasó. Yo no le había hablado de él a nadie, porque mi padre no quería. Nada sabía mi madre, nada sabía mi hermana. Pero él sí, vaya si sabía. Y fingió no saber. No se dejó ver más durante un par de meses, y una noche, a la hora de la cena, me lo encontré sentado a la mesa: el novio de mi hermana.

Yo lo había dicho siempre: o era el hombre que el destino me tenía reservado o no sería ningún otro. A la noche siguiente, llorando en mi lecho, oí la voz dentro de mí que me decía: entonces vente conmigo.

Era la Virgen. Era su voz: ahora lo sabía. Me quería, ella sí que me quería. A la semana siguiente comencé el noviciado. Mis padres no opusieron mucha resistencia; en cambio mi hermana, sí. ¿No querías tener muchos hijos?, me preguntó. Y yo le respondí: y voy a tener muchos. Muchísimos.

Ahora daba miedo aquella voz estridente de niña con expresión sombría, de vieja de

cien años. De pie a sus espaldas, preparado para inmovilizarla, Maione sintió escalofríos.

Pasaron unos años, por lo menos cinco. Fui a su boda, pero nunca a visitarlos. Verlos felices era algo que nadie podía pedirme, solo la Virgen, y no me lo pidió. Mi padre falleció; mi madre enfermó, aunque nosotras, las monjas decimos que nuestra familia es el convento.

Me enteré de que mi hermana esperaba un hijo. Fui a verla. Estaba molesta, enfadada, preocupada. Me dijo que iba a ponerse como una vaca, que su marido se iría con otras, era toda su preocupación.

Le dije que si hablaba así, con toda seguridad, iría al infierno. Que un hijo es la mayor bendición, que era una sacrílega si se quejaba. Y ella: si tanto te gusta, críala tú. Yo le contesté: claro que la criaré. Porque será una niña, y así fue.

La sonrisa, una sonrisa fría, infunde miedo. O quizá sean las luces del pesebre que parece una ciudad lejana, y el frío que aumenta de minuto en minuto.

Fue una niña, y desde el principio estuvo más conmigo que con la madre. Verá usted, mi hermana no había nacido para ser madre. Ella sonreía, era amable, se miraba al espejo y no servía para nada más.

Ya la ha visto usted a Benedetta. Es como yo. Seria, aplicada, inteligente. Prefiere estar aquí, a estar en su casa, siempre me lo dice.

E iba bien, todo bien, yo a él me lo cruzaba muy rara vez, fingía no verme, me saludaba solo para que mi hermana no sospechara. Ella me lo comentó en un par de ocasiones, mi marido no quiere que la niña pase tanto tiempo en el convento; pero él estaba todo el día en el trabajo y a ella le iba bien poder recibir a la peluquera o irse por ahí a ver escaparates.

¿Conoce esa canción que habla de perfumes y juguetes? ¿Ésa que hace llorar a cuantos la escuchan? Mi hermana era como la madre de esa canción.

En la canción la niña está sola y enferma, pero Benedetta me tiene a mí. Y todo iba bien.

Hasta que a mediados de diciembre a ese demonio se le ocurre hacer el pesebre.

Mira a Ricciardi, como si con eso lo explicara todo. Como si bastara para explicar toda la sangre, todo el dolor. Como si bastara.

El pesebre, ¿se da usted cuenta? El pesebre en aquella casa. La representación de la familia en su forma más sagrada, la fe, el amor, nada menos que en aquella casa. Yo dije: ¿el pesebre? ¿Por qué el pesebre?

Mi hermana se echó a reír en mi propia cara. Me dijo: ¿tú me lo preguntas, que en todo el año no piensas en nada más, y vas por ahí mendigando donaciones, tú que lo construyes pieza por pieza? Para que lo sepas tú tienes la culpa, la niña está tan enamorada de vuestro pesebre del convento que Emanuele ha decidido construir uno también aquí. Es más, le ha dicho a Benedetta que el que compre será aún más hermoso.

Empieza a llorar, un espectáculo tremendo. Las lágrimas bajan por esa cara de niña vieja, enrojecida, rabiosa. La voz, uña arañando pizarra.

Yo esperé, le recé a la Virgen para que perdonara esa blasfemia. ¿Cómo iba a representar a la Sagrada Familia alguien como él, que me había desechado, que había tenido una hija a la que no quería, que fingía no acordarse de lo que había habido entre nosotros? ¿Cómo podía? Recé para que lo perdonara, para que los perdonara. Créame, yo quería salvarlos. Pero una noche la Virgen me dijo que no, que el pecado era demasiado grave. Que no se podía ensuciar el mundo de esa manera, que había que limpiarlo.

Ya estamos, piensa Ricciardi. Ya estamos. El amor, el viejo enemigo degenera y se convierte en locura.

Esperé al sábado, cuando él sale más tarde; conozco sus costumbres. Fui por la mañana a recoger a Benedetta; confiaba en que el borrachín del portero estuviera en la taberna, como de costumbre, sin embargo, lo encontré medio dormido en su garita del zaguán.

Mi hermana se preparaba para salir, él seguía en la cama. Dije que tenía prisa, recogí a la niña y nos fuimos. Al llegar al final de la escalera, fingí darme cuenta de que soplaba un viento gélido y que se me habían olvidado el sombrero y los guantes de la niña.

La dejé en el zaguán y subí otra vez.

Ricciardi nota la punzada de rabia por no haberlo comprendido enseguida. Ferro había recordado la belleza de las trenzas de la niña, aquella mañana, porque la había visto sin sombrero; la imagen de la mujer muerta que dice: «¿Sombrero y guantes?». No los pide, sino que los entrega, son de la niña; y mira hacia abajo, por la estatura de su hermana o porque busca a su hija. Seré imbécil, un reverendo imbécil.

La Virgen me había pedido que lo hiciera y yo no sabía cómo. Después se me ocurrió llevar el cuchillo para cortar corcho, que es afilado como una navaja. En cuanto ella me abrió la puerta, tendiéndome el sombrero y los guantes de la niña, los agarré y lo hice. Un golpe, uno solo. Fue suficiente. Solo tenía que hacer que se callara.

Un golpe, un solo golpe. De derecha a izquierda, como había dicho el médico, con fuerza y decisión. Se lo había pedido la Virgen.

Después entré y fui a la alcoba. Con el cuchillo en la mano. Debía darme prisa, porque la niña podía enfriarse sin su sombrero y sus guantes. Es delicada, ¿sabe usted? Sufre de la garganta. Todos los inviernos le da fiebre, por lo menos una vez.

Él dormía tranquilamente. Le puse el cuchillo en el corazón y esperé. En un momento dado abrió los ojos. No dijo nada, tal vez pensó que soñaba, tal vez soñaba conmigo, como yo soñaba con él, incluso después de tantos años.

Debes quitar el pesebre, le dije. Debes quitarlo.

Puso mala cara y dijo...

Yo no debo nada, nada de nada, dijo. Y yo, piensa Ricciardi, pensé que hablaba de dinero.

... que no debía hacer nada. Entonces hundí el cuchillo en aquel corazón negro de pecados. Y le asesté una cuchillada tras otra, una tras otra: san Sebastián era su protector, quizá él quería morir así. La mano, las manos... siempre me sudan. Cuando estoy nerviosa mucho más. Cambié de mano y seguí golpeándolo. Debía ser castigado, debía ir al infierno. Y debía mandarlo yo, con mis propias manos.

Las manos eran dos, tenía razón el doctor Modo, piensa Ricciardi; con distinta fuerza a causa del sudor y con un ángulo diferente. Las manos asesinas. Y la sangre que lo salpicó todo no se notaba, porque el hábito de la monja es negro. La única manera de marcharse tranquila, empapada en sangre. Y las manos asesinas.

Después limpié el cuchillo con la sábana, es que me seguía haciendo falta, ¿sabe usted? Me quedaba por agregar una colina, ésa de ahí, ¿la ve? Todavía tengo que ponerle un poco de musgo. El cuchillo me hacía falta.

Antes de marcharme debía hacer una cosa más, y fui a la otra habitación. Quería llevarme a san José, porque una figura así no podía quedarse en una casa como aquélla. Un padre, que vive para su hijo, todo lo contrario a él. Lo agarré pero se me resbaló; ¿le he dicho que a veces me sudan las manos?

Por eso me di cuenta. Me lo dijo Rosa, cuando se le cayó el Niño; y la anguila, cuando se escurría de todas las manos que intentaban prenderla. El Niño se cayó, no lo tiraron al suelo, no lo rompieron voluntariamente; resbaladiza y húmeda la anguila, como el cuchillo en la mano asesina. Debía morir, había dicho. Lo mataré. Con mis propias manos.

Debe creerme, jamás habría roto a propósito una imagen sagrada. No debe pensarlo siquiera, se lo ruego. Dígame que no lo piensa. Yo jamás rompería una imagen sagrada, jamás. La Virgen dejó de hablarme durante dos días, y eso que sabía que no lo había hecho a propósito.

De una patada metí los fragmentos debajo del mantel con la esperanza de que nadie los viera. No podía tocarlos, con las manos que habían hecho lo que acababan de hacer.

Dígame que me cree, se lo ruego.

Me cree, ¿verdad? ¿Me cree?

La Nochebuena acaba llegando al fin; y después de tanta espera pilla a todos desprevenidos.

Las amas de casa encuentran que las mesas son inadecuadas, más pobres de como las habían imaginado durante los preparativos; los regalos son insuficientes, se nos ha olvidado el de uno de nuestros tíos, el de la esposa de un amigo, el de uno de nuestros sobrinitos; tememos que los dulces no alcancen, aunque con lo que cuestan imposible comprar más.

Desde la mañana se oyen los petardos, acompasados, como para marcar el tiempo de la espera que nos separa de la medianoche, cuando la ciudad estallará como un polvorín feliz inundándose de humo y luz; y los hospitales se verán invadidos por los heridos de esta guerra de la alegría, con dos dedos o un ojo de menos, lo justo para acordarse de la fiesta.

La Nochebuena acaba llegando al fin.

El subjefe de policía Angelo Garzo miraba a su alrededor solo en parte satisfecho.

Había deseado con todas sus fuerzas aquella cena de Nochebuena en su casa, había invitado a muchas personalidades, aunque muy pocas habían aceptado, pues prefirieron celebrarlo con sus familiares. No tenía importancia, porque algunas sí lo habían hecho y él se sentía gratificado.

Su esposa, con la ayuda de la criada, había preparado una mesa preciosa, con flores, velas, la cubertería de plata y la cristalería. El pesebre, pequeño pero antiguo, ocupaba el sitio de honor, debajo de la campana de vidrio.

Entre los invitados se encontraba nada menos que el duque Freda di Scanziano, cónsul de la segunda legión de la milicia portuaria. No podía declinar la invitación tras haber resuelto de forma brillante el homicidio de aquel centurión del que Garzo no recordaba el nombre. Solución que no había desvelado, tal como temían en Roma, la participación de otros milicianos.

El subjefe de policía había aprovechado, como era habitual en él, la llamada telefónica de agradecimiento para invitar esa noche al cónsul y a su esposa: un golpe de auténtica suerte.

Después de la Epifanía, Garzo esperaba la llamada telefónica del obispo para quejarse por la irrupción en el convento, pese a que luego la monja había confesado. ¿Y qué podía hacer él?

Aunque, hay que ver, una monja. Maldito Ricciardi, nunca le daba por detener a un delincuente con pinta de delincuente. De eso se ocuparía pasadas las fiestas, ahora debía atender al invitado importante. Tarde o temprano le resultaría útil en su carrera.

Se acercó, y con la espléndida sonrisa ensayada mil veces con el nuevo bigote, le

preguntó:

—Señor cónsul, ¿gusta otro *roccocò*?

La Nochebuena acaba llegando al fin. Y entre tanto desorden hay algo que logra incluso apañarla.

Lomunno miró a su alrededor y, por primera vez, el ambiente de la choza le pareció menos miserable.

Había conseguido hacerse con un par de velas y un mantel, y el dinero ganado en el mercado le había servido para comprar un poco de comida más variada. Para premiarlo por su duro trabajo, su jefe le había regalado pescado fresco.

Los niños comían a gusto; de vez en cuando, por algún motivo que solo ellos conocían, reían por lo bajo. Lo hacían también en la otra vida, hacía mil años, cuando la Navidad era la fiesta de otra familia ahora desaparecida.

Lomunno pensaba que la mente es algo raro. Jamás habría tenido fuerza para vengarse de Garofalo, el miedo a lo que podía pasarle a sus hijos cuando se quedaran solos se lo impedía. Saber que seguía vivo, que gozaba del bienestar que le había robado, que reía y engordaba sin que la conciencia lo aplastara, le quitaba el sueño.

Ahora que el responsable de su ruina estaba muerto, tal vez había llegado el momento de pensar en otra cosa; por ejemplo, en cómo seguir adelante y construir una vida decente para sus niños.

Lomunno alargó la mano y acarició a su hija que se levantó con cara seria y le dio un beso en la mejilla.

A veces, pensó Lomunno, del mal puede salir algo bueno. Y en el fondo hoy es Nochebuena.

La Nochebuena llega y se entretiene reuniendo cosas dispares.

El doctor Modo se secó las manos y se volvió hacia los padres de Vincenzino.

—Ya no tiene fiebre. El niño sigue débil, pero a medida que le vaya bajando la inflamación, se irá animando y recuperará el apetito. Boccia, me parece que de ahora en adelante tendrá que pescar bastante más. Prepárese, porque este lobo devorará cuanto le ponga en el plato para recuperar fuerzas.

—Doctor, le juro que por mi Vincenzino vacío el mar —respondió Aristide, emocionado—. Creí que lo iba a perder, no sabe cuántos de nuestros niños se nos van por enfermedades así.

—Ya lo sé, con esta humedad y estas carencias alimentarias, solo sobreviven los más fuertes. Y nuestro Vincenzino es un roble.

Angelina se volvió, dejando de revolver un momento la olla que tenía en el fuego.

—Doctor, discúlpeme la pregunta. ¿Dónde comerá esta Nochebuena? ¿Lo esperan en su casa?

—No, no, señora —respondió Modo con un suspiro, mientras se ponía la chaqueta—, a mí y a mi perro no nos espera nadie. Daremos un paseo y buscaremos un bonito mesón donde tomaremos un poco de vino, me refiero a mí, no al perro, y después nos iremos a dormir. Siempre y cuando no nos tengan despiertos con esa estúpida costumbre de lanzar petardos por Navidad, que para lo único que sirven es para llenar los hospitales de mutilados.

La mujer miró de reojo a su marido y le hizo una imperiosa petición con la mirada. Entonces el hombre dijo:

—Doctor, si no se ofende, ¿por qué no cena con nosotros? Aquí acostumbramos a cocinar todo lo que no vendemos en el mercado; por suerte, este año no es mucho, y nos lo comemos todos juntos con las familias de los compañeros de la barca. Después tocamos un poco de música, bailamos, reímos. Pobres, pero alegres. ¿Qué me dice, nos hará este honor?

Modo se apartó el sombrero y se rascó la cabeza. Miró al perro echado en el umbral con una oreja levantada.

—¿Qué me dices, perro? ¿Pasamos la Nochebuena con nuestros nuevos amigos?

El perro ladró una sola vez y agitó la cola.

—Él manda. De acuerdo, gracias. ¿Qué ha preparado de bueno?

La Nochebuena llega y ocupa todos los rincones.

Maione casi no había hablado en toda la mañana, y Lucia volvía a estar preocupada. Esperaba de todo corazón que su marido hubiese abandonado el terrible proyecto de venganza que, estaba segura, habría destrozado su vida para siempre. Había perdido demasiado, en términos de felicidad, esperanza, futuro. No aceptaría volver a sumirse en una pesadilla. Conocía a Raffaele, sabía que si seguía un código distinto del suyo propio, en el mejor de los casos, sería víctima de su conciencia el resto de su vida.

En un momento dado, como si hubiese tomado una decisión definitiva, había salido de casa con el pretexto de comprar algo que se le había olvidado. Ella trató de retenerlo, aduciendo que faltaban pocas horas para la cena preparada con tanto esmero, que cómo iba a dejar solos a los hijos; él le sonrió para tranquilizarla y se marchó.

Lucia se había aferrado a aquella sonrisa durante las dos horas que esperó su regreso, dos horas que fueron como dos años. Después oyó las llaves en la cerradura,

y se preparó para todo, pero no para aquello con lo que se encontró.

De pie, en el umbral de la puerta, apareció Raffaele. No venía solo. Lo acompañaba una niña con cara de asombro, la manita aferrada a la de él, la cara enrojecida por el frío y dos trenzas que asomaban del sombrerito de lana.

Su marido le pidió con la mirada que no le hiciera preguntas; llamó a su hija menor, que apenas tenía un año menos que la pequeña invitada, se la confió para que la llevara a su habitación y le enseñara sus muñecas. Cuando se aseguró de que no iba a oírlo, le habló.

—Luci', no podía celebrar la Navidad con este peso encima. La niña perdió en pocos días a sus padres, y después a la tía. No tiene a nadie. Por ahora deberá quedarse en el convento, después se verá. Pero saber que iba a pasar sola la Nochebuena, entre esas monjas, me ponía enfermo. He hablado con la superiora, que me ha permitido tenerla con nosotros hasta pasadas las fiestas. Perdóname si no te lo he dicho antes.

Ése era Raffaele Maione, el hombre que había amado, el hombre con el que se había casado, el hombre que amaba. El padre de sus hijos. Tan buen padre que era capaz de sentirse padre incluso de los hijos ajenos.

Le acarició la cara en la que se reflejaba la preocupación.

—Has hecho bien. Muy bien. Y te digo lo que vamos a hacer de ahora en adelante. Ese lugar vacío en la mesa lo ocuparemos siempre en todas las fiestas, Navidad, Pascua, siempre. Somos muy afortunados de tener esta familia, y no es justo que nos la quedemos solo para nosotros. Ya verás lo contento que se pondrá el dueño de ese sitio.

La Nochebuena llega y lo desbarata todo.

Cuando se dio cuenta de que estaba solo en la oficina, Ricciardi decidió irse a casa.

Echó un vistazo por la ventana: casi no quedaba nadie en la plaza. De vez en cuando se oía algún estruendo lejano, los primeros estallidos de los fuegos artificiales que inundarían el aire a medianoche para celebrar el nacimiento de un Niño al que se pedían paz, salud y riqueza. Una exageración, pensó el comisario, tratándose de alguien tan joven.

Avanzó rápido por la acera al fin libre de tenderetes y mendigos; todos habían encontrado un sitio donde pasar esas horas, puede que incluso a alguien a quien abrazar.

Pensó en su tata, en su mano temblorosa; por primera vez notó una punzada de angustia al imaginar el fantasma de una futura soledad más profunda y oscura que la actual. Tendría que obligarla a cuidarse, era su obligación protegerla, como ella hizo con él desde que había venido al mundo.

En el trayecto solo se cruzó con los muertos, con sus últimos pensamientos, dolorosos e irreflexivos; y con algún tardón que corría a toda prisa.

En la esquina del museo arqueológico, cuando la calle empezaba a subir hacia Capodimonte, Ricciardi oyó que lo llamaban desde un automóvil.

—Buenas noches, agente. ¿Puedo llevarte a casa?

El interior del vehículo era agradable y cálido; el perfume de Livia lo envolvió.

—Pasaba justo por la jefatura y el guardia de la puerta me dijo que acababas de salir. Conozco el camino que haces para regresar a tu casa, y aquí me tienes. No te hagas ilusiones, ¿eh? Yo voy a lo mío, me han invitado unos amigos, visto que tú ni te acuerdas de que estoy sola en Navidad.

Ricciardi se excusó de un modo confuso.

—Pensé que te ibas a Roma, o a ver a tu familia. No sabía que estabas aquí.

Livia se echó a reír.

—¿Qué habrías hecho si no, me hubieras invitado a tu casa? Vamos, Ricciardi, no me tomes el pelo.

—Livia, conoces mi situación. Estoy con mi tata, que es mayor, y, además, no se encuentra bien de salud. De todos modos ya te he dicho que de mí no debes esperar el mismo comportamiento que... que tienen los demás. Siempre me alegra verte, pero tengo mi vida y mis cosas, y no son fáciles de compartir.

—Ya sé que crees eso —dijo la mujer adoptando un tono dulce—. Y en el fondo de mi corazón sé también que te equivocas, que bastaría con que entreabrieras un poco la puerta para dejarme entrar, para ser feliz tú y hacerme feliz a mí. Esta noche he querido verte por dos motivos.

El breve trayecto hasta la casa de Ricciardi ya había terminado; el chófer estacionó cerca del portón.

—¿Y qué motivos serían esos?

Por las rendijas de los postigos de cierta ventana, un par de ojos que esperaban vieron lo que querían ver.

—En primer lugar —contestó Livia—, quiero decirte que por primera vez en mi vida he perdido la seguridad. Desde jovencita siempre creí que podía obtener de los hombres lo que deseaba. Después te conocí a ti, y tengo la impresión de estar dándome cabezazos contra una pared.

A Ricciardi le pareció otra mujer, le temblaba el labio inferior, y se notaba que hacía esfuerzos tremendos para contener el llanto. Cerró en un puño las manos hundidas en los guantes de terciopelo negro y recuperó el tono normal de voz.

—En segundo lugar, quería decirte que podía irme, sí. Pero me conformo con estar en tu misma ciudad. Me basta. Por ahora, me basta.

En la oscuridad, los ojos negros relucían con el brillo de las lágrimas.

—Feliz Navidad, Ricciardi.

Se inclinó hacia adelante y lo besó.

Los ojos que observaban se desplazaron de los postigos al portón. Las nubes negras, que durante todo el día habían ido acumulándose en el cielo, soltaron un copo de nieve que giró lento. Luego otro, y otro más.

Se abrió la portezuela del automóvil, un hombre se apeó y fue hacia el edificio de enfrente. El vehículo se alejó.

Mientras trajinaba con las llaves, Ricciardi notó un movimiento a sus espaldas.

Se dio media vuelta y, sorprendido y como paralizado, vio que Enrica iba hacia él.

Por su forma de andar se notaba que había perdido la inseguridad; no llevaba abrigo ni sombrero; sobre el pelo descubierto caían los copos de una nieve cada vez más intensa. Los ojos tras las gafas algo empañadas por el frío brillaban como estrellas negras.

Ricciardi comprendió en un instante que era imposible que no hubiese visto a Livia despedirse de él con un beso. Deseó que la tierra se lo tragara. Cerró la boca con un chasquido perceptible y buscó con desesperación la forma de no perderla otra vez.

—Señorita, yo... yo no sé qué pensaré, pero debe creerme. Ese automóvil no...

Enrica se aproximó hasta donde él estaba y se detuvo a pocos centímetros. Le aferró la cara con las manos y le dio un largo beso apasionado.

Luego dio media vuelta y se fue para su casa.

Ricciardi se quedó bajo la nieve, con las llaves en la mano y un terremoto en el alma.

A su alrededor, la ciudad era un inmenso pesebre.

Agradecimientos

Ricciardi existe porque así lo ha querido Francesco Pinto, de manera que el primer agradecimiento va para él, como siempre; y recorre las calles dibujadas por Antonio Formicola y Michele Antonielli, como siempre. El ambiente que lo rodea, las personas que conoce y el aire que respira se construyeron con la ayuda afectuosa y fundamental de las doctoras Annamaria Torroncelli y Stefania Negro.

En cuanto a los datos sobre el mágico mundo del pesebre napolitano, Ricciardi debe agradecer la extraordinaria competencia de Michele Nevola, que los ha expuesto a través del padre Pierino. La descripción de cocina de Cilento de Rosa sigue las rigurosas indicaciones de la espléndida Sabrina Prisco, de la Osteria Canali, de Salerno.

Gracias a los inmensos hermanos De Filippo, deberán perdonar que, por exigencias narrativas, adelantara un par de días la primera representación de *Natale in casa Cupiello*.

El autor debe agradecer una vez más al maravilloso grupo de Corpi Freddi, que convierte actividades solitarias como la escritura y la lectura en una fantástica experiencia colectiva. El corazón de Ricciardi late por estos jóvenes y, a través de ellos, regresa amplificado y más profundo.

Mi último agradecimiento va para una niña que, a finales de los años treinta, inventaba historias y se las contaba a un muñeco de trapo imaginando que era su hijo.

Mamá, ésas son las historias que yo cuento.



MAURIZIO DE GIOVANNI nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rapido, patrocinado por Porche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, sólo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.